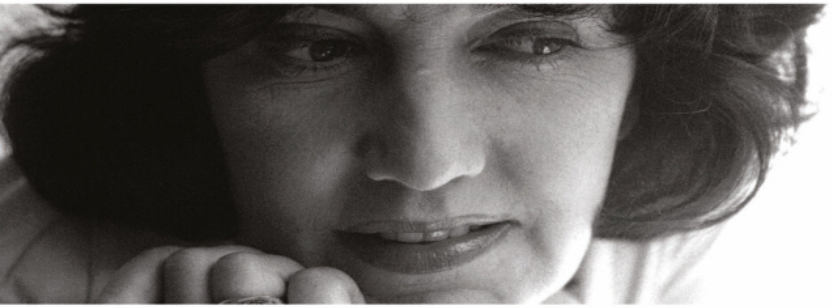
Cristina Mucci

Las olvidadas

Silvina Bullrich

Beatriz Guido



Marta Lynch

Sudamericana

Cristina Mucci

LAS OLVIDADAS

Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Marta Lynch

Sudamericana

Prólogo

Entre los primeros años de la década del sesenta y hasta fines de los ochenta, en la Argentina pasó de todo. Después también, claro, pero ahí comienza otra historia, donde los personajes de este libro ya no están.

Durante esos años, tres escritoras —Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Marta Lynch— lograron una fama comparable a la que hoy solo tienen algunos deportistas y personajes mediáticos. Pese a sus diferencias y seguramente a su pesar —ya que cada una aspiraba al protagonismo absoluto y competía con las otras— se las ingeniaron para crear una línea que les dio sus mejores éxitos: trascender el ámbito de lo intimista para convertirse en críticas de la realidad. Es innegable que fueron audaces. Rompieron barreras, avanzaron sobre prejuicios y sectores de poder, y hasta donde pudieron, lograron transgredirlos. Aunque fueron denostadas en vida e injustamente ignoradas después de sus muertes, abrieron un camino en la literatura argentina y supieron expresar las diversas situaciones por las que fue atravesando el país.

Las tres formaron un trío mediático de enorme presencia. El trío más mentado —como las llamó el periodista Bernardo Neustadt, otra estrella mediática de la época— era convocado para opinar absolutamente sobre todo, porque más allá de la audacia de sus respectivas obras, tuvieron una habilidad que ninguna escritora logró tener después: superaron lo literario y se convirtieron en personajes. Así se hicieron esa fama de transgresoras que las acompañaría siempre. Pese a los errores, que como es sabido se olvidan con facilidad.

Por supuesto que la época ayudaba: el país estaba todavía ajeno a las desgracias que sobrevendrían, los libros eran considerables objetos de consumo y creaban una expectativa general que no se volvió a producir. Durante la década del sesenta se desarrolló en el país la

industria cultural más importante de habla hispana, y dentro de ella el libro jugó un papel importantísimo. Varios escritores —aunque ninguna otra mujer— (Jorge Luis Borges, Ernesto Sabato, Manuel Mujica Lainez, Dalmiro Sáenz) eran también figuras habituales en los medios, donde opinaban sobre los temas más diversos.

Sin embargo, hoy casi no se las recuerda. Y aunque últimamente se inició un saludable rescate de algunas excelentes autoras de esos años (Silvina Ocampo, Sara Gallardo, Elvira Orphée), de este trío fundamental ya no se habla. No se recuerda que marcaron una época. Que más allá de la calidad y el talento que cada una pueda haber tenido, fueron sin duda no solo las escritoras más leídas, sino también las que escribieron las novelas sociales y políticas que —a favor o en contra— lograron reflejar a toda una generación.

Sus obras, que tuvieron niveles de venta extraordinarios, hoy son inhallables. Hubo apenas un tímido rescate que comenzó en 2001, cuando Ricardo Piglia seleccionó la novela *Fin de fiesta*, de Beatriz Guido, para una colección de clásicos de la literatura argentina que editó el diario *Clarín*. Más adelante, en 2011, Gabriela Massuh publicó *Teléfono ocupado*, de Silvina Bullrich, en su editorial Mardulce. Y en 2019, María Teresa Andruetto publicó *Informe bajo llave*, de Marta Lynch, en la Editorial Universitaria de Villa María, Córdoba. Y eso fue todo, no hubo mucho más. Seguramente las razones de este olvido son más ideológicas que literarias.

En 1985, cuando murió Marta Lynch, yo era columnista de libros en la edición matutina del diario *La Razón*. Al llegar a la redacción, uno de los secretarios me pidió que escribiera su necrológica, y puse una excusa para no hacerlo. No la conocía demasiado, pero algunos hechos que había protagonizado en su última época hacían que el personaje no me simpatizara, y no me pareció el momento oportuno para tratarlos.

Apenas cinco años después, Félix Luna me convocó para escribir la biografía de una escritora para una colección que dirigía, y le propuse a Marta porque consideré que tenía elementos que valía la pena tratar: los vaivenes políticos, el éxito, el enorme espacio público que detentaban algunos escritores de su época, la situación de la mujer, el envejecimiento, las cirugías plásticas, el suicidio, me resultaban más

que suficientes. Además, sería una manera de romper con cierta tradición que parece establecer que el biógrafo debe ser un defensor o admirador a ultranza del biografiado. ¿Por qué no tomar a un personaje altamente contradictorio y mostrarlo en sus contradicciones, con lo bueno y con lo malo? Sin embargo, tal vez era muy pronto. Ese libro no se publicó, pero la idea perduró y dio lugar a este.

Con respecto a Beatriz Guido, no la conocí personalmente, solo la vi de lejos en algunas pocas ocasiones, y jamás conversé con ella. Sin embargo, durante mi adolescencia tuvo una cierta importancia: en esa época leí *El incendio y las vísperas*, su libro más exitoso. Con su discurso de Revolución Libertadora, representó a una gran porción de esa clase media a la que Arturo Jauretche —intelectual peronista y otro gran *best seller* de la época— ridiculizó con el nombre de "medio pelo". El peronismo y el antiperonismo son algunos de los tantos temas que todavía tenemos pendientes. Nuestros padecimientos nos dan la pauta de que son muchos los episodios que aún no logramos superar.

Escribir sobre Beatriz me permitió revivir aquel país donde parecía que todo era posible y en el que ella participó, aunque no exactamente desde la imaginación al poder, sino más bien desde una especie de e*stablishment* al que sin embargo criticaba. Es en esa sutil dualidad (critico, pero soy parte) donde se basó en alguna medida el enorme éxito del trío más mentado. En su caso, además, su fama se potenció por la unión personal y profesional con ese enorme personaje que fue Leopoldo Torre Nilsson.

Con Silvina Bullrich pude conversar un poco más, porque en 1987 llegué a invitarla a mi programa *Los siete locos*, que recién comenzaba (fue la única a la que pude invitar, ya que Marta ya había muerto y Beatriz vivía en España). La ubiqué junto a un escritor que se encontraba en las antípodas de su pensamiento, José Pablo Feinmann, y aunque lamentablemente no existen grabaciones de esa época, no recuerdo que haya hecho un mal papel.

A Silvina también la conocí en mi adolescencia, por medio de sus libros. El primero que leí fue *Los burgueses*, y de allí seguí con *Los salvadores de la patria*, *Bodas de cristal*, *Los pasajeros del jardín* y *Mañana digo basta*. Eran las épocas de *La alfombra roja* y *La señora Ordóñez*, de Marta Lynch, y de *Fin de fiesta* y *El incendio y las vísperas*,

de Beatriz Guido. Las tres se convirtieron en modelos de escritoras audaces y comprometidas, especies de versiones autóctonas de quien era su ídolo declarado: Simone de Beauvoir.

A partir de los años setenta me fui alejando, aunque hay que reconocer que ellas me ayudaron bastante. Beatriz menos, aunque al intentar escribir una realidad que la desbordaba publicó sus novelas más flojas: *Escándalos y soledades* (una obra a medio camino entre el ensayo y la ficción), *La invitación* y *Rojo sobre rojo*.

La literatura de Marta no decayó en esa época (en 1978 publicó una de sus mejores novelas, *La penúltima versión de la Colorada Villanueva*), pero sí lo hizo su imagen pública. Mucha gente que la conoció no quiso hablar de ella para este libro, tal vez porque fue un personaje emblemático de algunas cuestiones todavía no resueltas. De ese punto —el que finalmente más me llegó a interesar— me fui dando cuenta a medida que trabajaba. Con sus constantes virajes políticos, su obsesión por la imagen y su afán por figurar a cualquier precio, fue una precursora de una ética y una estética que se instalaría fuertemente en la Argentina unos años después de su suicidio. En cierta medida, fue víctima de su propio pragmatismo, en una época —la del retorno de la democracia— en la que se intentaba volver a apostar a la ética y a la coherencia ideológica. Tal vez por esto (y por todo lo que sucedió después) siga provocando una cierta molestia, la sensación de que hay temas que es preferible no volver a plantear.

Con respecto a Silvina, fue sin duda la escritora argentina más exitosa, la que obtuvo más fama y la que más libros vendió. Era talentosa y sabía contar, pero como no se privó de reconocer muchas veces (porque lo decía todo, o casi todo), las presiones del mercado la fueron apartando de su ruta. Con el modelo explícito de los *best sellers* norteamericanos, logró montar una especie de industria unipersonal que producía a razón de un libro por año. Aparecían en Navidad y el público los consumía en la playa durante el verano.

¿De qué hablaba? De lo que conocía bien. Las viejas casonas tradicionales, los pisos de Barrio Norte, las estancias, las herencias, los viajes a París. Y por supuesto de los amantes, las traiciones, la indiferencia de los hijos, lo difícil que resulta vivir y crecer para una mujer. O sea, en gran medida, de ella misma. Era ella la que vendía.

Una mujer punzante que desmenuzaba con agudeza a su propia clase, y de paso permitía a sus lectores entrometerse en ese mundo de sofisticación y elegancia. Ella sabía esto y lo explotó durante años. Ganó bastante dinero, algo que le importaba muchísimo, porque a pesar de los brillos no era rica. Además, le gustaba provocar.

Era agresiva, egoísta, en ocasiones desagradable, y mucha gente no la quería. Pero también fue valiente, y en cierta forma, feminista. Tuvo los hombres que quiso, se divorció cuando nadie lo hacía y afrontó una convivencia sin papeles. Nunca trató de ocultarlo, al contrario. Se quejó, reclamó, escribió artículos. Abrió caminos, aunque siempre en su estilo particular.

Son muchas las personas que con sus testimonios me permitieron escribir estas historias, y a todas ellas les agradezco. Constituyen, creo, un fiel testimonio de una época, y hoy quiero recordar especialmente a los escritores y editores que ya no están.

Vaya entonces mi recuerdo para Oscar Hermes Villordo, Alberto Girri, Félix Luna, Jacobo Timerman, Héctor Lastra, Martha Mercader, Horacio Salas, María Esther de Miguel, Isidoro Blaisten, Jorge Lafforgue, María Angélica Bosco, Eduardo Gudiño Kieffer, Dalmiro Sáenz, Angélica Gorodischer, Julia Constenla, Diego Baracchini, Jorge Naveiro, Marta Díaz, Ernesto Schoo, Claudio España, Elvira Orphée, Eduardo Mignona, Victoria Pueyrredón, María Esther Vázquez y Noé Jitrik. Algunos de ellos fueron, además, amigos muy cercanos.

Silvina Bullrich

La gran burguesa

La familia Toro Rico

“Nosotros, los Bullrich, somos inmigrantes en el buen sentido de la palabra: somos los forjadores del país en la paz y en el trabajo”, dice Silvina en sus memorias, publicadas en 1980. Allí describe a su familia y se advierten todos los clichés que caracterizaron una época.

Su abuelo, Augusto Bullrich, fue cónsul argentino en Boulogne-sur-Mer durante catorce años. Vivió en París, donde derrochó su fortuna, en una casa de la calle Víctor Hugo junto a su mujer y sus tres hijos. Su padre, Rafael Augusto, recién volvió al país a los dieciocho, y según ella, “era un francés, lo fue siempre, a tal punto que nosotras apenas sabíamos que vivíamos en la Argentina”.

A Rafael Augusto le gustaba pintar, pero debido a los derroches familiares entendió que estaría obligado a ganarse la vida. Se recibió de médico mientras trabajaba en distintos oficios (una farmacia, una comisaría), y con los años llegó a ser miembro de la Academia de Medicina y decano de la Facultad. Su vocación artística, finalmente, fue canalizada por medio del coleccionismo.

Al poco tiempo de volver de Francia, los Bullrich se instalaron en Buenos Aires, en una casona de la calle Rodríguez Peña. En la casa de enfrente vivía una señora con su sobrina huérfana, María Laura Meyrelles, quien con los años sería la madre de Silvina.

María Laura también descendía de familias aristocráticas. Su abuelo, José Coelho de Meyrelles, fue el primer enviado de Portugal a la Argentina y el primer poblador de Mar del Plata, ciudad que perdió en el juego y así pasó a manos de las familias Luro y Peralta Ramos. Además, junto a otros portugueses, fue dueño de unos enormes saladeros que se extendían desde Mar Chiquita hasta Cabo Corrientes. “Sospecho que era algo negrero; en todo caso, aventurero y jugador empedernido”, confesó Silvina.

Coelho de Meyrelles se casó con Rosalía Torres, nieta de una de las hermanas de Juan Martín de Pueyrredón, y así nacieron María Laura y cuatro hijos más, cuyos destinos fueron, a juicio de la escritora, “bastante trágicos”. El mayor se casó teniendo cuatro hijos naturales y

se suicidó por una deuda de juego. Una de las mujeres se divorció, se instaló en París para tapar el escándalo de sus relaciones con Roque Sáenz Peña, y finalmente murió paralítica. Además, tuvo una hija que, después de "matrimonios tormentosos", se suicidó. El otro varón se casó con una de las mucamas de la casa, se instaló en Luján y fue padre de una niña a la que los Bullrich nunca conocieron, aunque supieron que en una época trabajaba de mucama en el Plaza Hotel.

Otra de las mujeres también fue marcada por la desgracia: Silvina recuerda que frecuentemente visitaba su casa una tal señora de Correa, y cuando era anunciada su madre alzaba los ojos al cielo y la atendía con un guiño irónico dirigido a sus hijas. "Al parecer se trataba de una provinciana humilde a quien le regalaba vestidos viejos y alguna tela barata para confeccionarse una blusa. La teníamos por una pechadora constante. No sabíamos quién era. Cuando lo supimos fue demasiado tarde".

Para las costumbres de la época, Rafael Augusto Bullrich y María Laura Meyrelles se casaron de grandes: ella tenía treinta años y él, treinta y cuatro. Tuvieron tres hijas: Laura, Silvina y Marta. Silvina nació el 4 de octubre de 1915. Su madre había perdido un varón en un embarazo anterior, y a juicio de la escritora, su familia esperaba que ella también lo fuera. Luego nació Marta y su padre dijo: "basta de chancletas". "Oí a menudo esta expresión en sus labios y siempre me dolió. Mamá quería más hijos. Papá decía que le bastaban".

Además, la situación financiera se complicaba: debieron vender grandes extensiones de tierra en Luján y mudarse a una casa de altos y bajos en Arenales 1445, cuya parte inferior fue alquilada, pues necesitaban rentas. Para instalar el consultorio del doctor Bullrich, María Laura Meyrelles vendió el último campo que le quedaba. Según Silvina, su padre aborrecía el campo, quizá para no lamentar el haberlo perdido: "Yo no sabía en aquel entonces que mi apellido quería decir 'toro rico' ni que los parientes de mi padre harían de nuestro nombre un sinónimo de campos, estancias, ventas de ganado y de caballos de raza".

"Tenía una relación estrecha con su padre, un hombre cultísimo. En cambio, el vínculo con su madre fue siempre difícil", recordó una amiga cercana de la familia. En realidad, el vínculo recién comenzó a

deteriorarse bastantes años más adelante, “cuando mi sólido amor por ella sufrió una brutal fisura como la de un barco que se quiebra contra un iceberg. No, nunca tuvo un amante, ojalá mi desilusión hubiera sido por considerarla demasiado humana; fue, por el contrario, saber que podía anidar sentimientos crueles, o para ser más benévola, egoístas”. Se refiere al episodio con la señora de Correa.

La mayor de las Bullrich, Laura, era la más bonita e inteligente de las tres, y a Silvina siempre le inspiró adoración. Con respecto a la menor, Marta, el sentimiento era distinto, ya que su carácter era más sumiso. Fuera de su casa, los personajes que más amó fueron su abuela paterna (a quien llamaban Cocó) y su tía soltera, María Elena. Todos los domingos iban a almorzar a su casa, y sobre esos almuerzos, al morir su abuela, escribiría un poema.

Nunca le gustaron las muñecas y para sus cumpleaños se hacía regalar arcos y flechas, rifles, cañones y soldados de plomo. “De haber nacido cincuenta años después me hubieran llevado al psicoanalista y hubieran creído que tenía tendencias lesbianas. Por fortuna, nací cuando a nadie se le ocurría pensar cómo iba a evolucionar una chica. A mis padres les causaba gracia mi disposición guerrera, y mi padre afirmaba: ‘Silvina es mi hijo varón’. Me gustaban los juguetes de los hombres porque la verdad era que ya me gustaban los hombres y me aburrían los temas de mujeres”.

Iba al colegio Onésimo Leguizamón (“en ese entonces muchos niños bien iban a colegios del Estado”) y sus calificaciones eran “una calamidad”. Como muchas chicas de esa época, no cursó ni siquiera el secundario, aunque tuvo amigas de su edad que llegaron a la universidad. “No hay que olvidar que mamá, temerosa por los escándalos que habían ocurrido en su familia, cuya sangre llevábamos, quería alejarnos de todas las tentaciones, para ser más exacta de cualquier intimidad con los hombres. El bachillerato, la facultad, las mujeres libres, la espantaban”, la justificó Silvia.

Cuando terminó la primaria y sugirió la idea de inscribirse en el colegio secundario, su madre le respondió: “Me han comentado que los profesores preguntan cosas verdes sobre el cuerpo humano”. Sin embargo, era excelente en los cursos de francés y se recibió en la Alianza Francesa con medalla de oro. Fue su único estudio sistemático

y el único que en su casa consideraron importante, ya que vivían henchidas de nostalgias ajenas, de una París que, aunque no conocían, echaban de menos. La primera vez que leyó el *Quijote* fue en una edición infantil en francés.

A tono con la época, veraneaban en Mar del Plata, en un amplio caserón ubicado en la calle Bolívar entre Santiago del Estero y Córdoba, que pertenecía a su madre. Allí se instalaban de diciembre a marzo, y su padre, que seguía atendiendo el consultorio, las acompañaba los fines de semana. Iban a la playa Bristol con su rambla de madera, y más adelante comenzaron a frecuentar Playa Grande.

A pesar de no tener fortuna, al doctor Bullrich le gustaba vivir bien. Cuando Silvina cumplió doce años se mudaron a una casa que mandó a construir en la calle Galileo, donde colgó los cuadros de su creciente colección, que llegaría a ser una de las más importantes del país. Atendidos por diez personas de servicio, organizaban comidas fastuosas "para franceses gustadores del buen vino".

Con sus hijas, sin embargo, Bullrich no era demasiado generoso. Debían pensar mucho antes de permitirse comprar otro chocolatín, y conformarse con los vestidos más feos y con menos gracia de Buenos Aires, confeccionados por una costurera por horas que frecuentaba su casa. "Sabe Dios qué le habrá regalado en aquellos días a alguna de sus queridas. Mamá no necesitaba su dinero, tenía su fortuna propia, y mi padre nunca la cubrió de joyas ni de pieles. Jamás sabré si fue generoso con alguna de las mujeres a quien quiso y que lo quisieron. Lo dudo".

Además de refinado y *bon vivant*, su padre era buen mozo y enamoradizo, y aunque su madre conocía esas historias, aparentemente no les daba importancia. "Mamá despreciaba tanto a las mujeres que admitía la infidelidad de los hombres. Decía con admiración que un señor casado era un 'farrista' y en cambio no perdonaba en una mujer lo que ella llamaba 'faltar'. Abnegada, fiel, madre cariñosa, muy creyente en Dios y en la Iglesia, cometió el error de darnos a entender que la familia era una institución para mujeres, y que más allá de ella había un mundo prohibido, rico en pasiones que siempre deberían sernos vedadas".

Primeros amores

A Silvina siempre le gustó leer. La biblioteca del escritorio de su padre estaba disponible, y así tuvo acceso a los autores franceses y rusos, que eran los que abundaban. Según la poeta Victoria Pueyrredón —quien la conoció en la infancia porque vivían en la misma cuadra— en esa época nadie pensaba que iba a dedicarse a escribir.

Sin embargo, según ella dice en sus memorias, desde muy chica supo que iba a ser escritora: "Yo sabía, lo supe siempre, que algo iba a quedar de mí. Le pedía a Dios una sola cosa: vivir hasta los treinta años, o sea el tiempo necesario para demostrar que era una escritora. Nací para la vida intelectual y casi todo lo demás me ha sido vedado".

Para reforzar esta idea, contaba que su madre quiso hacerla jugar al golf cuando se inauguró la cancha del Jockey Club de San Isidro: le compraron una bolsa de palos, le pagaron un profesor y a la tercera lección, huyó despavorida. Intentaron hacerla jugar al bridge y luego al tenis, pero tampoco hubo caso. Muchos años después, cuando ya era famosa, declaró: "Eso sí, nadaba bastante bien y andaba a caballo. Lo que realmente me gustaba era manejar coches. Si hubiera nacido en otra generación, tal vez habría corrido carreras. Siempre tuve autos deportivos. Ahora tengo un Lancia que me enloquece. Yo digo, entre matarme con un Lancia y que me mate un colectivo, prefiero el Lancia. Pero soy prudente. No tanto porque cuide mi vida, sino porque cuido el auto"[1].

Un día leyó en la revista *El Hogar* un poema de Manuel Mujica Lainez que la conmovió. Como se trataba de "un muchacho conocido", le preguntó a su hermana Laura, "que ya iba a *cocktails*", si lo había cruzado alguna vez. "Por supuesto —le respondió Laura—. Es alto, pálido, y usa capa". Ella lo imaginó parecido a lord Byron.

Poco después, Laura invitó a Manucho a comer a su casa. "Recuerdo con horror el vestido marrón con cuello de encaje que me puse esa noche; posiblemente me pasaba la combinación pues me ocurría a menudo, tenía puestos los anteojos pese a la preocupación de Laura por que me los sacara. Pero era miope, mucho más que ahora, dado

que la miopía mejora con la edad. Esperé en el *living* la llegada de lord Byron. Al oír el timbre me acerqué a la escalera y vi, con una desilusión imposible de ocultar, a un joven de tez rosada, ojos un poco inyectados de sangre, pelo oscuro con rizos muy apretados. No era tampoco alto, y por supuesto no usaba capa. Debí haberle dicho cosas desagradables y él nunca fue lento para responder".

"Por aquel entonces, Silvina y yo peleábamos mucho. Luego nos hicimos amigos, muy amigos, y seguimos peleando. Naturalmente, con todos sus defectos, la quiero. Hay demasiado tiempo entre nosotros", recordó a su vez Mujica Lainez[2].

Al conocer el escudo de la familia Bullrich, que contiene un par de cuernos, Manucho intentó burlarse: "Así que ustedes llevan cuernos…". "No, nosotros los ponemos", le contestó ella.

Cuando estaba por cumplir quince años, el 6 de septiembre de 1930, estalló la revolución que derrocó a Hipólito Yrigoyen y en el país se interrumpió por primera vez el orden constitucional. Aunque hasta entonces su padre no se había ocupado de política, "estaba de moda llamar a Yrigoyen 'El Peludo' y estar en contra de su gobierno. Supongo que eso se debía a que nos movíamos en un medio conservador".

Rafael Augusto Bullrich subió a su familia en su *voiturette* y salieron "como para un corso". "Toda la ciudad estaba en la calle. Algunos policías nos hacían cambiar de rumbo, volver para atrás. Ese día, por primera vez en mi vida, le oí a papá decir una mala palabra; le dijo 'pelotudo' a un vigilante. Nosotras no podíamos creer a nuestros oídos. No conocíamos esa palabra; insisto, no teníamos hermanos varones y en aquel entonces no se usaba hablar mal".

Su madre volvió con ellas en un taxi y el doctor Bullrich se quedó en la plaza del Congreso. "Quizá pensaba encontrarse con alguien, lo ignoro. Solo recuerdo nuestro terror cuando llegó con su ropa siempre impecable algo arrugada, porque había tenido que echarse al suelo cuando comenzó el famoso tiroteo en el que murieron tres o cuatro personas. La ciudadanía 'oligarca' estaba indignada, como si no fuera natural que en una revolución murieran algunos, sobre todo los jóvenes militares. Manucho escribía: 'Sequemos las lágrimas y tú no te inquietes/ Mujer de los velos de negro color/ Las armas al hombro

están los cadetes/ En torno del trono de nuestro Señor'. Esos versos, si mal no recuerdo, aparecieron en *La Nación*".

La revolución del 30 despertó su primera adhesión política: se enamoró del general José Félix Uriburu, al que relacionó con los héroes de sus novelas francesas. En su dormitorio colocó una foto del militar golpista cruzada con una cinta argentina. "Así comenzó mi período de argentinismo, mi deseo de conocer nuestra historia y hasta de enterarme que había una literatura argentina", dijo.

En otro escrito hizo este comentario: "Mi generación nació durante la guerra del 14-18 y sin duda fue acunada por canciones guerreras. Si creemos a los psicoanalistas, todo lo que oímos en la cuna se graba en nuestra mente y deja rastros en nuestra personalidad. Aún recuerdo algunas canciones que vociferábamos a los cuatro o cinco años con institutrices francesas".

A los diecisiete, y gracias a un dinero que le prestó su madre, publicó *Vibraciones*, un libro que reúne poemas que venía escribiendo a partir de los catorce, aunque pocos lo sabían. "Después lo sacó de su currículum. Sin embargo, es un libro que en su momento me gustó", continuó Victoria Pueyrredón, quien me facilitó uno de los pocos ejemplares que existen y del que reproduzco "Sacrilegio", su poema preferido:

Un pedestal de oro y una estatua de yeso
Que yo soñé soberbia cegada en mi quimera
El pie se tambaleó y por su propio peso
Rodó el dios hecho polvo. ¡Y es todo lo que era!

Si te he querido un día, que voy dejando lejos,
Era porque mi amor hizo de ti un ideal.
Fue por él que brillaste, envuelto en sus reflejos;
¡Pero eras muy pequeño para ese pedestal!
Todos somos pequeños para un amor sincero
Si no somos capaces de comprenderlo bien
¿Quién no apartó ternuras que estorban el sendero?

Acaso estos reproches merezco yo también.

Pero un favor siquiera te debo en mi existencia:
El haberme enseñado, por fin, la indiferencia.

A diferencia de lo que sucedió con Beatriz Guido, a quien su padre siempre apoyó, el doctor Bullrich no estimuló a su hija en su carrera literaria y se indignaba cuando ella afirmaba que sería una escritora importante. "Ninguna mujer llega a ser universal", solía reflexionar.

En realidad, no tenía prácticamente ningún apoyo. *Manucho* Mujica Lainez, por ejemplo, insistía en seguir tomándole el pelo: "Déjenla escribir, es barato y no le hace mal a nadie", dijo alguna vez, y Silvina no lo olvidó. Muchos años después, en su novela *Te acordarás de Taormina*, hizo que alguien le dijera a la protagonista cuando esta había afirmado que quería ser escritora: "Es barato y no molesta a nadie".

Cuando cumplió los dieciocho pudo concretar su primer viaje a París y se dio finalmente el gusto de conocer los museos, los teatros y los quioscos a orillas del Sena de los que tanto había oído hablar. Al volver, le pidió a su padre que la dejara trabajar. "Él me dijo que no era necesario; yo insistí. Nunca pude soportar ser mantenida. Lo primero que necesito para sentirme afirmada sobre la tierra es ganarme mi vida. Mi padre lo comprendió y me nombró su secretaria".

Sin embargo, el doctor Bullrich no entendió del todo sus ansias de independencia. Cuando Arturo Palenque Carreras —un estudiante de Derecho que jamás había trabajado— le pidió la mano de Silvina, le dijo: "Espero que mi hija nunca tendrá que trabajar".

Nacido en Rosario, Palenque Carreras provenía por rama materna de una de las familias más antiguas de Santa Fe. Cuando Silvina cumplió veintiún años se casaron, y ella inmediatamente abandonó "ese empleo ficticio" de secretaria de su padre.

"Pasamos nuestra noche de bodas en el Plaza Hotel, en Buenos Aires. Contraté una pequeña orquesta que tocaba desde una terraza a la cual daba nuestra habitación. Silvina, cuando oyó música, abrió la ventana y se encontró con ese regalo inesperado", recordó alguna vez Palenque, un caballero de la época que, pese a todo lo que sucedió después, jamás habló mal de su mujer. Ella, sin embargo, dijo: "Luego de una luna de miel apasionada empecé a conocer el tedio, las largas

horas, el vacío, la falta de sentido de la vida".

Según una íntima amiga de la infancia, cuando Silvina se puso de novia con Arturo Palenque estaba todavía enamorada de un novio anterior que la había abandonado, y en el que se inspiró para escribir muchos de los poemas que aparecen en *Vibraciones*. "Se casó con él sin amarlo. A su familia tampoco le convencía Palenque, un muchacho desgarbado, sin demasiadas luces ni atractivo, y además pobre. Pero ella igual se casó".

"Cuando yo tenía veinte años, en el ambiente en que crecí el mundo parecía tener un solo porvenir que ofrecer a las mujeres: el matrimonio, y por supuesto la maternidad. Nadie a mi alrededor había discutido todavía la necesidad de que este estado fuera una vocación; parecía que el solo hecho de haber nacido mujer obligaba a tener una vocación conyugal y maternal; de esos conceptos equivocados vinieron los estrepitosos fracasos conyugales de gran parte de mi generación", recordaría años después.

A los diez meses de casada nació Daniel Palenque Bullrich, su único hijo, con quien tuvo siempre una relación conflictiva: "No sé si las demás mujeres serán como yo, pero nunca me parecí menos a mí misma que mientras esperaba a mi hijo. Perdí vitalidad, dormía diez o doce horas diarias, apenas podía leer, no lograba escribir una línea, no podía soportar el café ni el cigarrillo. A los diez minutos de nacer mi hijo, prendí un cigarrillo y pedí un café. Apenas mi hijo hubo nacido, sentí saciada esa ansiedad por procrear que se llama instinto maternal y decidí que nunca más tendría otro hijo".

Mientras tanto, la relación con Palenque Carreras iba de mal en peor. Su marido ensayaba diversos empleos que le conseguía la familia para ganarse la vida, y el matrimonio ya era un "brete en el que nos habíamos metido y dentro del cual pataleábamos sin saber cómo salir. Algo anduvo mal muy pronto pero nos costó mucho admitirlo".

Su hermana Laura —quien se había casado con un hombre de fortuna— les pagaba la niñera, y una tía de Arturo Palenque se hacía cargo del alquiler. Por otra parte, "el hogar de nuestros padres apuntalaba nuestra unión. Todos nos reuníamos allí a las horas de las comidas y ese clan unido permitía soportar las dificultades del propio hogar. A la noche, después de comer, Arturo solía quedarse con mis

hermanas jugando a las cartas y yo volvía a casa a escribir".

Aunque comían todas las noches en la calle Galileo, el padre de Silvina no los apoyaba demasiado. "Yo no puedo ayudar a gente que tiene auto", dijo alguna vez el doctor Bullrich, aunque según comentó Silvina, "teníamos un Fiat Balilla de segunda o tercera mano que dormía en la calle, y mediante cinco pesos el portero nos lo limpiaba y lo lavaba de tanto en tanto. Lo necesitábamos para trabajar, y aun cuando no lo hubiera necesitado, yo nunca pude vivir sin auto".

1. *Gente*, 1978.
2. Oscar Hermes Villordo, *Manucho. Una vida de Mujica Lainez*, Planeta Biblioteca del Sur, 1991.

Nace una escritora

Mientras vivía la frustración de su matrimonio y criaba a su hijo a los tumbos, Silvina escribió su primera novela, *Calles de Buenos Aires,* y decidió empeñar un brillante que le había regalado su madre para poder publicarla.

En *Calles de Buenos Aires* se anticipan los temas que luego desarrollaría en *Bodas de cristal, Los burgueses* y tantas otras obras. Allí aparecen las mujeres que buscan llenar su tedio en casas de alta costura, partidos de bridge y amantes varios (preferiblemente casados con sus amigas más cercanas), y los hombres preocupados por las conquistas fáciles, el dinero y la figuración. Una sociedad que conocía a fondo y a la que siempre se había rebelado, aunque no lo suficiente como para apartarse.

Entre tantos personajes monocordes, se destaca un pintor exitoso que seguramente representa el sentimiento de la autora: "De haber nacido en Europa hubiera querido descollar entre tantos otros que descollaban, hubiera querido encontrarse a sí mismo entre tanto humano asentado, de una raza fija, de una raza que tiene amigos y enemigos ancestrales. Mortales que saben lo que es la muerte porque conocen la guerra y saben lo que es la vida porque valoran la palabra paz. Pero aquí, qué le importaba ser alguien, si el país entero gritaba: 'No somos nadie'. Y el dolor de su tierra era su dolor".

En esa época estalló la Segunda Guerra Mundial, y las simpatías familiares se dividieron. El doctor Bullrich, educado en Francia, era naturalmente aliadófilo, pero Arturo Palenque Carreras, quien había militado en la Alianza Nacionalista Argentina, se declaró a favor del Eje. Silvina decidió mantenerse equidistante: "Yo consideraba que se podía ser nacionalista y aliadófila", comentó.

A pesar de que a partir del golpe de Uriburu había comenzado su etapa "de argentinismo", ella amaba Francia. No apoyó el nacionalsocialismo como tantos "niños bien" de la época —incluidos sus cuñados y su marido— aunque intentó justificarlos en estos términos: "Es imposible detener el avance de los tiempos, y nuestros

padres, al intentar hacerlo, lanzaban al mundo una generación falseada. Los hombres habían encontrado una magnífica venganza que les ofrecía la guerra del 39: se volcaban al nazismo. Hay que admitir que estaban mal informados, que no solo la Argentina sino el resto del mundo tardó en creer en la realidad de ciertos horrores, y los 'niños bien', que gozaban haciendo rabiar al papá liberal y aliadófilo, buscaban la revancha de una generación más que la absurda doctrina nazi. Pero la rebelión de los hijos, que en una generación consiste en ir a bailar tango en lo de Hansen, en otra dejarse crecer la melena, en la nuestra fabricó una imprevista oligarquía nazi. Las mujeres no teníamos esa válvula de escape".

Tiempo después logró rescatar el brillante que le había regalado su madre y lo volvió a empeñar para publicar *Saloma,* una novela en la que —seguramente influenciada por sus vagas ideas nacionalistas— brega por una marina mercante argentina, que en esa época no existía. Muchos años después, en *Mañana digo basta,* decidió que la protagonista fuera la viuda de un marino mercante muerto en un naufragio.

Saloma, el canto silencioso con que los marineros acompañan su faena, es el nombre que el protagonista elige para bautizar su pequeño velero, con el cual huye de las previsibles charlas de sus amigos en las carpas del Ocean Club de Playa Grande. Salvando las diferencias, es en un punto similar al personaje de *Calles de Buenos Aires*: sin llegar a tomar la decisión de apartarse de su ambiente, es el encargado de cuestionarlo.

Al año siguiente a la aparición de *Saloma* publicó *Su vida y yo*, novela que siempre se negó a reeditar "por parecerme simplemente mala y no aportar al estudio de mi obra ni a la comprensión de mis libros posteriores". Hoy es inhallable.

Silvina siempre recordó la época de su matrimonio con Arturo Palenque y sus inicios literarios como tremendamente sacrificada. "Quinientos ejemplares, doce horas de trabajo diarias, traducciones, radio, periodismo. Una vida dura que hizo de mí lo que soy", dijo.

Hacía crítica de teatro en el programa radial *Diario oral femenino,* ocupación que consideraba "muy divertida". "Iba al teatro a la tarde (en esa época había teatro de tarde), volvía apurada, escribía la nota,

comía cualquier cosa y me iba a la radio. La audición era a las diez de la noche", recordaría muchos años después[3].

Había comenzado a relacionarse con el ambiente intelectual y poco después conocería a Eduardo Mallea, quien dirigía el Suplemento Literario de *La Nación.* Empezó entonces a escribir en ese diario y lo seguiría haciendo siempre. "Mallea no me ayudaba sino que me gritaba: 'Esto no es digno de Silvina Bullrich'. Y yo me quedaba mirándolo; por primera vez alguien opinaba que un cuento mío no era 'digno de Silvina Bullrich', ergo, Silvina Bullrich existía, era alguien, aunque fuera una promesa".

También comenzó a tratar a Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, y a asistir a las reuniones que organizaban en su tríplex de la calle Ecuador. "Borges comía allí todas las noches, Pepe Bianco casi todas y yo muy a menudo. Éramos fervorosos, inteligentes, lúcidos, vivíamos para las letras, para el placer siempre nuevo de leer y de discutir literatura". Su relación con este grupo (que no compartía con Arturo Palenque) se mantuvo a lo largo de toda su vida, aunque no fue tan idílica como intentó describirla. Además de la literatura los unieron los celos, las envidias, y toda la gama de pequeñas traiciones y mezquindades que hacen a la naturaleza humana.

En 1943 consiguió que la editorial Emecé publicara su novela *La redoma del primer ángel,* y obtuvo el Premio Municipal de Prosa junto con Manuel Mujica Lainez y Pilar de Lusarreta. "Papá se quedó de una pieza cuando me llamaron a Galileo a la hora de comer para comunicarme la noticia. No podía creerlo. Le pareció una distinción injusta. Llegó a interrumpir una discusión sobre el libro diciendo: 'No vale la pena seguir discutiendo, no tiene bastantes valores para eso'.".

Siempre lamentó que un padre "tan querido, tan valioso, tan admirado", la menospreciara por el solo hecho de ser mujer. "¡Qué extraña rivalidad hay entre padres e hijos! Quieren tener hijos valiosos pero temen ser superados. ¡Como si yo pudiera superarlo a él, que hizo avanzar en un siglo los estudios de cardiología en la Argentina y que descubrió tantos cuadros de un valor incalculable en cuchitriles de anticuarios de barrio!".

En *La redoma del primer ángel* continuó tratando los temas que ya había esbozado en *Calles de Buenos Aires* y *Saloma*: los estereotipos, las

injusticias, el rol deslucido de la mujer en la sociedad. La novela está dividida en dos partes: *Anverso* (donde los personajes pertenecen a la clase alta) y *Reverso* (que transcurre en un ambiente de gente humilde, desde donde intenta una tímida crítica social). “Hoy lamento que falte la clase media, pues era la única, según he podido observar luego, que conservando valores y defectos, principios y prejuicios del pasado, tenía una visión clara del porvenir y formaba a sus hijas mujeres para la lucha por la vida, las hacía entrar a la universidad, impedía ese ‘mal del siglo’, esa neurosis tediosa que germinó en la clase alta y yo pinto en esta novela”, comentó años después.

En la época en que apareció este libro, se suicidó la misteriosa señora de Correa. Al acompañar a su madre a la casita humilde donde esta alquilaba una habitación, Silvina supo por fin de quién se trataba. “Mi corazón se oprimió. Sobre la cómoda había una taza de té con leche por la mitad. Abrí el cajón de la mesa de noche. Vi una foto mía en vestido de baile, otro recorte con mis primeros versos. Ella seguía mis pasos, me apreciaba”, recordó en sus memorias.

Su madre le explicó que su tía se había portado muy mal con ella a la muerte de sus padres: “Había abierto la caja de seguridad, y además se había divorciado y vuelto a casar”. Además, “un señor le había escrito a mi padre diciéndole que estaba harto de que esa mujer con la que había tenido relaciones se aferrara a él que era casado, que lo perseguía”.

“Quizá tenía una enfermedad incurable, quizá estaba harta de vivir. Pidió que le dieran una suma de dinero a un joven mecánico amigo de ella, sin duda su amante, al cual le debía según sus líneas mucha ternura y compañía. Nadie se la dio. Yo no tenía un peso, vivía de la generosidad ajena, de mis esfuerzos denodados en periodismo, traducciones mal pagas y un sueldito de Arturo”.

Al poco tiempo, su padre murió de un infarto. “Sentimos, y con razón, que el mundo se desplomaba sobre nuestras cabezas. Tardamos algunos días en comprender que la casa iba a deshacerse como la de mi abuela, que los cuadros sabiamente elegidos y atesorados, que los objetos adquiridos uno a uno con amor y sacrificio, que todo eso iría a manos extrañas. Ni siquiera sabíamos que papá no dejaba fortuna, que mamá debería restringir su tren de vida, mudarse a un departamento,

que perderíamos nuestro verdadero hogar".

Rafael Augusto Bullrich era dueño de la segunda colección de impresionistas del país, pero esta debió ser vendida en el peor momento: en plena Segunda Guerra Mundial, los valores estaban en baja. De todas maneras, Silvina terminó heredando una suma considerable.

Ocho meses después continuaría la tragedia: también murió su querida hermana Laura, en este caso de cáncer. "Le cerré los ojos. Otro entierro, y todas las lágrimas que ella no había vertido las vertía yo. Yo sola, yo en instancia de divorcio, con una madre destruida, con un propio hogar hecho trizas, con un chico al que mantener sin un peso en el bolsillo, aunque no pensaba en eso ni tampoco comprendía que estaba por cobrar la herencia de mi padre. Lloraba, estaba sola, quería estar sola, no ver a nadie, no recibir visitas de pésame, llorar, llorar, llorar".

Aunque seguían conviviendo, a esa altura Silvina y Arturo Palenque habían dejado de dirigirse la palabra.

3. *La Nación*, 1979.

Bodas de cristal

A partir de *La redoma del primer ángel*, Silvina nunca dejó de publicar. Su siguiente libro fue *La tercera versión,* donde un escritor mediocre le confiesa a una mujer que está a punto de abandonarlo su imposibilidad para sostener una relación. Seguramente influenciada por la famosa *best seller* francesa Françoise Sagan —con quien se sentía identificada en esa época— urde una trama de ambigüedades con final abierto que resulta interesante.

Luego vendría una biografía de George Sand, escritora con quien también se identificó ya que provenía, como ella, de una familia importante, había optado por la vida bohemia de París y "exageraba el símbolo de la igualdad entre los sexos vistiendo ropas de hombre". Hasta tal punto llegó la identificación, que años después se disfrazó de George Sand para una fiesta organizada en un crucero.

A esa altura, los vestidos baratos de su infancia ya eran cosa del pasado. Era extremadamente cuidadosa de su imagen y, a tono con la época, usaba impermeables y sombreros de ala ancha, con lo que lograba un aire parisino tipo *nouvelle vague*.

Siguió luego *Historia de un silencio,* una novela intimista que remite en parte a *La tercera versión*, y por ende a Françoise Sagan. El narrador recuerda un verano en el Tigre Hotel durante su adolescencia, cuando fue testigo de un triángulo amoroso formado por una prima bastante mayor, su marido y un noble español con el que coincidieron casualmente.

Para esa época, Silvina ya estaba separada de Palenque. Si el matrimonio había durado diez años, había sido simplemente porque "éramos una generación más vacilante ante el divorcio que la actual". Aunque las causas eran muchas, según Daniel Palenque Bullrich, lo que su madre no podía soportar era que su padre no ganara plata. "Es bastante llamativo que cuando se separó de ella se hizo millonario, aunque después perdió todo", me dijo.

Como tantos jóvenes nacionalistas de la época, Palenque había adherido al peronismo en 1945. Poco después de su separación,

consiguió, a través de amistades y contactos, que Juan Domingo Perón lo trasladara a Europa para ocuparse de la compra de armamentos. “Y así, de la noche a la mañana, sin tener ninguna experiencia en materia de armas, sin conocer Europa, con el solo dominio del francés, se instala en París y crea su base operativa: tanques, obuses, municiones, ametralladoras y cuanto artilugio bélico es lanzado al mercado, es adquirido por Arturo para el ejército argentino”, recuerda Ovidio Lagos es su libro *Argentinos de raza.*

Se trataba de un negocio de millones de dólares, y allí fue cuando su vida pegó un gran salto, aunque no por mucho tiempo. “El error no consistió en gastar dinero en forma desmesurada —algo que suelen hacer los hombres de negocios— sino en su inveterado diletantismo, que lo acompañaría hasta el fin de sus días”, continúa Lagos.

Separada de Arturo Palenque, joven, con una profesión interesante y dinero propio, Silvina decidió iniciar una nueva etapa. Lo primero que hizo fue someterse a una cirugía estética de nariz. “Yo creo que ahí su imagen perdió carácter, porque en esa época las narices operadas eran todas iguales, respingadas. Tengo un retrato que le hizo Mariette Lydis en el que aparece con su nariz verdadera, pero en general en todas las fotografías de esa época aparece de frente”, recuerda su hijo.

Mariette Lydis era profesora de dibujo de su hermana Laura, quien estaba casada con Jorge Pereda y vivía en la casa de sus suegros, el palacio Pereda, actual sede de la Embajada de Brasil en Buenos Aires. Fue allí donde conoció a Silvina y le hizo el retrato.

Se instaló en un departamento con su hijo, contrató a una mucama alemana y a una cocinera, y como era “mala ama de casa”, todos los días iba a almorzar a lo de su madre, y de noche salía a comer afuera con amigos. “Íbamos a un restaurante, luego a bailar a Gong, después de Gong a comer sandwichitos a Pompadour para seguir la fiesta y a menudo a comer un puchero en El Tropezón. Me ha pasado llegar a casa cuando Daniel salía para el colegio”, escribió. Aunque no lo cuenta en sus memorias, tuvo también una cantidad de amantes y romances ocasionales. “Después de las siete de la tarde solo salgo con hombres”, solía decir.

“Las parejas de mi madre eran siempre hombres inteligentes y destacados”, me aseguró Daniel Palenque Bullrich, quien sin embargo

agregó: “Pese a que le importaba muchísimo la plata, no estaba dispuesta a casarse con un hombre solo porque fuera rico. Un importante banquero le propuso matrimonio y no aceptó”. Silvina habla en sus memorias de “un banquero muy respetuoso que no parecía sentir la menor atracción por mí pero deseaba tener una mujer que estuviese a su altura, que no le quitara lustre sino que por el contrario lo hiciera más brillante. Por desgracia, no soportaba su presencia más de dos o tres horas en un teatro o restaurante. Siempre tuve la mala suerte de no poder encauzar mis sentimientos hacia hombres que me convenían”.

Defendía su independencia y, según decía, “debía trabajar mucho para mantener ese tren”. Decidió vender unos departamentos ocupados e instalar un tambo, del que se encargó activamente. “Cuando compré mi campo lo hice después de esta reflexión: los trabajos femeninos dan chirolas, hay que buscar una inversión que signifique el trabajo de un hombre. ¿En qué trabaja en la Argentina un hombre sin carrera liberal? ¿En qué invierte su plata un hombre si quiere trabajarla? No hace empanadas, ni bocadillos para cócteles, ni pone una *boutique*: compra un campo”. Se entusiasmó con las tareas, que realizó personalmente durante varios años.

La relación con su hijo jamás fue fácil. “Yo nunca le dije que las frutillas eran caras o que se privara de un dulce; sabía que esperaba que se lo dijera para hacerme un reproche, como me lo hacía cuando yo vacilaba entre un traje más caro que el otro. Se vengaba inconscientemente de ser el hijo único de un hogar desunido. Yo era el cuco, la mano de hierro, el ojo de su conciencia. Yo había aceptado de una vez por todas la responsabilidad de su mantenimiento y de su educación. Me gusta que lo que hago salga bien. Cuando me propongo hacer algo lucho para que mis esfuerzos no fracasen. No quería un hijo débil, blando, mimado como el único hijo de mamá; no me permitía buscar, acunándolo entre mis brazos, una compensación por las terribles pérdidas que había sufrido y seguiría sufriendo: él tendría su propio destino y mi dolor no me justificaría convertirlo en idiota, analfabeto, regalón. Perdí a mi único hijo pero hice de él un hombre”. Cuando Silvina viajaba, Daniel se quedaba con su abuela, en el campo o en las casas de veraneo de sus primos.

En esa época contrajo tuberculosis, enfermedad que también padeció Marta Lynch en su juventud. Los médicos le prohibieron salir, trabajar, escribir a máquina, y eso complicó aún más el vínculo con su hijo. “Yo estaba aterrorizada. Daniel y yo teníamos que vivir y comer, yo debía estar en cama todo el día, alimentarme bien y no trabajar. Mi renta no alcanzaba para esos milagros; Jorge Pereda, mi cuñado, pagó toda mi enfermedad”.

Daniel pasó el verano con su abuela en Mar del Plata, pero al llegar marzo el médico le explicó que era un peligro para su hijo tenerlo consigo. Como consideró que su madre no estaba en condiciones de educar a un chico de once años, optó por ponerlo pupilo. Él nunca se quejó, pero un día se escapó.

“Estaba desesperada. No podía tenerlo conmigo por prescripción médica pero tampoco podía mandarlo de nuevo al colegio. Era un chico de una belleza extraordinaria, sus ojos claros y rasgados, su tez suave, su pelo rubio ondeado, y yo debía reprenderlo en vez de tomarlo en mis brazos: ‘Sobre todo no lo bese’. ‘Por supuesto, doctor, no soy una ignorante’. Ni mi enfermedad me permitía abrazarlo ni mi sentido de la disciplina me lo hubiera permitido. Lo mandé a su cuarto. Y me quedé sentada sola en mi escritorio mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. ¿Qué hacer? Lo cambié de colegio y él aguantó, pero era demasiado chico o insensible, no lo sé, para comprender que yo me debatía entre la impotencia, la ausencia de quienes me hubieran acompañado y aconsejado, la falta de dinero, la imposibilidad de volver a trabajar y la prohibición de tenerlo conmigo. Él no podía saber que éramos dos chicos huérfanos frente a un mundo cruel”.

Logró curarse un año y medio después, aunque le quedó como secuela un leve enfisema pulmonar que se agravaría con el tiempo y sería la causa de su muerte. Cuando le dieron el alta, su hijo volvió a vivir con ella, aunque no por mucho tiempo.

“Yo me pude escapar de todas mis prisiones —agregó Daniel Palenque Bullrich—. Le agradezco el mundo de la inteligencia y el haber vivido rodeado de libros, pero le reprocho, entre muchas cosas, el haber sino una madre ausente. Era muy dura y evitaba de alguna manera el amor; a lo mejor ponía una barrera porque tenía miedo de

enamorarse de su hijo. Ella siempre decía que el amor no tenía límites y que con sus amantes sabía demostrarlo, pero no lo sabía conmigo. Se lamentaba de lo caro que era mantener un hijo, pero se alegraba de lo barato que era vivir en el Ritz. De chico sufrí muchísimo esas cosas".

En sus memorias, efectivamente, Silvina recuerda con nostalgia lo bien que los argentinos de entonces la pasaban en París: "Eran épocas de mercado negro. Cuando me entregaron la suma que yo había comprado en francos franceses desde Buenos Aires, era tal la montaña de billetes que no sabía cómo aplastarlos para que entraran en mi caja de seguridad del Ritz".

En esa época, Arturo Palenque Carreras —que se encontraba en pleno momento de riqueza por la venta de armas— decidió deslumbrar a su ex mujer y a su hijo y los invitó a París. "Los hospedó en el hotel George V, con su correspondiente automóvil y chofer", recuerda Ovidio Lagos.

La experiencia, que Daniel Palenque Bullrich recuerda con dolor, fue narrada por Silvina en sus memorias: "Mi ex marido, que había ganado una inmensa suma de dinero pero no nos pasaba ni un céntimo, nos invitó a Daniel y a mí a Europa. Hay demasiadas cosas de ese viaje que no puedo ni quiero recordar". Se refiere a las constantes fiestas y despilfarros de Arturo Palenque, que a su juicio no eran buenos para su hijo, "solo un chico entre personas mayores desgarradas, inocente y perdido entre la maraña de hechos desgarradores e irreparables. Su abuela paterna, que vivía junto con su padre y otros amigos en el George V desde hacía un año, lo abrazaba sin cesar, lo mimaba; olvidaba que mientras ellos estaban en París había tenido que estar pupilo porque su madre estaba tuberculosa".

Al tiempo, Palenque volvió a la Argentina y se instaló en el Alvear Palace Hotel, "en el amplio departamento del primer piso que se abre a la esquina de la avenida Alvear y Ayacucho, *suite* que pocos años después ocuparía Gina Lollobrigida, y se dedicó a gastar el último centavo que había ganado en Europa", cuenta Ovidio Lagos.

Cuando la siguiente novela de Silvina, *Será justicia,* ya había sido entregada a la editorial, decidió detener su publicación porque estaba terminando su obra siguiente, *Bodas de cristal*, y "estaba segura de que con ella demostraría que era capaz de hacer una novela perdurable".

Será justicia recién se publicaría veinte años después, y allí se anticipan en parte los temas que trataría en *Bodas de cristal*: infidelidades, matrimonios que subsisten por la fuerza de la costumbre, personajes que seducen por aburrimiento, por inercia, por no encontrar algo mejor que hacer.

Bodas de cristal es la novela más sólida que había escrito hasta el momento. Allí ya se reconoce el estilo personal que le sería característico y le depararía tanto éxito. Muchas mujeres se sintieron identificadas con la historia de esta señora burguesa que durante la mañana siguiente al festejo de sus quince años de casada, mientras su marido todavía duerme, hace un balance de su matrimonio. Allí aparece el nacimiento de su hijo, y la descripción cariñosa y poco complaciente del prototipo del hombre porteño con quien se casó: buenmozo, seductor, machista, infiel. La también prototípica protagonista recorre cada una de sus infidelidades y desmenuza la institución matrimonial en un entorno que no excluye los campos, los veraneos y el servicio doméstico.

"Fue el primer libro que le publicamos nosotros y funcionó bien bastante pronto —contó la entonces directora de Editorial Sudamericana, Gloria Rodrigué—. En esa época mi abuelo, Antonio López Llausàs, estaba a cargo de la editorial y fueron muy amigos con Silvina, tenían una relación tanto social como laboral".

A partir de *Bodas de cristal* empezó a ganar dinero con sus libros, aunque durante toda su vida se quejó por falta de plata. "Ella siempre se quejaba, pero tenía", me aseguró Victoria Pueyrredón.

El pasajero del jardín

Silvina viajaba a París frecuentemente. En uno de esos viajes arregló con una amiga para ir al teatro, y esta llevó al empresario Marcelo Dupont. "Nos quisimos inmediatamente y, como dice Stendhal, 'lo quise tanto en el primer minuto en que lo vi como en los momentos más intensos de nuestra vida'. Así nos quisimos nosotros, sin una vacilación, sin una duda, con un amor muy lindo, muy pleno, muy digno, con el cuerpo y con el alma, con un amor total".

Tenía treinta y seis años y Marcelo cuarenta y nueve. Él era casado, y aunque aparentemente no lo sabía, estaba enfermo. En París se descompuso varias veces y decidieron entonces volver a Buenos Aires. Después de una temporada difícil, de encuentros clandestinos, Marcelo decidió dejar a su mujer.

"Conocí a Silvina cuando mi padre todavía estaba casado con mi madre. Un día estábamos en Playa Grande y cuando nos íbamos, papá me dijo que llevaríamos con el coche a una amiga. Recuerdo perfectamente que tenía puesto un traje de baño verde", me contó uno de los hijos de Marcelo, Gregorio Dupont.

Marcelo Dupont era abogado y dirigía un importante laboratorio, propiedad de su familia. Tenía tres hijos de su primer matrimonio: Teresa, que nunca aceptó a Silvina, y Marcelo y Gregorio, con quienes tuvo una excelente relación.

"Silvina siempre me quiso mucho, creo que me parezco bastante a papá y eso seguramente influyó. Tenía un metejón enorme con mi padre. Él le tomaba bastante el pelo y cuando ella largaba alguna de sus frases sentenciosas, decía: 'Miren mi monito, las cosas que dice. A ver, monito, decí alguna otra cosita'. Y en lugar de reaccionar como hubiera hecho cualquier otra persona, ella se la bancaba", recordó Gregorio.

Se instaló con Marcelo Dupont en la quinta de su nueva suegra, en Boulogne. "De ahí que al escribir muchos años después *Los pasajeros del jardín* lo haya situado en un parque y un vivero; porque el jardín era nuestro marco, la paz de la naturaleza era lo que necesitábamos".

Marcelo iba a trabajar por las mañanas "y el resto del día nos pertenecía, caminábamos entre los árboles al atardecer, comíamos junto a la chimenea en las noches heladas, de un invierno muy frío, un verdadero invierno para una pareja feliz".

"Cuando papá se fue a vivir con Silvina yo tenía diez años y mi madre, que era una mujer bastante dura y con un carácter muy difícil, me dijo que si seguía viéndolo caería en pecado mortal. No me resultó fácil, pero pude liberarme del asunto y me fui a pasar un verano con ellos. Yo adoraba a mi padre y con Silvina, aunque tenía sus cosas, me llevaba muy bien", continuó Gregorio Dupont.

A raíz de la muerte de un hermano, Marcelo debió hacerse cargo de la dirección del laboratorio y se instalaron en Buenos Aires, en un departamento que compró Silvina en la calle Sinclair con el dinero que obtuvo de la venta de su tambo. "Marcelo no disponía de dinero líquido, como suele ocurrirles a los industriales", contó ella.

Su hijo Daniel debió seguir viviendo en la casa de su abuela. "Marcelo me había dicho: 'Me costaría mucho no vivir con mis hijos y vivir con un hijo ajeno… con el tiempo…'. Por supuesto. Era cuestión de tiempo. Había un escritorio arriba y yo estaba edificando otro cuarto y un baño. Planes, siempre planes que nunca salían". Nunca más volvió a vivir con su hijo.

Ya instalados, comenzaron a llevar "una vida de relaciones muy agradable. Nuestra casa era acogedora; yo vivía para arreglar los centros de mesa, elegir los individuales, comprar centolla o langosta, dejarme adular por los invitados. Y cuando Marcelo me preguntaba por qué no escribía, yo no podía explicarle que nadie escribe cuando mira la arruga del individual de linón, ayuda a cortar centolla en la cocina, observa la temperatura de los vinos y va a las buenas casas de alta costura y a la peluquería. Él se enojaba y me decía que si tuviera mi facilidad escribiría sin cesar. '¡Escribí!, me casé con vos porque no sos una gansa como las otras', me repetía. 'Dejame ser feliz, Marcelo. Dejame que me deje estar, que disfrute de esta felicidad. Escribir aleja de la realidad y yo no quiero alejarme de ella. No necesito una evasión'.".

Durante los años en que Silvina vivió con Marcelo escribió un solo libro, *Teléfono ocupado*, solo para darle el gusto. "Era un libro fácil y

divertido que aún goza del favor del público", comentó. Se dedicó también a la adaptación de *Bodas de cristal* —que Argentina Sono Film había comprado para el cine— junto a Enrique Cahen Salaberry y Luis Elizalde. Sin embargo, la novela recién se filmaría en 1975, con la dirección de Rodolfo Costa Magna y las actuaciones de Alberto Closas, Susana Campos y Soledad Silveyra.

En esa época murieron su hermana menor, Marta, y su sobrina María Marta, en un accidente de aviación. Estaban en Europa pasando una temporada, y unos días antes de la fecha estipulada, y sin existir razón aparente, Marta decidió adelantar el viaje de vuelta junto a su hija. Por ese cambio de último momento, murieron las dos. "La muerte de Laura ya había sido un golpe muy fuerte. Con Marta, la menor, era menos unida, pero igual fue bravísimo. Había perdido a sus dos hermanas y eso fue algo que la marcó mucho", aseguró Victoria Pueyrredón.

Pese al sufrimiento, tenían planeado un viaje a Europa y lo hicieron. "Mi deber hubiera sido renunciar, quedarme con mi madre, que tuvo el tacto de no reprocharme que siguiera viva cuando mis hermanas habían muerto. Ellas eran más útiles que yo; no escribían. Es cierto que Marta no la acompañaba a los médicos, ni a hacerse radiografías como lo hacía yo, pero tenía un hogar formado donde mamá podía encontrar al atardecer alguna hora de refugio. Yo era una escritora. Un ser maldito, como diría Baudelaire. Alguien a quien no se puede perturbar. Alguien que no sirve en una familia. Y para colmo divorciada. Y vuelta a casar. Mamá nunca me pedía nada. No hizo un gesto, no dijo una palabra para retenerme. Tenía un arma mejor y la usó hasta el final: me juzgó sin condescendencia a los ojos de mi hijo".

Pocos meses después, la enfermedad de Marcelo volvió a manifestarse. "Desde entonces me pregunté muchas veces: ¿de haber sabido que tenía un cáncer de riñón, me habría casado con él? Y nunca encontré la respuesta adecuada. Hoy, en la serenidad de la madurez, digo: no. Entonces tal vez habría dicho: sí".

Marcelo Dupont murió después de una larga agonía. "Silvina me llamó para explicarme que papá no tenía salvación. 'No quiero que sufra y tiene unos dolores espantosos. Si vos estás de acuerdo, podemos darle morfina', me dijo. La diferencia es que sin la inyección

podría haber sobrevivido una semana o diez días y con la inyección murió a las cuarenta y ocho horas", me dijo Gregorio Dupont.

"Para ella la muerte de Marcelo fue un golpe mortal. De los demás hombres que tuvo en su vida ninguno le importó", aseguró Victoria Pueyrredón.

Tal vez no haya sido el único, pero indudablemente fue un gran amor. Habían vivido juntos cinco años.

Contándolo todo

A pesar de sus audacias, lo cierto es que Silvina se comportó en muchos aspectos en una forma bastante convencional. “Le gustaba escandalizar, pero en el fondo estaba atada a todos los convencionalismos de la clase alta”, me comentó el empresario Horacio Rodríguez Larreta (padre), quien la conoció en esa época. Las instituciones burguesas no le resultaban indiferentes, y el matrimonio civil revestía para ella una gran importancia.

Por no existir en la Argentina de ese momento el divorcio vincular, nunca pudo casarse con Marcelo Dupont. Sin embargo, durante el gobierno de Juan Domingo Perón hubo un corto período en el cual la Argentina admitió el divorcio, y ella aprovechó para regularizar su relación con Palenque. “A los veintitrés años pedí firmar con mi nombre. A los veintiocho pedí la libre administración de mis bienes porque mi padre había muerto. A los treinta y ocho pedí la disolución de un vínculo matrimonial sin sentido. Fuimos un puñado los beneficiarios por esa ley y son millones los que nos envidian”, dijo.

Pero Dupont no era divorciado, y Silvina debió enfrentar todos los prejuicios de la época. En sus memorias recuerda que hubo un sacerdote, el padre Lío, al que le pidió que hablara con su madre, que se negaba a recibir a la pareja. “El padre, indignado, me contestó que nuestra unión era pecaminosa, y que una mujer que vive con un hombre es como una mujer de la calle. Le contesté que sabía poco de mujeres de la calle y de mujeres enamoradas en serio. Que si un hombre dice ‘esta es mi mujer’ y una mujer dice ‘este es mi marido’ ante el mundo y ante Dios, no lo hace a tontas y a locas sino con un profundo sentido de responsabilidad. Después de una conversación larga en la cual se ablandó, le dije:

—Padre, mi hermana mayor ha muerto, solo tengo otra hermana. Si mi madre se niega a recibir a mi marido yo no la veré más ni cuando esté en el cajón. Tome usted ante Dios la responsabilidad de reemplazarme cuando ella me necesite si por desgracia muere mi otra hermana (cosa que efectivamente sucedió poco después).

“Este argumento le pareció decisivo y mamá por su consejo nos recibió ‘siempre que no viviéramos bajo su mismo techo’. No podíamos, por ejemplo, ir a su casa de Mar del Plata”, contó Silvina.

Al morir Dupont sufrió varios desaires. “Era socia del Ocean Club y porque había dejado de pagar durante dos veranos por estar casada con Marcelo, negaron mi condición de socia. Fue un escándalo bajo, vil, indigno de lo que debería ser una clase dirigente, pero no supo serlo, de ahí todos los males de nuestro país. Esa oligarquía débil, incapaz de responderse entre sí, trajo daños irreparables, dejó instaurarse dos gobiernos peronistas, consiguió que sus hijos se convirtieran en guerrilleros y que el peronismo, con Cámpora como presidente de la República, ganara en el Barrio Norte cuando las últimas elecciones”, declaró en 1980.

“Después de muerto Marcelo la gente se regodeaba pensando que no me había dejado nada, que yo lo pasaría muy mal. La paraban a mamá por la calle para preguntarle: ‘¿Le dejó algo?’. Era odioso”.

Sin embargo, había tomado sus precauciones. “Tengo un espíritu práctico y realista. Conozco mis derechos y cuando sufrí el golpe de ver morir a Marcelo pensé que al menos nada cambiaría materialmente en mi vida. Sabía trabajar desde muy joven, poseía mis bienes propios y nadie tendría el derecho de discutirme cada objeto”, dijo, para después agregar con despecho: “Di lo que mi generosidad, que hoy considero enorme, me llevó a dar. También confieso que ya no lo haría, pues la ingratitud de la gente llega a límites inconmensurables”.

El departamento de la calle Sinclair donde vivían estaba a nombre de Silvina. “De haber sido ese departamento de Marcelo me habrían puesto en la calle con mi atadito de ropa y hubiera tenido que entrar a discutir, a pelear, a defender cada mueble llevado por mí, hasta los cuadros que me quedaban de mi padre”.

“Todos parecían creer que me había casado en gran parte por interés —dice más adelante—. ¿Qué puede dejarle a una mujer un hombre casado y con tres hijos en un país sin ley de divorcio? El quinto. Me lo dejó, pero yo entregué a sus hijos toda la platería, la que él había comprado en un remate para hacer la separación de bienes, el juego de té, el samovar, los cubiertos, las fuentes, además de copas de bacará,

un dibujo de Raffaëlli, sillas y muchos objetos más. Aunque su mujer vino a buscar todo en una camioneta y sus hijos eran mayores y lo sabían, nunca me lo agradecieron; el menor, Goyo, que tenía quince años, no lo recuerda siquiera".

Marta Lynch y Beatriz Guido también eran divorciadas y tampoco pudieron casarse con sus parejas definitivas. Sin embargo, no se animaron a afrontar públicamente estas historias, más bien trataron de ocultarlas. Aunque íntimamente sufrieron la falta de una libreta matrimonial, jamás tomaron el tema del divorcio como una causa. Silvina era más segura socialmente y nunca sintió la necesidad de aparentar. Fue más honesta y, a su manera, luchó por los derechos de la mujer como no lo hicieron sus dos colegas y rivales. Y aunque muchas veces se percibe un fuerte rencor, lograba la adhesión de un público mayoritariamente femenino, que se sentía reflejado. Pero no le importó en lo más mínimo la contrapartida de semejante sinceridad, que consistió nada menos que en la exposición pública de su entorno familiar.

"Ella siempre habló de ella, de sus problemas, de su vida, de su gente. Habló hasta de sus médicos. Un domingo tuvo un problema de salud y como no pudo encontrar al médico, escribió un libro titulado *A qué hora murió el enfermo*. Recuerdo que una vez criticó a un escritor amigo porque consideró que estaba especulando con su vida, aprovechando su vida para escribir. Yo le dije: 'No sé cómo te puede llamar la atención, cuando sabemos perfectamente que hay escritoras argentinas que siempre especulan con su vida para escribir sus libros'. Y no habló más, porque supo que yo estaba criticando lo que ella hacía. En eso era honesta, porque reconocía las cosas y decía lo que pensaba", recordó Victoria Pueyrredón.

A Daniel Palenque Bullrich le costó leer *Mis memorias,* el libro autobiográfico que escribió su madre. "Lo he leído poco porque me duele bastante, involucra a los demás en cosas que no deberían ser públicas. Nosotros tuvimos una relación muy conflictiva y enfrentada. Ella era una personalidad muy fuerte y el hijo de una personalidad semejante tiene que enfrentarla para poder volar. O se diluye en el útero materno o la enfrenta. Tenía un narcisismo enorme y la gente así cree que las cosas le son debidas".

No solo contó intimidades en gran parte de sus libros. También grabó un disco autobiográfico titulado *Silvina Bullrich por ella misma*, donde con la voz gangosa que la caracterizaría siempre, recuerda su matrimonio con Arturo Palenque Carreras en estos términos: "Me encontré perdida en un departamento en vez de la casa amplia de cuatro pisos y jardín de la calle Galileo. Muy sola. Con un marido desorientado como yo. Sin entrar a juzgarlo ni ahondar en nuestros malentendidos, que terminaron en el divorcio, diré que era un hombre fantasioso, que no creía en la lenta y oscura labor cotidiana, sino en los negocios rápidos y brillantes. Justamente el mundo contrario al nuestro, el más apartado de mi modalidad, en el que la lucha vale mucho más que el triunfo, y el prestigio mucho más que el dinero. Por otra parte, nunca pude penetrar en ese mundo ni entenderme con quienes creen en esos valores. No me importa si sus piruetas hacen bien o mal, son simplemente vidas que no me interesan. Mi escala de valores es otra y en ese sentido soy muy intransigente".

Palenque no soportó las declaraciones con el mismo estoicismo que los demás e inició acciones legales contra la empresa editora, solicitando el inmediato secuestro y retiro de la venta de *Silvina Bullrich por ella misma*. Pero fiel a su estilo caballeresco, decidió no demandar a Silvina. "Considero de mal gusto cualquier ataque a una persona que hace muchos años he querido. No he iniciado querella alguna contra la señora Bullrich, sino contra algunos comerciantes que, por afán de lucro, divulgaron los errores de Silvina. No me hagan ninguna otra pregunta porque no contestaré. Es una norma que me impuse desde que nos separamos hace más de veinte años", declaró[4].

4. *Gente*, 1968.

La soledad

Al año siguiente de la muerte de Dupont, Silvina viajó al Festival de Cannes enviada por el diario *La Nación.* Al igual que Beatriz Guido y Leopoldo Torre Nilsson —que habían viajado con las latas de uno de sus films— intentó relacionarse, conocer actores y fotografiarse con ellos.

"Llegó a Cannes como periodista, pero la integramos a la delegación argentina —recordó Horacio Rodríguez Larreta (padre), quien había viajado junto a Beatriz y Torre Nilsson—. Nos hospedamos todos en el Hotel Martinez, en cuartos simultáneos, y recuerdo que Silvina —que era sin duda una señora gorda— se espantaba por las exclamaciones eróticas de Babsy y Beatriz, que todos escuchábamos y a veces no nos dejaban dormir. Un día nos invitó a almorzar un empresario argentino riquísimo, que tenía una gran villa. Recuerdo que a su lado tenía a un chico joven de una belleza extraordinaria, al que acariciaba constantemente. '¡Qué desastre, qué inmoralidad!', decía Silvina por lo bajo. El chico resultó ser Alain Delon, que en esa época filmó *A pleno sol* y se convirtió en estrella. Esos días de convivencia me permitieron ver la forma en que se movía y se esforzaba por mostrarse como una personalidad fuerte y transgresora. 'Soy la Françoise Sagan argentina', decía". Más adelante —y salvando las distancias— su modelo pasaría a ser Simone de Beauvoir.

Durante ese viaje estudió las posibilidades que tendría de instalarse en París, y llegó a la conclusión de que podría hacerlo. Hacia allí viajó, pero las cosas no resultaron tan fáciles. Se sintió muy sola y debió llenar sus largas tardes vacías, "cuando todos tenían un lugar en el tablero de París mientras yo seguía siendo un apéndice", con trabajos esporádicos. Tradujo un libro de Roger Peyrefitte, envió algunos artículos a *La Nación* y escribió *Mientras los demás viven,* una novela inspirada, en cierto modo, en su historia de amor. "¡Qué lindo título tan mal aprovechado! Lo dediqué a 'Marcelo, mientras los demás viven'. Pero la herida era muy reciente, estaba todavía abierta y aún sangraba, entonces inventé una trama cualquiera, hice una pareja

mediocre, sin la nobleza de nuestra unión. La verdad solo pude escribirla años después en *Los pasajeros del jardín*, cuando ya la herida estaba cicatrizada, aunque mientras la escribía las lágrimas corrían por mis mejillas".

Después de un año y medio, decidió volver. "El hecho de tener una madre y un hijo en la Argentina seguramente influía sobre mis decisiones", dijo, aunque Daniel siguió viviendo con su abuela. "Le consentía todo mientras yo, eso lo recuerdo bien, llegaba para obligarlo a levantarse, para conseguirle un puesto tras otro, que él abandonaba cuando yo me distraía pues no sabía ser subordinado, pero yo consideraba que trabajar mientras se estudia es una disciplina necesaria. Además, debía ya ganarse la vida en serio. A los veintiún años no se puede seguir dependiendo de su madre y su abuela. Fui muy severa con él y aunque él reconoce que tuve razón, siempre me guarda rencor".

"Su sueño era que yo tuviese un buen sueldo seguro en una empresa, pero jamás pude trabajar en relación de dependencia. Fue muy difícil. Además, si bien mi abuela me quería muchísimo, no sabía demostrar los afectos. Ninguno de nosotros tenía la capacidad de comunicar cariño. Mi madre y mi abuela se llevaban pésimo y peleaban constantemente", recordó Daniel Palenque Bullrich.

"Pese a que no se llevaban bien, Silvina se ocupó de su madre en la vejez. Administró sus bienes con rigor de hierro y todos los mediodías iba a su casa a supervisar qué le daban de comer", me aseguró la escritora María Esther Vázquez, que fue su amiga, y aunque reconoce sus defectos la considera "una mujer admirable".

En sus memorias, Silvina también describe los sentimientos que le provocó Daniel cuando le anunció que iba a casarse: "Estaba pasando una situación económica difícil y no pude ayudarlo. Al principio, temí tener que volver a cargar con otro hogar, con nuevas dificultades. Por fortuna se desenvolvió solo, venció los escollos y logró triunfar".

Tampoco tuvo una buena relación con la mujer de su hijo, y eso provocó nuevos reproches y distanciamientos. Sobre el tema familiar publicaría años después un ensayo, *Carta abierta a los hijos,* que declaró haber escrito "porque el desencuentro generacional dentro del seno de la familia me tocaba muy profundamente".

Una noche, en una comida, conoció a un médico casado, Alejandro Pavlovsky, y volvió a enamorarse. La relación, sin embargo, solo le acarreó sufrimiento. “En verdad, no le deseo a nadie vivir una pasión destructiva —comentó—. Hay una edad en que se puede sufrir de amor sin destruirse, pero a los cuarenta y cuatro años es demasiado tarde para esas agonías. Destruyen a cualquiera, pueden conducir a la locura o al suicidio. Yo me sentía al borde de las dos cosas”.

Después de Marcelo Dupont nunca volvió a tener una pareja estable, y frecuentemente se quejó por esto. “Me siento sola siempre, después de que enviudé de mi segundo marido me he sentido sola siempre. He nacido para estar casada, pero por distintas circunstancias no me casé por tercera vez. Es muy difícil casarse tres veces, ya tenés mucho miedo. No te podés equivocar. Con el primero me equivoqué, con el segundo enviudé. No puedo hace el papel de una persona que vive casándose, pero a mí me gusta vivir con un hombre. Sufro mucho cuando viajo sola. Por ejemplo, la gente me dice al saber que fui a Cannes: ‘Qué bien lo pasó, cómo se distrajo’. Y no es así, porque en el Festival de Cannes almuerzo y como sola. Me siento sola en el cine. Es muy triste estar sola en el avión y llegar sola a los aeropuertos, al hotel donde no te han reservado un cuarto. Frente a la vida me siento muy sola. Siento miedo a la vida, esa es una verdad innegable. La gente ha nacido para vivir en pareja, siempre se lo digo a Beatriz y Torre Nilsson. Los envidio a ellos, a Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, y a todas las parejas para las cuales sus trabajos y sus personalidades van juntos. Fijate que a mí, con la personalidad que tengo y el nombre que ya tengo hecho, me es muy complicado. Muchas manías, un carácter fuerte, un montón de costumbres que me hacen muy difícil plegarme a otro hombre. Los hijos no son la pareja. Yo creo en la pareja: Adán y Eva. Salvo por esas madres muy madrazas. A nadie le nace: ‘Hay que proteger a Silvina’. Cuando digo algo así todo el mundo se ríe, me dicen: ‘No sos tan fuerte’. Y eso es un drama para mí. No creo que exista nadie tan fuerte. Tan fuerte para vivir totalmente solo. A nadie le gusta, creeme. Tienen que ser dos, ser uno es un clavo. Mirá, dos personas son un mundo y una persona es la mitad de sí mismo. Todas las matemáticas se estrellan contra esta realidad. Y cuando en tu vida interviene el éxito todo se complica, porque el éxito

molesta. Los que te quieren dicen: 'Si tenés éxito no te quejes', piensan que con eso ya tenés mucho. Los que no te quieren dicen: 'Que se embrome, ya tiene éxito'. No se imaginan", le comentó a una revista[5].

Su relación con Pavlovsky le inspiró su siguiente novela, *Un momento muy largo,* donde describe las vicisitudes de Bárbara, una joven intérprete de idiomas que inicia una larga decadencia a partir de su relación con un hombre casado. Al terminar de escribirla, según contaba, tuvo un tímido intento de suicidio.

Pese a que la relación con el médico se mantenía en secreto, mucha gente estaba al tanto. A tal punto que un conocido librero recuerda que un día entró una señora a su librería y le dijo: "¿Me da el libro ese sobre Pavlovsky que acaba de salir?".

Un momento muy largo fue su siguiente gran éxito. Por esa novela obtuvo el Premio Municipal, que además de los honores significa una pensión de por vida. "Con esa manía de prever el futuro y una posible pensión, me presenté para obtenerlo. Cuando hago las cosas legalmente nunca me equivoco", dijo.

Años después, cuando ya había ganado mucho dinero con sus libros, intentó obtener también el Premio Nacional, que le hubiera significado otra pensión. Fue con su novela *Los pasajeros del jardín*, y seguramente además del dinero le interesaba algún tipo de reconocimiento. Pero debió conformarse con el segundo premio, y se quejó enormemente por esto.

Un momento muy largo fue llevada al cine, con la actuación de Elsa Daniel y el italiano Venantino Venantini. El director debía ser su amigo Román Viñoly Barreto, con quien había trabajado en la adaptación, pero finalmente se impuso un director extranjero, Piero Vivarelli.

En esa época trabajó también en la adaptación de *Hijas de la alegría,* el *best seller* de Guy des Cars, que bajo el título *Bajo un mismo rostro* filmó Daniel Tinayre, con las actuaciones de Mirtha y Silvia Legrand.

"Era muy difícil de hacer y yo no tenía el menor oficio en la materia, pero soy tan trabajadora que nunca rechazo un trabajo. Cada tantos días, Tinayre llegaba a casa, leía mi adaptación y sin el menor miramiento ni pedir disculpas rompía todas las páginas o gran parte de ellas y las echaba al canasto. Yo volvía a empezar aterrorizada. Era

como la tapicería de Penélope. Al fin le gustaba algo y así terminamos al cabo de un largo esfuerzo por tener un monumental libreto para una película que debía durar unas cinco horas. Como eso no era posible, Tinayre fue cortando hasta lograr una película de unas tres horas y media. Una vez filmada, hubo que volver a cortar; de ahí las fallas de ese libro, que pudo ser muy atractivo".

Hijas de la alegría es la historia de una monja y una prostituta, hermanas mellizas. "Lo más grave como adaptadora era la terquedad de Tinayre al querer que la prostituta, que debía ser personificada por Mirtha, pareciera una niña bien del siglo pasado, y no me permitía que cuando se acercaba al bar a levantar programas pidiera un whisky: era su mujer.

'Pero Daniel —le decía yo—. ¿No te das cuenta de que ha de ser más fácil prostituirse en un estado de semiebriedad, y es mucho más perdonable que en plena posesión de sus facultades?'.

Nada lo convenció, mi prostituta pedía jugo de tomate o de naranja".

Silvina obtuvo el premio a la mejor adaptación, y el film fue seleccionado para representar a la Argentina en el Festival de Berlín, donde al terminar la proyección recibió una silbatina.

"Mirtha Legrand se portó como una reina. Se adelantó hacia el público y dijo: 'Señores, la señora Silvina Bullrich solo es responsable de la adaptación, no del libro ni de la dirección, ni de nuestra actuación. Me parece injusto que la reciban de esa manera'".

Pero de todas maneras los silbaron a todos. "Mirtha estaba desesperada. Tinayre lo tomaba 'con soda', como yo. No diré que nos gustó ni que nos dejó indiferentes, nos fastidió bastante y nos hizo reír un poco".

Más allá de los desplantes, su carrera de éxitos recién comenzaba.

5. *Gente*, 1973.

La novela social

En 1962, Marta Lynch irrumpió en la literatura argentina con su novela *La alfombra roja.* Basándose en sus experiencias junto al presidente Arturo Frondizi, allí describe las vicisitudes de un político inescrupuloso que llega al poder. Beatriz Guido, por su parte, integró los temas políticos y sociales a su literatura a partir de *Fin de fiesta*. Luego publicó *El incendio y las vísperas,* donde relata las vicisitudes de una familia conservadora durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón.

Silvina retomó con fuerza los temas sociales que ya había esbozado en algunas de sus primeras obras, como *Calles de Buenos Aires* y *La redoma del primer ángel.* Aconsejada por su apoderado, el contador Oscar Cacici (con quien mantuvo una larga relación y llegó a convivir durante un tiempo), publicó la saga compuesta por *Los burgueses, Los salvadores de la patria* y *La creciente.*

Los burgueses, publicado en 1964, significó un gran cambio en su literatura. El narrador (o narradora, en ningún momento se especifica su sexo) concurre a un almuerzo en la estancia familiar donde se festejan los noventa años de su abuelo. Sofisticado y culto, con algo de bohemio y amante de las artes, el abuelo fue vendiendo campos uno a uno, pero aún mantiene una fortuna que logra desesperar a sus herederos, decadentes reflejos de su clase. Es en estas nuevas generaciones, a las que muestra superficiales, chatas, esquemáticas y ordinarias, donde Silvina intenta reflejar la decadencia de un proyecto nacional. En los diálogos aparecen términos como acciones, bolsa y ministerios, que a partir de allí serían una constante.

Entretenida, ingeniosa y nada complaciente, es su mejor obra y aquella que terminó de cimentar su fama. Además de resultar finalista en el Premio Rómulo Gallegos (que finalmente obtuvo Mario Vargas Llosa con *La ciudad y los perros*), fue uno de los éxitos de venta más grandes de la literatura argentina y convirtió a su autora en el personaje que ya se venía perfilando: irónico, inteligente, mundano, distinguido e implacable con su propia clase social. Cuando le

preguntaban cuál de sus libros le gustaba más, invariablemente lo citaba.

"Yo situé a mis burgueses en un ambiente que no tenía nada de burgués. Solo quería demostrar que esa aristocracia del dinero era en realidad una burguesía, porque estaba patéticamente aferrada al dinero, obsesionada por la herencia, obsesión argentina si la hay, que no ha cambiado en nada con los avatares de nuestra moneda. Porque en la Argentina la herencia es obligatoria, y todo hijo y todo nieto sabe que solo puede ser desheredado del quinto o de sumas depositadas en cuentas numeradas en Suiza, cosa que no era corriente entre la aristocrática oligarquía, o como quiera llamársele, de hace un cuarto de siglo. Las familias seguían conservando sus estancias y sus propiedades, y si vendían un pedazo de campo o una casa era para comérsela. En verdad, se la comían alegremente, como ya habían hecho sus padres con gran parte de su fortuna. Cuando nuestra moneda valía en el mundo, hubiera sido una lástima no salir a disfrutar a Europa. Traían en cambio obras de arte, diseñadores de parques, pintores para sus cielos rasos soñando con la Capilla Sixtina. Las generaciones que vinimos después no supimos conservar nada. Era tan preanunciada la pendiente por la que se deslizaba el país, que ya nos parecía milagroso, y lo era, haber podido disfrutar de la vida y de los viajes como lo hicimos. El fruto del trabajo lo esfuma la ininterrumpida devaluación. Los hijos de los ancianos de *Los burgueses* han recorrido el mundo entero y han vivido en grandes hoteles durante largas temporadas, tienen amigos extranjeros, no han pasado como turistas por las calles de París ni de Londres. Los nietos ya son turistas cuando pueden, que no es muy a menudo. Los objetos útiles, desde el automóvil, el lavarropas o el horno a microondas, son por lo general lo más que pueden permitirse, y además les parecen indispensables. A nosotros también; nadie se imagina sin una heladera con *freezer,* pero de este tipo de civilización no queda nada. En mi novela, que es como una pared pintada sobre un fresco inamovible, donde rigen las leyes clásicas de unidad de tiempo, de lugar y de acción, los hijos del matrimonio Barros, es decir la gente de mi generación, es la que compone el grueso de los burgueses. Los ancianos no lo eran, los más jóvenes están estupefactos, se conocen

mal a sí mismos y todavía no comprenden que van a heredar migajas, si es que las heredan. Pero el tema central es en verdad la herencia y la declinación de una clase social que fue injustamente desposeída. Vienen compradores de todas partes del mundo a ver si queda algún buen cuadro olvidado, y los japoneses hurgan en los desvanes a golpes de avisos en los diarios para conseguir esas lámparas que desechábamos como 'una cachería'. Los burgueses están redimidos por algunos fragmentarios recuerdos del fasto del abuelo, por el personaje narrador cuyo sexo nunca se especifica, por una mujer que, pese a su natural codicia, aún quiere sobre todo correr hacia el amor", comentó en el prólogo de *Mis novelas escogidas*.

En 1965, un año antes de que el gobierno constitucional de Arturo Illia fuera depuesto por un golpe militar, publicó *Los salvadores de la patria*, una novela más lineal aunque también exitosa, donde el tema es la decadencia de la clase política.

Un ministro va a ser interpelado en la Cámara de Diputados, y dos de sus miembros, pertenecientes al partido opositor, planean su caída junto a la de todo el gabinete. Para lograrlo no dudan en utilizar aspectos de su vida familiar, sin tener en cuenta que en la defensa del ministro también aparecerán aspectos oscuros de la familia de uno de ellos. El más joven (y el único que no es rozado por estas historias) termina renunciando, harto de la banalidad, el espíritu acomodaticio, los arreglos bajo cuerda y los falsos privilegios. *Los salvadores de la patria* describe las miserias de la clase política, los grandes discursos inconducentes, la estructura de un Poder Legislativo ocupado en repartirse prebendas y favores mientras el pueblo vive cada vez peor.

En *La creciente*, un río metafórico arrasa con una también metafórica ciudad y sus miserias. "Se trataba de una ciudad sudamericana y quizá por eso su río era diferente del de las ciudades europeas. Todo lo sudamericano es diferente de lo europeo, cosa que entristece y humilla a los habitantes de ese continente y hasta los lleva a negar la realidad. Sus paisajes, sus hombres, sus elementos, sus acontecimientos políticos, sus ríos son diferentes". Aunque no llegó a tener el tremendo éxito de *Los burgueses*, y ni siquiera el de *Los salvadores de la patria*, alcanzó bastante difusión. "Es un libro totalmente revolucionario y nadie lo comprendió. Era un simbolismo total de las revoluciones

sudamericanas y no lo han comprendido o tardaron en comprenderlo", se quejó Silvina[6].

Arturo Jauretche, escritor nacionalista y otro gran *best seller* de la época, representante cabal de los sectores nacionales y populares, dedicó algunos escritos a Beatriz Guido y Silvina Bullrich, a quien describió como parte de nuestra *intelligentzia*, cuyo origen se remonta "al esquema inicial de civilización y barbarie". En su libro *Prosa de hacha y tiza* le dedicó un capítulo titulado "Una variante de la tilinguería".

Allí comenta un artículo que Silvina había escrito en la revista *Claudia*, en la cual decía que las mujeres argentinas buscan el amor para huir del aburrimiento. "El amor es el único antídoto contra ese vacío, contra ese hastío inconmensurable que no he hallado en mujer alguna de ningún otro país. En general, los argentinos se consideran desterrados (me refiero a los porteños y especialmente a las porteñas de las capas elevadas de la sociedad); quizá haya en nosotros nostalgia de la tierra de nuestros abuelos; quizá nuestro ser puje por recobrar las raíces europeas, hace apenas un siglo arrancadas de cuajo. La angustia del destierro asoma en cada frase: se envidia al que pudo regresar al terruño, a la lejana patria espiritual. Esta es la oficina; Europa es el hogar y se sueña con regresar a él", había escrito Silvina, y Jauretche comentó: "Ya saben, chicas: cada vez que sientan deseos de hacer un viaje a la patria ancestral, de salir de este país que es la 'oficina' para ir a Europa, que es el 'hogar', confórmense con resignarse a cerrar los brazos sobre otro ser humano. Si es del otro sexo, mejor".

Después de la publicación de *Prosa de hacha y tiza,* Jauretche y Silvina se encontraron en casa de amigos comunes. Ella le reprochó amistosamente su comentario y le regaló un ejemplar de su libro *La creciente* con esta dedicatoria: "A Arturo Jauretche, mi difamador, con la esperanza de que le demuestre mi verdad argentina".

Él escribió entonces otro artículo, donde dijo que *La creciente* "busca la verdad argentina, pero la busca desde los prejuicios de la *intelligentzia.* La que se derrumba es la ciudad ajena, y se derrumba precisamente porque la creciente expresa la realidad, el país real que surge con su propio rostro, que es el rostro argentino tal como lo había concebido la *intelligentzia.* Ahora tenemos una inteligencia auténtica,

que no está consagrada, pero que está en el camino real de la verdad argentina. Tal vez, si se afana en su búsqueda, Silvina encontrará su huella. Pero tiene que librarse de la *intelligentzia*, y eso es difícil".

"Silvina es tenaz y seguidora. La esperamos", dice al final de su artículo. Evidentemente, su discurso no le caía tan mal.

A los dieciocho años, Arturo Jauretche había sido secretario del Partido Conservador. Luego renunció, apoyó al radicalismo yrigoyenista, y fundó el grupo FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), junto a Homero Manzi. En 1943, también junto a Manzi, se entrevistó con Juan Domingo Perón. "Decidimos apoyarlo y se inició una política que yo llamé 'radicalizar la revolución y revolucionar el radicalismo', declaró más adelante. A partir de la revolución de 1955, cuando Perón fue derrocado, lo apoyó decididamente.

Su rechazo se dirigía más que nada a los sectores "gorilas", es decir, el antiperonismo liberal que representaba Beatriz Guido. Los sectores conservadores, en cambio, fueron en muchos casos —como el de Arturo Palenque Carreras— profundamente nacionalistas. Otro amor de Silvina, el historiador José María Rosa, también pertenecía a una familia conservadora, adhirió al revisionismo histórico y posteriormente apoyó a Perón.

Por otra parte, el contexto de la época estimulaba este tipo de debates. Revistas como *Primera Plana* y *Confirmado* publicaban fotos de escritores en sus portadas, y las novedades culturales y editoriales eran tema de discusión.

"El público empezó a conocer las caras de Leopoldo Marechal y Manuel Mujica Lainez. Hubo un mayor acceso a la literatura argentina y se produjo una especie de *mini boom*. Publicar escritores argentinos era un buen negocio", recordó Antonio Requeni.

"Era una época en que la literatura interesaba. Había reuniones literarias, todos nos conocíamos. Y el que no conocía a toda esa gente, lo que quería era conocerla", agregó Victoria Pueyrredón.

"Las presentaciones de libros eran un acontecimiento social. Los escritores iban a las presentaciones de sus colegas, y unos con otros se ayudaban a vender. En una presentación de Silvina, por ejemplo, estaban Manucho, Marta… A lo mejor tenían pica entre ellos, pero

también se acompañaban. Había pocas editoriales y todas éramos amigas, todo era más chico, más personal. Muchos escritores vendían, la literatura argentina tenía un buen espacio dentro de la sociedad y de Latinoamérica. Uno iba a cualquier casa y siempre había una biblioteca. Dentro de cierto ambiente, seguro que mucha gente había leído el último libro de Silvina, de Marta o de Beatriz. Hoy sale algún libro de un autor nuevo y la gente ni se entera", reflexionó Gloria Rodrigué.

"Lo que tiene de bueno ese período es que había interés en los escritores argentinos —agregó Eduardo Gudiño Kieffer—. Todo empezó a partir del *boom* latinoamericano, porque antes ni siquiera había un interés masivo hacia Borges o Sabato. A mí me vino muy bien porque entré en la cola, tanto es así que por un tiempo pensé que iba a poder vivir tranquilamente de la literatura. De cada libro de alguno de nosotros se vendían por lo menos quince ediciones. También nos invitaban más a la televisión: durante los nueve primeros años de Mirtha Legrand me invitaron todos los años, y a veces hasta dos veces por año. Y para hablar de libros, no de fútbol o política".

Sin embargo, el poeta Horacio Salas introdujo este comentario: "La clase media argentina pensaba que si leía los libros de ciertos autores, iba a escuchar a Julián Marías y leía el suplemento cultural del diario *La Nación*, tenía el barniz suficiente para ser culta. De ahí el éxito de libros como *Los burgueses*, de Silvina Bullrich. Con esa pátina de lectura ya tenían tema para hablar en los tés canasta".

"Había otras escritoras de esa generación que también eran importantes, como María Angélica Bosco, Syria Poletti, Luisa Mercedes Levinson y un montón de mujeres más. Silvina, como Marta Lynch y Beatriz Guido, eran autoras del momento. Ninguna vaciló en tocar temas políticos, lo cual en ese tiempo no era especialmente valiente, ya que no eran aún tiempos de tiranías", dijo Eduardo Gudiño Kieffer.

"Silvina era una autora que llamaba dos o tres veces por semana a la editorial, participaba mucho de la salida de sus libros. Quería que estuvieran en todas las librerías, y si no los encontraba en alguna, armaba un escándalo. Era bastante temperamental y se enojaba con facilidad. Llamaba por teléfono a las dos de la tarde, y como a esa hora nos habíamos ido a almorzar, se ponía furiosa y empezaba a gritar:

‘¡En esa editorial no trabaja nadie! ¿Cómo puede ser? ¡Llamo y nunca hay nadie!’. Nosotros le contestábamos: ‘Silvina, lo que pasa es que nosotros estamos desde las ocho de la mañana, vos recién te levantás’. Era una cara conocida y los lectores le escribían cartas, le hacían comentarios. Siempre se preocupó muchísimo por la plata”, agregó Gloria Rodrigué.

“Silvina era una linda señora burguesa que abría la boca y parecía un carrero. Era realmente muy llamativo para una parte del público, que creía que una mujer de apellido Bullrich debía hablar con voz finita y vocabulario relamido. Para la televisión era más importante su presencia como personaje que lo que escribía”, opinó Edgardo Cozarinsky.

Gudiño Kieffer recordó un consejo que le dio a Silvina mientras firmaba ejemplares en la Feria del Libro: “Poné muchas cosas en las dedicatorias, porque así la cola se hace más larga”.

“Consejo de Silvina Bullrich”, agregó Gudiño.

6. *Gente*, 1973.

Volver a las fuentes

En 1966, la llamada Revolución Argentina volvió a interrumpir el sistema democrático, y la fiesta cultural de los sesenta comenzó a declinar.

Silvina retomó entonces la literatura intimista con un nuevo éxito fulminante: *Mañana digo basta.* Así empezó su serie sobre Punta del Este, que continuaría con *Mal don* (donde volvió a incursionar en los temas políticos, aunque desde otra perspectiva), y *Los despiadados.*

Punta del Este fue un lugar especial en su vida. Había comprado un departamento en la Parada 8, que más adelante cambió por una casa en Pinares a la que llamó La Creciente. Un verano, La Creciente fue asaltada y decidió venderla. Adquirió La Bartola, su casa definitiva, a medias con el contador Oscar Cacici, con quien tenía una relación "más sentimental, más duradera y más profunda" que con otros amigos, y a quien estaba unida "por lazos sutiles e invisibles, separados por diferencias de caracteres, pero fieles a nuestro afecto". Sin embargo, nunca lo presentó como su pareja.

En La Bartola ("los ex propietarios decían que la había llamado así porque iban a 'tirarse a la bartola'; tiene gracia, pero yo no me tiro a la bartola"), se instalaba todos los veranos, desde noviembre hasta fines de marzo. Rodeada de pinos, jazmines del país y laureles florecidos, escribía en su vieja máquina portátil, cocinaba y recibía a muchísimos periodistas. También iba al cine, comía con amigos y frecuentaba las playas próximas al edificio Vanguardia y el club La Terraza, del que era socia.

También frecuentaba La Azotea, la mansión de Eduardo Víctor Haedo, ex presidente del Uruguay, "un hombre afectuoso y campechano que hizo de su casa un lugar al que los amigos podían caer todos los días a la hora de almorzar", y donde se reunía infinidad de gente: "Todas las personas de cierta importancia que transitaron por Punta del Este fueron una o muchas veces a La Azotea, aun los que estaban en desacuerdo políticamente con él. Él era blanco e iban muchos colorados. Él tenía visos peronistas y fue toda la oposición.

Aceptaba las ideas de cada uno y no intentaba imponer las suyas".

Beatriz Haedo de Llambí, hija del dueño de la casa, recordaba las habituales peleas entre su padre y Silvina, quien frecuentemente abandonaba la casa a los gritos jurando no volver nunca más. "Sin embargo la adorábamos, era una persona extraordinaria", me dijo.

Repartía el resto del año entre sus frecuentes viajes y su departamento en el edificio Versalles, de Callao y avenida Alvear, al que había decidido mudarse después de haber sufrido un nuevo asalto en el de la calle Sinclair. En ese robo, que fue a mano armada y, según presumió, había sido organizado por su mucama y "un inspector de policía que era su amante", debió entregar las joyas que guardaba en la caja de seguridad. Después de ese episodio, el departamento de Sinclair, que había sido "mi hogar, mi cueva, el lugar donde Marcelo fue feliz, agonizó y murió", comenzó a atemorizarla y se mudó entonces al edificio Versalles, que tenía servicio de mucama y vigilancia. Más adelante se trasladaría a un piso más amplio en la calle Coronel Díaz al 2000, donde también vivió muchos años, hasta que decidió volver definitivamente al Versalles.

La narradora de *Mañana digo basta*, una burguesa de mediana edad, pintora, viuda y madre de tres hijas adultas, decide un verano abandonar su rutina esteña para instalarse en La Paloma, un pequeño balneario de la costa uruguaya. ¿Qué busca? Paz, soledad, descanso de los *cocktails*, los vestidos de firma y la vida mundana. Allí se relaciona con personajes ajenos a su ambiente, y aunque es constantemente invadida por sus amigos y familiares, la experiencia le resulta gratificante.

Por medio de un diario íntimo va recordando los distintos hitos de su vida (su marido marino muerto en un naufragio, la pérdida de un amor posterior) y analiza despiadadamente la burguesía argentina, en este caso a través de los matrimonios y las amistades de sus hijas. Finalmente, cuando decide instalarse para siempre en La Paloma, su vida anterior vuelve a reclamarla: la invitan a la Bienal de Venecia y luego a Atenas para preparar los afiches del Teatro del Pireo. "Y bueno, ¿qué hay si en vez de ser hoy es mañana? —se pregunta en el último párrafo—. Pero seguro, seguro como que hay Dios: ¡mañana digo Basta!".

“El verano que salió, apareció una nota grande en la revista *Gente* y en un mes se vendieron cuarenta mil ejemplares”, recuerda Gloria Rodrigué.

Después de ese libro decidió cambiar de editorial: dejó Sudamericana por Emecé: “Dejó la editorial por un problema de dinero. Pidió un anticipo, le ofrecimos una cantidad, pero Emecé le dio más. Seguimos teniendo relación porque la mitad de sus libros estaban acá. Después hizo otro libro con nosotros, *Los monstruos sagrados,* y siempre siguió una relación de amistad”, continúa Rodrigué.

En *Los monstruos sagrados* tocó un tema que conocía en carne propia: las vicisitudes de los escritores de éxito, esas “personas que eligieron en los principios de su vida una carrera de soledad y meditación; pero las evoluciones que transformaron al mundo en una sociedad de consumo también hicieron de ellas ese objeto de consumo que es el vedetismo, zarandeado por todos los medios de publicidad, casi sin disponer de tiempo para su vida privada e incluso dejándose robar el tiempo que deben dedicar a escribir su obra”.

Durante esos años publicó también en otros sellos, como Santiago Rueda y Merlín, un ensayo sobre literatura titulado *Carta a un joven cuentista,* un libro de recuerdos de sus múltiples viajes, *El mundo que yo vi,* y una serie de estudios sobre Albert Camus, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, George Sand, Tennessee Williams y Pablo Picasso, entre otros, titulada *La aventura interior,* que años más tarde reeditaría Emecé.

Al comenzar a publicar en esta última editorial conoció a Jorge Naveiro, quien fue director de Emecé durante treinta y dos años. “Era muy exigente en cuanto a la presentación de los libros, las portadas y la publicidad que se hiciera. Seguía todas las instancias de publicación paso a paso. Los primeros títulos que le publicamos fueron *Carta abierta a los hijos, Entre mis veinte y treinta años* y finalmente *Los pasajeros del jardín*, un gran éxito”, recordó Naveiro.

Con esa novela ganó el segundo Premio Nacional de Literatura. Adolfo Bioy Casares recuerda una anécdota de esa época en sus diarios íntimos: “Yo había sacado el Premio Nacional de Literatura. En el quiosco de revistas, a la entrada del hotel Alvear, me encontré con Silvina Bullrich. ‘Vos ganaste el premio porque yo no me presenté; no

me presenté para que te premiaran a vos. Ahora te van a proponer que formes parte del jurado. Aceptá, yo me presento y vos me premiás'.". Cuando Silvina se fue, el diariero le comentó: "Qué amiga se mandó, Bioy".

Los pasajeros del jardín describe su relación con Marcelo Dupont y su posterior enfermedad. "Aunque habían pasado muchos años desde la muerte de Marcelo, el hecho de revivirla me hizo mucho daño. La escribía llorando. Sé que muchos la leen llorando. A poco de terminarla tuve una úlcera en el duodeno", recordó.

Fue llevada al cine con dirección de Alejandro Doria y las actuaciones de Rodolfo Ranni y Graciela Borges. A pesar de su tremendo éxito editorial, solo tres de sus novelas fueron filmadas: *Bodas de cristal, Un momento muy largo* y *Los pasajeros del jardín.* Los resultados en ningún caso fueron demasiado recordables.

"Durante la filmación no iba nunca, aunque a veces hablaba conmigo o con el director —recordó Graciela Borges—. Siempre renegaba de ciertas cosas. Por ejemplo, nosotros encontrábamos que Ranni estaba espléndido, pero ella quería que fuera más flaco para que se pareciera a Dupont. El gordo Ranni nunca va a ser muy flaquito, pero Silvina aborrecía que siguiera comiendo durante la filmación. Creo que en el fondo de su corazón quedó contenta, le gustó mucho la película. Hicimos un viaje a las cataratas del Iguazú y como era una escritora muy famosa, se la pasaba exigiendo cosas. Pedía autos, por ejemplo, y si no le hacían caso decía: '¡Es un auto para Graciela Borges!'. Yo me la bancaba, contradecirla era empezar la guerra. Como personalidad era muy conflictiva. Ella me quería y yo la quería, pero no era muy fácil saber hasta qué punto uno se podía dar y ella se podía entregar".

A esa altura, Silvina ya se movía como una reina. La escritora Estela Canto contaba que una vez que le propuso que salieran juntas a almorzar, le dijo: "Te conviene que te vean conmigo".

En una oportunidad, llegó tarde a una reunión y se justificó diciendo que la habían retenido unos admiradores que querían formar un comité para que le dieran el Premio Nobel de Literatura. Manuel Mujica Lainez, fiel a su estilo, le contestó: "¡Silvia (no la llamaba Silvina), por favor, no los dejes!"[7].

“Era muy franca, decía lo que fuera, de quien fuera y como fuera. Con quien era amiga, era buena amiga. Pero a quienes no quería, no los quería directamente. Discutía mucho y trataba de imponer sus ideas. Una vez estábamos comiendo en Punta del Este, en un restaurante de Gorlero. Empezó a hablar mal de una persona y yo salté. Un amigo que estaba ahí me dijo que era la primera vez que alguien hacía callar a Silvina”, recordó Victoria Pueyrredón.

“Conmigo fue particularmente mala. No lo digo por cuentos, lo digo porque lo comprobé yo mismo —continuó Gudiño Kieffer—. Una vez fui a la redacción de un diario a hablar con un periodista. Lo encontré hablando por teléfono y, sin decirme nada, me alcanzó el tubo para que escuchara. Era la voz de Silvina que estaba diciendo: ‘¿Por qué lo tienen ahí a Gudiño si es un tipo caído, que está en la lona?’. En general era grosera, decía cosas directamente chocantes. Sin embargo, la gente la quería, o por lo menos la admiraba, o le temía. El apellido Bullrich imponía mucho. Era una señora de la aristocracia que escribía libros que entendían todos, entonces la querían”.

“Tenía mejor relación con los hombres que con las mujeres. Era coqueta, femenina, se preocupaba por estar bien, por vestirse bien, por agradar. Después, con el tiempo, en algunos casos se volvió más agresiva —comentó Gloria Rodrigué—. Recuerdo que una vez yo estaba en la playa, en Punta del Este, con unos amigos. Conté que esa noche iba a comer con Silvina Bullrich y uno de ellos me dijo: ‘¡Con lo que me gusta leerla!, ¡cómo me gustaría conocerla!’. Entonces lo invité. Fuimos a tomar algo a su casa y después a comer afuera. Bastó con que este señor le dijera que le encantaban sus libros, para que Silvina se pasara toda la noche diciéndole cosas horribles. A mi amigo se le cayó el ídolo al suelo y nunca más me pidió que le presentara a ninguna otra autora. Cuando alguien la picaneaba para Silvina era mejor; en cambio, cuando la tratabas bien, era como que te pisaba. Si uno se hacía respetar por ella todo andaba fenómeno, si no, te avasallaba. Creo que era una cuestión de autodefensa, era una mujer que se hizo sola y logró lo que quiso por fuerza propia. En ese momento, dentro del grupo social donde había nacido, largarse a escribir no era fácil. Era muy peleadora y había gente que no la podía ni ver”.

“Era despiadada, hasta con seres miserables. Por ejemplo, una vez me dijo: ‘Los chicos esos que dicen que se mueren de hambre no se mueren de hambre. Si tienen la panza enorme’. ‘Tienen la panza enorme de hambre y de parásitos’, le contesté. Era un ser para huir, no para quedarse”, opinó Elvira Orphée.

Como todas las personas con enfermedades pulmonares, tenía una voz muy grave, masculina, de tono bajo. “Una vez me llamó por teléfono, se puso a discutir de mal modo y le corté. El teléfono volvió a sonar y cuando escuché su voz, le grité: ‘¡Otra vez, Silvina! ¿Por qué no te dejás de molestar?’. Y entonces escuché que me decían: ‘No soy Silvina’. Era un hombre. Confundí la voz de Silvina con la voz de un hombre”, recordó María Angélica Bosco.

7. Oscar Hermes Villordo, *Manucho*.

No soy marxista

“Considero que hace rato que debí haber sacado el Premio Nacional de Literatura. Incluye una jubilación y me parecería estupendo tenerla. Lógico, estamos entrando en regímenes cada vez más socializados, cosa que a mí no me preocupa porque no soy capitalista. Por eso quiero tener la protección que debe tener toda persona socializada. Es decir, al llegar a una altura de la vida tienen jubilaciones, ¿no es verdad?”, declaró a la revisa *Gente* en 1973, cuando el gobierno militar llegó a su fin y accedió al poder la izquierda peronista, con el efímero gobierno de Héctor J. Cámpora.

Ese mismo año publicó *Mal don*, su segundo libro sobre Punta del Este. No alcanzó el éxito de *Mañana digo basta*, pero sí le ocasionó un gran dolor de cabeza, producto de su afán por incursionar en temas que no llegaba a comprender.

“Con *Mal don* hubo un tremendo malentendido. Yo quería probar que en países de aluvión como los nuestros los resentimientos sociales no tienen por qué existir, pues el esfuerzo, el trabajo, la pertinacia permiten llegar muy lejos a cualquier persona humilde. Mi personaje era el nieto de una casera, el hijo del jardinero que alimentaba una mezcla de admiración y odio por los veraneantes que podían dejar en sus casas sábanas, mantas, vajillas, infinidad de objetos y utensilios que ellos debían comprar con sacrificio, y en cambio podían quedar sin que nadie los usara durante nueve meses en los chalets de los ricos que pasaban allí sus vacaciones. Cuando la vida le da a él la oportunidad de casarse con la hija de un banquero, es rico, feliz, tiene hijos encantadores, lo secuestran y lo matan. Es la serpiente que se muerde la cola. Sus antiguos compinches no le perdonaban lo que ellos llamaban traición a su clase y sus tácitos deberes con la subversión. Es un libro netamente antisubversivo, pero el Uruguay no lo consideró así. En verdad, sin advertirlo estaba apoyando la rebeldía de los tupamaros”, comentó.

El verano siguiente a la publicación del libro tuvo miedo de viajar a Punta del Este, ya que según contó, “los tupamaros me dijeron: ‘Vaya

no más, no le va a pasar nada'. No me pasó nada hasta que di un gran *cocktail* con un final de choripanes y vino tinto en el fondo del jardín. Al irse, cada invitado encontró un desastre en su coche. Uno tenía las cuatro gomas pinchadas; el otro, destrozados los limpiaparabrisas; el otro, su antena rota. En un resumen, yo podía ir pero no podía hacer gala de veraneante frívola y acaso adinerada. Ya comenzaba a perfilarse en mí la denuncia social y el alejamiento, lógico al transcurrir los años, de los problemas sentimentales".

La novela fue condenada en varios medios y Silvina se defendió a través de un reportaje. "Quise demostrar un problema muy importante en Sudamérica: que las clases sociales no existen. Que se hacen inmediatamente y se deshacen inmediatamente", dijo.

—Entre la izquierda y la derecha, ¿dónde se ubicaría? —le preguntó el periodista.

—Mirá, yo siempre fui rebelde, cuando era joven era muy rebelde, incluso mis libros son rebeldes. Me divorcié y me volví a casar cuando la gente estaba en contra. No soy una persona que vaya a misa los domingos ni que haga visitas de pésame ni nada. Mi vida es rebelde. Lo que pasa es que a mí no me quiere ni la derecha ni la izquierda. La derecha porque soy rebelde y la izquierda porque me cree rica; nadie sabe por qué, rarísimo, ¿no? Porque basta agarrar las planillas de réditos para ver que todo lo que tengo son ganancias de trabajo. No sé, el apellido Bullrich en un momento dado les pareció muy oligarca, tampoco comprendo por qué. Es un apellido de gente de trabajo, como casi toda la Argentina. Pero con la derecha total… ¿qué puedo hacer yo con la derecha? No sé, porque no soy capitalista. Creo que el mundo entero va hacia el socialismo de Estado, pero llevado con la cabeza, no con los pies, protegiendo además a las generaciones que no podemos hacer lo que no hemos hecho —contestó.

—¿Podría decirse que la derecha la considera resentida y la izquierda reaccionaria burguesa? —insistió su entrevistador.

—Lo de resentida me parece absurdo; es más lógico que me consideren burguesa. Todo nuestro país es burgués, nuestra izquierda es burguesa —replicó.

El periodista la increpó entonces diciéndole que, entre otras cosas, la izquierda le reprochaba su desconocimiento de los términos de

discusión, de las más elementales premisas. “Es lógico, no soy marxista”, finalizó[8].

“La política no me interesa ni tengo una ubicación exacta. Poseo un gran sentido de justicia social que la gente de derecha en general no tiene. Me parece absurdo que ciertas mujeres hagan un drama porque se les fue la mucama, y pavadas así. Pero por otro lado, la izquierda actual tomó el camino de una violencia que no conduce a nada”, agregó en otro reportaje[9].

A Silvina nunca le interesó tener una militancia política. La única vez que intentó una participación activa, se presentó como candidata a diputada por el Partido Demócrata Progresista, con Pedro Eugenio Aramburu como candidato a presidente y Horacio Theddy como candidato a vicepresidente. En las elecciones que ganó Héctor J. Cámpora, había votado por el radical Ricardo Balbín.

Sin embargo, durante ese gobierno —y a instancias de José María Rosa, con quien mantuvo una larga relación que comenzó en la década del cuarenta y según su hijo Daniel “tal vez haya sido su gran amor”— aceptó integrar el directorio del Fondo Nacional de las Artes, “porque no se trataba de nada político”.

Autor, entro otros títulos, de *La caída de Rosas*, *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas, El cóndor ciego* y una *Historia Argentina* de ocho tomos, José María *Pepe* Rosa se exilió en el Paraguay durante el gobierno de la Revolución Libertadora, y en 1973 fue nombrado embajador argentino en ese país por el gobierno peronista. Fue también embajador en Grecia, y sus aventuras con distintas mujeres en la sede de la embajada forman parte del anecdotario del ambiente diplomático. Es probable que haya ayudado a Silvina con el material de una de sus novelas exitistas, *Su excelencia envió el informe*, publicada en 1974, donde describe por dentro las vicisitudes de la vida de un embajador, y a la que calificó como “una especie de travesura, aunque no pude dejar de intercalar preocupaciones sociológicas”.

Al igual que *Pepe* Rosa, Arturo Palenque Carreras también simpatizó en esa época con el peronismo revolucionario: publicó un libro sobre la realidad política argentina que —según dicen— Perón tenía en su biblioteca, y actuó en el film *La hora de los hornos* de *Pino* Solanas.

Aunque Silvina se quejó frecuentemente porque, a su juicio, en el

Fondo Nacional de las Artes no le daban espacio, “podía en cambio impedir que se hicieran cosas que se habrían hecho sin mí. Por ejemplo, de haber estado un escritor peronista en la Comisión de Letras, habría hecho concursos para escribir odas a Isabel o a Perón, inventar cantos, marchas y otros aspectos de la adulonería oficial. Yo era una roca. Nadie podía pasar sobre mí”, comentó.

Al referirse a su actividad concreta, recordó haber organizado una exposición de manuscritos de valiosas personalidades argentinas: “Cuando no encontré manuscritos originales, teñí con té algunas páginas fotocopiadas de José C. Paz, por ejemplo. También estaban Bartolomé Mitre, Joaquín V. González, Rubén Darío, etcétera. Mi discurso fue fuerte y valiente. Afirmé que solo el pensamiento y el espíritu de los hombres quedan para la posteridad, y aquellos que usan el poder para ensalzarse a sí mismos y creen en los bienes transitorios, serán los más transitorios de los hombres. No asistió nadie del gobierno, ni de la Dirección de Cultura, del Ministerio de Educación, nadie, ni el más modesto de los edecanes, pero no me reprendieron, no me pidieron mi renuncia. Eso demostraba que yo era fuerte y hacía bien en quedarme allí. Era una valla de contención”.

Su actuación en el Fondo de las Artes le inspiró una novela posterior, *Reunión de directorio*. Transcurre en La Enjoyada, una isla tropical donde sus habitantes son devorados por la inercia. Nada funciona. Ni los ascensores, ni las heladeras, ni los teléfonos, ni el gobierno, ni la gente. La irresponsabilidad y los delirios de grandeza son constantes en las reuniones de directorio donde Cecilia, la protagonista, escucha planes irrealizables mientras no hay dinero para comprar azúcar o papel higiénico. Mientras tanto, el pueblo vive paradisíacamente en las playas, comiendo langostas y bañándose en el mar.

Renunció a su cargo el 24 de marzo de 1976, con el golpe militar: “Ya no me necesitaban, y yo suspiraba de alivio al recuperar mi libertad. Ignoraba la tendencia de los militares que iban a gobernarnos, pero yo ya tenía los nervios quebrados por haber dicho ‘me opongo’ durante dos años y no haber sido nunca escuchada. Solo me ocupé de pedir a la Dirección de Cultura que investigaran todo sobre mí y que me dieran una carta en la que constaba que nada me

impedía salir del país y volver a entrar. Por supuesto me la dieron y me fui alegremente a Roma, Barcelona y París".

No todos tuvieron esa suerte. El llamado Proceso de Reorganización Nacional inició el mayor período de represión de la historia argentina. Algunos escritores fueron secuestrados y asesinados, y muchos otros debieron huir del país. Muchos, también, pudieron quedarse, aunque en su mayoría intentaron permanecer en el anonimato.

Silvina, por supuesto, se quedó, y siguió con su vida habitual. En 1976 publicó *Te acordarás de Taormina,* otra novela de neto corte autobiográfico. Una señora mayor, obviamente inspirada en la figura de su madre, le escribe una larga carta a su hija, una escritora famosa, donde hace una especie de balance de sus vidas y su relación. Allí aparecen claramente su padre, su hijo, su primer marido y sus amores posteriores: Marcelo Dupont, el doctor Pavlovsky, José María Rosa y tantos otros. También hay largos párrafos dedicados a la señora de Correa, aquella hermana de su madre que ella nunca olvidó.

"Es una extraña mezcla de novela confesional y de denuncia. La persona que habla en primera persona es una anciana de ochenta y tantos años que se dirige a su hija y la juzga, la desdeña y le reprocha que haya sido mujer como sus hermanas. Me puse en el pellejo de mi madre, comprendí su decepción y también su indignación ante esa mujer que se elevaba por encima de las de su sexo, luchaba, se ganaba la vida, trabajaba, triunfaba, pero en el fondo para ella era, como todas las mujeres, una pobre mujer", recordó en *Mis novelas escogidas.*

Luego completó la saga de Punta del Este con *Los despiadados*, donde otra vez la protagonista es una mujer de cuarenta años en plena crisis matrimonial y existencial. En este caso, decide recluirse en la casona familiar donde transcurrieron los veraneos de su infancia y encuentra un mundo que creía perdido a través de fotografías y cartas. Ante la sorpresiva irrupción de tres intrusos queda encerrada, y a partir de allí la novela introduce la novedad de ser desarrollada en clave de suspenso.

"No está llamada a ser una joya de la narrativa contemporánea, pero logra entretener más y mejor que *Reunión de directorio*", dijo la revista *Somos*, una de las que en esa época le daba más espacio.

Durante los años de la dictadura también publicó *Escándalo*

bancario, donde describe las andanzas de la familia Baricucci y su llegada al poder económico. El deseo compulsivo de figuración social convierte a sus descendientes (a esa altura rebautizados como Bari) en banqueros y estancieros, pero su propia desmesura terminaría hundiéndolos.

"El rito se ha cumplido. Como en los últimos diez años, miles de argentinos partirán hacia sus vacaciones llevando en sus valijas, junto al imprescindible traje de baño, el nuevo *best seller* de Silvina Bullrich. Que se convertirá (quién lo duda) en el libro del verano", insistió la revista *Somos*. Debido al éxito, decidió publicar una continuación, que previsiblemente tituló *Después del escándalo*.

"Es un monstruo sagrado y lo sabe. Por eso, Silvina Bullrich se permite todo. O casi todo —siguió opinando *Somos*—. Silvina Bullrich es mucho más que una escritora. Es un fenómeno nacional".

8. *Gente*, 1973.
9. *La Opinión*, 1978.

Vender, vender, vender

“Tal vez toda mi trayectoria desde que tengo mucho éxito sea un error. Después de *Los burgueses*, el público me comenzó a presionar y el error fue aceptar esa presión. Tengo el problema contrario al de los autores que no encuentran editor. Me veo empujada a publicar rápidamente porque me apremian el público y la editorial”, confesó Silvina. A esa altura se había convertido en una industria, y publicaba un libro por año.

En sus memorias dedica un largo párrafo al aspecto económico en relación a sus libros: “Entre todas las cosas que ignora el lector de los escritores, creo que ninguna le es tan ajena como el problema editorial. No sospecha siquiera el tiempo que lleva escribir un libro, corregirlo, hacerlo copiar, volver a corregirlo antes de que comience la complicada labor de la edición. El editor carga con la impresión, la distribución, la publicidad y le da al autor el diez por ciento del precio de tapa. Al librero el cuarenta por ciento. De ahí que los buenos adelantos sean imprescindibles en países de monedas devaluadas. Hay que corregir pruebas de galera, luego corregir pruebas de páginas; solo entonces hacerlo imprimir definitivamente. Entretanto, hay que elegir el título, a menudo espontáneo, otras veces difícil, y la tapa. Yo creo que un título y una tapa pueden hacer de un libro un *best seller,* acaso transitorio, pero sin duda de estos elementos depende la aceptación del lector. Si un libro tiene un lanzamiento flojo, raramente se recobra. Si parte con éxito, tiene dos o tres ediciones agotadas con seguridad, y mucho tiempo ganado”.

Una vez le dijo a Mujica Lainez: “¿Verdad, Manucho, que vos y yo somos los dos únicos escritores argentinos que vivimos de nuestros libros?”. Y Manucho le contestó: “Yo no, che, serás vos. Yo vivo mucho mejor”[10].

En sus diarios íntimos, Adolfo Bioy Casares cuenta esta anécdota: “En un homenaje a Luis Saslavsky, en el restaurante Edelweiss, Silvina estaba indignada porque no la habían puesto en la mesa principal. Pepe Bianco le dijo:

—No hagas caso. Tratemos de pasarla bien… Por de pronto, estamos en la misma mesa.

—Pero vos no te fijás en nada, che. Están mis dos editores: Emecé y la Sudamericana.

—¿Qué hay con eso?

—No podés entender, porque a vos no te importa la guita. Quiero que me vean en la mesa principal para que se disputen mis memorias y sacarles un montón de guita".

Exigía *cachets* para otorgar reportajes y participar en mesas redondas y conferencias, algo a lo que los escritores de esa época no estaban demasiado acostumbrados, tal vez por falta de conciencia profesional. "'¿Cómo, usted cobra?', me dijo la directora de un club de mujeres profesionales que me había invitado a dar una conferencia. Le pregunté qué clase de profesionales eran las que formaban su círculo, pues es una palabra que aplicada a la mujer puede prestarse a equívocos, y al advertir que ella me pedía horas de vida y de labor gratis, supuse que ganaba su vida con algún otro trabajo en algún otro horario. Porque yo tengo un solo oficio y debo vivir de él"[11].

También le reprochó a Borges el hecho de que no cobrara sus conferencias, en un momento en que "todos los escritores debían unirse para que no se los explotara y la gente no creyera que la tarea intelectual no debía pagarse". Borges se disculpó diciéndole que le gustaba hablar, y entonces Silvina le dijo: "Ay, Georgie, te comportás como las putas que, cuando se enamoran, trabajan gratis"[12].

Su afán de promoción la llevó a tomar algunas actitudes inéditas. "Silvina era muy audaz para la época. Una vez salió en la revista *Gente* en *jeans*, montada en una motocicleta con Dalmiro Sáenz. También hacía publicidades. Salió en una página entera de una revista parada al lado de un auto, y después confesó que le habían dado el coche por eso. También hizo una publicidad de cremas y fue muy criticada", agregó Victoria Pueyrredón.

Cuando realizó su primer comercial, un periodista le preguntó si esa actividad no le parecía poco seria. "¿Por qué? Poco serio hubiese sido escribir mal para darle el gusto al público, en contra de mi conciencia. Pero todo lo que uno haga para ganar su vida honorablemente me parece serio. Me ofrecieron pagarme mucho más para hacerlo en

televisión y no quise porque tenía que hablar y actuar. Eso sí me parecía poco serio, pero una foto con un comentario en broma no me parece nada reprochable", comentó[13].

Su popularidad llegó a ser tan grande, que ya en la época de la presidencia de Cámpora habían llegado a imitarla en televisión, creando un personaje a su medida. Cuando le preguntaron si eso le molestaba, contestó: "No me molestaría que me imitaran si no deformaran mi imagen. Se lo he dicho a Carlitos Perciavalle. Imitaba mi voz, que es fácil de imitar: ronca, gangosa, me imita mucha gente. En cambio, lo que me hacía decir me parecía injusto y se lo dije: 'No podés hacerme decir que no entiendo por qué hay gente que vive en villas miseria habiendo estancias tan lindas. Fijate que yo no tengo ninguna estancia, así que no podés hacerme decir una pavada así'."[14].

En un reportaje le preguntaron cuáles eran sus miedos "Yo le tengo miedo a la pobreza. Cuando sos pobre parecés más vieja, más fea, no podés afrontar la enfermedad y estás más sola porque no podés invitar a nadie a comer a tu casa", contestó[15].

A pesar de que siempre mantuvieron su popularidad, Beatriz Guido y Marta Lynch fueron en general respetadas por el ambiente literario. Silvina, en cambio, no lo consiguió.

"En mi opinión no escribió obras de gran literatura, lo que hizo fue un crónica muy minuciosa y realista de la época, por eso es que la podían acusar de aproximarse al escándalo. No hay tal cosa, lo que ocurre es que no era hipócrita. Escribía historias de personajes que todo el mundo sabía que existían, lo que pasa es que en ese momento no se confesaban tan abiertamente como hoy. Ella pertenecía a ese mundo, no podía escribir lo que no conocía. Ese es el valor, absolutamente genuino, que tiene", opinó el editor Jorge Naveiro.

"Pese a tener algunos buenos poemas de su juventud y un libro como *Los burgueses*, que en su momento fue interesante, no fue una gran escritora. Era oportunista, disimulaba entre sus personajes ficticios a muchos personajes reales, y eso contribuía en buena medida a su éxito", agregó Eduardo Gudiño Kieffer.

"Fue muy brillante como periodista y como escritora tuvo aciertos, tenía sentido del humor y luchó mucho por la independencia y la afirmación de la mujer. Pero fuera de *Los burgueses,* que es una novela

bien construida, apresuraba un poco sus libros, los escribía al correr de la pluma", dijo María Angélica Bosco.

"Como escritora era muy pedestre y, por lo tanto, falta de interés. Escribía para una burguesía de pocas luces, porque a diferencia de las burguesías europeas, la nuestra es casi analfabeta", opinó Elvira Orphée.

"Se repetía mucho. Todos los años, para las fiestas de Navidad o el verano, se regalaban libros de ella. Eran libros de playa. Y ella, apurada por terminarlos, no los corregía", agregó Victoria Pueyrredón.

"Tenía talento literario, pero creo que la arruinó el éxito. Esa necesidad, o esa obligación que tal vez le imponían los editores, de sacar un libro por año. Así publicaba algunas cosas que no se podían creer. Pero tiene momentos en que uno se da cuenta de que es una muy buena escritora. Estropeada, pero buena", comentó Ernesto Schoo.

"Yo creo que los libros de Silvina Bullrich eran para revista femenina. En eso podía andar, pero no tenía nada que ver con la literatura —continuó Horacio Salas—. No me gustaba por razones ideológicas, pero también porque me parecía una escritora de cuarta, para señoras gordas. No tiene ninguna trascendencia. En *Primera Plana* la destruían, y yo también la destruí alguna vez. Publiqué un artículo sobre uno de sus libros donde citaba, en una página entera de la revista, frases textuales de ella. Eran frases horribles, lugares comunes, tonterías. Puse una detrás de la otra, sin ningún comentario, y al final la palabra 'Bueno…' y la firma, Horacio Salas. Estoy seguro de que esas cosas le molestaban muchísimo".

"Tanto Marta Lynch como Beatriz Guido eran bastante consideradas como escritoras, además de tener repercusión pública. Silvina Bullrich llegó a ser la más mediática, pero en sus últimos años tenía una repercusión distinta, me parece que no tenía pretensiones como Marta o Beatriz", finalizó Jorge Lafforgue.

"Yo escribo, concretamente, para complacer a mis lectores. Mis libros son como espejos donde cada uno de ellos ve reflejada, con cierta dosis de fantasía, su propia realidad. Creo que esa es la clave de mi éxito y pienso seguir siendo fiel a mi propia fórmula. Todos los escritores de éxito lo hacen. Hay dos recetas para escribir un buen

libro. La primera es la que yo llamo la receta del *staff*. Esta es típica de los americanos. El escritor reúne a un grupo de médicos, de magnates o de mercenarios. Procesa los datos que ellos aportan sobre sus respectivas profesiones y arma un libro. El resultado son novelas como *Oro, Petróleo, Coma* o *Los centuriones.* Todas *best sellers.* La otra es la receta del dulce de leche. Es la que aplico yo y la bauticé así porque es más bien casera. Leo en los diarios un hecho que me llama la atención. Sitúo la acción en un lugar identificable para el lector. Le agrego un par de experiencias personales, algunas situaciones imaginadas y el bollo está listo para el horno. Por supuesto, eso solo es la materia prima. Se necesita, además, oficio, olfato para encontrar la proporción justa y haber establecido con el lector una especie de cordón umbilical, mezcla de amor y exigencia. Todo eso lo tengo yo y el resultado está a la vista. Un escritor argentino, para sobrevivir, además de talento, oficio y ganas de golpearse la cabeza contra la pared, debe tener la maquinita de calcular a mano. De no ser así, a corto plazo van a tener que considerarnos una especie en vías de extinción", dijo en un reportaje[16].

Cuando le recordaron que Borges decía que escribía para sí mismo y unos pocos amigos, y que Ernesto Sabato declaraba que lo hacía para liberarse de sus propias obsesiones, contestó: "Me sorprenden esas respuestas, porque ambos viven de lo que escriben. Pero, en fin, es cosa de ellos".

Sin embargo, sufría una tremenda contradicción. "En literatura alcancé el éxito y la popularidad, pero me ha sido negado el reconocimiento de mis pares", dijo en sus memorias. "Envidio a escritores como Mallea, que lograron retirarse, o a otros como Bioy Casares y Silvina Ocampo, que pueden prescindir de la venta en gran escala. No quiero dejar de escribir, pero me gustaría alejarme de la presión de la promoción. Siento que tantos reportajes, fotos y entrevistas televisivas constituyen una suerte de manoseo. Me provocan cierto desagrado de mi persona. Además, estoy condenada a continuar haciendo un libro por año", se quejó en una entrevista[17]. "He cumplido con mi destino de escritora, lo que me reprocho es que ese destino no sea más grandioso y que no me haya esforzado más", también declaró[18].

“Aunque no lo reconociera, le importaba mucho la opinión de los otros”, recordó Victoria Pueyrredón.

“Antes, nosotros escribíamos para ser inmortales. Dicho así parece pedante o ridículo, pero hace cuarenta años valía. Hoy, debido a la crisis espantosa a la que está sometido el hombre contemporáneo, la inmortalidad ha dejado de ser un valor. Antes un libro se leía durante diez años. Ahora un libro es como una lata de tomates: se abre, se consume y chau. En la sociedad en la que vivimos todo es viejo un día después de haber nacido. Esto también influye para que los jóvenes prefieran ser médicos, electricistas o jugadores de fútbol, en vez de escritores. En fin, supongo que para escribir en la Argentina habrá que volver a la más rancia tradición de nuestra literatura, que es la de ser rico. Pienso en Enrique Larreta, José Hernández, Ricardo Güiraldes, Victoria Ocampo. Sus fortunas personales sirvieron para que pudieran comprar tiempo y libertad para dedicarse a escribir. Esa historia de agarrar la máquina después del trabajo es una verdadera peste. Con estas limitaciones, un escritor jamás puede llegar a convertirse en un verdadero profesional. ¿Qué pasa actualmente en la literatura argentina? Nada de nada. Hace ya treinta años que somos siempre los mismos: Borges, Sabato, Mallea, *Manucho* Mujica Lainez, Silvina Ocampo, yo… ¿Dónde están los nuevos escritores que deben sucedernos? En ninguna parte. El hecho es lamentable, pero es comprensible. Hay razones de peso para que en nuestro país no surjan nuevos escritores”, reflexionó[19].

Aunque varias veces declaró que se sentía “una especie de gurú” por la forma en que cada verano sus lectores esperaban su nuevo libro, hacía rato que había renunciado a la vieja tentación de la inmortalidad.

“Sé que no quedaré en la historia. Un libro como *Los burgueses* sobrevivirá un tiempo, porque considero que es una excelente novela. *Teléfono ocupado*, en cambio, o *Su excelencia envió el informe*, están destinados a morir. El motivo es simple: están mal escritos. Pero escribir es la única manera que conozco de combatir los pecados capitales: el anonimato, la enfermedad, la fealdad, la pobreza, la vejez”, dijo[20]. “Sé que no voy a perdurar en la literatura, mi éxito es un éxito del presente”, agregó en declaraciones a otra revista[21].

Las tiradas de sus libros fueron realmente excepcionales. Llegó a vender un total de un millón de ejemplares, una cifra altísima para la Argentina, sobre todo si se trata de un autor nacional. Escribió más de cuarenta títulos, que incluyen varios récords. De *Los burgueses* se vendieron ciento veinte mil ejemplares, y de *Los pasajeros del jardín,* casi cien mil. *Bodas de cristal, Un momento muy largo* y *Mañana digo basta* no bajaron de los cincuenta mil ejemplares cada uno, y *Mal don, Carta abierta a mis hijos, Escándalo bancario* y *Mis memorias* también rozaron esa cifra. Además, fue traducida al inglés, al francés, al italiano y hasta al polaco y el checoslovaco.

"Dicen que hay escritores para una elite, otros para escritores, y otros para la posteridad. Yo he sido una escritora para mis lectores contemporáneos. No sé lo que ocurrirá cuando esté muerta, pero gracias a los que hoy viven al mismo tiempo que yo, he conocido ese sentimiento que ahuyenta las sombras de la soledad", declaró alguna vez.

Sufría por no ser reconocida en los círculos literarios, pero también disfrutaba de su éxito y tenía miedo de perderlo. "No crea que soy tan ingenua como para pensar que esto es eterno. Yo sé que va a venir el mal momento y trato de guardar de a poquito", confió en un reportaje. Sin embargo, ese mal momento nunca llegó.

10. Oscar Hermes Villordo, *Manucho*.
11. *La Nación*, 1980.
12. María Esther Vázquez, *Borges. Esplendor y derrota*, Tusquets, 1996.
13. *Gente*, 1973.
14. *Ibidem*.
15. *Gente*, 1978.
16. *Somos*, 1979.
17. *La Nación,* 1979.
18. *La Nación,* 1978.
19. *Somos,* 1979.
20. *Ibidem*.
21. *Brigitte,* 1980.

Seguir contándolo todo

Las relaciones entre los principales protagonistas de la vida cultural de ese momento estaban más marcadas por la maledicencia y las rivalidades que por el reconocimiento o el estímulo entre pares. Seguramente esto sucedió siempre, pero la popularidad de la que gozaban hacía que el hecho fuese más notorio.

Según la escritora María Esther Vázquez, quien desde muy joven se relacionó con todos ellos, "era una época diferente, hay cosas que para nosotros resultan desagradables y para ellos eran normales. No hay que olvidar que era gente muy consentida, el público los mimaba. Se trataban de un modo mucho peor de lo que la gente se trata ahora, era una manera de pasión distinta. Nunca mentían, por ejemplo, pero las ironías y las maldades entre ellos eran algo normal".

"Silvina Bullrich, en declaraciones a una revista, dijo que Borges me había dictado *La invención de Morel*. Yo no estaba peleado con ella, o por lo menos así lo creía", asegura Adolfo Bioy Casares en sus diarios íntimos.

Tanto Bioy Casares como Silvina y tantos otros, hicieron gala de otra característica del momento: la costumbre de hablar públicamente sobre hechos que pertenecen a la intimidad. "Borges, por ejemplo, era terrible. Quizá el más bueno de todos haya sido Mallea, quien sin embargo conoció a todas las mujeres de la época", continúa Vázquez.

En sus diarios íntimos, Bioy Casares recuerda que en una oportunidad Silvina le confió que iba a escribir sus memorias, y no se priva de transcribir ese diálogo:

—Yo quisiera recordar y mencionar por su nombre a todas las personas con las que tuve relaciones íntimas —no hablo de acostadas de una noche— pero está mi hijo y están mis nietos.

—No permitas que consideraciones de este tipo impidan que escribas un libro como mejor te parece.

—Tenés razón —me dijo—. Mi hijo no me quiere y mis nietos tampoco. ¿Qué tengo que ver con esa gente? Me gustaría hablar con vos, para que me aconsejes. Recordamos nuestra juventud y

coincidimos en deplorar la vejez.

—Es que para vos y yo —dijo— lo más importante de la vida ha sido encamarnos. Lo demás venía después.

—Me acuerdo de que una vez me dijiste que Pepe (Bianco) fue el mejor de tus amantes.

—Sí, con él éramos como dos violines. Está mal que yo haga esta comparación, porque soy idiota musical. Pero cuando nos acostábamos era como si arrancáramos acordes, música, a nuestros cuerpos".

(Pese a que en la edición se aclara que Pepe es el escritor José Bianco, en realidad se referían al historiador José María Rosa).

El periodista Bernardo Neustadt, que en esa época conducía su programa *Tiempo Nuevo*, invitaba frecuentemente a Silvina Bullrich, Marta Lynch y Beatriz Guido. En una edición inolvidable de *Tiempo Nuevo*, Silvina le confesó que Jorge Luis Borges era impotente y padecía de eyaculación precoz. "En realidad, fue una celada de Neustadt. Ella entraba enseguida porque era una mujer muy frontal y agresiva", la justificó su hijo, Daniel Palenque Bullrich.

"A los pocos días de esas declaraciones, murió Borges. Ella reconoció que había estado mal, se quejó de los amigos que la habían censurado por lo que había dicho y a manera de excusa explicó: 'Fue como si se me escapara un pedo'.", recordó Adolfo Bioy Casares.

"Yo estaba presente cuando sucedió eso, fue durante una comida —comentó Ernesto Schoo—. Adolfito, con su manera delicada de siempre, le dijo: 'Pero Silvina, ¿cómo has dicho semejante cosa sobre Borges, ¿cómo se te ha ocurrido?'. Y Silvina le contestó: 'Bueno mirá, qué sé yo, che, como a uno se le escapa un pedo, uno dice cualquier cosa que se le pasa por la cabeza'. Era muy maleducada, tenía un modo muy feo de comunicarse con la gente".

"Tal vez todo esto estuviese vinculado a sus momentos alcohólicos. En las fiestas bebía mucho y en su casa también, se le notaba terriblemente cuando se le trababa la lengua. Y ahí le afloraban los resentimientos", dijo Eduardo Gudiño Kieffer, y María Esther Vázquez agregó: "Creo que empezó a beber cuando murió Marcelo Dupont. Había épocas en que se cuidaba, no aceptaba whisky en las reuniones porque sabía que no le hacía bien".

Con Borges mantuvo una relación sentimental durante los años

cuarenta. Según recordó María Esther Vázquez, “Silvina era graciosa, alegre e inteligente. Borges sintió su atracción y, según su estilo, empezó a acosarla, llamándola varias veces por día, esperándola, mandándole cartitas, mostrándose desesperado por verla y ella, arrebatada por la pasión de su enamorado, cedió”[22].

Adolfo Bioy Casares también cuenta esta anécdota en sus diarios íntimos: “Un día, en la época de su amor por ella, Borges le dijo: ‘Anoche, a las doce, pasé frente a tu casa, y pensé que estarías en tu cuarto’. Silvina le contestó: ‘Estaba en mi cuarto, pero no hubiera podido estar con vos, porque estaba con fulano de tal, en la cama’.”.

Fiel a su tendencia a escribir libros en colaboración con las mujeres de las que se enamoraba, en 1945 Borges publicó *El compadrito* en colaboración con Silvina Bullrich Palenque (aunque estaba en pleno proceso de separación, todavía seguía usando el apellido de su marido). Se trata de una compilación de textos de diversos autores, entre los que figuran Evaristo Carriego, Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Lugones, Ricardo Güiraldes, Roberto Arlt, Adolfo Bioy Casares y el propio Borges. En el prólogo a una de las reediciones, Silvina confiesa que la idea fue de Borges y él hizo la mayor parte del trabajo. “Yo era muy joven entonces, aún hoy le agradezco a Borges el honor de haberme ofrecido esta colaboración. Su nombre, que es ahora mundialmente conocido, ya era célebre. El mío, que hoy cuenta un poco, brillaba entonces como una luciérnaga en la niebla”. Borges también le dedicó uno de sus poemas, “La noche cíclica”, donde plantea el tema del eterno retorno. Aunque fue escrito en 1940, recién lo incluyó en su libro *El otro, el mismo*, publicado en 1964.

Finalmente se desilusionaron el uno del otro y les quedó “un sentimiento de mutuo desagrado, que ambos conservaron hasta el final (sin embargo, cuando se encontraban se comportaban con gran cortesía)”, agregó María Esther Vázquez.

Una vez superado el enamoramiento, Borges se permitió criticar su literatura. Después de compararla con Silvina Ocampo (“Silvina Bullrich es más conocida que ella y es infinitamente inferior”), dijo: “En el caso de Silvina Bullrich creo que hay dos cosas: el hecho de que este país es muy *snob* y el hecho de que, por obra del peronismo, este es ahora un país de rencorosos. Ella, entonces, les da las dos cosas: les

permite participar en la mejor sociedad y, al mismo tiempo, les muestra esa sociedad como algo deleznable. Bernard Shaw ha dicho que en sus comedias siempre había gente tomando té, porque al público le gustaba ver gente tomando té. No era necesario para la acción, pero como gustaba y era un recurso lícito, él lo usaba. Silvina Bullrich hace eso: muestra gente elegante tomando té y, al mismo tiempo, la muestra como una serie de crápulas o de tilingos. Y como a ella no le importa mucho el estilo…"[23].

"Éramos muy amigos y después nos enfriamos un poco. Siguió una relación un poco lejana, y como a mí me duelen las relaciones lejanas, dejo de ver a la gente cuando pierdo intimidad", declaró a su vez Silvina[24].

El de Borges no fue el único caso: "Yo la escuché, en una comida en el Jockey Club de Córdoba, hablar muy expresivamente de los atributos sexuales de Eduardo Mallea. Y después les dijo a los que estaban en la mesa: '¡Ustedes tendrían que tomar el ejemplo, maricas de mierda!'.", contó Eduardo Gudiño Kieffer.

Más allá de estos aspectos, Mallea y Borges eran los escritores argentinos que más admiraba. Al menos, así lo manifestó en un reportaje: "Admiro a Mallea, que marcó muchísimo a las generaciones que vinieron detrás suyo. Él vio, mejor que nadie, la angustia terrible de esta ciudad junto a un río inmóvil. Sería absurdo decir que no admiro a Borges, con su dominio absoluto de las palabras"[25].

Sin embargo, criticaba a Borges cada vez que se le presentaba la oportunidad. "Cuando viaja un escritor muy importante como Borges y le preguntan qué escritores hay en la Argentina, dice: 'Caramba, caramba, yo creo que no hay escritores… caramba, yo no sé si existe la Argentina'.", se quejó una vez[26].

En el mismo programa de Neustadt donde habló de las características sexuales de Borges, leyó en un papelito una lista de premios que este había ganado y comentó: "Los escritores recibimos menos de lo que merecemos, Borges recibió más". Además, a propósito de su viaje a Ginebra (donde moriría pocos días después), dijo que lo que Borges le debía al país era tanto, que al irse demostraba su ingratitud.

Bioy Casares recuerda en sus diarios íntimos que, en cierta

oportunidad, un novio que tenía Silvina se enfermó de un pulmón y pasó un mes y medio en cama. “Temía que los médicos le mintieran, temía tener algo grave. Un día lo llamó por teléfono Silvina Bullrich y le dijo: ‘No tiene sentido que yo te espere. Vos tenés tuberculosis’. (No existía entonces la penicilina, la tuberculosis era mortal.) Ya recuperado, le preguntó al médico si no había tenido tuberculosis. El médico le contestó que no”. Más adelante, Bioy agrega que en la época en que Silvina salía con el contador Cacici, José Bianco le preguntó: “¿Tiene plata?”, y ella le contestó: “Si tuviera, ya me habría casado con él”.

Y por si fuera poco, Bioy termina agregando esto: “Se reúnen escritores en una comida en honor de Mujica Lainez. El homenajeado se hace esperar; pasadas las once, por fin llega, principesco y afectado, saludando lánguidamente con manos anilladas. Claramente se oye la voz de Silvina Bullrich: ‘Tenía que llegar tarde, naturalmente, el maricón de mierda’. Interrumpiendo apenas los saludos, Mujica Lainez contesta en el acto, con voz igualmente clara: ‘Callate vos, gaucho con concha’.”.

Eduardo Gudiño Kieffer también recuerda este episodio, y finaliza: “Cuando Silvina se refería a Mujica Lainez, decía ‘Manucho de las cuatro emes: Manucho Mujica Maricón de Mierda’. Ese era el diálogo entre dos escritores de la alta sociedad en los años sesenta o setenta en la Argentina”.

22. María Esther Vázquez, *Borges. Esplendor y derrota.*
23. María Esther Vázquez, *Borges, sus días y su tiempo*, Javier Vergara, 1999.
24. *Gente,* 1976.
25. *La Nación*, 1978.
26. *Gente,* 1978.

La tragedia

Aunque no intentó relacionarse con la dictadura militar, Silvina la apoyó en varios aspectos. Ante todo, se hizo eco de la "campaña antiargentina en el exterior" que los militares denunciaban constantemente para negar las acusaciones de violaciones a los derechos humanos. "Me cansé de mostrar mi pasaporte lleno de entradas y salidas. De explicar que nadie nos retiene en la Argentina. La mala prensa es más fuerte que los gritos de algunos aislados turistas", dijo comentando un viaje a París. En otro artículo, se refirió a "toda esa 'buena prensa' de que disfrutamos ahora, gracias a un grupo de intelectuales de izquierda que vive confortablemente en Europa, desacreditando a la Argentina. El heroísmo es saber que nuestro lugar está aquí"[27].

No fue la única, por supuesto. En esa misma época, Manuel Mujica Lainez declaró en España: "Estamos allí muy tranquilos. Estamos todos: Borges, Sabato, Silvina Ocampo, Bioy Casares, yo, todos los grandes. El único escritor de prestigio que no está en la Argentina es Cortázar, que hace veinte años vive en Europa".

Silvina también apoyó a José Alfredo Martínez de Hoz, el ministro de Economía de la dictadura. Según Daniel Palenque Bullrich, su madre no entendía de política económica y el apoyo se debió solamente al hecho de que —aunque en forma indirecta— Martínez de Hoz la favoreció. "El primer ministro que hizo algo a favor de los escritores fue Martínez de Hoz, que quitó los impuestos a los réditos de los derechos de autor", declaró Silvina a una revista[28].

Sin embargo, se manifestó en contra de la Guerra de Malvinas. "La primera en denunciar el despropósito de la Junta Militar que llevó a cabo la ofensiva fue Silvina Bullrich, a quien se censuró mucho por estas opiniones", dijo María Esther Vázquez[29], y Daniel Palenque Bullrich agregó: "Hacía constantes declaraciones contra la guerra. Yo le dije que me parecía muy bien que manifestara su opinión, pero no que se pasara el día haciéndolo, porque recibía muchos ataques".

Silvina debió sufrir en carne propia uno de los tantos hechos de

violencia que caracterizaron esa época, cuando los hijos de su amado Marcelo Dupont fueron víctimas de un episodio tan célebre como tremendo.

Marcelo Dupont había tenido dos hijos varones: Gregorio y Marcelo. Gregorio era diplomático, y en 1976 se desempeñaba en el Departamento de África y Cercano Oriente de la Cancillería, que en esa época dependía del almirante Emilio Eduardo Massera. Después de manifestarse en contra de la independencia de Transkei (un estado títere fundado artificialmente por Sudáfrica donde la Armada pensaba enviar un diplomático) y de hablar mal de Massera delante de Martha Rodríguez Mc Cormack, amante del almirante, recibió la noticia de su baja en el Servicio Exterior.

Debía ganarse la vida, pero encontrar un nuevo trabajo no le resultó sencillo. “Mónica Cahen D’Anvers me ofreció trabajar en la producción del noticiero de Canal 13, pero luego me avisó que no podría hacerlo porque estaba en una lista negra. Miguel Briante me ofreció escribir en la revista *Panorama*, pero pasó lo mismo. En los medios privados, si tomaban a alguien incluido en las listas negras, les levantaban la publicidad oficial”, recordó. Se dedicó entonces a la venta de departamentos, y también trabajó como director de relaciones públicas de la *boite* Mau Mau.

Dos años después, encontró casualmente a Elena Holmberg, una vieja colega a quien no veía hacía un tiempo. Elena le reveló que en Francia —donde cumplía funciones en el Centro Piloto, un asentamiento naval con base en París— había tenido conocimiento de los contactos entre Massera y el grupo Montoneros, y al comunicárselo a sus superiores se le había ordenado viajar inmediatamente a Buenos Aires. Al poco tiempo de su encuentro con Dupont, el 20 de diciembre de 1978, fue secuestrada. Seis días después su cuerpo apareció flotando en el río Luján.

“En el entierro de Elena me encontré con otros diplomáticos a los que ella les había contado lo mismo, pero siempre se negaron a declarar”, me dijo Dupont. Recién en 1982 el hecho fue investigado judicialmente. “El juicio se inició cuatro años después, porque el gobierno militar decía que estaba investigando y la familia Holmberg confiaba en ellos”, explicó. A pedido de uno de los hermanos de Elena,

de quien era amigo, Gregorio declaró como testigo, y su testimonio apareció en la primera plana de todos los diarios. “Los taxistas me reconocían y no me cobraban el viaje”, recordó. Massera publicó una solicitada donde negó haber tenido participación en la muerte de Elena Holmberg y le inició un juicio por calumnias. Y al mismo tiempo, se produjo el secuestro de su hermano.

Marcelo Dupont (h) fue secuestrado el 29 de septiembre de 1982. Tenía una agencia de publicidad y no desarrollaba ningún tipo de actividad política. “Cuando le conté que iba a declarar en el juicio, me dijo: ‘No seas boludo, te va a pasar algo jodido’. Lo mismo le había dicho yo a Elena cuando me contó lo de Massera. ‘Vos también, Goyo, creés en la campaña antiargentina’, me había dicho. Elena era muy gorila. Su odio contra Massera se debía a que, a su criterio, el almirante estaba traicionando el Proceso”, continuó Gregorio.

A partir de la desaparición de Marcelo, comenzaron a circular una serie de versiones confusas que indicaban que se lo había visto en el Brasil, pero finalmente su cadáver apareció frente a un edificio en construcción desde el cual lo habían arrojado, luego de torturarlo con corriente eléctrica, quemaduras y golpes. Nunca se supo si se trató de una venganza dirigida a su hermano, o si directamente lo habían confundido con él.

Daniel Palenque Bullrich conoció a Gregorio Dupont cuando sus respectivos padres estaban casados, pero recién se hicieron amigos muchos años después, mientras jugaban juntos al golf. Como abogado, Palenque tomó la defensa de Dupont en el juicio por calumnias que le inició Massera. Allí Gregorio fue procesado, pero durante el gobierno de Raúl Alfonsín la Cámara lo absolvió. Además, fue reincorporado al Servicio Exterior.

“Toda esa época me unió mucho a Goyo”, reflexionó Daniel Palenque Bullrich. Durante el entierro de Marcelo, el hijo de Silvina habló públicamente en el cementerio. “Dije que era el fin del proceso militar, porque ya no se luchaba contra el terrorismo sino por bajezas e intereses personales. Recuerdo que mi madre me decía que me callara la boca porque me iban a matar”.

Lo cierto es que recién a partir de los asesinatos de Elena Holmberg y Marcelo Dupont (h), un importante sector de la sociedad comenzó a

tomar conciencia de hasta dónde podían llegar Massera y la dictadura. El día del entierro de Marcelo, al salir de su departamento hacia el cementerio de la Recoleta, Silvina decidió jugarse a su manera. “Bajó con Amalita Fortabat y las dos se despacharon con los periodistas que estaban en la puerta”, recordó Gregorio.

Después del asesinato de su hermano, a Gregorio le resultó difícil salir del país ya que no le daban el pasaporte, aduciendo un choque de automóvil que había tenido en 1959. La embajada de Francia le ofreció un documento por sus ancestros franceses, y Daniel Palenque Bullrich organizó una colecta y le pagó el pasaje. En Europa hizo una profunda investigación sobre la desaparición de Elena Holmberg. “Estoy seguro de que en la negociación que hizo en ese momento, Massera arregló la tregua del Mundial de Fútbol y lo hizo en nombre de los tres comandantes. Los montoneros estaban dispersos, había muchos a los que Firmenich no les daba un mango, y además estaba lleno de informantes”, afirmó.

27. *Gente*, 1976.
28. *Gente*, 1978.
29. María Esther Vázquez, *Borges. Esplendor y derrota.*

El final

“Odio la fealdad, me crispa, me da miedo, qué sé yo. La vejez, por más que se diga y haga, te afea. La vejez es un insulto a la vida”, declaró Silvina a una revista cuando acababa de cumplir sesenta y cinco años[30].

Decidió someterse a un *lifting* y, fiel a su estilo, hizo pública su decisión. En una gran nota que publicó la revista *Gente,* opinó sobre las ventajas de este tipo de operaciones, y su cirujano, el doctor Manuel Sarrabayrouse, explicó la técnica que pensaba utilizar, con gráficos incluidos.

La madurez no solo la agobió en el aspecto físico, también sintió que su literatura se estaba agotando. “Siempre decía que cuando una es joven y tiene muchas vivencias, es cuando escribe los mejores libros. Que a medida que se es más grande se va teniendo una vida más aburrida, más tranquila y con menos relaciones, y se acaban los temas. A los sesenta años decía que había escrito sus mejores libros a los cuarenta, seguramente porque eran muy referenciales. Le angustiaba no poder escribir. Pensaba que cuanta más edad tuviera, menos brillantes iban a ser sus libros”, recordó Gloria Rodrigué.

“Un día la encontré por la calle y me comentó: ‘Ahora ya no me queda nada por hacer más que jugar a las cartas y escribir. Así que escribo, escribo y escribo’.”, agregó Martha Mercader.

Fue allí cuando decidió publicar sus memorias. Al anunciar su aparición, recordó un comentario que había hecho Simone de Beauvoir al encarar las suyas. “Yo ya no puedo escribir novelas”, había dicho Simone, y ella sintió que la comprendía. “Sentí algo parecido cuando comencé *Mis memorias* —dijo—. Después de Victoria Ocampo, soy la primera escritora argentina que publica sus memorias”[31].

“El libro no me gustó porque no fue sincera —opinó Victoria Pueyrredón, quien la conoció bien—. En la primera parte, cuando habla de su infancia y juventud, es honesta y cuenta todo. Pero cuando recuerda su madurez hay muchas cosas que calla, sobre todo sus relaciones sentimentales”.

En 1982 publicó *La mujer postergada*, un ensayo sobre la condición femenina donde aparecen frases como esta: “Los obreros, los negros y las mujeres somos más fáciles de engañar”.

Al año siguiente, el país volvió al sistema democrático con la presidencia de Raúl Ricardo Alfonsín. Muchos escritores apoyaron al nuevo gobierno, entre ellos Beatriz Guido, que fue nombrada agregada cultural en España, y Marta Lynch, quien no logró ocupar un rol preponderante debido a su previo apoyo a Massera y la dictadura militar. Silvina se mantuvo al margen.

Siguió escribiendo (ese mismo año apareció *Cuento cruel* —una ficción donde aprovechó para manifestarse en contra de la ley de herencia obligatoria— y al año siguiente, *A qué hora murió el enfermo* —otro *best seller* donde a raíz de una situación que le tocó vivir, eligió criticar el sistema de salud—), participando en programas de televisión y asistiendo a conferencias y actos. En la Feria del Libro de 1984 —donde reaparecieron los escritores exiliados durante la dictadura militar y el tema dominante fue la represión vivida durante esos años, con un contenido altamente político— participó en una actividad que se llamó “Juicio a los *best sellers*”, que fue multitudinaria. Allí hizo de abogado defensor, y con su estilo agresivo de siempre logró que el *best seller* resultara absuelto.

Pero su depresión seguía aumentando. En una nota en *La Nación* escribió: “No me gustan los viejos. Qué mujer no empieza a engordar pasados los cuarenta años. Cuál no advierte celulitis en sus muslos, párpados hinchados, arrugas en la comisura de los ojos y los labios. Quién no teme después de los cincuenta saltar desnuda de la cama ante los ojos de un hombre querido. Infartos, cáncer, hemorragias cerebrales, edemas pulmonares me han ido dejando muy sola, como a todas las personas de mi edad. El amor, ¿cómo reemplazarlo y para qué vivir sin él? La inteligencia de dos cuerpos, la armonía que se confieren, no pueden ser suplidas por ningún modisto a la moda. Después, la vida es esta larga monotonía”.

Al poco tiempo de la publicación de este artículo, se suicidó Marta Lynch. Su muerte causó un gran impacto y fue ampliamente cubierta por todos los medios.

En sus diarios íntimos, Adolfo Bioy Casares recuerda que en esos

días encontró casualmente a Silvina, "en la avenida Alvear, cerca del quiosco. Está muy rosada, con los cachetes inflados y sin arrugas. Me dice: 'Qué mierda es la vejez. Claro que no hay que hacer lo de la tarada de Marta Lynch. Pegarse un tiro: qué espanto. La pastilla, sí. Va a llegar el día en que habrá que tomarla. ¿Vos la vas a tomar? Yo te juro que sí. Yo, che, no quiero estar un día como Silvina (Ocampo, mi mujer). No hay que parar a pensar en los hijos y nietos. No tengo nada que ver con ellos. Más afines conmigo son esos que pasan. Uno debe hacer lo que quiera, sin pensar en los hijos. Vos estás muy bien, yo también, pero en plena decadencia. Tu nuevo libro me inclinó a escribir el artículo sobre la vejez. Hay que admitirlo: vos, che, inventaste la televisión. ¿Qué otra cosa es *La invención de Morel*? Y ahora publicás ese libro. Es para morirse. ¿Y te digo algo más? Cuando muera Silvina (Ocampo) vas a quedar roto, vas a dar lo que se llama un bajón. La vas a extrañar. Vas a estar solo. ¿Has pensado que ya nunca tendrás sesenta y nueve años, ni setenta? ¿Te das cuenta lo que será cuando cumplas ochenta?'.".

En 1986, Silvina publicó *La bicicleta* (en obvia referencia a la bicicleta financiera, otro tema del momento), y al año siguiente, una compilación de artículos publicados en el diario *La Nación* y algunas revistas, con el sugestivo título de *Cuando cae el telón*. En esa época se le manifestaron problemas óseos y debió someterse a una operación en la Clínica del Sol, donde le colocaron una prótesis en la cabeza del fémur. El resultado fue positivo: "No le quedaron secuelas y a los tres días de abandonar la clínica pudo dejar de usar bastón", comentó María Esther Vázquez.

"Un día me llamó por teléfono para comentarme que le estaba pidiendo a su editorial que le organizara un acto de homenaje en la Feria del Libro —recordó Marta Díaz, que en esa época era la directora de la Feria—. Me dijo que prefería que le hicieran homenajes en vida y no después de muerta, cuando ya no tenían importancia. En ese momento me pareció un acto de pedantería, pero al tiempo, cuando murió Beatriz Guido, comprobé que tenía razón. Parecería ser que cuando una persona muere, pasa el efecto. Como yo sabía que Beatriz había sido muy generosa, para el homenaje que le hicimos elegí la sala más grande, segura de que se iba a llenar. Cuando el acto estaba por

comenzar solo estaban completas las tres primeras filas. Me sentí mal por mí y por ella, porque no se lo merecía. El público es muy ingrato".

"Ese día —continuó Martha Díaz— Silvina me habló también de su relación con los hombres, en forma bastante pesimista. Como yo no tenía confianza con ella ni formaba parte de su grupo, me sorprendió bastante. Supongo que debió haberlo hecho porque estaría pasando un momento especial y necesitaba a alguien que le pusiera la oreja".

En 1990 se ocupó del lanzamiento de su último libro, *Mis novelas escogidas*, una selección "¡Ay!, tan difícil de hacer, de mis novelas escritas a lo largo de cincuenta años, sin prisa pero sin pausa": *Historia de un silencio, Bodas de cristal, Un momento muy largo, Los burgueses, Mañana digo basta, Los pasajeros del jardín, Mal don* y *Te acordarás de Taormina*. "La obra dura más que cualquier ser humano, más que la envidia, más que el silencio", escribió en el prólogo que entregó a Emecé.

Luego decidió viajar a Ginebra, Suiza, para internarse en la clínica de rejuvenecimiento La Prairie. "Cuando se fue ya sabía que estaba muy enferma, pero a mí no me lo dijo", recordó Daniel Palenque Bullrich. "En realidad ella quiso ir a morirse a Ginebra, porque sabía que no iba a poder resistir el viaje", agregó María Angélica Bosco. Sin embargo María Esther Vázquez aseguró que Silvina se encontraba perfectamente, y que su único fin era someterse a un tratamiento de rejuvenecimiento facial: "El avión en que viajó sufrió una descompensación. Hacía muchísimo frío en la cabina, y pese a que la abrigaron con mantas, sus pulmones, que a esa altura estaban bastante deteriorados, no pudieron soportarlo. Fue por eso que llegó mal a Ginebra".

Gregorio Dupont, quien en esa época estaba destinado en Suiza como diplomático, la fue a buscar al aeropuerto. "Al llegar me dijo: 'He venido a morir a Ginebra'. Yo no le creí porque se la veía bien", recordó.

Se internó efectivamente en La Prairie, pero tres días después debió dejar la clínica y hospedarse en un hotel. Dupont habló con ella y quedó en pasarla a buscar para salir a comer, pero un rato después recibió un llamado del hotel avisándole que Silvina se había desmayado: "Ya estaba con mucha insuficiencia de oxígeno y eso

provocaba que le llegara poca sangre al cerebro". La trasladaron al Hospital Cantonal de Ginebra y Gregorio le avisó a Daniel Palenque Bullrich, quien viajó inmediatamente.

"Mientras Daniel llegaba, yo me ocupé de ella. El médico me dijo: 'La señora no quiere vivir. No lucha, no hace nada. Su enfermedad es grave, pero ella está totalmente entregada y no ayuda'. Todavía estaba consciente y me dijo que quería despedirse", recordó Dupont.

"Pasé un mes en Ginebra, hospedado en lo de Gregorio. Cuando llegué ya no me reconocía, estaba inconsciente", recordó Palenque Bullrich.

Murió en el Hospital Cantonal de Ginebra, el mismo donde falleció Borges. "Imposible dejar de notar las coincidencias: ambos fueron escritores, murieron enfermos en Ginebra, y en días de euforia futbolera. Jorge Luis Borges, el 14 de junio de 1986. Silvina Bullrich, el 2 de julio de 1990, cuando el Mundial se jugaba en Italia", comentó una revista a raíz de su muerte[32].

Su hijo se encargó de traer el cuerpo a Buenos Aires y de sepultarlo en el cementerio Jardín de Paz, donde ya estaban enterradas Marta Lynch y Beatriz Guido. En el caso de Silvina, ella se había ocupado personalmente de reservar su espacio antes de viajar a Ginebra. Pese a ser la mayor, había terminado sobreviviendo a sus dos viejas rivales.

A diferencia de lo que sucedió con Marta y Beatriz, en el entierro de Silvina no se vieron demasiadas personalidades del ambiente literario, ni tampoco se aludió en los discursos fúnebres a su condición de escritora. "Me pareció injusto porque Silvina fue una escritora profesional, una de las pocas que logró mantenerse con lo ganado por derechos de autor y colaboraciones periodísticas", declaró su editora Gloria Rodrigué a una revista[33].

Después de su muerte, Daniel Palenque Bullrich se enfrentó con algunos parientes y amigos de su madre por el destino que había dado a su dinero y alhajas. "Dejó una caja de seguridad a nombre de ella y un amigo, Fernando Guerrico. Probablemente su intención haya sido no dejarme nada, pero yo era su heredero. Antes de morir había vendido su casa de Punta del Este, en realidad quería cortar todos sus lazos. Inicié algunas acciones legales, pero no prosperaron".

El tema de la herencia constituyó siempre una preocupación. "He

visto muchos jóvenes, inclusive a menores de once o doce años, preguntando quién heredará a la familia, cosa que a mí me dejó sorprendida. Yo jamás pensé en quién heredaría a mis padres. En la Argentina hay una ley que me parece totalmente injusta, y lo digo siempre: es la ley de herencia obligatoria", escribió en *Cuento cruel*, publicado en 1983.

Dejó un testamento, donde instituyó el Premio Silvina Bullrich de literatura, que debía otorgarse cada tres años a un autor inédito. Sin embargo, solo se otorgó una vez y la ganadora fue María Esther de Miguel.

Ella, que logró un protagonismo extraordinario y representó tantas cosas, después de muerta fue absolutamente ignorada. No sucedió lo mismo con el modelo de escritora que, salvando las distancias, la había inspirado. "Una vez le pregunté quién hubiera querido ser y me contestó: 'Simone de Beauvoir'. Le hubiera gustado ser una especie de Simone de Beauvoir", me dijo Victoria Pueyrredón.

Silvina fue la traductora al castellano de *La invitada, Todos los hombres son mortales, Memorias de una joven formal, La plenitud de la vida* y *Los mandarines*. En sus memorias, recuerda que el día en que conoció a Simone tuvieron "la conversación más amistosa que tuve con un escritor extranjero". "Estuvimos tomando una copa y comiendo algo en Saint-Germain-des-Prés. Era en ese año 1960 en que apareció *Bodas de cristal* en francés. Me encontró muy joven y bonita. Yo resplandecía como toda mujer aún joven que está gozando de un éxito, de la promesa de un amor y de un viaje. Era una hora cumbre de mi vida. He escrito varios artículos sobre ella pues la considero la escritora de más aliento y tal vez la mejor de este siglo".

Cierta vez, al regresar de un viaje a París, le comentó a Ernesto Schoo: "Me encontré con Simone en la editorial Gallimard y estuvimos charlando un largo rato sobre la venta de nuestros libros". "Lo contó en tono casual, como si no le diese importancia", recordó Schoo. Sin embargo, en una entrevista posterior fue más honesta. "Cuando llamé a Simone de Beauvoir la primera vez, en París, fue simpatiquísima. Pero la segunda, en Roma, me contestó muy enojada, diciéndome que estaba de vacaciones", dijo[34].

En realidad, el flechazo no había sido mutuo. Si Simone tuvo una

amiga en la Argentina, esta fue la escritora María Rosa Oliver, a la que frecuentó en los congresos internacionales que organizaba el Partido Comunista y a quien le dedicó un párrafo en sus memorias. Según cuenta Juan José Sebreli, "Oliver me comentó que en una oportunidad Simone le dijo: 'Por favor explíqueme quién es esa mujer tan desagradable llamada Silvina Bullrich. En un encuentro que tuvimos en París no hizo más que hablarme de la plata que ganaba con sus libros y de los hombres con los que se acostaba'.".

"Es una de las escritoras que más admiro. Ella tuvo a su favor algo que yo no tuve: un gran escritor a su lado (Jean Paul Sartre) y Francia. Pero tiene mucho aliento y eso es muy difícil. Puede escribir largas novelas, bien armadas y sostenidas. Yo no tengo aliento largo pero me consuelo porque Borges, con muchísimo más talento que yo, tampoco lo tiene", dijo Silvina en un reportaje[35].

Simone de Beauvoir se graduó en filosofía en La Sorbona y constituyó, junto a Jean Paul Sartre, la representación máxima del existencialismo. Fue una activa militante feminista, se pronunció a favor del aborto, militó por los derechos humanos, adhirió al socialismo, se manifestó contra las guerras de Argelia y Vietnam y apoyó los movimientos estudiantiles de mayo de 1968 en París. ¿Por qué Silvina tomó como modelo a una escritora con inquietudes tan distintas a las suyas?

La periodista María Moreno hace un aporte interesante cuando remarca que Simone dejó en la Argentina huellas "por lo menos heterogéneas", y así influyó en autores tan disímiles como Oscar Masotta, Germán García, Beatriz Guido, Ernesto Sabato y Silvina Bullrich. Como que cada uno leyó lo que quería o podía leer.

"*El segundo sexo* instó a Silvina Bullrich a una interpretación pragmática y burguesa, que la llevó a promover en sus obras la independencia sexual y la necesidad profesional", dice Moreno, para después preguntarse si no habrá incidido en su lectura "un toque de Françoise Sagan"[36]. Algo de eso hay.

30. *La Semana,* 1980.

31. *Somos,* 1980.
32. *Somos,* 1990. Nota de Vilma Colina.
33. *Somos,* 1990.
34. *La Opinión,* 1978.
35. *La Nación,* 1978.
36. Prólogo a una reedición de *El segundo sexo.*

Beatriz Guido

Divina Beatrice

Los inicios

¿Quién me llamará mentirosa
cuando yo solo fabulo?
Nunca mentí en el oficio y en la vida
jamás en provecho propio: solo corrijo
lo que la realidad tiene de falso.
BEATRIZ GUIDO

Beatriz Guido tiene dos historias: una privada y otra oficial. Nunca hablaba, por ejemplo, de su abuelo Agostino Güido, uno de los tantos inmigrantes italianos que pasó muchos años trenzando canastos que luego vendía por la calle, hasta llegar a poner un negocio en la calle San Martín de la ciudad de Rosario. Casado con Marie Madelaine Cussino, inmigrante francesa, tuvieron tres hijos a los que se esforzaron por sacar adelante.

Ángel, el menor, sería su padre. Cuando faltaban pocos meses para que se recibiera de arquitecto, conoció a Berta Eirin, una joven actriz uruguaya que dejó las tablas para casarse con él. Beatriz fue la primogénita. Nació el 13 de diciembre de 1922, y al poco tiempo lo harían sus hermanas Tata (Bertita) y Beba (María Esther).

Ángel Guido fue un arquitecto importante. Estuvo vinculado a la Reforma Universitaria de 1918, construyó en Buenos Aires la casa de Ricardo Rojas —hoy convertida en museo—, fue rector de la Universidad del Litoral, obtuvo la beca Guggenheim para realizar estudios de urbanismo en México y los Estados Unidos y, sobre todo, fue uno de los autores del Monumento a la Bandera, su gran sueño.

Berta Eirin pertenecía a una familia descendiente de uno de los Treinta y Tres Orientales, que sufrió numerosos reveses de fortuna. Según Beatriz contaba siempre, su madre en su juventud había llegado a representar a Henrik Ibsen y a relacionarse con Rubén Darío. Sin embargo, no fue tan así.

“La leyenda que Beatriz urdió en torno de su madre decía que había

sido una actriz famosa que había actuado en los teatros más importantes del mundo, y que los magnates, los príncipes y los maharajás tiraban esmeraldas, rubíes y diamantes a sus pies. La verdad es que Berta había actuado en un conjunto vocacional, de esos que después se llamaron teatro independiente. Claro que era mentira, pero era precioso, novelesco, digno de Beatriz", me dijo la escritora Angélica Gorodischer, quien compartió con ella la niñez y la adolescencia en Rosario.

Berta abandonó el teatro para casarse con Ángel Guido, pero no su vocación: vestida con largas túnicas, representaba historias de degollados y desaparecidos que la pequeña Betty escuchaba fascinada. "Segura de que me esperaba una carrera literaria, se esmeró por darme esa infancia de historias fantasmales que —dicen— fue el estímulo de los mejores escritores", recordaría muchos años después[37].

Según contó siempre, su casa de Rosario era frecuentada por Leopoldo Lugones, Enzo Bordabehere, Diego Rivera, Lisandro de la Torre, David Alfaro Siqueiros, Arturo Capdevila, Gabriela Mistral y José Ortega y Gasset. Aunque seguramente exagerara, lo cierto es que desde muy chica participó de una vida cultural intensa. Sentía adoración por su padre, quien constantemente la llevaba a reuniones y conferencias, donde era tratada igual que un mayor. Conoció los Estados Unidos a los diez años y Europa a los dieciséis, siempre acompañando a Ángel en sus viajes profesionales.

Vivían en una gran casa en la calle Colón, repleta de antigüedades del barroco latinoamericano. "La casa de los Guido era preciosa —continuó Angélica Gorodischer—. Una especie de reducto colonial con baldosas coloradas, paredes muy blancas, zócalos y puertas de madera negra. Había una sala en la que se guardaban los tesoros que Ángel Guido había ido coleccionando, muebles antiguos taraceados en marfil, sillones de madera y pana punzó, cuadros con marcos de plata labrada, espejos. En uno de los dormitorios había una escalerita marinera que llevaba al mirador, una torre muy bonita desde donde se veía un buen panorama de la ciudad. A un costado estaba el estudio que Guido le había hecho construir a Beatriz, un lugar estupendo con su escritorio, sus bibliotecas, sus alfombras y sillones. Después estaba el jardín, que era enorme y llegaba hasta la otra calle. Nada de

decoraciones francesas, era un jardín selvático, lleno de plantas y de árboles. Del lado derecho había dos construcciones: una era la capilla, decorada con imágenes coloniales, y la otra era una casita donde vivían los abuelos, es decir, el padre y la madre de Ángel Guido. Eran unos viejitos chiquitos, muy modestos, a los que saludábamos cada vez que andábamos por el jardín. Estaban siempre sentaditos a la puerta y nos sonreían cuando pasábamos. Una maravilla mucho más meritoria que la leyenda que creó Beatriz acerca de su ascendencia de héroes y próceres. Yo conocí a los viejitos, así que a mí no me meten el perro".

"Cuando algún despistado le preguntaba a Beatriz si acaso era pariente del general Tomás Guido, guerrero de la Independencia, y de su hijo, el poeta Carlos Guido y Spano, ella daba una de sus características respuestas vagas que sugerían algo sin asertar nada" agregó el crítico Ernesto Schoo.

En la casita del fondo vivía también Dominguita Cussino, una prima pobre que, según Beatriz, era el ama de llaves. Y junto a ella el tío Pepe, un curioso personaje que constituía otro punto de atracción: sus amigos solían visitarlo y él los iniciaba en prácticas de ocultismo.

Betty dormía en una cama que había pertenecido a fray Mamerto Esquiú, y en ese ambiente se fue forjando una personalidad tremendamente fantasiosa. Desde muy chica intentó impresionar con historias estrafalarias, que cautivaban a los invitados. Siempre contaba que no habló hasta los cuatro años, y que la primera vez que lo hizo estaban todos sentados a la mesa y había un pintor subido a una escalera. Ella dijo: "Que se baje ese hombre", y hubo tantos alaridos porque Beatriz hablaba por primera vez, que el hombre se cayó y por poco se mata. También decía que a los cuatro años le contó a Lugones que estaba aterrada por una historia con muertos y fantasmas que habían vivido en su propia casa, y que fascinó a Capdevila y Ricardo Rojas con el relato de un niño encerrado en la piel de un gato.

Los gatos le atraían especialmente. En la escuela siempre contaba que tenía un gatito con un cascabel, y sus padres fomentaban sus mentiras. "¿Cómo es el gatito?", le preguntaban, y ella seguía fantaseando. Le costó empezar a hablar, pero una vez que lo hizo, no paró: llamaba la atención por su buena dicción y su facilidad para contar historias, y cuando tenía nueve o diez años —según también

decía— Ortega y Gasset le recomendó a su padre que la orientara hacia la filosofía. Le gustaba también evocar el día en que recitó ante Rubén Darío, quien la besó en la frente y le auguró un destino triunfal.

Desde muy chica se le manifestó un problema de tiroides, que le provocaba un leve temblor en las manos. Sin embargo, sus padres pensaron que podría ser una buena concertista de piano. “Di mi primer concierto en la Casa Breyer de Rosario cuando tenía ocho años —recordaría mucho tiempo después—. Toqué obras de Schubert, de Massenet, también algo de Rachmaninov, que me gustaba porque era un desafío para la técnica. Pero tocar el piano de chica me provocó una especie de trauma. Para mí el arte está relacionado con la letra y con la imagen”[38].

Asistió a un colegio religioso, el de Nuestra Señora del Huerto, “porque mi padre pensó que la liturgia y el boato enriquecerían mi imaginación”[39]. Era muy mala alumna, pero Ángel Guido siempre conseguía que le dieran otra oportunidad y al final salvaba el año. No le gustaba estudiar y siempre tuvo errores de ortografía. “Yo escribo ojo con hache”, decía siempre, para justificarse. Una vez, cuando las hermanas del Huerto le ordenaron recitar un poema en un acto escolar, simuló desmayarse.

Al terminar el colegio comenzó a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, pero abandonó al poco tiempo. “Según ella, porque la facultad era ‘muy tomista’, y el griego, ‘muy difícil, con esos signos raros’. También decía que había participado de las luchas estudiantiles, lo cual era tan leyenda como los antepasados ilustres”, comentó Angélica Gorodischer.

De todos modos, frecuentó el ambiente universitario de esa época, sobre todo los bares de la calle Viamonte, cercanos a la Facultad. Allí conoció a Ernesto Sabato, Manuel Mujica Lainez, Estela Canto, José Bianco, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, con quienes se relacionaría para siempre.

Finalizada su etapa de concertista, su destino quedó definitivamente marcado: iba a ser una escritora famosa. “La vida de Beatriz estaba muy imbricada con la de su padre, de quien era la preferida. Eso no ocasionaba celos ni rencores, sino que se tomaba como algo natural, los miembros de esa familia se llevaban envidiablemente bien. Beatriz

era la llamada a la fama y todos lo aceptaban como un hecho probado", agregó Gorodischer.

"No hay que pasar por alto otro detalle: Ángel Guido deseaba un hijo varón, que triunfase estrepitosamente en la vida y llevase su apellido a las cumbres de la fama mundial. A falta de hijo, volcó en Beatriz esa ambición desmesurada: la llamaba Giovanotto, y estaba dispuesto a invertir lo que fuere, dinero, influencias, para alcanzar la meta soñada", dijo Ernesto Schoo[40]. Seguramente inspirado en el personaje de *La divina comedia*[41], su padre también la llamaba Beatrice. Ese fue el nombre que ella siempre utilizó para firmar su correspondencia privada.

Ángel fue siempre su gran figura protectora. Una vez le comentó a la escritora María Angélica Bosco: "Si yo voy y le digo: 'Papá, acabo de matar a alguien', él me va a contestar: '¡Pero hija, qué barbaridad! Sentate y vamos a ver cómo lo arreglamos'.".

A los diecisiete años escribió un ensayo sobre Lisandro de la Torre que fue muy aplaudido por su familia. "En vez de dedicarme a escribir sobre el prócer indicado en el colegio, yo lo hice con él. Lo elegí porque fue muy importante para mí encontrar una personalidad cercana a mi familia. Cuando niña, lo veía periódicamente en mi casa", contó cuando ya era famosa[42].

Unos años después, luego de terminar su cuento *El hombre del bastón con cabeza de víbora*, su padre le dijo: "Vas a ser una gran escritora, te conocerán en todo el mundo"[43]. Su estímulo no se limitó a las palabras: en 1947 se hizo cargo de los gastos de edición y así consiguió que la editorial El Ateneo publicara *Regreso a los hilos*, su primer libro, del que nunca habló y que jamás reeditó. Se trata de una colección de cuentos bastante pretenciosos, como suelen ser los primeros intentos de un escritor.

37. Beatriz Guido, *Una madre*, Emecé, 1973.
38. *Siete Días*, 1980.
39. *El País*, 1984.
40. *La Nación*, 2002.

41. Beatrice Portinari fue el amor de juventud y fuente de inspiración de Dante Alighieri. Su primer libro, *La vida nueva*, es un relato intimista escrito en prosa basado en su relación platónica con Beatrice. Posteriormente, en *La divina comedia*, ella representa la encarnación de los misterios divinos concedidos por la gracia. Es la guía espiritual que conduce al poeta hacia el umbral del empíreo, donde se le permite vislumbrar la gloria por un instante.
42. *Gente*, 1967.
43. Elsa Osorio, *Beatriz Guido*, Planeta, 1991.

Un primer matrimonio

En la época en que Beatriz publicó su primer libro, Ángel Guido era rector de la Universidad del Litoral. “Fue rector durante la presidencia de Perón —contó Angélica Gorodischer—. Por su antiperonismo furioso, a Beatriz le resultaba difícil aceptar que su padre hubiera tenido un cargo en ese gobierno, entonces inventó otra leyenda según la cual los peronistas lo habían amenazado con poner una estatua de Evita en el Monumento a la Bandera si él no aceptaba. Todo eso es una macana tan grande como el Monumento. Ella siempre decía que su padre era el autor cuando en realidad fue uno de los autores, porque hubo varios”[44].

Siempre fue profundamente antiperonista. Contaba que en un viaje que hizo en 1938 a Berlín junto con su padre, se hospedaron en un hotel donde estaba Perón, y fue testigo de que este asistía a los mítines de la SS. “Cierta mañana aparecieron todos los negocios de los judíos apedreados, con las vidrieras rotas. Mi padre me llevó a ver los destrozos y luego tomamos mate con Perón y otros militares argentinos, que parecían contentos por lo que había pasado”, declaró en un reportaje[45]. En otra oportunidad, cuando le preguntaron qué opinaba de Perón, contestó: “Fue un hombre que quiso hacer cosas, pero no le interesó la reforma social definitiva, la agraria, por ejemplo. Salvo las ciento sesenta y ocho leyes obreras y el Jockey Club (que lo quemó), dejó todo como estaba”[46].

Ángel Guido nunca fue peronista, pero aceptó el cargo que le ofrecieron. Durante su rectorado, la Asociación Cultural Dante Alighieri invitó al filósofo Guido de Ruggiero a dar un ciclo de conferencias en la Universidad. Beatriz se entusiasmó y le pidió a su padre que le gestionara una beca para ir a estudiar a Italia. Le fue otorgada por el mismo instituto que había traído a De Ruggiero, e hizo un curso de Historia de la Filosofía en Roma y otro en el Instituto de Filosofía de Nápoles, en la cátedra de Benedetto Croce. En Italia conoció a Alberto Moravia, quien inspiró su ensayo *Los dos Albertos*, sobre Moravia y Albert Camus. Su viaje duró seis meses.

“Guido de Ruggiero recibió con entusiasmo a la hija del rector de la Universidad, y su hijo, que se llamaba Conrado, se enamoró perdidamente de ella —continuó Gorodischer—. No era para menos. Beatriz era lindísima, no tenía figura, pero sí una cara perfecta, un pelo castaño abundante y ondeado y unos ojos maravillosos, grandes, brillantes, sonrientes. Era simpática, tenía una conversación interesante, llena de risas y halagos, y sabía escuchar, aunque no creo que oyera. Lo convenció a Conrado de Ruggiero de esperar un poco y el pobre esperó hasta que ella se vino de vuelta. Lo malo fue que un día Conrado se le presentó en Rosario. Fue espantoso. Yo la acompañé a esperarlo, llegaba en tren desde Buenos Aires y ella no quería estar a solas con él. Le hizo dar alojamiento en el Hospital del Centenario, dependiente de la Universidad, y allí lo dejó a la buena de Dios. Unos días después él se volvió a Italia”.

En realidad, ni Rosario ni la vida que había llevado hasta ese momento le resultaban suficientes. Sus siempre abundantes candidatos comenzaron a aburrirla, y a algunos de ellos los dejó casi al pie del altar. “No sé cómo se las arreglaba, pero a excepción de Conrado, con los demás quedaba amiguísima y hasta los casaba con alguna de sus amigas”, agregó Gorodischer.

Fue entonces cuando conoció a su primer marido, el abogado Julio Gottheil. “Un amigo mío tenía una novia rosarina y en esa época se usaba hacer fiestas de compromiso. En esa fiesta, en Rosario, conocí a Beatriz. Era excepcionalmente linda, fantasiosa, imaginativa y muy empeñosa. Cuando se proponía algo, lo lograba”, recuerda Gottheil.

Él era un poco más joven, entonces ella decidió mentirle y quitarse un par de años. Recién le confesaría su edad un año después, el día anterior al casamiento. Se casaron en la capilla del jardín de los Guido y luego se instalaron en Buenos Aires, la ciudad donde Beatriz siempre había querido vivir.

Julio Gottheil provenía de una familia de banqueros y se sintió atraído por el mundo de los Guido, tan distinto del suyo. Junto a ellos vivió experiencias inéditas, como la práctica de actos espiritistas, con los que —seguramente influenciados por el tío Pepe— se habían entusiasmado en esa época.

“Tenían una casa en Mar del Plata, y un verano, en la biblioteca,

encontré libros de espiritismo. Como llovía todo el tiempo, decidí leer uno de ellos y después lo comenté un poco despectivamente con mi suegro. 'No, es una cosa muy seria —me dijo—. Y muy real'. Entonces, con espíritu científico, quise ver cómo funcionaba. Mi suegra, que por su catolicismo estaba en contra, se fue al piso de arriba, y quedamos Beatriz, sus dos hermanas, el padre y yo. Nos sentamos alrededor de una mesa con tres patas tocándonos las manos, y la mesa se empezó a mover. Un golpe firme significaba la letra a, dos golpes la b, y así sucesivamente. Durante quince noches estuvimos haciendo espiritismo. La teoría espiritista dice que las almas que se han desprendido andan revoloteando, especialmente las de más baja condición espiritual, entonces de pronto la mesa decía malas palabras. También contestó algunas preguntas con coherencia, pero no eran preguntas muy importantes. Lo más interesante fue cuando la mesa empezó a nombrar insistentemente a Gurí, un perro que tenían los Guido. Una noche dijo 'Gurí', 'accidente', 'muerte', '9 de julio', y nos quedamos con esa información. Un mes después, Gurí se escapó de la casa, caminó hasta la calle 9 de Julio y allí lo atropelló un auto".

Gottheil le comentó estas experiencias al filósofo del Derecho Carlos Cossio, de quien era discípulo. "Él negaba todo esto, pero como era un hombre muy curioso, decidimos hacer una especie de prueba. Durante una época nos juntamos en casa todas las noches y empezamos a desconfiar de Beatriz, porque cuando ella no estaba, la mesa no se movía. Por fin llegamos a la conclusión de que había una comunicación entre los inconscientes, pero en la interpretación espiritista, el médium es un instrumento de comunicación entre los vivos y las ánimas de los que han muerto. Invitamos a mucha gente a las sesiones, hasta que la experiencia terminó con un gran susto: una amiga huérfana se comunicó con su madre y se puso a llorar y gritar, hubo que tirarle agua fría en la cabeza, acostarla y tranquilizarla. Beatriz se asustó mucho y no quiso hacer más sesiones de espiritismo".

El matrimonio entre Beatriz y Julio no funcionó bien. "Era una mujer muy imaginativa, bastante macaneadora pero sumamente ingenua. Una mezcla difícil. Nuestra relación fue amistosa y fraterna, empezó con un metejón, pero el metejón pasó rápido. Creo que nos fuimos muy útiles el uno al otro en una época de nuestras vidas en que

todavía necesitábamos madurar, aunque yo un poco menos. De ella me queda una imagen muy compleja. Creo que no se psicoanalizaba porque pensaba que si lo hacía iba a dejar de escribir, lo cual es una idea absurda. Tenía una relación muy próxima con sus padres y hermanas y no logró soltar amarras", finaliza Gottheil.

"Yo lo conocí poco a Julio, a pesar de que es mi padrino —recuerda Adriana Martínez Vivot, una de las sobrinas de Beatriz—. Ella tenía un solo amor, que era Babsy, y entonces tapaba su primer matrimonio, que según decía había sido horrible. Cuando le recordaban que en esa época se la veía contenta terminaba aceptándolo, pero de entrada decía que no. Argumentaba que nunca habían sido un matrimonio, que había sido una relación como de hermanos o primos, pero no creo que haya sido así. Armaba la historia como para hacer creer que Babsy fue el único hombre de su vida, pero nunca le creímos".

"¿Usted se analiza?", le preguntaron en un reportaje. "No. ¿No se dieron cuenta de que yo capitalizo mis defectos?", contestó[47].

44. El Monumento a la Bandera de Rosario fue creado por los arquitectos Ángel Guido y Alejandro Bustillo y los escultores José Fioravanti y Alfredo Bigatti.
45. *La Nación*, 1987.
46. *Gente*, 1967.
47. *Gente*, 1967.

Leopoldo

En abril de 1951, en la casa de Ernesto y Matilde Sabato, Beatriz conoció a Leopoldo Torre Nilsson. Ella tenía veintinueve años y, al igual que Gottheil, él era unos años menor: tenía veintiséis.

"Me enamoré ese mismo día. Sabato tardó en llegar a la cita. Y cuando llegó se disculpó en el living. 'Lamento —dijo— haberles hecho perder el tiempo'. Y Leopoldo le contestó: 'No hemos perdido el tiempo'. Y yo con eso volé. Fue un amor a primera vista. Yo entonces era una chica adorada por mi padre, por mi madre, era una flaquita atolondrada, ingenua, que lo único importante que había hecho en la vida era un libro de cuentos. Y la única forma que tenía de conquistarlo era con una mentira. En la charla, como yo no tenía conversación para darle, le dije que venía de Europa y que acababa de ver su película *El crimen de Oribe* doblada al portugués, y que era sensacional. Y él se sorprendió. Entonces al día siguiente fue a la productora a reclamar", contaría años después[48].

En la reunión también estaban Julio Gottheil y Pilar Barcos, la mujer de Torre Nilsson y madre de sus dos hijos, Javier y Pablo. Ernesto Sabato siempre se sintió un poco culpable por esta historia, que durante los primeros años fue clandestina. Beatriz visitaba la casa de los padres de Leopoldo y él frecuentaba la de los Gottheil.

En esa época la obra de Nilsson se limitaba a dos films que había codirigido con su padre, Leopoldo Torres Ríos (quien, según una versión, le había agregado una *ese* a su primer apellido por cuestiones de sonoridad, y según otra, se debía a un error del Registro Civil): *El crimen de Oribe* —basado en "El perjurio de la nieve", de Adolfo Bioy Casares— y *El hijo del crack*.

Estaba intentando independizarse de la figura paterna y comenzar con sus propios proyectos, que eran muchos. Eso provocó que poco después terminara alejándose de Ernesto Sabato.

Desde que había leído *El túnel*, Torre Nilsson había querido filmarla. Sabato estaba de acuerdo, pero cuando la novela empezó a tener repercusión, Argentina Sono Film le hizo una propuesta importante

para comprarle los derechos. Intentó que Leopoldo fuese el director y, aunque no pudo lograrlo, de todas maneras terminó aceptando. Nilsson se sintió traicionado y nunca lo perdonó. Estuvieron distanciados durante bastante tiempo, incluso cuando Leopoldo ya vivía con Beatriz.

"Una de sus grandes obsesiones era reconciliarlos. Durante años trató de acercarlos, inventaba cosas, lo llamaba a Ernesto y le decía: 'Babsy quiere que veas su nueva película', o hablaba bien de él en cualquier entrevista, creyendo que iba a leerla —recordó el escritor Edgardo Cozarinsky, amigo de Beatriz—. Llamaba a Sabato y le decía a Leopoldo que Sabato quería hablar con él, y por el otro lado le decía a Ernesto que Nilsson quería hablarle. Finalmente los dos iban al teléfono y la conversación era así:

—Hola, Ernesto, ¿cómo está?

—Bien, Nilsson, ¿y usted? ¿Por qué me llama?

—¿Cómo? ¿No me llamó usted?

—No.

—Bueno, adiós.

Y cortaban. Beatriz la pasaba mal, se agarraba la cabeza y decía: ¡Ah! ¿Cómo hacer? ¿Cómo hacer? ¡No sale! ¡No sale! Deseaba que la gente que quería o estimara se llevara bien".

Poco tiempo después de conocerse, Leopoldo le propuso a Beatriz que escribiera una escena para su próximo film, *Días de odio*, basado en el cuento de Borges "Emma Zunz". Era la primera película que dirigiría solo, con producción de Armando Bo. "Leopoldo me dio a realizar una secuencia aislada. La escena no existe en el cuento de Borges. Están en la cocina Elisa Christian Galvé y Duilio Marzio, mientras en el departamento se festeja un cumpleaños", recordaría años después[49]. En ese momento le parecía un sueño. Comenzó a asistir a la filmación para comentar la escena con Borges y Leopoldo.

"Según Beatriz, en un plano de la película ella está sentada con Borges en una de las mesas donde la protagonista seduce al marinero para hacerse violar. Yo jamás pude encontrar esa escena", me dijo el crítico Claudio España. Duilio Marzio, que hizo su debut cinematográfico en *Días de odio*, coincidió en que si bien en el primer día de filmación estaban Borges y Beatriz, ella no aparece en la

película.

Borges, por su parte, no quedó satisfecho con el film y declaró públicamente que prefería la versión que había hecho René Mujica de *Hombre de la esquina rosada*. “Los dos procedieron con total libertad: uno, con afortunada libertad, y el otro con una nefasta libertad”, dijo[50]. Pero de todas maneras aceptó que su nombre fuera incluido en los créditos.

48. *Gente*, 1978.
49. *Tiempo Argentino*, 1985.
50. *Torre Nilsson y su pasión*, video de Oscar Barney Finn para ATC.

La casa del ángel

Mientras tanto, Julio Gottheil le insistía a Beatriz para que se presentara al Premio Emecé, que se otorgaba por primera vez. Ella había escrito un largo cuento basado en una historia que había escuchado un fin de año en una mansión de Belgrano, en Cuba y Sucre. La casa, hoy desaparecida, perteneció a Carlos Delcasse, ex boxeador y diputado, y se la conocía como "la casa de los duelos", porque allá se batieron a duelo varias personalidades, entre ellas Jorge Newbery. Según la leyenda, los cadáveres eran sacados clandestinamente por la puerta trasera de la calle Arcos. "Mi padre era amigo de Delcasse", comentó, para no ser menos, Beatriz.

"Cuando apareció el concurso, le sugerí que del cuento largo hiciera una novela", recuerda Gottheil. Así nació *La casa del ángel*.

La protagonista es una joven de la alta burguesía, Ana Castro, que vive con sus hermanas mayores en la casona de la calle Cuba conocida como "la casa del ángel" por una escultura ubicada en la terraza. Su madre la había educado tan rígidamente que el menor contacto con un hombre le producía una enorme sensación de culpa. Conoce a Pablo Aguirre, un diputado correligionario de su padre que logra perturbarla, y después de una fuerte discusión durante un debate parlamentario, él decide batirse a duelo en la casona. La noche anterior, cuando Ana entra en su habitación, Pablo decide violarla. Al amanecer se oyen dos disparos, Ana corre al jardín y comprueba horrorizada que su violador sigue vivo. Como siempre sucede en las novelas de Beatriz, los climas son más importantes que la historia que se relata. Aquí ya aparecen el mundo y el estilo que caracterizarían su literatura, con sus familias decadentes y sus jóvenes criadas con principios rígidos, acosadas por el despertar de la sexualidad.

"Como había poco tiempo, yo la despertaba a las cuatro o cinco de la mañana para que escribiera. Y ella escribía y escribía. Yo funcionaba como despertador", continúa Gottheil.

Después de presentar la novela al concurso, Beatriz hizo todo lo posible por conocer y seducir a los miembros del jurado: Ignacio

Anzoátegui, Leopoldo Marechal, Julio Caillet-Bois y Armando Braun Menéndez. “Se convirtió en la enfermera cotidiana de un Marechal doliente, fue asiduamente a misa en la Merced porque le contaron que otro de los jueces iba allí a diario”, contó Ernesto Schoo[51].

Pero fue sincera. Años después, cuando un periodista le preguntó si le había costado ganar el concurso, contestó: “Fue tan fácil: era amiga de todos los jurados. Los concursos son tremendos. A mí me premiaron por amiguismo, y cuando yo fui jurado premié también a los amigos”[52]. En otro reportaje declaró: “Soy terriblemente venal. Me gusta abrir los sobres, ¿qué voy a hacer? Yo, si sé que en un concurso hay libros de David Viñas o Augusto Roa Bastos, por ejemplo, ya no leo más otros libros. Creo fanáticamente en el oficio. En un concurso dejé de votar por *Los premios* de Cortázar porque no conocía a Cortázar. Ahora no me llaman más”[53].

“El Premio Emecé lo sacó a fuerza de acercarse a Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares. La forma en que los aduló para ganar ese premio es casi una obra maestra”, opinó la escritora Elvira Orphée.

María Angélica Bosco la conoció en esa época, ya que con su novela policial *La muerte baja en ascensor* ganó el segundo premio en ese mismo concurso. “Beatriz me resultó encantadora y nos hicimos amigas. Tenía una enorme capacidad para mentir, pero sus mentiras eran muy divertidas, se las descubríamos enseguida, no tenían mala intención. El Premio Emecé fue una sorpresa en ese momento porque lo ganamos dos mujeres, los hombres solo recibieron menciones. En esa época, año 1955, aparecimos las mujeres novelistas. Ya estaba Silvina Bullrich, pero hasta ese momento en la literatura argentina no había demasiadas mujeres”, recordó.

Al publicarse *La casa del ángel* se esforzó por insertarse en el mundo literario, con bastante buen resultado: tuvo algunas críticas favorables, y le hicieron varios reportajes. Viajó a los Estados Unidos (“invitada por el Departamento de Estado de la Unión con el fin de pronunciar conferencias en distintos ámbitos norteamericanos”, exageró[54]), y durante su estadía logró que la editorial neoyorquina McGraw-Hill editara *The House of the Angel*.

Al año siguiente se separó de Julio Gottheil y se instaló en un departamento en Callao y Las Heras junto a su madre y Marietta, la

mucama paraguaya que la acompañaba desde que vivía en Buenos Aires. Berta Eirin se había separado de su marido poco después del casamiento de Betty. El arquitecto Guido había iniciado una relación con su secretaria, y después de soportar la situación durante un tiempo, la madre de Beatriz decidió finalmente mudarse junto a su hija.

En 1956, Leopoldo Torre Nilsson —quien también se había separado de su mujer— filmó *La casa del ángel*, con producción de Argentina Sono Film y la actuación de Elsa Daniel y Lautaro Murúa. Pese a que algunas críticas lo calificaron de presuntuoso, el film fue visto por un millón de espectadores y marcó un hito en el cine argentino.

"Acostumbrados a las comedias sentimentales con las inevitables ingenuas de voz aniñada y virginidad incólume, o a las evocaciones, también sentimentales, de una inocencia campesina o un pasado porteño ya anacrónicos, los espectadores locales descubrieron de pronto que también aquí se podía hacer un film que hablara de nuestros mitos sociales, de nuestros prejuicios y nuestros miedos, de las raíces de muchos antiguos males", recordó Ernesto Schoo, para después remarcar el clima de la época en que el film fue estrenado: "Si bien la inflación había comenzado ya en 1947, la Argentina mantenía un alto nivel de vida respecto de sus vecinos latinoamericanos, y se aprestaba, según el sentimiento general de la época, tras la opacidad cultural del gobierno peronista, a un renacimiento de las artes, las letras y las ciencias. Se respiraba ya la atmósfera que pocos años después llevaría a la apertura del Instituto Di Tella"[55].

En ese clima extraordinario se filmó *La casa del ángel*, y Beatriz participó en la redacción del guion. "Al escribir el guion, mi primer guion, no salía de mi asombro al ver que había que arrancar páginas del libro, esto va, esto no va. El aprendizaje fue duro porque aprendí que hay un solo idioma que es el idioma del cine; el otro idioma, el literario, debe fundirse con él", declararía años después[56].

"Si bien sus novelas no poseen un *timing* fílmico, sí se puede apreciar una atractiva capacidad de representación de situaciones, relaciones entre el hombre y el paisaje, diálogos muy trabajados, entre otras características, que favorecen decididamente la conversión de su literatura en un relato fílmico", comentó el crítico Daniel Capalbo, uno

de los pocos que se dedicó a trabajar extensamente la obra literaria de Beatriz.

En realidad, Beatriz nunca sabía cómo quedaría el guion que estaba escribiendo: sobre una sinopsis de pocas páginas, Nilsson solo le pedía que desarrollara algunos diálogos y escenas aisladas. “Era una escritora sometida a los designios del director. Se había acostumbrado a no discutir, y así como intervenía en todo lo que significara la organización de una película, una vez que se comenzaba a filmar era como si ese fenómeno que ella había inventado pasara a la propiedad del otro. Las mejores películas de Torre Nilsson son las que ha hecho sobre libros de Beatriz. Se produjo una especie de simbiosis y entre los dos hacían uno, pocas veces he visto casos de seres tan autoprotegidos como esa pareja”, opinó el director Manuel Antín.

“Muchas veces el origen de los temas era mío o de Leopoldo, hasta un momento en que olvidamos quién inventó tal cosa y quién la otra”, declaró Beatriz[57].

Sobre ese punto, dijo Oscar Barney Finn: “Beatriz era una máquina de largar ideas. Saltaba de una cosa a la otra sin detenerse. Era, además, una escritora que no estaba atada a su texto, le gustaba que los demás trabajaran sobre sus textos”. Y Horacio Salas agregó: “Creo que como Beatriz influyó en la obra cinematográfica de Torre Nilsson, él habrá influido en su obra literaria. Hay un tono que los iguala, como si tuvieran una relación muy simbiótica”.

Claudio España compartió esta idea: “Yo creo que Torre Nilsson no hubiera podido filmar una sola película si no hubiese estado con ella. Y Beatriz tampoco hubiera escrito lo que escribió si no lo hubiera tenido a él”. Y finalizó Ernesto Schoo: “La fusión estética de Torre Nilsson y Guido es tan estrecha, el intercambio entre letra e imagen es tan sutil, que ni el bisturí más afilado conseguiría separar el aporte del uno y del otro. Lo concreto es que hubo un estilo. Los temas y la manera de encararlos llevan el sello de la dupla, la marca en el orillo”.

51. *La Nación*, 2002.
52. *Confirmado*, 1966.

53. *Extra*, 1968.
54. *La Nación*, 1955.
55. *La Nación*, 2002.
56. *Tiempo Argentino*, 1985.
57. *La Nación*, 1980.

Una gran pastelera

Mientras Torre Nilsson filmaba *La casa del ángel* se publicó *La caída*, el siguiente libro de Beatriz. El hecho de que su novela anterior se estuviera filmando hizo que aumentara el interés.

La caída es la única de sus novelas en la que reconoció elementos autobiográficos, ya que la familia en la que está inspirada es la dueña de una pensión donde vivió durante su estadía en Italia. Aquí aparece otro elemento que sería característico de su literatura: los jóvenes transgresores que viven bajo el influjo de un pariente ausente.

Es la historia de Albertina, una huérfana de dieciocho años que abandona la casa de sus tías en San Nicolás para ir a estudiar Filosofía y Letras en Buenos Aires. Se instala como pensionista en una casa antigua y decadente, donde vive una viuda enferma con sus cuatro hijos, que se han criado solos, al margen de todas las normas de la educación convencional. Sus rígidas convicciones morales comienzan a caer a partir de esta convivencia, que coincide con el descubrimiento de su sexualidad.

Beatriz siempre colaboró con Babsy cediéndole sus libros, escribiendo escenas, opinando sobre los actores y la escenografía, y fundamentalmente encargándose de las relaciones públicas, tarea en la que se desempeñó de una manera extraordinaria.

Su primera misión fue partir al festival de Cannes con las latas de *La casa del ángel*. Asistió a *cocktails*, buscó contactos, sedujo a críticos y distribuidores, y finalmente logró que el film fuera exhibido en una sala de La Croisette a las tres de la tarde. No era demasiado, pero como inicio no estaba mal. Aunque no ganaron ningún premio, las puertas de Europa empezaban a abrirse. Los principales críticos franceses la aplaudieron y se publicaron reseñas elogiosas en revistas importantes.

“Yo creo que gran parte de la trascendencia que tuvo la obra de Torre Nilsson se debe a ella, a su formidable don para las relaciones públicas —continuó Ernesto Schoo—. Pepe Bianco tenía una frase muy graciosa para definirla: ‘Es una gran pastelera’, decía. Podía estar

sentada a una mesa con muchas personas de distintas opiniones y estar de acuerdo con todas, no tengo la menor idea de cómo lo hacía".

"Beatriz siempre tuvo facilidad para abrirle camino a Leopoldo en los festivales internacionales, porque primero viajaba ella con las latas bajo el brazo y tenía un gran poder de convicción", agregó Oscar Barney Finn.

Ese primer viaje a Cannes le sirvió también para lanzar su novela a nivel internacional: fue editada en Francia, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Suecia, Italia, y hasta en Japón.

Porque si bien Beatriz fue la gran impulsora de la carrera de Torre Nilsson, su propia carrera como escritora creció enormemente a partir de su relación con él. Años más tarde lo reconocería en una entrevista: "Él a mí me hizo novelista y me hizo profesional. Mi padre me dio toda la formación y la cultura, pero la profesionalidad me la dio Babsy, el rigor literario lo conocí con él"[58].

En otra oportunidad, cuando le preguntaron si el hecho de ser la mujer de Torre Nilsson le sumaba importancia, contestó: "Quizá. Si no lo fuese lo sería menos. Es muy bueno ser su mujer. Y me reporta el mismo beneficio que me significó ser hija de un hombre como fue mi padre. Esa es mi condena y mi salvación. He sabido siempre sacar ventaja de ello"[59].

La siguiente película fue *El secuestrador*, basada en un cuento de Beatriz, quien, a diferencia de sus obras anteriores, dejó de lado el ambiente de la alta burguesía para internarse en una villa miseria. Con las actuaciones de María Vaner, Lautaro Murúa y Leonardo Favio, el film resultó demasiado fuerte para la época y provocó reacciones de rechazo.

En esa época, Torre Nilsson ya se había instalado en el departamento de Callao y Las Heras junto a Beatriz, Marietta y Berta Eirin. "Babsy era muy celoso y la obligó a desprenderse de todos los regalos que le había hecho Julio Gottheil, incluso las joyas", recuerda su sobrina Adriana Martínez Vivot.

Tal vez los celos de Torre Nilsson hayan sido parte de la razón por la cual Beatriz decidió borrar a Julio de su pasado. "Leopoldo es mi vida. De las manos de mi padre pasé a las de él, de modo que no conozco otra forma de existencia que no sea con Babsy", declararía muchos

años después[60].

Su caso es similar al de Marta Lynch, quien también tuvo un primer matrimonio que siempre negó. Al no existir en la Argentina de esa época el divorcio vincular, ni Marta pudo casarse con Juan Manuel Lynch, ni Beatriz con Leopoldo Torre Nilsson. Pero a diferencia de Silvina Bullrich —quien también pasó por una experiencia parecida— jamás se quejaron públicamente por esto, más bien trataron de ocultarlo.

Pese a su imagen de mujer libre y poco atada a los convencionalismos, Beatriz era sensible a la opinión de los demás. Le avergonzaba no poder presentar una libreta de matrimonio cuando se hospedaba con Babsy en los hoteles, y se las ingenió para obtener una libreta falsa. No una libreta cualquiera: "Una libreta de lujo, teniendo en cuenta las personalidades que está casando", cuenta Elsa Osorio[61], y agrega que por el trámite no le cobraron un solo peso. La única condición fue que solo la utilizaran cuando viajaran al exterior. Y ella, inusitadamente respetuosa, cumplió con su palabra.

58. *Gente*, 1978.
59. *Gente*, 1967
60. *Radiolandia 2000*, 1978.
61. Elsa Osorio, *Beatriz Guido*.

Soy bimotor

Durante la filmación de *El secuestrador*, Beatriz escribió la novela *Fin de fiesta*, que sería publicada ese mismo año. “Asistía a las filmaciones, pero no por eso dejaba de escribir. Siempre estaba sentada en un rincón, escribiendo en sus cuadernos”, recordó Horacio Salas.

Escribía en los sets, y Nilsson la estimulaba porque quería que Beatriz escribiera, pero al mismo tiempo no soportaba estar sin su presencia. Un día, en medio de una filmación, se dio cuenta de que ella no estaba y entonces interrumpió su trabajo y la mandó buscar. A partir de allí, Beatriz nunca dejó de estar presente.

“Una vez, mientras se estaba preparando una toma, la vi escribiendo. Las luces estaban apagadas y ella estaba sentada en una sillita baja, de paja, bajo una pequeña luz. Cuando empezó la filmación, dos técnicos levantaron la silla, uno de cada lado, y la llevaron a otra parte, con ella encima. Después llevaron la lucecita, que seguramente era un cable tendido para que Beatriz escribiera. Mientras se armó todo esto, ni siquiera levantó la vista del cuaderno”, recordó el crítico Claudio España.

Ernesto Schoo le preguntó una vez cómo hacía para no perder un detalle de las filmaciones y escribir simultáneamente. “Soy bimotor”, le contestó.

Cuando ella le comentaba que había recibido una crítica elogiosa de alguna de sus novelas, Torre Nilsson le respondía: “Muy bien, ¿y ahora qué? Ya tendrías que estar escribiendo otra. ¿O te vas a dormir sobre los laureles?”[62].

Con *Fin de fiesta* Beatriz ingresó nítidamente en la temática histórico-política que continuaría a lo largo de toda su obra. Como en sus libros anteriores, está narrada desde un adolescente, pero en este caso se trata de un varón.

A partir de la muerte de sus padres durante el naufragio de un barco que los llevaba a Europa, Adolfo vive con su hermano y sus dos primas bajo la custodia de su abuelo Braceras, intendente de Avellaneda y senador nacional. El amor entre Adolfo y su prima Mariana, más la

presencia de Gonzalo, un hijo ilegítimo de Braceras, contribuyen al clima transgresor, en un ambiente que entremezcla la hipocresía, el lujo y la decadencia de valores. La diferencia fundamental la constituye la figura del abuelo, inspirada en Alberto Barceló, el caudillo de Avellaneda. Allí aparecen la década del treinta, la corrupción política y el hampa al servicio del poder, y se introducen escenas como la sesión del Congreso en que interviene Lisandro de la Torre y es asesinado Enzo Bordabehere. La novela culmina el 17 de octubre de 1945, cuando las masas avanzan hacia Plaza de Mayo para apoyar a Perón. "Volvemos a empezar", dice el protagonista, y ahí ya aparece el antiperonismo furioso que caracterizaría a Beatriz.

Nilsson filmó la adaptación de la novela en 1958, con las actuaciones de Elsa Daniel, Lautaro Murúa y Duilio Marzio. La llevaron al Festival de Berlín y sucedió lo mismo que en Cannes: no recibió ningún premio, pero sí importantes críticas. "En el Festival de Berlín vi cómo se movían en el panorama universal del cine. Ya eran 'la pareja'. Ahí comprobé lo que significaba Beatriz. Era la cómplice, la amiga y la gran amante de Torre Nilsson", comentó Duilio Marzio.

"Era como una especie de esposa, secretaria, ayudante, asistente. Era sobre todo muy devota a él", opinó Edgardo Cozarinsky.

Así los recordó Rodolfo Mórtola, gran amigo y colaborador: "Beatriz miraba a Babsy y se babeaba. Durante las filmaciones, iba todos los días a la sala de proyección y todo le parecía maravilloso. Si alguien le decía que una toma estaba mal encuadrada o fuera de foco, contestaba: 'No, no, no, a mí no me importa. ¡Es genial!'. Se necesitaban a muerte, aunque eran totalmente opuestos. Esos seres no existen más, eran mágicos, únicos, cultos realmente y verdaderamente liberales. No tenían prejuicios, jamás lo escuché hablar prejuiciosamente de algo. Uno ama a muy poca gente, yo a ellos los amé".

"¿Le gusta ver filmar a su marido?", le preguntaron a Beatriz en un reportaje. "No solamente me gusta: toda mi admiración erótica hacia Leopoldo proviene del set. ¡Es increíble! Toda su formación, su acervo cultural, sus lecturas al amanecer quedan al descubierto cuando él dirige", contestó[63].

Beatriz era expansiva, simpática, abierta, mientras Nilsson era

reservado y establecía una distancia con los demás, acrecentada por su imagen física. Corpulento, con gruesos anteojos, generaba una mezcla de admiración y temor. “Beatriz es más jovial que yo, mucho más vital. En cambio, yo soy más racionalista. Lo que mantiene nuestra pareja es la complementación. Ni yo caigo en la depresión, ella no lo permite nunca, ni yo que Beatriz caiga en sus delirios”, declaró en una oportunidad[64].

Ella había incorporado la literatura a su vida cotidiana y mentía constantemente. “Podía inventar las historias más atroces sobre la gente, pero en algún momento me di cuenta de que esta mujer, que era increíblemente mentirosa, no lo hacía por maldad sino para embellecer las cosas —dijo Ernesto Schoo—. Yo tuve una diferencia bastante grande con Beatriz y Torre Nilsson a raíz de una crítica que hice en *Primera Plana* a una de sus películas. Ese distanciamiento duró bastante tiempo, hasta que un día nos encontramos de casualidad en Madrid. Fuimos a comer a un restaurante cercano al estadio de fútbol y nos reconciliamos. Cuando volví a Buenos Aires, supe que Beatriz había dicho que nos habíamos reconciliado en la tribuna donde habíamos presenciado el partido, y en la euforia del triunfo argentino nos habíamos abrazado. Me di cuenta de que había dicho esto porque es más pintoresco y teatral un encuentro en esas circunstancias que un simple encuentro en un restaurante”.

“Siempre atenuaba el dramatismo y el rigor de la vida de Leopoldo. Hay una historia que contaban a carcajadas: una noche, él se levantó de la cama para ir al baño, y aunque había prendido el velador, se fue tropezando con todo lo que encontraba en el camino porque no tenía los anteojos puestos. Mientras estaba en el baño, oyó la voz de Beatriz que le decía: ‘¿Viste, Babsy, que últimamente estás mucho mejor de la vista?’ Era una mujer que sostenía”, recordó Manuel Antín.

Torre Nilsson no admitía críticas y Beatriz, con su habilidad para complacer a los demás, encajaba perfectamente en ese esquema. Lo llamaba “mi señor”, “mi dueño”, y se dedicaba a embellecer su vida. En las épocas en las que él pesaba más de cien kilos, le decía que jamás había estado tan delgado.

“Existía entre ambos esa complicidad literaria de saber fingiendo que no se sabía, y Beatriz, consciente de que su gran obra literaria

sería Leopoldo, inventó un mundo para él. Ella le inyectó su mundo literario haciéndole creer que era de él", dice la biógrafa de Nilsson Mónica Martin.

Él le fue infiel innumerables veces, aunque jamás la abandonó. "Cuando el frenesí estallaba, salía en una loca carrera a la conquista del sexo opuesto. Cortejaba a sus actrices, seducía a las jovencitas, se encerraba en su oficina con 'visitas' de la tarde, hacía regalos por doquier, montaba y desmontaba departamentos clandestinos. Casi nadie lo veía, pero muchos lo sabían, y una de sus amantes quiso advertírselo a Beatriz. Ella se hizo la sorda", continúa Martin.

"Él conduce la pareja como conduce el set. En silencio. En misa. Él no pide, él no va a decir 'me gustaría comer una ensalada de apio'. Él va a decir 'qué rica aquella ensalada de apio que comimos esa vez', entonces yo ya sé que quiere ensalada de apio. Él es quien digita los horarios, los trabajos, todo, pero en silencio. Y con una enorme ternura, que es la peor de las formas en que te pueden pedir las cosas. Siempre digo que es un lobo, porque si a vos te dicen: '¿Cómo es posible que no haya una ensalada?', contestás: 'No he tenido tiempo, no había apio, no pude comprarlo'. Entonces ese orden, esa calma y esa mansedumbre demuestran que la casa la maneja él. Yo hablo mucho —como me dicen, soy la *principessa del chantapufi*— pero la orden está dada por él. Yo sé que soy una estupenda mujer. Pero no sé cómo explicarlo, diría que soy una mujer digitada por él. No es casual nuestro encuentro", comentó Beatriz[65].

"Su marido la llamaba *principessa del chantapufi* porque era como que no vivía en serio, como que no tenía problemas, aunque los tenía. Nadie supo nunca de un problema de ella, siempre fue una persona al servicio del prójimo. Más que vivir se deslizaba por la vida, no he visto en ella actitudes por las cuales uno pudiera decir que era un ser verdadero o real. Era como un personaje fantástico —continuó Manuel Antín—. Hay una anécdota que es tan cruel como divertida y muestra el tipo de personalidad por el cual se merecía el apelativo que le daba Leopoldo. Una vez organizaron una reunión en su casa y entre los invitados había una actriz judía. La madre de Beatriz era una persona totalmente antisemita y lo vociferaba permanentemente. Durante toda la noche no paró de hacer horribles críticas a los judíos y Beatriz no se

atrevió a decirle nada, porque le tenía una veneración impresionante. ¿Cómo lo resolvió? Al día siguiente llamó a la actriz y le dijo: 'Anoche viví una situación muy difícil y quiero explicarte algo que para mí es muy importante que vos sepas. Por favor no se lo comentes a nadie y mucho menos a mamá, porque mamá no está enterada: yo soy judía'.".

Graciela Borges recuerda una anécdota similar: "Una vez nos encontramos con una vieja actriz que nos dijo que no la llamaban a trabajar por ser judía. Ella miró para un lado y para el otro de la avenida Santa Fe y le susurró: 'Quiero decirte algo que nunca te dije: yo también soy judía'.".

Sin embargo, en este caso la mentira terminó siendo verdad. "Berta Eirin era judía sefardí, y a la vez antisemita a rajatabla. Por supuesto que ocultaba prolijamente su origen e insistía en afirmar que su apellido era español. Pero era la imagen de la preciosa judía sefardí: muy blanca, pelo negro, enormes ojos también negros", contó Angélica Gorodischer, quien después agregó: "De joven yo iba todas las tardes a lo de las Guido, menos los martes. Ese día iba a almorzar el tío Panchito y todo el mundo sabía que estaba medio loco, de modo que era muy incómodo que ese día hubiera en la casa alguien que no fuera de la familia. Tiempo después lo supe: el tío Panchito no solo no renegaba de su origen, sino que además era empleado o funcionario de una entidad judía".

Ismael Eirin, el tío Panchito, era hermano de Berta. Se reconocía como judío, se dedicaba al periodismo, y al igual que el tío Pepe, fue otro personaje peculiar que pobló la imaginativa infancia de Beatriz. La tradición familiar le adjudica un final trágico: aparentemente murió alcohólico, en un hospital.

Más allá de este episodio, lo cierto es que una de las estrategias de Beatriz para consolar a las personas consistía en compartir el protagonismo de la desdicha. "Una mañana se encontró con el abogado de Torre Nilsson, acompañado de su esposa en la confitería El Águila, donde ella iba diariamente con su hermana. La mujer estaba deprimida porque acababan de diagnosticarle un probable cáncer de mamas. '¡Pero no te hagas problemas! Yo también, cada vez que vuelvo de un viaje, contraigo un cáncer. Y después desaparece'. Para corroborarlo, se pellizcaba aparatosamente sus propios pechos",

cuenta Mónica Martin.

"A Beatriz Guido le gustaba decir que había empezado a ser novelista con su primera mentira. La palabra mentira, con sus connotaciones delictuosas, con su aura melodramática, respondía al gusto de Beatriz", comentó el escritor Edgardo Cozarinsky[66].

"No tengo nada contra la mentira. Creo incluso que puede hacer mucho bien, solo que hay que saber dónde uno la pone. La narrativa es una mentira maravillosamente beneficiosa, ya que satisface una de nuestras necesidades fundamentales: que nos cuenten un cuento. Para mí eso es la mentira, pero para Beatriz era otra cosa. Entre los próceres y la actriz internacional, se diseñó una vida que no era real y la supo sostener a lo largo de los años", agregó Angélica Gorodischer.

"Era muy fantasiosa. Le preguntabas algo y los primeros dos minutos era ella misma. Después empezaba a mezclar otras cosas, fantasías, risas, pero en los primeros dos minutos daba en la tecla. Había que estar atento a esos primeros dos minutos", finalizó su sobrina Adriana Martínez Vivot.

62. Elsa Osorio, *Beatriz Guido*.
63. *Gente*, 1970.
64. *Radiolandia 2000*, 1978.
65. *Gente*, 1978.
66. Edgardo Cozarinsky, *El pase del testigo*, Sudamericana, 2001.

Grupo de familia

Nilsson filmó *Fin de fiesta* con las actuaciones de Arturo García Buhr, Leonardo Favio, María Vaner y Graciela Borges, a quien dirigía por primera vez. “Aunque Babsy quería mucho a Elsa Daniel y a todas las actrices, creo que yo era su favorita. Tenía dieciséis años la primera vez que trabajé con ellos, Beatriz me conoció de bebé y es una de las personas que más he querido en el mundo. ‘La gorda’, como le decía yo, fue alguien con quien conviví muchos años de mi vida. Una persona enormemente inteligente, con una gran capacidad para hacerse la torpe en algunos momentos. Si yo estaba mal me elevaba el alma, era una persona de absoluta luz”, recordó Graciela Borges.

“En una época en que las mujeres del cine eran muy prominentes, como Gina Lollobrigida, Sofía Loren y, en la Argentina, Isabel Sarli, Torre Nilsson trabajó con mujeres absolutamente planas, chicas que tratan de descubrir su sexualidad a lo largo de la película. En el intercambio entre Guido y Torre Nilsson está muy presente el cuerpo. Las novelas de Beatriz hablan mucho de su ocultamiento y del miedo de la mujer a asumirlo. Nilsson resume esto en las figuras de Elsa Daniel o Graciela Borges, y en ese sentido la literatura de Beatriz está muy presente”, comentó Claudio España.

Fin de fiesta se filmó en dos grandes casonas que consiguió Beatriz: la de Bullrich Saint, en Libertador y Tagle, y la de Pueyrredón Saavedra Lamas, en Las Heras y Agüero. En la función privada para mil quinientos invitados que se organizó en el cine Gran Rex, un grupo de partidarios de Barceló organizó una manifestación de protesta. Por eso en el estreno, en el teatro Astor de La Plata, hubo policías en la puerta. Un grupo interrumpió la función gritando: “¡Mentira, es una infamia, viva Barceló!”, y otro le contestó con ataques al caudillo. Se debió interrumpir la proyección, y aunque Torre Nilsson y García Buhr pudieron hablar y cosecharon aplausos, la policía tiró gases lacrimógenos y hubo varios detenidos.

“Estaban también Leonardo Favio y María Vaner, que debieron refugiarse en la boletería del teatro. Después fuimos todos a comer al

Jockey Club. Beatriz estaba encantada, todo ese escándalo le parecía fascinante", recordó el director Oscar Barney Finn. Al día siguiente el dueño de la sala decidió cambiar la programación, pero los productores presentaron un recurso de amparo y el film siguió en cartel, con custodia policial.

La próxima película fue *Un guapo del 900*, el primer intento de Torre Nilsson por acercarse a un público masivo. La protagonizaron García Buhr, Élida Gay Palmer, Duilio Marzio, Lydia Lamaison y Alfredo Alcón, por entonces un actor de poca trayectoria que a partir de allí sería infaltable en su cinematografía. *Un guapo del 900* y *Boquitas pintadas* fueron los únicos films de Nilsson en los que Beatriz no participó de alguna manera en el guion.

Durante el rodaje murió Leopoldo Torres Ríos. La pérdida fue enorme y se sumó a la muerte de Ángel Guido, que sucedería un año después. Se mudaron a un departamento más grande, en Santa Fe al 1600, donde pudieron albergar los muebles y objetos de arte de la casa de Rosario, que fue vendida. Así fue que pasaron a dormir en la cama de fray Mamerto Esquiú y a vivir rodeados de abanicos, espejos labrados, altares barrocos y ángeles de todo tipo. "Ella tenía muchos ángeles en su casa, una colección muy bonita, y a cada uno le inventaba una historia", recordaba Horacio Salas.

A Babsy no le gustaba salir, pero sí invitar. Constantemente armaban reuniones con productores, actores, y a veces escritores. El tono era muy informal: llamaban al almacén de enfrente, pedían algo de comida y así se armaba.

Berta, la madre de Beatriz, siempre vivió con la pareja. "Nunca sentí que fuera una imposición de Beatriz que la madre viviera con ellos. A Nilsson le gustaba estar siempre rodeado de gente, saber que en la sala había tres o cuatro personas charlando con Beatriz. Él iba a su cuarto, se daba una ducha y después volvía", contó Edgardo Cozarinsky.

Mucha gente recuerda a ese curioso personaje que fue Berta Eirin:

"Una vez fui a visitarlos y de pronto, por una puerta enorme, apareció vestida con una especie de *déshabillé*, con un vaso de whisky en una mano y un cigarrillo en la otra" (Oscar Barney Finn).

"Berta fumaba mucho. Beatriz le decía: '¡Nos vas a dejar huérfanas!'. Un día la llevó a Luján para que frente a la Virgen prometiera que no

iba a fumar más. A la vuelta, en el auto, la madre le dijo: '¡Tenés que ser novelista para que se te ocurran estas cosas!'. En realidad estaba encantada con su hija novelista, las relaciones eran siempre muy divertidas porque Berta tenía mucho sentido del humor" (María Angélica Bosco).

"Era maravillosa. Una señora grande que piropeaba a los chicos por la calle. '¡Adiós, bombón!', les decía" (Diego Baracchini).

"Tenía una presencia teatral. Por su manera de gesticular, de moverse, cada lugar en que aparecía se convertía en un escenario. Podía recibir a cualquier visitante ocasional recitando a García Lorca ('verde que te quiero verde') ataviada con una bata de terciopelo. Generalmente vestía de negro o colorado, siempre muy maquillada para su edad" (Edgardo Cozarinsky).

"Tenía salidas realmente extraordinarias. Una vez organizaron una reunión y se presentó Mirtha Legrand, envuelta en un manto con flecos. Sin darse cuenta, Mirtha hizo un ademán y los flecos barrieron con un jarrón hispanocriollo de la colección del arquitecto Guido. Desde la otra punta del salón, doña Berta le gritó: '¡Chica, más cuidado, eh!'. Y en ese momento Mirtha ya era todo un personaje. El cineasta Fernando Birri me contó que una vez que fue a dar unas charlas en Rosario, se alojó en casa de los Guido. Una madrugada tuvo que levantarse y atravesar la sala. Mientras lo hacía, en la penumbra, escuchó una voz que le decía: '¿Adónde vas, muchacho?'. Era la madre de Beatriz, que estaba recostada en un sofá, tomando whisky en combinación. Fernando se quedó paralizado y ella le dijo: '¿Qué te creés, que soy una estatua?'." (Ernesto Schoo).

Entre todas las cosas que le preguntaban a Beatriz en los múltiples reportajes que le hacían, una vez le consultaron si se teñía el pelo. "Siempre —contestó—. No recuerdo ninguna época en que no me lo haya teñido. Creo que la primera vez fue a los ocho años. Me tiñó mi mamá. Yo tenía el pelo negro y me lo tiñó de negro. Ella decía que a la realidad había que agregarle un toque de fantasía"[67].

"Mi abuela era muy vaga y Beatriz la cuidaba como a una hija —recuerda Adriana Martínez Vivot—. Estaba todo el tiempo en cama, y como Betty le decía que se levantara, inventó una manera: ató una soga a los pies de la cama y tiraba de la soga para levantarse. A

nosotros, sus nietos, nos dejaba hacer de todo. Saltábamos alrededor de su cama mientras ella ponía una grabación de García Lorca y nos decía: 'Reciten, reciten'. Era una frustrada, en el fondo hubiese querido ser como Lola Membrives".

Sus hermanas, Tata y Beba, se habían casado poco después de que Beatriz lo hiciera con Julio Gottheil. Tuvieron dos hijos cada una casi al mismo tiempo (Tata, a Mario y Alejandro Caprioglio, y Beba, a Adriana y Marcela Martínez Vivot) y se divorciaron con poca diferencia. Desde ese momento, Beatriz se hizo cargo de ellas y de sus hijos. "Al no tener hijos se dedicó mucho a nosotros, sus sobrinos —continúa Adriana—. Además, como era la hermana mayor, también fue un poco madre de su madre y de sus hermanas. Era una madraza".

"Fue una especie de pilar para nosotros, éramos como los hijos que nunca tuvo. Vivía pendiente de nosotros y de Babsy, y en algún sentido competíamos con él", agrega Mario Caprioglio.

Tata había estudiado pintura y dibujo en la Escuela de Bellas Artes de Rosario y en la Escuela Superior Ernesto de la Cárcova. Expuso en varios países y hasta ilustró la tapa de un libro de Beatriz, *Escándalos y soledades*, pero su salud se fue deteriorando y finalmente abandonó. Era una persona con tendencias depresivas, incapaz de asumir responsabilidades, y a raíz de la medicación que recibía se volvió drogadependiente. Varias veces debió internarse.

"Cuando mamá se separó tenía algo más de cuarenta años, empezó un régimen para adelgazar y tomaba unas pastillas muy excitantes. Era muy malcriada e hipocondríaca, había toda una patología en ella. Todo esto tiene que ver con su depresión y su dolor, los problemas de jaquecas se le fueron haciendo cada vez más crónicos. No podía tomar contacto con su realidad y su separación", continúa Caprioglio.

"Beatriz quería mucho a su hermana Beba. Con Tata no se llevaba tan bien, a veces decía que era la mujer más malvada del mundo", recordó Ernesto Schoo. Y María Angélica Bosco puso en duda lo que Beatriz le contó una vez: "Ella adoraba a Beba, pero nunca se llevó demasiado bien con Tata. Me contó que había intentado suicidarse varias veces tirándose por el balcón. Que una vez había caído sobre un toldo y otra sobre el capot de un coche, y el hombre que estaba adentro había muerto de un infarto. Era muy novelesca".

Sin embargo, la historia es real. “Cuando yo tenía diecisiete años, mamá empezó a tener intentos de suicidio —cuenta Mario Caprioglio —. El primero fue cuando vivíamos en un primer piso en Quintana y Montevideo, cayó en el jardín de la planta baja y no le pasó absolutamente nada. Recuerdo que yo estaba con unos amigos y de pronto apareció con el camisón todo manchado de barro, me dio mucha vergüenza. En ese momento, todo lo que pasaba con mamá era algo que queríamos esconder. Con Beatriz tomábamos la tragedia con humor, hacíamos chistes y nos reíamos, pero frente a los demás, mamá pasó a ser alguien a quien había que ocultar”.

Al igual que el tío Panchito, a quien nadie debía ver porque reconocía que era judío, Tata pasó a ser una persona que debía ocultarse. El tema está relacionado con la literatura de Beatriz, donde frecuentemente aparece un personaje que se debe esconder, como el supuesto opa que es ocultado en un altillo en *La mano en la trampa*.

“¿Acaso algún pariente suyo ha sido adefesio, opa, enano? ¿Cómo explica la reiteración de esos monstruos entre los personajes de sus libros?”, le preguntaron en un reportaje. “Ningún familiar fue retardado. Es como una venganza personal. Esa búsqueda en ese mundo de fenómenos responde a una fascinación un poco perversa, pero muy particular: el opa, la enana, son los monstruos del prejuicio, los utilizo como parábolas”, respondió[68].

“El episodio del primer piso fue el primer síntoma de intento de suicidio de mi madre —continúa Caprioglio—. Recuerdo un día en que llegué del club, encontré una ambulancia en la puerta de casa y vi la cara de mamá a través del vidrio de la ventanilla. Y después, el lavaje de estómago. Nos mudamos a varios lugares hasta que nos instalamos en Arenales al 1200. Lamentablemente era un piso más alto. Cuando Babsy se enteró, dijo con un humor bastante negro: ‘La próxima vez llévenla a un octavo piso, para que no falle’. Porque mamá causaba un malestar económico y afectivo a toda la familia”. Tata se arrojó de ese sexto piso y debió ser internada en el Hospital Alemán, donde estuvo en coma con todos los huesos rotos, y le sacaron un pulmón.

Cuenta Elsa Osorio: “Lo que pasó desde el momento en que se tiró hasta que fue conducida al Hospital Alemán se ha contado de diferentes maneras, que en el único punto en que coinciden es en lo

‘divertido’ del episodio. ‘Pegó primero en un techito de un negocio que había abajo, después en el techo de un colectivo que pasaba, así fue amortiguando el golpe y no se mató, pero el tipo del Peugeot que pasaba al lado murió de un síncope. Cuando el colectivero sintió un golpe sobre el techo, hizo bajar a todos del colectivo. Al verla, le quedó todo el pelo blanco del susto’. ‘Beatriz contaba que un familiar se había tirado por el balcón y que en el camino habían muerto varios menos la suicida: una pareja que estaba en un Fiat donde cayó el cuerpo, un viejito que estaba en el balcón, y al verla caer le dio un infarto’. ‘Ella se tiró de un cuarto o quinto piso, y uno de los hijos, que estaba estudiando frente a la ventana, ve caer una cosa: era la madre. No solo le dio un soponcio al hijo, sino que, al caer sobre un toldo, mató al portero de la casa, que estaba abajo’. ‘Dos pisos debajo de donde se tiró Tata vivía un viejito que había tenido un infarto. Qué lindo día, lo sacamos a papá al balcón, dijeron los hijos. El viejo ve pasar a Tata y de la impresión se queda seco, se muere. El portero estaba justo en la puerta, la ve caer sobre un coche, inmediatamente, le queda el bigote blanco’. ‘Cayó sobre el coche del dueño de Canale, y después, durante un tiempo, le mandaban a Tata a fin de año una caja de marrón glacé y una tarjeta: Eternamente agradecidos, los herederos’.”[69].

“Era extraordinario cómo lo contaba Beatriz: ‘Había quedado una chinelita de Bertita, yo agarré esa chinelita y me la llevé al corazón diciendo ¡la chinelita, la chinelita! Y esta mujer malvada, en lugar de morirse aplasta a alguno en el camino’. Mostraba facetas opuestas en simultáneo, como una pintura cubista”, continúa Ernesto Schoo.

“Mi tía Berta estaba tomando un medicamento que, según después se comprobó, le provocaba tendencias suicidas. No podía estar sola, la chica que la cuidaba se distrajo y se tiró de un sexto piso. Rebotó en un toldo, después en el capot de un coche y luego en la calle. El portero sufrió un ataque al corazón y el quiosquero del toldo quedó epiléptico y con parálisis facial. El dueño del coche quedó en un estado de shock tan fuerte que tal vez haya muerto, no lo sé, aunque Betty aseguraba que sí. Para los hijos de Berta fue muy duro, sin embargo se mataban de risa porque Beatriz logró transformarlo en algo maravilloso”, dice Adriana Martínez Vivot.

“A partir de ese episodio a mi mamá empezamos a decirle ‘Batman’. Yo me casé en esa época y al salir de la iglesia fuimos vestidos de casamiento al Hospital Alemán. Estaba enyesada de punta a punta, y festejamos con los médicos y las enfermeras”, continúa Mario Caprioglio.

“Todas las cosas dramáticas que pasaron en nuestras vidas, a partir de Beatriz se hicieron divertidas. Tenía la capacidad de transformar lo negativo en positivo. Desde chiquitos nos vimos involucrados en situaciones bastante difíciles, y sin embargo no las vivíamos del todo así. Nosotros crecimos alrededor de su fantasía, siempre estaba riendo a carcajadas y nos aconsejaba que nos rodeáramos de gente que tuviera buen humor. Nos decía: ‘¡Chicos, el humor es lo que salva la vida!’.”, agrega Adriana Martínez Vivot.

“Nos apoyaba en la felicidad, en ser felices, en disfrutar y estar bien. Constantemente nos decía: ‘¿Qué quieren? Les doy lo que quieran. Ustedes son lo mejor que tengo’. Recuerdo cuando nos llevaba a la confitería La París. En esa época yo tendría alrededor de cuatro años y éramos tremendos, nos sacábamos los pantaloncitos y corríamos desnudos, las señoras que tomaban el té empezaban a los gritos. Cuando teníamos entre diez y doce nos invitó a mi hermano y a mí a Mar del Plata. Nos compró unas cañas para pescar enormes y en el hotel dormíamos con ella en la cama grande, a la mañana aparecía el mozo con un desayuno espectacular. También compartimos algún verano en Punta del Este. Yo tenía quince años, íbamos al casino y Babsy me ponía fichas en el bolsillo para que jugase a tercera docena”, recuerda Mario Caprioglio.

“Nos daba consejos, trataba de formarnos, le gustaba conocer a nuestros novios y opinar —continúa su sobrina—. Creía que estar enamorado era fundamental, pero si el matrimonio no funcionaba había que separarse. ‘Cuando sentís la llave en la puerta y es tu marido, tenés que alegrarte. Esa sensación tiene que ser buena. Si no, olvidate, no hay nada más’, nos decía. Defendía mucho a la mujer, opinaba que tenía que estar muy preparada en la vida e ir a los hechos, como los hombres. Con los años me di cuenta de que, aunque parecía tan amorosa, cuando quería algo era una topadora. Era una persona muy firme, entraba y arrasaba. Conseguía lo que quería”.

Con los hijos del primer matrimonio de Torre Nilsson la relación no fue tan fácil. “La madre de los chicos no permitió que ninguno de nosotros los viera durante algunos años”, recuerda Graciela Torre Nilsson de Ciancaglini, una de las dos hermanas de Leopoldo.

Aunque el menor, Pablo Torre, no quiso hablar para este libro, sí lo hizo el mayor, Javier. “Tengo imágenes muy vagas de Beatriz durante mi infancia, recuerdo muy claramente un día que me compró un helado, pero no mucho más. El vínculo se rompió durante unos años y se retomó en mi adolescencia —dijo—. Sin embargo, ella privilegiaba absoluta y desproporcionadamente a sus sobrinos, quienes tenían beneficios que me disgustaban. Cuando viajaban, los mejores regalos eran para ellos. Beatriz nos sacaba los regalos que traía mi padre de Europa y se los daba. Además, gastaban sumas de dinero muy superiores a las que gastábamos nosotros. El caso de los Caprioglio es distinto, ellos sufrieron mucho y eran más humildes. Pero las Martínez Vivot eran las paquetas de la familia, y a mi hermano y a mí nos miraban como advenedizos. Beatriz tuvo algunas buenas actitudes conmigo: me enseñó a manejar, y cuando empecé Filosofía y Letras me regaló un montón de libros. Pero era muy evidente que sus preferidos eran sus sobrinos. Si estaba charlando conmigo y llegaba uno de ellos, me dejaba pagando. Por otra parte, como nosotros adorábamos a nuestra madre, Beatriz se molestaba y hasta llegó a decir cosas muy desagradables. A veces se creaban climas muy tensos; sin embargo, nunca hablé de esto con mi padre. Él era magnánimo y generoso, pero había cosas que no podías decirle. Era un hombre que intimidaba”.

67. *Gente*, 1979.
68. *Extra*, 1968.
69. Elsa Osorio, *Beatriz Guido*.

Vivir apostando

Los siguientes films de Torre Nilsson fueron *La mano en la trampa* y *Piel de verano*, basados en una *nouvelle* y un cuento de Beatriz que se publicarían en su libro *La mano en la trampa*. La oligarquía decadente, los miedos adolescentes, las fantasías sexuales y la educación represora vuelven a aparecer en estos textos.

La mano en la trampa está basada en un hecho verídico que sucedió en San Nicolás. La protagonista es Laura, una joven pupila en un colegio religioso que pasa sus vacaciones en el casco de una estancia, única posesión que conserva la familia. Allí vive su madre viuda junto su tía —por la debacle económica ambas trabajan como modistas— y un misterioso opa escondido en el piso alto. Laura descubre que el opa es en realidad Inés, otra tía suya a la que mantienen encerrada desde que la abandonó su novio.

Con las actuaciones de Elsa Daniel, Francisco Rabal, María Rosa Gallo y Leonardo Favio, *La mano en la trampa* se filmó en Adrogué con gran despliegue. Antes de estrenarse en Buenos Aires se exhibió en el Festival de Cannes, donde ganó el Premio de la Crítica Internacional. Fue la primera vez que un film argentino ganó un premio en Cannes.

Piel de verano se filmó en el hotel San Rafael de Punta del Este, con las actuaciones de Alfredo Alcón y Graciela Borges. En el cuento la acción transcurre en una quinta de Adrogué, donde Marcela es visitada por su abuela, una anciana elegante que mantiene una relación con un hombre de fortuna. Al borde de la pileta, le propone a su nieta un trato singular: a cambio de la colección completa de vestidos de Madame Henriette y un año de estadía en un departamento de la *avenue* Kléber en París, deberá simular estar enamorada de Martín, el hijo de su amante, que padece una enfermedad terminal.

A poco de estrenarse, el film fue presentado en el Festival de Venecia. “Viajé con ellos a muchísimos festivales, tanto es así que siempre que llego a un aeropuerto pienso que va a aparecer Beatriz. La sigo extrañando en los viajes, en los festivales —prosigue Graciela Borges—. Le tenía tanto miedo a volar que podía llegar a tomar cinco

litros de *champagne*, aunque jamás bebía. En Venecia, nos hizo creer a Babsy y a mí que se había enamorado de ella el autor de *Mister Magoo*. Lo saludaba de lejos y yo me daba cuenta de que él apenas si le contestaba, pero ella decía: 'Ahí está… está tan enamorado de mí'. Babsy le rogaba: '¡Beatriz no hagas más eso, no lo saludes así!', pero ella insistía: 'Ahí está, ahí se acerca. ¡Está tan enamorado de mí!'. Nunca se quejaba, siempre se reía, lo celaba mucho a Leopoldo y él también a ella. Eran una perfección de pareja, hasta en la imperfección".

En el Festival de Venecia tuvieron oportunidad de codearse con Jeanne Moreau, Alan Resnais, Alain Robbe-Grillet, Vittorio De Sica y otras celebridades. Luego, durante el London Film Festival, el British Film Institute seleccionó a Torre Nilsson entre los diez mejores directores del mundo.

Antes de volver a Buenos Aires, pasaron por Madrid. Beatriz aprovechó para pasear por El Rastro, uno de sus lugares preferidos, y comprar collares, broches, aros y todo tipo de adornos. Volvió a Buenos Aires con una valija que contenía dieciséis kilos de *bijouterie*.

Después vendría *Setenta veces siete*, adaptación de dos cuentos de Dalmiro Sáenz que ya se habían publicado con enorme éxito. El productor contrató a Isabel Sarli, quien interpretaría a una prostituta, y fue ella quien eligió a Leopoldo como director.

La apuesta era fuerte y Beatriz colaboró en el guion. Se filmó en Bariloche entre grandes vicisitudes: una huelga de trenes dejó a la ciudad sin turistas, había vientos de ciento veinte kilómetros por hora y, fundamentalmente, Isabel no soportaba la ausencia de Armando Bo, que estaba en Buenos Aires filmando *Pelota de trapo*. Aunque el galán, Francisco Rabal, se empeñó en conquistarla, ella se negaba a aparecer desnuda y a que la tocaran otras manos que no fueran las de su amado Armando. "Yo siempre fui fiel a Armando, a mi madre y a Perón", repetía la Coca ante la desesperación de Torre Nilsson, que no podía lograr la menor escena erótica. Beatriz logró convencerla y finalmente accedió a besar a Rabal —el único hombre al que besó en el cine— aunque eso fue todo lo que pudo conseguirse. Cuando volvieron a Buenos Aires, Nilsson le rogó a Bo que prestara sus manos para acariciar a Isabel en cámara simulando las de Rabal, pero no lo logró.

Pese a las expectativas, el film no tuvo demasiado éxito. Sin embargo, Leopoldo logró venderlo en los Estados Unidos, donde se estrenó con el título de *The Female*, y con el agregado de escenas eróticas protagonizadas por una doble. Isabel le inició entonces acciones judiciales. “No solo viola el convenio, sino que además me veo desfavorecida estéticamente porque la persona que allí aparece —a quien nunca se le ve el rostro en primer plano— no posee los atributos físicos que me han hecho famosa. Lógicamente ahora está cobrando una suculenta suma de dólares y yo he sido defraudada en mi moral, en mi confianza. Mientras yo ignoraba estos sucios manejos, en Estados Unidos los espectadores, viendo a una mujer desnuda, pensaban que se trataba de Isabel Sarli. Torre Nilsson se llevaba los dólares y yo la mala reputación”, declaró.

Nilsson se defendió diciendo que los culpables eran los distribuidores norteamericanos, y que las quejas de Isabel le sonaban a publicidad barata. “Mi abogado me aconsejó pleitear a Isabel Sarli por injurias, pero esto me fatiga mucho y yo tengo otras cosas que hacer”, dijo. “Si no tuvo nada que ver con la adulteración, que demande al culpable. Volveré a filmar con Armando Bo, que es el único que sabe utilizarme”, remató Isabel[70].

Fue entonces cuando decidieron que el departamento de Santa Fe al 1600 les quedaba chico y se mudaron a un gran piso en la plaza San Martín, que le alquilaron al dirigente peronista Jorge Antonio. En realidad, eran dos departamentos unidos por una puerta. En uno vivían Leopoldo y Beatriz, y en el otro, su madre y su hermana Beba, que acababa de separarse, con sus dos hijas. Allí se instalaron con sus ángeles, sus santos y sus abanicos. Frecuentemente comían ostras en la enorme terraza, mientras bebían *champagne*.

Leopoldo Torre Nilsson fue siempre un jugador compulsivo. Desde joven concurrió al hipódromo junto a su padre, quien también jugaba. Los fines de semana partía hacia Palermo, La Plata o San Isidro: apostaba todo lo que tenía y a veces, entre carrera y carrera, volvía a su casa para ver si le quedaba algo de dinero para seguir jugando. Todos los lunes empeñaba los prismáticos para pagar las deudas, y el viernes los volvía a recuperar. Más adelante, llegó a ir al hipódromo en su Mercedes Benz para terminar volviendo en un Renault prestado.

Entre sus amigos circulaba el chiste de que si veía dos cucarachas corriendo, levantaba apuestas.

Beatriz pronto comprendió que esta pasión de Leopoldo era parte de su identidad. Frecuentemente lo acompañaba al hipódromo, y cuando él estaba filmando, hacía cola en las ventanillas para que Babsy no dejara de apostar por ninguno de sus pálpitos. Aunque no jugaba, en cierta forma era cómplice de una situación que encajaba perfectamente con su modo de vida.

Una vez, durante un viaje a Madrid, Nilsson volvió al hotel donde se hospedaban: había perdido en el casino y estaba al tanto de que Beatriz guardaba dinero en su habitación. Como sabía que ella estaba preparándose para una entrevista, entró en una cabina telefónica y la llamó imitando la voz del periodista. Así, cuando Beatriz bajó al *hall*, aprovechó para subir y sacar la plata. En otra oportunidad en que Leopoldo estaba muy endeudado, ella cobró una suma importante por los derechos de una novela. Cuando él llegó a su casa, lo sorprendió desde detrás de la puerta revoleando cientos de billetes por el aire.

“La mamá de Babsy siempre me decía: ‘Beatriz quedate, no lo acompañes a las carreras, así le dan celos y se queda’. Pero yo le decía: ‘No, May, no vale la pena, una cosa así no haría más que crear resentimientos’. Después de todo, nadie puede cambiar la naturaleza de un hombre”, comentó[71].

“Mamá sufría muchísimo por este problema de Leopoldo —recuerda May Torre Nilsson de Noseda, la segunda hermana de Leopoldo—. Le preocupaba su falta de previsión, el hecho de que a cada rato se quedara sin nada. Constantemente lo ayudaba. Sin embargo, cuando él murió me dijo: ‘Si hubiese sabido que iba a morir tan joven no me habría preocupado tanto’.”.

Vivieron momentos duros y momentos de esplendor, aunque en las épocas difíciles siempre se esforzaron por mantener las apariencias. En los viajes citaban a los productores en los mejores hoteles, aunque debieran hospedarse en uno más barato de la otra cuadra. Comentando un viaje a Nueva York, dijo Beatriz: “Vivíamos detrás del Waldorf Astoria. Siempre vamos cerca de los grandes hoteles, así aprovechamos las paradas de taxi y todas las comodidades”[72]. Las vicisitudes no se debían solo al juego: también apostaron en el cine, y

no siempre con éxito. Con algunas películas ganaron fortunas, y con otras lo perdieron todo y debieron volver a empezar.

Cuando entraba dinero lo destrozaban. Compraban casas y coches despampanantes, hacían regalos costosísimos. “Cuando cumplí dieciocho años me regalaron un Jaguar convertible. ¡No me olvido más! Yo hacía una vida irreal. Nuestros amigos tenían campos y propiedades, pero en cuanto a lo que teníamos en el bolsillo, los ricos éramos nosotros. Yo invitaba, tomaba taxis. Todos iban en ómnibus, y nosotros, casi siempre en taxi”, recuerda Mario Caprioglio.

“Nos llevaba a tomar el té a El Águila, el Plaza o el Alvear, y después salíamos de compras. De chicos nos compraba juguetes, y cuando empezamos a crecer, ropa, cremas y perfumes. Cuando tenía plata nos daba cuenta libre en Harrods, y cuando no, nos compraba en Cambalache, un lugar de cosas usadas. No podía con su genio, algo nos tenía que comprar”, agrega Adriana Martínez Vivot.

En los períodos difíciles apelaban a los recursos más variados: mudanzas, prestamistas, venta de las piezas de arte de Ángel Guido. “Cambiaron mucho de casa porque tenían mucho o no tenían nada. Vendían, cambiaban, alquilaban. Y Beatriz iba perdiendo piezas de la colección de antigüedades de su padre, o porque las ponía como vales en las películas, o porque estaban en prenda, o porque tenían una hipoteca y de pronto las tenían que vender”, recuerda Oscar Barney Finn.

También tenían ideas más originales. Cierta vez, mientras esperaban que les entrara el dinero de un film, Torre Nilsson le pidió a Beatriz que retirara un Rolex en la joyería Ricciardi, donde tenía sus contactos. “Ella agarró la cartera y tomó un taxi. En vez de traer uno, pidió diez relojes. Empeñó ocho en el Banco Municipal, y con esa plata vivieron hasta la premier. Los otros dos, los regaló”, continúa Mónica Martin. Cuando recibieron la primera recaudación, Beatriz recuperó los ocho relojes, los puso de nuevo en sus estuches y los devolvió a la joyería.

Más adelante, cuando Nilsson se decidió por un cine más comercial y filmó *El santo de la espada*, estaba tan convencido del cambio que se operaría en su fortuna que le pidió a Beatriz que comprara varios relojes de oro en Antoniazzi Chiappe para repartir entre sus amigos y

los pusiera en su cuenta. Si le decían que era un imprudente, contestaba: "*El santo* va a ser un éxito". No se equivocó: el film fue uno de los mayores éxitos comerciales del cine nacional.

El día del estreno de un film posterior, *La mafia*, se corrió el rumor de que los Nilsson invitaban a un puchero en El Tropezón. Fueron ciento cinco personas, y a la hora de pagar, Leopoldo llamó al dueño del restaurante: "*La mafia* va a ser un éxito seguro, le dejo un cheque y lo cobra el lunes", le dijo.

"Leopoldo hizo todo lo que hizo porque era un jugador —reflexionó Rodolfo Mórtola—. Por eso era tan tranquilo en todo, porque realmente tenía la psicología de un jugador. No tenía paciencia y siempre necesitaba plata, era una forma de trabajar. Yo creo que si no hubiese jugado no habría hecho cine. Porque él quería ser escritor, pero como tenía necesidad de dinero, tenía que hacer películas. Pedía prestado constantemente y hasta era amenazado. Una vez lo atropelló un camión; al parecer, la mafia lo atropelló porque debía plata. Vivía en ese límite que nadie conocía. Cuando estábamos filmando a veces me decía: 'Bueno Rodolfo, termine usted esta escena que nos vamos', y se iba con Beatriz al hipódromo. Beatriz lo acompañaba a todos lados. Si le hubiera pedido que lo acompañara al infierno, ella le hubiese dicho: 'Encantada, mi amor'.".

A Torre Nilsson siempre le interesó la literatura. A los veintitrés años publicó un libro de poemas, *Tránsito de la gota de agua*, y al poco tiempo filmó un cortometraje, *El muro*, basado en un cuento propio. Después de *Días de odio* escribió algunos cuentos y poemas que quiso publicar en la revista *Contorno*, pero Oscar Masotta los rechazó. Sepultó entonces su proyecto literario y siguió filmando, fundamentalmente las novelas y cuentos de Beatriz. Ella lo estimulaba para que siguiera escribiendo, pero él prefería dedicar sus energías no solo a filmar, sino a ganarse un lugar en la industria cinematográfica.

En el libro *Leopoldo Torre Nilsson. Una estética de la decadencia*, publicado por el Museo del Cine y el Instituto Nacional de Cinematografía, la especialista María del Carmen Vieites compiló textos de diversos autores que analizan su obra literaria y cinematográfica. "Su enconada lucha para pasmar libremente —aunque no siempre lo consiguiera— su lectura de la historia de un país

cerrado, asfixiante y castrador, que sufrió en carne propia, es digna de ser revisada en estos desesperanzados, inciertos y difíciles tiempos que nos toca vivir", apunta en el prólogo.

"En el tiempo en que tomé conciencia de que el cine podía ser receptáculo de las cosas, es decir, cuando dejé de pensar que la literatura iba a ser el vehículo de mi imaginación, tropecé con un mundo de productores, lejano, inaccesible, un mundo de estudios que apenas podían ser visitados, un mundo de actores que no iban a aceptar indicaciones de un hombre demasiado joven, un grupo de técnicos que las sabía todas y estaban llenos de convenciones, llenos de prejuicios que muy difícilmente iban a transigir con las audacias que aportara un cineclubista. Así llamaban, en un tono más o menos despectivo, a los que veníamos de una cultura cinematográfica formada por los cineclubes", dijo Torre Nilsson en una conferencia en la Cinemateca Argentina.

Sus primeras películas eran consideradas cine de culto, dirigidas a un público en cierta forma selecto y restringido. Recordó Claudio España: "Yo vivía en Luján, y allí sus films no tenían la misma acogida que en Buenos Aires. La gente los detestaba, y en la Basílica, donde siempre había un cuadrito con las recomendaciones cinematográficas de la semana, figuraban como 'malos' o 'reservados'. Era un modo de calificar también a Beatriz Guido. Beatriz hizo una interpretación de la historia argentina a partir de una especie de historia propia, una especie de autobiografía de la adolescencia donde retrata a una chica que bien podría ser ella, o el personaje que soñó ser. Torre Nilsson convirtió esto en una poética propia. Beatriz y Leopoldo se asocian en una suerte de guiño, ellos sabían que escandalizaban a la sociedad bien pensante. Porque esas películas, más que reproducir lo que los ojos de los protagonistas ven, reproducen los ojos de los protagonistas. Es decir, construyen la mirada y no lo que ven. A esos ojos les temía la sociedad bien pensante de los años cincuenta. Uno de los grandes hallazgos de Torre Nilsson es que maneja como nadie el estilo indirecto libre. Trabaja siempre desde la mirada del espectador, pero en esa mirada incluye la mirada interior de los personajes. Fue Beatriz, desde su literatura, quien le dictó ese estilo de trabajo. Siempre fue muy cinematográfica, narraba en imágenes y uno sentía que había un

intercambio notable entre lo que ambos construían. El cupido que los enamoró fue el estilo indirecto libre".

"Yo creo que el cine es un arte tanto o más eficaz que la literatura. Cuando él hace una novela mía yo me entrego. Cierro los ojos cuando los capítulos desaparecen y él convierte el idioma literario en idioma cinematográfico", declaró Beatriz[73].

El dibujante Hermenegildo Sábat les dedicó una maravillosa caricatura, como lo hizo con tantos otros personajes. Allí, Torre Nilsson aparece como una figura enorme y poderosa que cobija a una Beatriz pequeña en sus descomunales brazos.

70. Mónica Martin, *El gran Babsy*, Sudamericana, 1993.
71. Entrevista de Rodolfo Rabanal.
72. *Confirmado*, 1966.
73. *Torre Nilsson y su pasión*, video realizado por Oscar Barney Finn para ATC.

Una gran frustración

Después vendría la adaptación de *Y murieron en la hoguera*, una obra de teatro de Beatriz que no se había estrenado en la Argentina sino en México, provocando bastante escándalo. A poco de su debut, una sociedad protestante solicitó que fuera levantada por considerarla una ofensa para su religión, y la actriz protagónica, Elvira Quintana, recibió varias amenazas telefónicas. El libro no se había editado (recién saldría en 1971 en un volumen titulado *El ojo único de la ballena*), pero después de la experiencia de *La mano en la trampa*, Beatriz sabía que para su difusión era mejor que primero se estrenara la película.

El film se llamó *Homenaje a la hora de la siesta*, se filmó con capitales brasileños y franceses, y no logró el éxito esperado. Pero Torre Nilsson ganó tanto dinero en el hipódromo carioca de La Gávea, que al regresar al hotel lo desparramó por toda la habitación. "Parecía una escena del Tío Patilludo zambulléndose en una pileta repleta de billetes", comentó después Beatriz[74]. La paraguaya Marietta ya no les pareció suficiente y volvieron a Buenos Aires con un valet negro al que despidieron unos días después, ya que creyó haber sido contratado para todo servicio y quiso propasarse con Beatriz.

Marietta era considerada parte de la familia. "Yo ya no le pago un sueldo, le doy plata cuando la necesita", dijo Beatriz en un reportaje[75]. Tal vez para resarcirla del episodio del valet negro, su empleadora decidió homenajearla: en "Fuera de juego", un cuento que publicó en la revista *Leoplán*, la protagonista lleva su nombre. De allí saldría el siguiente film de Nilsson, *La terraza*, aunque el nombre de Marietta sería reemplazado por Belita.

Para escribir su cuento, Beatriz se inspiró en las conversaciones que mantuvo con una chica de doce años en un bar de la calle Maipú. Se llamaba Belita y fue además protagonista del film, junto a Graciela Borges, Leonardo Favio y Marcela López Rey. Acá el tema vuelve a ser la burguesía decadente, corporizada en un grupo de jóvenes abúlicos que se atrincheran en una terraza, al borde de la pileta de natación.

Belita es la nieta del portero que se encarga de servirlos; finalmente la arrojan al vacío y queda renga. Torre Nilsson volvería a contratar a Belita para *El ojo que espía*, un film posterior.

Mientras Nilsson compaginaba *La terraza*, Beatriz recibió el ofrecimiento de Fernando Ayala para adaptar al cine su cuento "La representación". Trabajó el guion junto a Ayala y Héctor Olivera, y así surgió *Paula cautiva*, su primera experiencia cinematográfica sin Leopoldo, por la cual ganó el Premio a la Mejor Adaptación del Instituto Nacional de Cinematografía. Aquí también hay una familia decadente, que en este caso organiza paseos turísticos en su vieja estancia.

"Cuando estábamos trabajando en el libro, a Fernando y a mí nos llamó la atención la frase final del cuento, que Beatriz atribuye a Domingo Faustino Sarmiento. '¿Realmente es una frase de Sarmiento?', le preguntamos. '¿Acaso alguien leyó sus obras completas?', nos contestó azorada", recuerda Héctor Olivera.

En esa época sucedió un episodio bastante confuso: Beatriz, que hasta el momento no había podido tener hijos, habría quedado embarazada y perdido el bebé en el cuarto mes de gestación. "Quedó muy frustrada cuando perdió la posibilidad de tener un hijo. A partir de allí cambió mucho físicamente, se puso más gorda, se le hincharon las piernas y los pies", recuerda Oscar Barney Finn.

"Nosotros, sus sobrinos, estábamos casi de duelo. Tendríamos diez años y sentíamos que el que iba a nacer era Satanás. Para ella fue una pérdida muy importante. Después hablaba humorísticamente de lo que hubiera sido ese hijo. ¡Babsy y Beatriz ocupándose de un hijo! De haber nacido varón hubiera sido un personaje, le hubiesen puesto ligas, pelucas, anteojos", dice Mario Caprioglio.

Sin embargo, Manuel Antín no cree que las cosas hayan sido así: "Vivía en un mundo de imaginación tan grande que hasta fue capaz de inventar un embarazo para sustituir al hijo que nunca tuvo. El final fue desdichado, con internación y todo, como si hubiese sido real. Era una persona que suscitaba muchas adhesiones, era tan agradable y simpática que podía llenar la vida de alguien con sus fantasías. Para cada cosa tenía un cómplice, y uno de sus cómplices fue el médico que la atendió".

“Creo que sí estuvo embarazada. Casi seguro que fue así”, sostiene sin embargo Graciela Borges.

Años después, Beatriz declararía: “En un momento de mi vida me empecé a preocupar, no venía el hijo que queríamos. Entonces empecé a investigar y a ver médicos aquí y allá, para saber por qué no teníamos chicos. Y en un momento dado, tuve. Pero nació muerto. Ese es un período de mi vida que lo corto, lo cierro. Después una amiga nos habló de la adopción de un chico. Lo pensamos mucho y Babsy estuvo de acuerdo conmigo, a pesar de que él ya tenía sus hijos. Entonces un día, estando en Estados Unidos, fuimos a un asilo católico y me anoté y le dijimos a una monjita que queríamos tener un chico. Entonces un día la monjita nos llamó y nos dijo que estaba el chico, que era un varón y que lo fuéramos a ver. Bueno, no sé si fui cobarde o tuve el temor del esnobismo, no sé, pero decidí poner fin al deseo de tener un hijo. El chico era negro. No me arrepiento porque uno no debería arrepentirse. Lo tomé como una limitación de mi vida”[76].

74. Entrevista de Rodolfo Rabanal.
75. *Gente*, 1977.
76. *Gente*, 1978.

El incendio y las vísperas

A Leopoldo Torre Nilsson la política activa no le interesaba demasiado. Algunos lo identificaban como un liberal de izquierda, pero según su biógrafa Mónica Martin, su perfil político era más complejo: "Compartía con su padre un cierto interés anarquista. Le atraía el socialismo, pero no le interesaba la política desde el punto de vista teórico".

"Era un hombre de ideas progresistas, pero le gustaba vivir como vive la derecha. Sus amigos eran gente de izquierda, pero él hacía un culto del buen vivir", dice su hijo Javier Torre.

Su crítica social aparece en su literatura y en algunos de sus films, pero su actuación política giró más que nada alrededor de la industria cinematográfica, donde siempre jugó un rol importante. En los años tumultuosos que le tocó vivir, sus declaraciones públicas se centraron principalmente en aspectos relacionados con la censura y la falta de posibilidades para poder filmar. Por esa razón fue criticado con dureza.

Después de su muerte, Beatriz declaró: "Fue un hombre que luchó por sobre todas las cosas por tener un cine industrial, pero a su vez era un gran demócrata. Todos conocen su ideología política, que era una ideología en defensa absoluta del individuo. Creía en la libertad absoluta del individuo. Era un hombre que atacaba la censura como a un roedor que invade el cuerpo. No era un demagogo, tenía un enorme desprecio por los demagogos. Fue muy combatido por todos aquellos que no vieron en él a un hombre que por sobre todas las cosas amaba las libertades individuales, pero que también tenía un profundo sentido de la justicia universal"[77].

Se conocieron durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón, con quien jamás simpatizaron. Luego apoyaron a Pedro Eugenio Aramburu y en 1958 votaron por Arturo Frondizi, quien cuando Beatriz publicó *Fin de fiesta* le envió unas líneas: "Permítame felicitarla por su obra y alentarla a seguir ahondando en la realidad de nuestro país, que todos necesitamos conocer y comprender para poder alcanzar

la superación que anhelamos". Un tiempo después coincidieron en un viaje a Italia, y Frondizi los invitó a acompañarlo a una recepción en la embajada argentina en el Vaticano.

En 1967 le preguntaron si estaba comprometida políticamente y contestó: "Sí, aunque mi compromiso es más literario que político. Entre la libertad y la justicia, me quedo con la libertad. Justicia son los países socialistas. Libertad, los Estados Unidos o Francia"[78]. En 1978, cuando le preguntaron cómo se definía políticamente, dijo: "Por sobre todo, amo a mi país. Soy una fervorosa nacionalista. Pero es un error pensar que nacionalismo es querer traer los restos de Juan Manuel de Rosas. A veces, por plantear ese nacionalismo geográfico, se pierde de vista ese otro gran nacionalismo que encarnó el contradictorio Sarmiento, que atacó la barbarie con nacionalismo efervescente. No hay que confundir. Yo prefiero a Borges, quien pese a sus opiniones repugnantes tiene un nacionalismo de la patria, y no a Cortázar con su nacionalismo de Hilton de La Habana. Pero aparte, me pasa algo que tiene que ver con mi deformación. Leo el *Facundo* y me conmuevo, leo las cartas de Rosas y siento vergüenza ajena, lo veo como un defensor intuitivo de la nacionalidad. Y de defensores intuitivos de la nacionalidad estamos hartos y por ellos vinimos a parar al caos"[79].

Tal vez no haya intentado un rol político más importante porque su misión principal en la vida fue seguir a Torre Nilsson. Pero a partir de *Fin de fiesta* incorporó su visión política a su obra, tal como lo hicieron otros autores de la época. "Para la generación del 55 el peronismo es un hito, el espacio donde pasado y presente se bifurcan, el incentivo para un cuestionamiento global de los valores sociales y culturales —comenta el crítico Armando Capalbo, quien incluye en este grupo a autores tan disímiles como David Viñas, Juan José Manauta, Alicia Jurado, Héctor Murena, Humberto Costantini, Elvira Orphée, Dalmiro Sáenz, Sara Gallardo, Marco Denevi, Marta Lynch y Haroldo Conti—. Es propio de la generación un trabajo de recapitulación creativa sobre la base de una estética realista, una apuesta por una literatura que investigue y analice el contexto social".

En 1964 (el mismo año en que Silvia Bullrich publicó *Los burgueses*) apareció el mayor suceso de Beatriz: *El incendio y las vísperas*. Continuando la línea que había iniciado con *Fin de fiesta*, en esta

nueva novela decide meterse de lleno con el peronismo.

En *Fin de fiesta* la acción culmina el 17 de octubre de 1945, cuando las masas acuden a Plaza de Mayo para apoyar a Perón. El primer capítulo de *El incendio y las vísperas* se desarrolla durante otro 17 de octubre, el de 1952, con el peronismo ya fuertemente instalado en el poder. La acción transcurre en la mansión de la familia Pradere, que Beatriz describe con lujo de detalles. Acosado por el régimen, que lo amenaza con expropiar su estancia, Alejandro Pradere acepta ser embajador en el Uruguay. Su mujer y sus hijos, José Luis e Inés, deciden acompañarlo. Antes de partir, José Luis —quien participa en movimientos universitarios de resistencia clandestina— esconde en su casa a un compañero herido, Pablo Alcobendas, sobrino de Severino Di Giovanni, quien inicia una relación amorosa con Inés. Desde situaciones muy distintas, la familia aristocrática y el socialista-anarquista comparten un profundo desprecio hacia el gobierno peronista. Finalmente, ya instalados los Pradere en el Uruguay, Pablo es apresado y torturado. La novela culmina con el incendio del Jockey Club y el suicidio de Alejandro.

Para componer el drama de Pradere, Beatriz seguramente se inspiró en la historia de Ángel Guido, su padre, que pese a ser antiperonista aceptó ser rector de la universidad durante el gobierno de Perón, entre otras cosas, para que le permitieran seguir adelante con su proyecto del Monumento a la Bandera.

El incendio y las vísperas fue la obra que terminó de consagrarla. Nunca un libro suyo había tenido tantos comentarios en los medios, ya fuera para alabarlo o criticarlo. En los dos bandos provocó pasiones, y con la misma intensidad se lo comparó con *Amalia* de José Mármol y se lo catalogó de superficial, vacío y malintencionado. Hasta el mismo Perón se tomó el trabajo de comentarlo: “Es el Grosso chico de la Revolución Libertadora”, dijo.

Arturo Jauretche, en su libro *El medio pelo en la sociedad argentina* —otro gran *best seller* de la época— le dedicó todo un capítulo, al que tituló *Una escritora de medio pelo para lectores de medio pelo*. Allí la define como “una autora marginal a la literatura, un subproducto de la alfabetización”, y aclara que si decidió escribir sobre ella es por “su éxito editorial, que nos advierte de la existencia de un vasto sector

para esta clase de mercadería".

"Tal vez el equívoco de su apellido ha inducido al lector de medio pelo para creer que se trataba de un testigo de la clase alta —continúa —. El libro expresa los símbolos del medio pelo, sus ideas, su desconexión con el país real y muy particularmente la arbitraria composición de las clases que supone, propio de un sector que creyendo imitar a la clase alta se imita a sí mismo, confundiendo los signos de aquella con los que él mismo se crea en su ambigua situación de 'quiero y no puedo', de 'soy y no soy'".

"La visión gorila de Beatriz Guido gustaba bastante a una clase media que había sido profundamente antiperonista. Sus lectores provenían de la clase media y, sobre todo, la clase media alta, que es lo que Jauretche denominaba medio pelo", comentó Horacio Salas.

Más allá de sus méritos, seguramente una de las claves del éxito de sus novelas se debió a la ilusión de una cierta burguesía de acceder a las intimidades de las clases altas, como si espiase por el ojo de una cerradura. "Además solo espía el que puede. Beatriz Guido puede escribir porque espía y puede espiar porque es cómplice. Su complicidad es la mirada que fija su escritura —comentó Beatriz Sarlo en un duro artículo de esa época—. Espiar es también una forma de complicidad propia de una clase, equivale a mostrar con inocencia: ellos son así (nosotros, los que nos adscribimos, también)"[80].

Manuel Antín recordó esta anécdota, que habla de una fantasía personal: "Beatriz invitaba a sus amigos a su casa y luego los espiaba por el ojo de la cerradura a ver qué hacían. Recuerdo que una pareja amiga, conociendo esa costumbre suya, aprovechó un descuido y tapó la cerradura con algodón. Ella fue a espiar como siempre y al ver que algo le estaba tapando la visual, empezó a tironear y sacó una hebra larguísima".

Según Ernesto Schoo, la literatura de Beatriz "abunda en el ocaso de linajes patricios como una imagen invertida de su auténtica pasión por alternar con esa gente, por parecerse a ellos, por pertenecer. Fingía no darse cuenta de que a sus espaldas esa alta burguesía se burlaba, considerándola una arribista, aunque divertida". Y a modo de ejemplo recordó que en cierta oportunidad en que Manuel Mujica Lainez había sido designado como jurado de los premios que otorgaba el Instituto

Nacional de Cinematografía, lo llamó por teléfono y le dijo: "Esta mañana vinieron los Babsys moviendo la cola. Me trajeron de regalo una fuente tan horrorosa, que únicamente Beatriz pudo haberla elegido"[81].

Los comentarios de Arturo Jauretche afectaron a Beatriz, quien comentó en un reportaje: "Me hizo un gran favor. Antes de salir a la venta su publicación, se habían vendido ochenta mil ejemplares de mi libro *El incendio y las vísperas*, lo que ya es mucho decir. A él le debo la venta de cuarenta mil ejemplares más. Es decir que me publicitó a nivel literario, en ese aspecto le agradezco". "¿Sufrió por las referencias dirigidas a usted?", le preguntó el periodista. "Bueno, me molestó. Eso de llamarme Güido…", fue la lacónica respuesta[82].

Años después, seguiría insistiendo con el tema: "¿Jauretche? Bueno, yo creo que el día que Jauretche no me critique más estaré muerta. Porque pienso, como Borges, que mientras exista el victimario, la víctima subsiste. Entre nosotros se ha producido una especie de relación afectiva en la cual no tiene más remedio que desesperarse, irritarse, hablar de mí: si no lo irritara, sería muy doloroso. Me daría mucha tristeza que el señor Jauretche no escribiese otra vez una buena cantidad de páginas sobre mí", declaró[83].

Más allá de las diferencias, lo cierto es que tanto Beatriz Guido como Marta Lynch y Silvina Bullrich terminaron representando un modelo de intelectual elegante y sofisticado, aunque audaz e irreverente con su propia clase social. Pero mientras Silvina se refería permanentemente a sus orígenes familiares, Marta y Beatriz se esforzaban por inventarlos.

"Beatriz pertenece a una cierta forma de la oligarquía —opina la profesora Orfilia Polemann—. A diferencia de Silvina Bullrich, cuya aristocracia se relaciona con las familias tradicionales y los campos, los orígenes de Beatriz se ligan más a la oligarquía del pensamiento, un señorío que se vincula con las bibliotecas".

Sin embargo jamás mencionaba a su abuelo inmigrante, lo que terminaba por generar algunas confusiones. "Beatriz Guido, que pertenece a la clase que describe, odia a Perón por idénticos motivos", dijo un crítico de la revista *El escarabajo de oro* al comentar *El incendio y las vísperas*. Y Horacio Verbitsky le preguntó en la revista

Confirmado: “Usted pregona la reforma agraria. Si ocurriera, ¿no perjudicaría a su familia?”. Y ella le contestó: “No, ya venían en gran decadencia hace muchos años: por ser demasiado románticos habían perdido el parque Larrañaga de Montevideo”. Y siguió hablando de otra cosa.

77. Jorge Abel Martin, *Los films de Torre Nilsson*, Corregidor, 1980.
78. *Gente*, 1967.
79. *La Semana*, 1978.
80. *Los libros* nº 14, 1970.
81. *La Nación*, 2002.
82. *Gente*, 1967.
83. *Gente*, 1970.

El tiempo de las dos almas

Los años sesenta se vivieron en la Argentina en una forma bastante peculiar. Por un lado, la sociedad se puso a tono con la tendencia mundial que impulsaba la liberalización de las costumbres. Fue un período de inusitada libertad y enormes esperanzas, donde se experimentaron cambios profundos, que abarcaron desde la ropa y la sexualidad hasta la estructura familiar.

Pero además, el período que abarca la presidencia de Arturo Frondizi, su caída, el gobierno de Arturo Illia y la posterior dictadura de Juan Carlos Onganía, estuvo marcado por un altísimo grado de inestabilidad institucional, la proscripción del peronismo, la consideración de las Fuerzas Armadas como figuras tutelares de la sociedad y el surgimiento de la guerrilla. El Instituto Di Tella, los cineclubs, los teatros independientes, las librerías y los bares de la calle Corrientes convivieron con los sectores influenciados por la Revolución Cubana, el peronismo revolucionario y los grupos guerrilleros de izquierda.

Según el ensayista Oscar Terán, en la Argentina de los sesenta había dos almas: el alma Beatle y el alma *Che* Guevara. La mirada tradicionalista del régimen de Onganía fue incapaz de discriminarlas, y para combatir el cambio revolucionario creyó necesario desplegar campañas contra los movimientos estéticos de vanguardia y el uso de la minifalda. “Fue así como pudo haber contribuido a que muchos que sinceramente querían hacer el amor hubieran podido sospechar que para ello en la Argentina era preciso hacer la guerra”, concluye Terán[84].

La llamada Revolución Argentina tomó el poder con el apoyo de gran parte de los sectores civiles, quienes creyeron que las instituciones democráticas eran un obstáculo para la modernización del país. Las dos revistas más importantes, *Primera Plana* y *Confirmado*, fueron muy críticas con el gobierno de Illia e impulsaron el golpe que lo derrocó.

Al tiempo, sin embargo, lo erróneo de esta idea quedó en evidencia.

A falta de un clima de violencia que justificara acciones represivas, Onganía se propuso ante todo "moralizar" la sociedad. Clausuró la revista *Tía Vicenta* porque el humorista Landrú osó caricaturizarlo con cara de morsa, censuró la ópera *Bomarzo* de Alberto Ginastera y Manuel Mujica Lainez en el Teatro Colón, e intervino las universidades nacionales. Durante la Noche de los Bastones Largos, la policía apaleó a estudiantes, profesores y autoridades de la Facultad de Ciencias Exactas por hacer una asamblea, desafiando el edicto restrictivo de las reuniones públicas. La intervención derivó en la pérdida de intelectuales de primera línea que se fueron del país y, por otra parte, alentó a muchos universitarios, sindicalistas, sacerdotes y juventudes políticas a plantear otro tipo de soluciones, más allá del orden institucional. En Córdoba, un paro con movilización derivó en una lucha callejera de tres días a la que se sumaron trabajadores, estudiantes y militantes radicales, peronistas y de agrupaciones de izquierda. A diferencia del Mayo Francés, donde no hubo víctimas, el Cordobazo dejó un saldo de treinta muertos.

Simultáneamente, la década del sesenta fue una época de oro para las letras argentinas. Eudeba, la editorial de la Universidad de Buenos Aires, puso al alcance del público masivo millones de ejemplares de todas las temáticas. La literatura en lengua castellana se publicaba fundamentalmente en el país, desde donde se distribuía a todo el mundo, al igual que la mejor literatura universal.

Más allá del *boom* latinoamericano, que fue recibido con enorme entusiasmo (la primera edición de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, fue publicada en la Argentina), en 1961 apareció *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sabato, en 1963 Julio Cortázar publicó *Rayuela*, y en 1968 irrumpió Manuel Puig con *La traición de Rita Hayworth*. Manuel Mujica Lainez, Dalmiro Sáenz y Eduardo Gudiño Kieffer, junto a Beatriz Guido, Silvina Bullrich y Marta Lynch, eran figuras tan conocidas y convocantes como los actuales personajes de la farándula. Había lugar para todos: desde Poldy Bird y sus *Cuentos para Verónica*, hasta Borges y Bioy Casares.

Primera Plana publicaba en su portada fotografías de García Márquez y Leopoldo Marechal, y las novedades editoriales eran tema de conversación en las reuniones. Tal vez por esnobismo, pero esa era

la tendencia: para no quedar fuera de las conversaciones, había que leer *Los premios* de Cortázar. “Las señoras, en la bolsa de la feria, llevaban un ejemplar de *Cien años de soledad*”, recordaba Tomás Eloy Martínez, que en esa época dirigía *Primera Plana*.

“La revista tenía una política interesante. A García Márquez lo descubrió el editor de Sudamericana, Francisco Porrúa, quien se comunicó con Eloy Martínez y entre los dos pusieron en marcha un gran mecanismo —agregó Ernesto Schoo, a cargo de la sección cultural de *Primera Plana*—. Yo fui enviado a México a entrevistarlo, y después la editorial y la revista lo trajeron a Buenos Aires y le organizaron una gran promoción. En el caso de Marechal, *Primera Plana* lo rescató, ya que estaba totalmente raleado por ser peronista. Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Marta Lynch fueron en general bien tratadas, aunque Silvina era mirada con un cierto humor irónico, más por su manera de ser que por lo que escribía. A Beatriz se la tomaba más en serio, además era amiga de todos, llamaba por teléfono, invitaba a comer, hacía regalos. Silvina Ocampo también tenía su espacio, y lo mismo Manuel Puig, que era un gran promotor de sí mismo, un genio de las relaciones públicas. Les hemos dado foto de tapa a aquellos artistas que intuíamos que llegarían a tener éxito, como Norma Aleandro, Alfredo Alcón, Emilio Pettoruti o Juan Carlos Paz, un músico casi desdeñado por el *establishment* musical. Al revés de lo que ocurre hoy en día, se seguía una política de promoción cultural a fondo y en serio. Era muy estimulante hacer esto porque uno sabía que lo que proponía no iba a caer en el vacío. Una vez, medio en broma, hicimos un análisis del perfil de nuestro lector medio, y llegamos a la conclusión de que era ‘el joven odontólogo en ascenso’. Porque era una época en que existía una posibilidad de evolución: el pequeño burgués profesional, con aspiraciones culturales y cierta capacidad económica que le permitiera comprar un cuadro de autor argentino por una cifra más o menos racional. Pero llegó un momento en que la situación se puso un poco incómoda, porque *Primera Plana* determinaba dónde había que ir, qué había que leer y hasta qué había que ponerse. Los lectores nos tomaban tan al pie de la letra que a veces, con cierta malicia, recomendábamos algo solo para que la gente fuera corriendo a hacerlo. Decíamos que era un quemo usar tacos altos

y no se los ponían", finalizó Schoo.

"En el equivalente de lo que hoy serían las revistas del corazón, se hablaba de los escritores como de estrellas. Sabato comentaba por dónde había caminado para escribir *Sobre héroes y tumbas*, y todos íbamos corriendo al parque Lezama. Salía algo nuevo de Cortázar y todo el mundo estaba tirado en la playa con el libro. Una iba a la peluquería y encontraba en una revista a Beatriz Guido con capelina o con un sombrerito de tul, de esos que todavía se usaban en los sesenta, flaca, contando su flechazo con Babsy. Interesaba todo: los viajes, los premios, los autos descapotables de Torre Nilsson. Eran realmente la pareja glamorosa de la época, la pareja del cineasta con la escritora", recuerda Orfilia Polemann.

"Es una época en la que se desplaza el centro de interés del público —agregó Edgardo Cozarinsky—. En los años treinta, revistas como *El Hogar* publicaban fotos de fiestas de las familias tradicionales. Como si fuera un reflejo del eclipse de la clase alta, las revistas de cine y de radio empezaron a interesarse en el mundo de los escritores, que hasta ese momento no eran figuras públicas. Y luego, la televisión empezó a convocar a las personas llamativas y extravagantes que había en Buenos Aires, porque las necesitaba como personajes".

"Nacía un rinoceronte en el zoológico y nos venían a preguntar qué opinábamos. La Sociedad Argentina de Escritores era importante, tenía peso, y había también grupos literarios de vanguardia, como el que se nucleaba alrededor de la revista *Contorno*, con David Viñas y Oscar Masotta a la cabeza. Yo personalmente pagué la mitad de mi departamento con los derechos de autor de un año. Ahora no podría comprar ni la cucha de un perro", recordó María Angélica Bosco.

Una periodista de la revista *Semana Gráfica* le preguntó a Beatriz si no temía ser acusada de frívola. "Me daría miedo esa imagen si la proyectara en las cámaras de televisión, en guiones cinematográficos y libros tontos. El hecho de que me fascine la alta costura y me vista en Ivonne no significa que crea que una estructura sociológica deba mantenerse intacta. Presenciar un desfile de modas es un hecho cultural como asistir a un partido de fútbol. Me gustaría que placeres de ese tipo, tanto como las frivolidades, estuvieran al alcance de todas las clases sociales", contestó.

Lo cierto es que la etapa de sus mejores obras —*La casa del ángel*, *La caída*, *Fin de fiesta*— había quedado atrás. Las críticas a *El incendio y las vísperas* la habían afectado haciéndole perder seguridad, y debieron pasar seis años hasta que apareciera su siguiente novela, *Escándalos y soledades*. "Si he pasado todo este tiempo sin publicar es porque creo que nada hace mayor mal a un escritor que el éxito fácil: las editoriales que piden cuentos que se escriben en horas, las mesas redondas para hablar de cualquier cosa, los reportajes multiplicados", dijo[85]. Sin embargo, el *bestsellerismo* le fascinaba.

"Cuando sacaba una obra, hacía lo que hoy es moneda corriente en las oficinas de prensa de las grandes editoriales: ponía un aparato a trabajar. Con el apoyo de la producción de Torre Nilsson, preparaba unos pequeños afiches y los repartía en las librerías", recordó Jorge Lafforgue. "Hacía giras por todas las librerías de Buenos Aires pidiendo que pusieran sus libros en la vidriera. Les decía a los libreros lo mismo que a todo el mundo: '¡Divino, querido, amoroso!', '¡Pero mi divino, justo la persona que yo más quiero y no me ponés el libro en la vidriera!'.", agregó Horacio Salas.

En un reportaje, la periodista comentó: "Elige poses, improvisa. Es como una modelo. Se sostiene la cara con las manos. Sonríe. Sabe qué toma es la más linda"[86]. En otra entrevista le preguntaron si en algún momento lograba distanciarse del personaje. "Solo frente al dolor y la falta de dinero. Lo que me desarma es sentirme pobre, la impotencia de no poder jugar al esnobismo", contestó[87].

"Al igual que Marta Lynch y Silvina Bullrich, Beatriz era ideal para la televisión. Era más importante su presencia como personaje que lo que pudiera decir. Era muy fuerte en la imagen, hay que pensar que por aquel entonces la televisión no era como ahora, solo aparecían señores de saco y corbata que daban las noticias. Y esas mujeres eran como personajes de película", reflexionó Edgardo Cozarinsky.

La relación entre las tres no era fácil. "Había esa rivalidad de oficio que implica resentimiento, pequeñas traiciones, todas esas cosas que el machismo cree que son propias de las mujeres, aunque no es así. Cada una hablaba mal de las otras. '¿Viste que fea está fulana en la foto de *Gente*?', cosas por el estilo. O Silvina decía con cara de consternación: '¡Ay, las piernas de esta pobre Beatriz!'. Era un verdadero pugilato. Los

encuentros entre ellas eran así: 'Hola, querida, estás un poco gordita, ¿no?', o '¡Qué bien te queda! ¿Son canas o es platinado?'. Pero siempre agregando: 'Qué bien que estás, se te ve regia'. Ironías muy obvias", comentó Eduardo Gudiño Kieffer, otro gran *best seller* de la época.

"Mi tía decía que todos los escritores competían muchísimo y que con ella eran feroces porque Babsy le filmaba los libros", recuerda Adriana Martínez Vivot.

"Yo pienso que estas tres mujeres no se querían entre sí —agregó Edgardo Cozarinsky—. De algún modo se respetaban, porque sabían que de ellas para abajo había una cantidad de mujeres que escribían y también eran interesantes, pero no tenían éxito.

"Marta era más amiga de Beatriz que de Silvina, le tenía más respeto intelectual. Supongo que entre las dos hablarían pestes de Silvina, porque eran terriblemente criticonas. Silvina no era una figura querida en el ambiente literario, no era simpática", concluyó Horacio Salas.

Además había otro problema: en sus últimos años, Torre Nilsson no tuvo una buena relación con Marta Lynch. Aparentemente, las vicisitudes políticas de Marta —que abarcaron desde su apoyo al gobierno de Héctor J. Cámpora y el grupo Montoneros hasta su vínculo con el almirante Emilio Eduardo Massera durante la dictadura — fueron el motivo por el cual Leopoldo se alejó de ella, al punto de no soportar que Beatriz se le acercara.

Una Navidad, May Nilsson, la madre de Leopoldo, que era dueña del colegio Highlands de Vicente López, organizó una reunión. "Beatriz llegó temprano y decidió ir a saludar a Marta, que vivía en la misma manzana del colegio. Mi hermano se enojó muchísimo, y apenas Beatriz volvió se la llevó del brazo. Nos quedamos todos muy mortificados, especialmente mi madre", me contó Graciela Torre Nilsson de Ciancaglini, quien después agregó: "Babsy lo conocía a Massera del hipódromo, pero en realidad no tenía idea de quién era. Cuando sucedió lo de Elena Holmberg —quien era muy amiga de Babsy y Beatriz— se apartó de él y también se apartó de Marta Lynch, a quien no quiso ver nunca más".

Sin embargo, el asesinato de Elena Holmberg sucedió tres meses después de la muerte de Leopoldo, por lo que es imposible que haya sido la causa de su distanciamiento con Marta. Tal vez su relación con

Massera haya influido, pero el episodio es confuso, como tantos de esa época.

En un reportaje Beatriz dijo: "Con Marta somos muy amigas. Y le tengo unos celos tremendos. Celos de sus tres hijos, que son maravillosos"[88]. Pero en plena dictadura militar, cuando Marta decidió arrepentirse de su adhesión al gobierno de Cámpora, cambió el tono de sus declaraciones: "No voy a hablar de Marta Lynch. No me gustan los reproches. Pero más allá de este caso, no creo en los arrepentimientos. Si se fue pro Gestapo a los dieciocho, no hay redención a los cuarenta. En política no hay conversos. Yo no podría haber ido a buscar a Perón en el chárter y después arrepentirme. Antes preferiría irme del país". Refiriéndose a los vaivenes políticos de Marta, según cuenta Edgardo Cozarinsky en su libro *El pase del testigo*, Beatriz llegó a decir: "Pobrecita, no tiene más brújula que el clítoris".

Con respecto a Silvina Bullrich, Beatriz dijo en un reportaje: "Quedará en la historia de la literatura por un libro o dos, a lo sumo: *La tercera versión* y *Los burgueses*. El resto no me interesa, como no me interesa Corín Tellado. Pero por favor, esto no lo ponga porque soy muy cobarde"[89]. En otro reportaje, después de declarar que si tuviera que vivir de sus libros "debería habitar un departamento no tan lujoso ni podría mantener estas valiosas colecciones", se refirió a Silvina Bullrich, quien siempre se jactó de ser una mujer independiente: "Silvina fue una mantenida toda la vida, pero por favor esto no lo ponga", dijo[90].

Aunque sus libros no eran parejos, Beatriz fue sin duda la escritora más compleja de las tres. A la hora de equipararse, sin ninguna modestia ella solo lo hacía con Julio Cortázar y Gabriel García Márquez. Y al hablar de sus colegas mujeres, solo citaba a Silvina Ocampo.

¿Qué opiniones despierta su literatura entre sus pares?

"Fue una de las pocas novelistas de esa época que se comprometió políticamente con su obra. Después lo hicieron muchos, pero en ese momento no era habitual. Era una excelente novelista, y además muy argentina" (Antonio Requeni).

"Dentro de ese grupo era la que tenía más talento. Tiene narraciones memorables, sobre todo en los cuentos. Silvina Bullrich era talentosa

pero la arruinó el éxito, esa necesidad de sacar un libro por año. Marta Lynch también tenía condiciones, *La señora Ordóñez* es una hermosa novela" (Ernesto Schoo).

"Creo que la literatura de Beatriz es su mejor espejo, esos personajes son los que vivían en su mente, ella era como ellos. Para mí era peor escritora de lo que la gente cree, nos ha mentido hasta en eso" (Manuel Antín).

"Era una buena escritora, la que más me interesa de las tres. Recuerdo sobre todo *La mano en la trampa* y *La caída*. Además, me atrae su actividad como guionista cinematográfica" (Horacio Salas).

Su escritura era desprolija y caótica, y debía apoyarse en sus editores para una corrección final. "Escribía muy espontáneamente y luego corregían sus textos", recordó Mabel Peremarti, entonces directora de Editorial Losada. Había un señor en Losada llamado Ramón Vázquez, a quien Beatriz agradece en algunas novelas. "Vázquez le tenía un aprecio infinito, pero a veces se agarraba la cabeza. '¿Cómo puede ser que este personaje salga si todavía no entró?', le decía. Trabajaban juntos, pero el sello personal era de Beatriz", contó Jorge Lafforgue.

"De repente describía una casa, como el Jockey Club de la calle Florida, y la descripción no tenía nada que ver con la realidad. Una vez, en un original, descubrieron a tiempo que hablaba de una pintura del músico Erik Satie. Tenía un gran talento para inventar historias pero era bastante descuidada en la escritura", recuerda Ernesto Schoo.

Como escribía en las filmaciones y en los bares, a veces lo hacía en papelitos y servilletas que pinchaba con palillos o alfileres de gancho. También intercambiaba ideas con Leopoldo, y los originales que llegaban a la editorial tenían a menudo correcciones con su letra.

En la Feria del Libro daba charlas multitudinarias, y el público esperaba en largas filas que le firmara algún ejemplar. Ella se ponía sus mejores galas y se la veía radiante.

"Una vez, Beatriz estaba firmando ejemplares y se acercó una señora con una niñita. Puso a la niñita delante de Beatriz y le dijo: '¡Mirala, mirala, es Beatriz Guido! ¡Mirala bien porque cuando vos seas grande ella ya va a estar muerta!'", me contó su editora Mabel Peremarti.

84. Oscar Terán, *Instituto Di Tella. Experiencias '68*. Fundación Proa, 1998.
85. Elsa Osorio, *Beatriz Guido*.
86. *Siete Días*, 1979.
87. *La Opinión*, 1978.
88. *Gente*, 1967.
89. *La Semana*, 1978.
90. *La Semana*, 1978.

Divina Beatrice

Beatriz no solo es considerada la escritora más compleja del trío más mentado, es también la más querida de las tres. Su compleja personalidad suscita los siguientes comentarios:

“Era una linda mujer, pero lo que más impresionaba era su carácter. Precipitada, aguda, irreflexiva, muy punzante e imprevista en las respuestas. Y llena de gestos y mohines, que luego se estereotiparon con el correr del tiempo. Era muy fantasiosa y divertida, pero también peligrosa. Como su imaginación no paraba, podía meterlo a uno en un gran lío. Era como una chica con sus picardías, pero esas picardías a veces eran fatales” (Oscar Barney Finn).

“Era muy humana, tierna y cariñosa. Siempre que podía ayudar a alguien, lo hacía” (Antonio Requeni).

“Era la antidiscriminación, la imaginación, la libertad. Tenía una mirada muy limpia e inocente, pero a la vez muy perversa. No he conocido nunca a una persona con características tan contradictorias. Era un personaje escrito por ella misma. No tenía enemigos, a pesar de que había hecho cosas que no eran precisamente para ser simpática” (Manuel Antín).

“Era un ser efusivo que daba la impresión de que lo que más quería en ese momento era verte a vos. Además, hablaba mal de todo el mundo, y eso también era divertido” (Horacio Salas).

“Tenía un gran encanto personal. Expansiva, cariñosa y muy mundana. Ayudaba a quienes quería, no solamente a gente con poder. Si tenías un problema te trataba de ayudar, pero si no querías que se supiera no se lo contabas, porque al día siguiente lo sabía medio Buenos Aires” (Jorge Lafforgue).

“Aunque tuve con ella menos relación, ya que no publicaba en nuestra editorial, creo que fue la más generosa, la más fácil, la más buena de las tres” (Gloria Rodrigué).

“Era encantadora porque se reía de sí misma cuando alguien le marcaba sus errores. Pero por otra parte, era atroz por la forma en que utilizaba a la gente” (Elvira Orphée).

“Era muy graciosa. No creo que haya sido siempre sincera, pero por lo menos te hacía reír” (Eduardo Gudiño Kieffer).

“Me resultaba sumamente simpática. Era afable, sin aires de diva” (Marta Díaz).

“Era muy fabuladora. Un día me dijo: ‘¿Sabés lo que le pasó a Fulano?’. Se trataba de un integrante del Instituto Español Sanmartiniano que había viajado al Perú por un congreso. ‘¡Lo secuestró Sendero Luminoso!’. Después supe que Sendero Luminoso había organizado un apagón en el aeropuerto de Lima y tuvieron que esperar a oscuras durante un par de horas, pero eso fue todo. Es un ejemplo de cómo metabolizaba la realidad” (Martha Mercader).

“Era hermosísima, pero con una belleza muy activa. No era una persona que se dejara admirar. Estaba todo el tiempo en movimiento, buscaba a los demás, hablaba mucho y tenía una especie de extravagancia natural. Tenía un enorme humor y era muy inquieta, siempre a la búsqueda de algo. Era muy independiente en sus juicios, aunque dijera lo que tenía que decir para quedar bien” (Edgardo Cozarinsky).

“Parecía que siempre estaba distraída, pensando en otra cosa, pero después contaba todo lo que había escuchado con lujo de detalles. Estaba al mismo tiempo en todos lados y tenía una gran ansiedad” (Diego Baracchini).

“Tenía unos ojos bellos y brillantes y un cutis terso de vasca, como decía ella. Fue tildada de frívola, a mi modo de ver injustamente. Bajo la apariencia de ese brillo exterior había una persona muy profunda, sensible e inteligente. Tenía mucho miedo al silencio y la soledad” (Mabel Peremarti).

“Le gustaba la obsecuencia, era una mezcla perfecta de generosidad y perversidad. Tenía bufones, gente a la que casi esclavizaba, enemigos acérrimos y personas de las que se burlaba hasta la humillación. A cambio de su obsecuencia, estos personajes obtenían pequeños beneficios y atención especial. Podían publicar algún libro, ganar un premio literario y hasta obtener cosas o dinero en efectivo. Si eras aceptado siempre recibías regalos, Beatriz tomaba cualquier cosa que había en la casa y te la daba, a veces metía la mano en la cartera, sacaba un billete todo arrugado y te lo daba. En cambio, cualquier

persona que se le opusiera seriamente era cuestionada y vilipendiada. Podía incluso meter miedo. Utilizaba su fama como medio de presión y mucha gente se aprovechaba, o directamente se asustaba y decía que sí a cualquier cosa" (Javier Torre).

"Tengo un recuerdo maravilloso de ella. Cuando publicó *Escándalos y soledades* yo era estudiante de Derecho. Un día, caminado por Corrientes con un amigo, entré a una librería y compré su libro. Luego fuimos a tomar algo a la confitería del Molino y la descubrimos escribiendo en una mesa. Me llené de valor y me acerqué a que me firmara el libro, charlamos un rato, me preguntó qué hacía y me dedicó el ejemplar. Al rato, cuando con mi amigo pedimos la cuenta, el mozo nos dijo que había sido pagada por la señora Beatriz Guido" (José Miguel Onaindia, ex director del Instituto Nacional de Cinematografía).

Cierta vez en que lo fue a visitar a la Biblioteca Nacional, Jorge Luis Borges le hizo a Ernesto Schoo este comentario sobre Beatriz, quien acababa de irse: "Esta muchacha me hace acordar mucho a un poema de Víctor Hugo, donde cuenta que el sultán sale una noche a pasear de incógnito por Bagdad junto a su asistente y ve en una esquina a un hombre vestido de rojo con un turbante bordado en oro, que hace malabares con antorchas prendidas y cuenta historias impactantes. Pasa un tiempo y el sultán vuelve a salir con su asistente. Pasan por la misma esquina y el sultán pregunta: '¿Qué habrá sido de aquel hombre tan extraordinario que ardía como una llama?'. 'Se apagó', le contestó el asistente".

Adolfo Bioy Casares, en cambio, sentía un profundo afecto por Beatriz. "Una de las personas más auténticamente encantadoras que conocí, inteligente, viva, buena, mentirosa impenitente y desorbitada, graciosa, cariñosa", dice en sus diarios íntimos y es posible creerle, ya que a lo largo de esas quinientas páginas no se priva de hablar mal de casi nadie. Sin embargo, después desliza una frase desconcertante: "Dijo que si escribía una nota sobre una de sus novelas, se acostaría conmigo. La escribí y nos acostamos, riendo de la situación".

En sus diarios, Bioy se ufana constantemente de su activa vida sexual y de la cantidad de sus conquistas, aunque en los últimos años se lamenta de la pérdida de su innegable seducción. De todas maneras

su comentario es bastante malicioso, ya que a partir de Leopoldo, a Beatriz jamás se le conoció otra relación.

La etapa épica

A fines de la década del sesenta, Torre Nilsson se relacionó con el editor Jorge Álvarez, el rico y polémico personaje que bajo el sello que llevaba su nombre editó a Rodolfo Walsh, Ricardo Piglia, Oscar Masotta, David Viñas, Quino, Manuel Puig, Félix Luna, Enrique Medina y Marta Lynch. Álvarez se convirtió en un gran amigo, y en su editorial Leopoldo publicó los textos que, pese a todo, había seguido escribiendo: *El derrotado*, *Entre sajones y el arrabal*, y sus cuentos "El más allá" y "Seducción", incluidos en las antologías *Crónicas del amor* y *Crónicas del sexo*.

Por este último cuento le iniciaron una acción penal por inmoralidad y fue condenado a seis meses de prisión en suspenso. Su abogado apeló la sentencia y él dijo: "Hasta tanto la Cámara decida, debo ser un niño ejemplar: manejo mi automóvil con cuidado y cumplo todas las ordenanzas de tránsito. El menor traspié dará con mis huesos en la cárcel. Y por los calabozos no siento ninguna simpatía, me producen claustrofobia"[91]. Finalmente, la Cámara confirmó el fallo, aunque lo redujo a treinta días de prisión en suspenso. "Nos iniciaron acciones penales a los dos, a Babsy y a mí", recordó Jorge Álvarez.

También le prohibieron una obra de teatro, *La vuelta al hogar*, de Harold Pinter, que iba a dirigir en el Instituto de Arte Moderno de la calle Florida. Como acto de protesta, Beatriz empezó a caminar por Florida del brazo de Torre Nilsson con una bolsa de feria llena de verduras. "Era muy gracioso, porque Beatriz y Nilsson eran personajes ilustres en esa época", recordó Claudio España. Con el mismo decorado, al mes siguiente montaron otra obra de Pinter, *La fiesta de cumpleaños*, y esta sí fue aprobada.

El cine en el que Leopoldo creía y le daba premios y prestigio no generaba, sin embargo, las divisas que su estilo de vida necesitaba. "Las posibilidades de recuperación en nuestro mercado son casi nulas, el público se muestra poco cálido hacia el cine que hacemos, los productores empiezan a desdeñarnos, los jurados que confieren

premios anuales demuestran un criterio cinematográfico dudoso, y para colmo, la censura torna inseguro cualquier intento mínimamente audaz", declaró en esa época[92].

Hacía un tiempo que estaba intentando dirigir en Europa y los Estados Unidos. El primer proyecto había sido *El ojo que espía*, sobre un guion de Beatriz. Luego vendría *Había una vez un tractor*, un documental para televisión sobre los problemas agrarios de los países en desarrollo, financiado por la Unesco. Durante ese tiempo Nilsson viajó permanentemente y debieron separarse muchas veces, el dinero no siempre alcanzaba para que ella pudiese acompañarlo. Y él no sabía estar solo. Sus desplazamientos por el mundo le resultaban un gran sacrificio.

Mientras tanto, Beatriz hacía declaraciones a los medios. "Nada es comparable a nuestro país, y Leopoldo también lo siente así. De ninguna manera aceptaría los ofrecimientos que le han hecho por allá. ¿Quedarse definitivamente en Europa? Jamás. No lo soportaría. Cuando Carlo Ponti le ofreció filmar una comedia con Alberto Sordi se negó. Quiere demasiado a su patria como para abandonarla", dijo[93].

También se ocupó de relatar algunas aventuras vividas en esos viajes. Como cuando se cruzó con Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir en una calle de Roma, y "como una chica de Flores" se acercó y cambió unas palabras con ellos. También en Roma, según contó, tuvo un encuentro con los Beatles, quienes paraban en su mismo hotel de Villa Borghese, y a quienes saludaba "de balcón a balcón".

Más adelante, Nilsson comenzó a trabajar con André Du Rona, un mexicano dueño de una fábrica de juguetes bélicos en Nueva York. Así filmó en Puerto Rico La *chica del lunes* y *Los ladrones de San Ángel*, en cuyos guiones participó Beatriz. Antes de partir para iniciar el rodaje, organizaron una gran fiesta en el piso de plaza San Martín. Gabriel García Márquez, quien estaba en Buenos Aires a raíz de la publicación de *Cien años de soledad*, fue llevado a la reunión por Jorge Álvarez.

"A Babsy se le había dado por beber en esa época, algo que en general no hacía. Se puso agresivo y García Márquez le contestó, pero no fue más que una discusión de intelectuales. Babsy le dijo que debía reconocer que la belleza es patrimonio formal de la derecha, una frase

que era parte de su discurso, y la conversación fue subiendo de tono", recordó Álvarez. Mientras tanto, Beatriz se paseaba sonriente entre los grupos, con un escotado vestido en color turquesa. Y a pesar de los desplantes de Leopoldo, se las ingenió para establecer una buena relación con el ilustre colombiano. "Era muy amiga de García Márquez —recuerda Antonio Requeni—. La única vez que vino a Buenos Aires pude entrevistarlo gracias a Beatriz".

Torre Nilsson siguió viajando por el mundo un tiempo más, pero las cosas no resultaron como había esperado. Tuvo varios proyectos frustrados, como el film *Trampa de arena*, que planeaba filmar en Punta del Este con Elizabeth Taylor y Richard Burton. Los citaron en el bar del hotel Plaza de Nueva York, y "después de escuchar el proyecto con suma atención, Liz Taylor les dijo que le dolía la espalda y se retiró de la mesa. Unos minutos más tarde, al notar que no regresaba, Richard Burton se despidió con una sonrisa dibujada en los labios y siguió sus huellas. Los dejaron plantados en la mesa y nunca más los volvieron a ver", cuenta Mónica Martin.

Decidieron entonces volver a filmar en el país. La dictadura de Onganía no daba espacio para proyectos demasiado audaces, y de común acuerdo optaron por el *Martín Fierro*. "Algunas de mis últimas películas no han tenido éxito de taquilla. Voy a dar una pausa al cine intimista para entregarme al épico", declaró Leopoldo. André Du Rona le envió desde Nueva York un camión completo con los equipos más modernos. También recibió un crédito del Instituto Nacional de Cinematografía y el aporte de su cuñado, Juan Carlos Ciancaglini, marido de su hermana Graciela, quien ya había participado en la producción de *Piel de verano*, y posteriormente lo haría en *El santo de la espada* y *Güemes. La tierra en armas*[94].

Aunque estaba por filmar una de las películas más costosas del cine argentino, llegaron a cortarle la luz de su productora porque no tenía con qué pagarla. "Todos los lunes Nilsson se encontraba con un desfile a arbolitos del hipódromo esperando para cobrar a primera hora de la mañana. Otras veces eran acreedores, cartas documento, intimaciones para pagar el alquiler, juicios de desalojo, telegramas del banco porque la cuenta había quedado en descubierto", continúa Mónica Martin.

“Se producían situaciones muy graciosas. Una vez organizaron una reunión en su casa y de pronto apareció un cobrador. Beatriz creyó que era un invitado, lo hizo pasar, le ofreció una copa y lo mezcló con los demás”, me contó Jorge Álvarez.

En el guion de *Martín Fierro* participaron Leopoldo, Beatriz, Ulyses Petit de Murat, Luis Pico Estrada, Héctor Grossi y Edmundo Eichelbaum. Se filmó en campos de Villa Domínico, Pereyra Iraola y Bahía Blanca, con un elenco que incluía a Alfredo Alcón, Lautaro Murúa, Graciela Borges, Leonardo Favio y Walter Vidarte.

Aunque Jorge Luis Borges, en la función de estreno, protestó por la escasa fidelidad al poema de José Hernández, el film fue un éxito absoluto. Estuvo doce semanas en cartel y fue visto por un millón ochocientos mil espectadores, la cifra más alta para un film argentino hasta ese momento. La crítica lo acusó de esquemático, fragmentario, aburrido y mal actuado, pero aun así ganó la Gaviota de Oro, el máximo galardón del Festival de Río de Janeiro, donde compitió con *El bebé de Rosemary*, de Roman Polanski.

“Nilsson me pidió que vendiera la Gaviota y mandara a hacer una réplica bañada en oro, esa es la que está ahora en el Museo del Cine, como si fuera la original”, me dijo su secretario Enzo Álvarez, quien comenzó a trabajar con la pareja en esa época.

Enzo Álvarez había conocido a Torre Nilsson en el hipódromo. Experto en fijas y capaz de conseguir contactos y dinero, se convirtió en un personaje inseparable. No solo actuó como secretario de Leopoldo y Beatriz, fue también su amigo y hombre de confianza, y siempre mantuvo las fotos de ambos en su mesa de luz. “Beatriz jamás hizo un cheque, yo le imitaba la firma”, contaba. También se encargaba de las dedicatorias de sus libros: “En la Feria del Libro, cuando ella iba a firmar ejemplares, se armaban unas colas tremendas. Nosotros ya íbamos con los libros firmados por mí. ‘Gracias por leerme, con la amistad de Beatriz Guido’, ponía siempre”.

En la época de *Martín Fierro*, Fernando *Pino* Solanas filmaba clandestinamente *La hora de los hornos*, un film de fuerte denuncia política que se convirtió en material de culto. Solanas integraba el grupo Cine Liberación junto a Octavio Getino y Gerardo Vallejo, y su propuesta, absolutamente contrastante con la de Nilsson, aumentó su

imagen negativa dentro de los círculos que siempre le reprocharon la falta de compromiso político de sus films.

"Yo he leído últimamente muchas declaraciones de jóvenes cineastas que parecen responder en sus películas a todos los problemas, que parecen tener todas las soluciones y, por fin, que parecen tan saludablemente enmarcados en una corriente de renovación social y que enfrentan todos los grandes problemas de nuestro tiempo. Soy, en ese sentido, bastante modesto, me temo no poder aportar las grandes soluciones, sino plantear simplemente los grandes interrogantes", ironizó en un reportaje publicado en *La Opinión*[95].

Viajaron a Nueva Delhi, donde Leopoldo fue presidente del jurado del Festival Cinematográfico, y Beatriz participó en un simposio de literatura y cine organizado por Marguerite Duras. A la vuelta pasaron por Teherán y volvieron con regalos para todo el mundo: parientes, amigos, y hasta relaciones circunstanciales.

"Abrió la puerta de la editorial con una bolsa y empezó a repartir. Había regalos hasta para mi mujer, a la que había visto dos o tres veces", recordó Jorge Lafforgue, que en esa época trabajaba en Losada, donde Beatriz publicaba sus libros.

Mabel Peremarti también contó que "cuando Beatriz llegaba de un viaje era una especie de Papá Noel. Ponía todo arriba de una mesa y decía: 'Elijan, chicos, elijan'". Ernesto Schoo agregó que "era extremadamente generosa conmigo y con mi hermana, a quien apenas conocía. Cada vez que iba a Europa le traía un perfume". Y May Torre Nilsson de Noseda recordó una oportunidad en la que Beatriz fue a su casa al regresar de un viaje, con regalos para todos: "De pronto se dio cuenta de que no había llevado nada para la mucama. Entonces fue al baño, se sacó la combinación y se la regaló. La chica no se dio cuenta de nada y quedó encantada".

Según su asistente Rodolfo Mórtola, el cine de Torre Nilsson tiene tres etapas. "La primera es sin Beatriz. Después viene la mejor, con cinco títulos geniales: *La casa del ángel*, *El secuestrador*, *La caída*, *Fin de fiesta* y *La mano en la trampa*. La tercera etapa empieza con *Martín Fierro* y culmina con su muerte. Ahí tiene solo dos películas importantes: *Los siete locos* y *Boquitas pintadas*. Se había cansado de no ganar dinero, y además la censura era terrorífica. Tanto en *Martín*

Fierro como en su siguiente film, *El santo de la espada* —un gran negocio—, venía gente a controlarnos la filmación. Nilsson se acostumbró al éxito de *Martín Fierro* y ya no pudo volver".

Para *El santo de la espada* redobló la apuesta. Ya desvinculado de Du Rona, decidió producirla él mismo con un crédito del Banco Municipal, un anticipo de los exhibidores, la colaboración de Ciancaglini y el aporte del productor Marcelo Simonetti.

Aceptando de antemano los condicionamientos del régimen de Onganía, elaboró su versión a partir de la obra de Ricardo Rojas, con la ayuda de Beatriz. Remedios de Escalada (Evangelina Salazar) no podría ni aparecer embarazada ni besar a su marido en los labios. San Martín (Alfredo Alcón) debería tener siempre el uniforme impecable, y en la escena de Guayaquil no podría bajar la vista ante Simón Bolívar (Héctor Alterio), porque el gesto podría interpretarse como una humillación ante el extranjero.

Sin embargo, durante la filmación descubrieron que sus prevenciones no eran suficientes: la escena del cruce de los Andes (que se filmó a tres mil metros de altura con helicópteros, cuatro unidades de cámara y cientos de soldados, mulas y caballos) debió rehacerse para eliminar la escena en que Bernardo O'Higgins (Lautaro Murúa) izaba un pabellón chileno. Torre Nilsson aceptó filmar flanqueado por un asesor permanente, y también aceptó que las escenas que incluían desplazamiento de tropas se planearan con un coronel. El Ejército argentino y la policía de la provincia de Mendoza colaboraron con soldados y caballos.

A pesar de las concesiones, la película no tenía autorización para estrenarse. No bien estuvo lista se organizó una exhibición en el Ministerio de Guerra, y finalmente fue aprobada por el comandante en jefe del Ejército, Alejandro Agustín Lanusse[96].

Nilsson perdió el respeto de algunos críticos, que lo acusaron de "fabular historias de *Billiken*", y además crecieron las sospechas sobre sus simpatías políticas. No faltó quien asegurara que con el film se había querido santificar la vida de Onganía.

Pero a nivel masivo el éxito fue enorme. *El santo de la espada* fue vista por dos millones ochocientas mil personas, y a los diez días de estar en cartel ya había recuperado su costo.

El día del estreno, la cola de gente daba vueltas varias veces las esquinas. Beatriz y Leopoldo cumplieron con su ritual de siempre: espiar desde un bar. “A Leopoldo y a mí nada nos aterra más que un estreno. Claro que ahora, después de haber compartido muchos, nos hemos acostumbrado a repetir algunas claves. Parecemos un poco los personajes de Bioy Casares en *El crimen de Oribe*, realizando nuestros ritos de estreno. Desde el primer día que se pasa la película nos instalamos en un barcito de los alrededores, si queda frente al cine, mejor. Allí, sumando un café tras otro, vemos latir el corazón de la primera matiné. Allí seguimos, paso a paso, la entrada y salida del público”, contó Beatriz.

Esa noche, Torre Nilsson y su socio Marcelo Simonetti decidieron festejar en un restaurante y comieron tres platos de ravioles cada uno. Al día siguiente, en el *hall* del cine, Simonetti se descompuso y murió de un ataque cardíaco. “Murió de alegría”, dice Mónica Martin.

Compraron el Mercedes Benz blanco, una casa en Punta del Este a la que bautizaron Leopoldville, varias propiedades en Mar del Plata y una planta baja fantástica en la avenida Quintana con un gran jardín, al que adornaron con espejos. Fueron generosos con sus amigos, los sobrinos de Beatriz, los hijos de Leopoldo y hasta con Marietta, a quien le compraron una casa en Glew. La señora que cuidaba a Tata también tuvo su recompensa: le regalaron un departamento.

Desde su empresa Contracuadro, Torre Nilsson produjo también algunos films ajenos, como *El dependiente*, de Leonardo Favio y *Fuiste mía un verano*, de Eduardo Calcagno. Un día, mientras tomaban sol en Leopoldville, le comentó a su hermana Graciela: “Con esta casa me va a pasar lo del título de la película: fuiste mía un verano”. Y así fue. Al poco tiempo, el cine y las carreras terminaron con la plata y debieron volver a empezar.

Vendieron la planta baja de Quintana y alquilaron otra, aunque más chica, en la avenida Alvear. Como la recepción no les resultaba suficiente, Beatriz decidió instalar un cerramiento metálico en el jardín y poner allí el comedor. Una noche en que tenían invitados importantes hubo una fuerte tormenta, y para disimular el ruido de la lluvia decidió cubrir el techo con los colchones de las camas.

Recién mudados, recibió a una periodista de la revista *Vosotras*, que

fue a hacerle un reportaje. Como había escombros en el living, le explicó: “Fue por la acción de una bomba que explotó hace unos días en la otra cuadra”. Cuando Marietta se acercó a servirle un café, le dijo a la periodista por lo bajo: “No le haga caso, no hubo ninguna bomba. Es ella que quiere agrandar la casa”.

“Hacía cosas increíbles. Un día estábamos con Leopoldo en el bar del hotel Alvear, estudiando la fija para el fin de semana, y se apareció en camisón para retarnos porque la habíamos dejado sola mucho tiempo. Salimos corriendo a la calle y empezó a tirarnos piedras entre risas”, recordó Enzo Álvarez.

“Nunca se quejaron y nadie se daba cuenta de si perdían o ganaban. Cuando había plata íbamos al Plaza Hotel, y cuando no, a una fonda a comer sándwiches de mortadela. La cara de ellos era la misma, jamás se quebraban. No eran nuevos ricos, no necesitaban mostrar”, comentó Rodolfo Mórtola.

En esa época se empezaron a manifestar los problemas de salud de Leopoldo. Había tenido una operación de vesícula que nunca terminó de cicatrizar, y debió someterse a algunos chequeos médicos. Ya durante la filmación de *El santo de la espada*, por los frecuentes dolores, se había visto obligado a usar corsé. Según cuenta Mónica Martin, “estaba más irritable que nunca. Se ponía furioso si escuchaba una canilla goteando durante la noche, si tocaba un libro con polvo o si alguien desenvolvía un caramelo en medio de alguna función”.

El siguiente proyecto fue *Güemes. La tierra en armas*, con producción de su cuñado Ciancaglini y la actuación de Alcón, Norma Aleandro y Mercedes Sosa en el papel de Juana Azurduy.

Beatriz declaró a la revista *Gente*: “Creo que de la trilogía de Leopoldo —*Martín Fierro*, *El santo de la espada* y *Güemes. La tierra en armas*— *Güemes* es la que lo encuentra más maduro. Creo que en *Güemes* Leopoldo va a adentrarse más en el personaje, va a descubrirlo más psicológicamente. Porque Güemes personaje traspasa lo histórico, o es más importante que el acontecer histórico en sí”[97].

“El guion era tan malo que un día me preguntó si yo lo ayudaría a corregirlo”, recordó Rodolfo Mórtola, quien a partir de allí sería incorporado como guionista. El film tuvo un éxito discreto, y fue allí cuando Torre Nilsson decidió cerrar su etapa épica: “No estoy para

santos ni me gustan las espadas", le confesó a un amigo en una carta[98].

Tal vez intuía que le quedaba poco tiempo, y decidió recuperar lo mejor de sí mismo. Aquel de las primeras épocas, cuando aún no había tenido que negociar.

91. *Primera Plana*, 1967.
92. *Ibidem*.
93. *Gente*, 1965.
94. Con respecto a Ciancaglini, su verdadero nombre es José Antonio, pero Beatriz decidió caprichosamente rebautizarlo como Juan Carlos. Le dedicó su libro *Quién le teme a mis temas*, y él recordaba esta anécdota con simpatía, considerándola una excentricidad más.
95. Mónica Martin, *El gran Babsy*.
96. *Ibidem.*
97. *Gente*, 1970.
98. Mónica Martin, *El gran Babsy*.

Un campeón en mi vida

En 1970 finalmente apareció el siguiente libro de Beatriz, *Escándalos y soledades*. “Demoré cinco años porque me vi enfrentada a la obligación de asumir un cambio de expresión —declaró—. Es una novela con la que rompo con mi pasado clásico y me enfrento a la renovación del lenguaje. Pero sé que no es, en definitiva, un hito en mi evolución creativa. Es más bien un intento, un tránsito en la novelística política contemporánea”[99].

Desde el inicio se percibe la búsqueda de una escritura diferente, más cercana a la vanguardia y la experimentación. A medio camino entre el ensayo y la ficción, el resultado es sin embargo bastante pretencioso. En un texto que contiene otros textos, recortes, dibujos, fotografías, cuadros sinópticos, retratos y diagramas, personajes de ficción se cruzan con figuras históricas y personas reales en un gran *collage* que atraviesa el peronismo, la guerrilla, la presidencia de Frondizi y las muertes de León Trotski y el *Che* Guevara. Se percibe también un afán por entender la Historia, aunque siempre desde su visión particular.

“*Escándalos* detiene la historia y, lo que es peor, la transforma en algo totalmente inverosímil como narración”, dijo Beatriz Sarlo en una larga crítica que dedicó al libro bajo el título “El simulacro de lo peligroso” en la revista *Los libros*[100].

La investigadora Valeria Castelló-Joubert analiza esta crítica en el contexto de la época. En esos años, dice, “la revista *Los libros* practica y difunde lo más reciente del telquelismo y del estructuralismo francés, así como también del giro lingüístico, que tiñó de sospecha la confianza en la capacidad representativa del lenguaje, habilitando una serie de debates acerca de la ficción, la historia y la verosimilitud. Desde el momento en que se liberó al lenguaje de la pesada carga de representar, se le atribuyó una capacidad subversiva como condición absoluta y como única finalidad de toda obra literaria. El lenguaje se convirtió en el objeto por excelencia de la valoración literaria”[101].

“La prosa de Bullrich, Lynch y Guido, que adscribían a un tipo de

escritura más bien realista, recibió un golpe mortal —continúa esta autora—. Mientras se diseñaban nuevos ídolos de la literatura argentina en las personas de Rodolfo Walsh y Manuel Puig, las tres escritoras comenzaban a ser reducidas a meras reproductoras de ideología de clase, dado que su narrativa, por no hacer estallar el lenguaje, por carecer de *ethos* en el sentido barthesiano, no problematizaba la relación con la realidad ni con la Historia con mayúscula inicial".

Seguramente Beatriz —siempre alerta y al tanto de estas tendencias — intentó adentrarse en experimentaciones que le eran ajenas. Sin embargo, y más allá de las formas, en *Escándalos y soledades* se mantienen ciertas constantes.

El protagonista, Deodoro Astrada, es un joven huérfano que vive con sus cuatro hermanos en una vieja casona de la calle México, frente a la Biblioteca Nacional. Son atendidos por dos sirvientes, los Valenzuela, quienes les sirven las comidas "vestidos con faldas blancas, delantales largos arremangados a veces hasta la cintura, polleras mugrientas", mientras alternan "el insulto soez con gestos serenos y ceremoniosos". Deodoro fue criado por sus hermanos y sirvientes, mientras espiaba por el ojo de la cerradura las múltiples historias que se tejían en la casa.

"Este texto (*Escándalos y soledades*) está regido por idéntica topología, similar estructura de relato y, por sobre todas las diferencias, la misma ideología: el antiperonismo liberal y burgués, que no entiende bien a su hijo, el frondizismo, y que no puede liberarse de las tilinguerías de clase por las que Arturo Jauretche incorporó definitivamente a Beatriz Guido al medio pelo", continuó Beatriz Sarlo. Sin embargo, hoy la misma Sarlo considera que su artículo debe ser leído teniendo en cuenta el contexto fuertemente politizado de la época.

Hasta la misma Beatriz Guido reconoció que no había quedado conforme con su texto: "En *Escándalos y soledades* no logré lo que yo quería. Pensaba que había mostrado todas las fallas y debilidades del sistema político en ese momento, bajo el gobierno de Frondizi, pero la novela tiene sus fallas. Creo que ahora no sucederá lo mismo", declaró cuando estaba escribiendo *Rojo sobre rojo*, una novela posterior. En

otro artículo agregó: “Me di cuenta de que por la manera como yo la escribí no había llegado a expresar todo aquello que quería. O por lo menos lo expresé fragmentariamente. Entonces, cuando leo una crítica que me da en el blanco, me viene el desánimo, la depresión”[102].

Pero eso no evitó que la novela fuese un éxito de ventas. Su popularidad se mantenía inalterable, y ella se esforzaba por conservar su imagen. “Eso es todo. Beatriz vuelve a enroscar su estola sobre el modelo maxi de inspiración ‘abuela’ que Ivonne ha creado. Dejamos Los Dos Chinos para acompañarla hasta el Mercedes Benz que ella maneja un tanto abruptamente”, finaliza una entrevista que otorgó como parte del lanzamiento de *Escándalos y soledades*[103].

Su siguiente libro sería *Una madre*, una larga carta de Beatriz a Berta Eirin, con motivo de su muerte. En su último tiempo, la señora había dejado de fumar por orden médica, y reemplazado el cigarrillo por ansiolíticos. Según cuenta Elsa Osorio, “el Placidón la condujo a la muerte. Lo tomaba para tranquilizarse, para dormir”. En esa época ya no vivía con los Nilsson sino con los hijos de Tata, quien estaba internada por una fuerte crisis. En *Una madre* Beatriz evoca su niñez en Montevideo, su carrera de actriz, su vida con Ángel Guido, sus particulares ideas, su extravagancia y hasta su antisemitismo.

Mientras tanto Nilsson filmaba *La mafia*, basada en un libro de Osvaldo Bayer y José Dominiani, con la actuación de José Slavin (quien además la produjo), Alfredo Alcón y Thelma Biral. Algunos sectores de la comunidad calabresa se sintieron injuriados, y el estreno fue casi tan escandaloso como el de *Fin de fiesta*.

Pero Beatriz no se amedrentó: “El día del estreno no vimos la película en la sala. Estuvimos en el *hall*, con el miedo y los amigos. Muchos y muy queridos amigos. Yo, acorazada por la emoción, y sintiéndome espléndida enfundada en mi vestido de Yves Saint Laurent, estrenado para el caso y traído por Ivonne, que es un amor y piensa en mí con tanto tino y tanta inteligencia. Pocas modistas son tan capaces de entender como ella”, recordó[104].

La película fue un éxito comercial y Nilsson decidió estrenar *La vuelta al hogar*, la obra de Harold Pinter que había prohibido Onganía. Renovó los actores y compartió la dirección con Sergio Renán.

En esa época Beatriz publicó un cuento, “El hombre de la camisa de

Felix's", en la revista *Para Ti*, y un lector descubrió el tremendo parecido que tenía con "El hombre de la camisa de Brooks Brothers", de Mary McCarthy. El periodista Francisco Urondo escribió un artículo titulado "Las vísperas del incendio" comentando el episodio, y Beatriz se ofendió muchísimo: "Hay disgustos que permanecen en uno de cualquier manera", declaró al diario *Clarín*.

La jefa de redacción de *Para Ti* dio explicaciones que no lograron convencer a nadie. Dijo que al publicar el cuento había omitido "dos notas a pie de página agregadas por la señora Guido. La primera, a modo de acápite, decía: 'Paráfrasis del cuento de Mary McCarthy, autorizado'. La otra, al pie, añadía: 'Adaptación de Beatriz Guido, con autorización de Mary McCarthy'".

Al poco tiempo la editorial Merlín, que tenía preparado un libro con distintos textos de Beatriz, lo sacó a la venta en forma apresurada, sin correcciones ni prólogo. *El ojo único de la ballena* se agotó en tres días y Beatriz instruyó a su abogado para que iniciara acciones, ya que lo consideró una edición pirata. Allí aparece finalmente *Homenaje a la hora de la siesta*, que nunca se había publicado.

Se abocó entonces a un nuevo guion: la adaptación de *Los lanzallamas* y *Los siete locos*, de Roberto Arlt, junto a Mirta Arlt y Luis Pico Estrada. Fue el siguiente film de Nilsson, llamado finalmente *Los siete locos*, con Alfredo Alcón, Norma Aleandro, Thelma Biral, Sergio Renán, Osvaldo Terranova, Leonor Manso y José Slavin, quien nuevamente lo produjo. Fue un film absolutamente respetuoso de la estética y la visión del mundo de Arlt, que Leopoldo consideraba muy afines a la suya.

Después de la etapa épica, se había propuesto realizar un cine que fuese a la vez popular y de calidad, centrado en temas que tuvieran que ver con nuestra esencia. "Creo que *Los siete locos* me eligió a mí hace mucho tiempo, cuando a los veinte años más o menos leía a Roberto Arlt. Arlt me descubría gran parte de la Argentina y me daba una gran síntesis del hombre argentino a través de Erdosain. Uno muchas veces descubre su realidad y clarifica su visión del propio país a través de la literatura. Cuando me hice definitivamente cineasta, es decir, cuando empecé a hacer a través del cine cosas que significaban algo de mi visión del mundo, filmar a Roberto Arlt fue una especie de

gran ambición. Como ocurre con casi todos los grandes creadores, se va actualizando cada vez más", declaró[105].

Cuando se estaba por iniciar el rodaje, apareció en escena un personaje que se convertiría en una especie de pesadilla para la pareja: Miguel Paulino Tato. Traía una orden oficial para suspender la película, aunque en esa oportunidad lograron que se levantara la prohibición. Pero tuvieron algunas restricciones: "No permitieron que un militar apareciera vestido de militar, tuvo que aparecer de civil", recordó Rodolfo Mórtola.

Los siete locos se estrenó el 3 de mayo de 1973 en el cine Gran Rex y treinta y nueve salas simultáneas. Unos días después, el 25 de mayo, en un clima de gran euforia asumió la presidencia de la nación Héctor J. Cámpora, quien debió renunciar a los dos meses. Se convocó a nuevas elecciones, y con el sesenta por ciento de los votos, Juan Domingo Perón y su mujer, Isabel Martínez, asumieron la presidencia y la vicepresidencia.

Torre Nilsson siguió trabajando, y para su próximo film eligió adaptar otra novela que también tenía grandes conexiones con nuestra idiosincrasia: *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig. El guion estuvo exclusivamente a cargo de Puig y Torre Nilsson. "Puig dijo que no quería que trabajara nadie más, y así se hizo. Leopoldo puso entonces a Beatriz como directora de arte, para que figurara en los créditos", recordó Rodolfo Mórtola.

Como siempre trabajó Alfredo Alcón, esta vez junto a Luisina Brando, Leonor Manso y Raúl Lavié. El papel protagónico femenino —que estuvo a cargo de Marta González y significó para ella una gran oportunidad— en un principio le fue ofrecido a Susana Giménez, a quien Nilsson había conocido unos años antes, cuando esta participó en *Fuiste mía un verano*, el film que produjo con dirección de Eduardo Calcagno.

Así lo recordaron tanto Beatriz como Giménez en un reportaje conjunto que les hizo la revista *Gente* en 1975, con el título "Susana Giménez vs. Beatriz Guido, un diálogo íntimo, vital y profundo". "Vos estuviste por trabajar con Leopoldo en *Boquitas pintadas*", le dijo Beatriz, y Susana contestó: "Hace mucho que sueño con filmar con Leopoldo. *Boquitas pintadas* podría haber sido la oportunidad. Pero ese

mismo día yo comenzaba a filmar *La Mary*. Incluso hablé con Babsy, pero esa vez no pudo ser. Hasta hoy me tiraría por la ventana cuando lo pienso. El papel de Nené era sensacional". Tal vez para consolarla, Beatriz le comentó: "Creo que lo que nosotras dos tenemos en común es que somos dos profesionales responsables. Y que las dos necesitamos un campeón en nuestras vidas (Leopoldo Torre Nilsson y Carlos Monzón).

La producción de *Boquitas pintadas* corrió por cuenta de Leopoldo junto a Juan José Jusid, quien le ofreció varias veces invertir algo más de dinero para mejorar algunas escenas, pero él siempre rechazó la oferta. Pese a tener un buen guion, excelentes actuaciones y una imagen muy cuidada, hay en el film algunos errores de continuidad.

Pero a Torre Nilsson esos detalles nunca le importaron. Según cuenta Rodolfo Mórtola, "durante la filmación de *La mafia*, en una escena donde los personajes estaban almorzando y había unas cáscaras de naranja arriba de la mesa, yo me descuidé con la continuidad. Cuando terminó de filmar le dije: 'Nilsson, no estaban las cáscaras de naranja'. Y me contestó: 'Rodolfo, por favor, no trabaje más con Fernando Ayala'. Porque yo había estado trabajando con Ayala, que era todo lo contrario, muy meticuloso. 'Después de Godard, cómo usted se puede ocupar de esas pavadas', me dijo".

Ernesto Schoo también recordó un episodio similar: "Cuando estaban filmando *Fin de fiesta*, un asistente insistía en poner un gran jarrón chino en el descanso de la escalera, y Beatriz insistía en sacarlo. El resultado es que en la misma escena de la película aparece y no aparece el jarrón".

Boquitas pintadas se estrenó el 23 de mayo de 1974. Fue a la vez un gran film y un gran éxito comercial: la vieron dos millones cuatrocientas mil personas. "Ganaron mucho dinero y siguieron siendo tan generosos como siempre. A mí me compraron la casa en la que vivía, que era alquilada", cuenta Enzo Álvarez.

En esa época, Miguel Paulino Tato fue nombrado director del Ente de Calificación Cinematográfica. Poco más de un mes después moriría Perón e Isabel Martínez asumiría la presidencia. Los sectores de izquierda, que a partir de la renuncia de Cámpora habían perdido espacio, fueron definitivamente derrotados y la derecha peronista

tomó el poder.

El film fue invitado al Festival de San Sebastián y aunque Tato intentó retirarlo del certamen, no pudo lograrlo. En combinación con el secretario de Información Pública, José María Villone, le quitaron entonces todo tipo de apoyo oficial. Sin embargo, ganó la Concha de Plata y el Premio de los Escritores Cinematográficos de España.

Ese mismo año, Nilsson filmó *El pibe cabeza* con Alcón, Marta González y José Slavin. Antes de iniciar el rodaje, debieron operarlo de una hernia por la gran cantidad de eventraciones que habían resultado de su anterior operación de vesícula.

Tato le exigió treinta y siete cortes como condición para exhibir la película, y Nilsson declaró a la revista *Antena*: "Entiendo que debe haber alguna inquina de Tato hacia mí. No tolera en mis films lo que sí tolera en otros. Los orígenes de ese resentimiento los ignoro. Quizá una discrepancia ideológica. Siempre fui liberal en el sentido europeo del término, no en materia económica, por supuesto. No habría problemas en que discrepáramos si estuviéramos los dos en un plano de igualdad, pero cuando él tiene la sartén por el mango se hace difícil la convivencia. Una vez se lo dije y me contestó: 'Harías bien en irte, con lo bien que hablás inglés'.".

En verdad, entre Tato y Torre Nilsson existía una historia previa. Muchos años atrás, el censor había intentado hacer carrera en la dirección cinematográfica. El film se llamaba *Facundo, el tigre de los llanos*, y fueron tantos sus desaciertos que el productor optó por llamar a Babsy para que la terminara.

Pero Nilsson estaba lejos de ser la única víctima. Durante ese período la censura se ensañó con muchísimos libros, obras de teatro, medios de comunicación, y una gran cantidad de films nacionales (*Quebracho* de Ricardo Wüllicher, *La Patagonia rebelde* de Héctor Olivera) y extranjeros (*Los cuentos de Canterbury* de Pier Paolo Passolini, *Pretty Baby* de Louis Malle, *Novecento* de Bernardo Bertolucci, *El tambor* de Volker Schlöndorff). Muchos artistas integraron listas negras, y apareció en escena la célebre Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), una organización comandada desde las sombras por José López Rega que, entre otros hechos delictivos, amenazó a varios actores, directores, cantantes y escritores,

que debieron abandonar el país.

Al año siguiente, con la colaboración de Beatriz y Luis Pico Estrada, Torre Nilsson hizo una adaptación libre de la novela de Adolfo Bioy Casares *La guerra del cerdo*. El film se llamó *Diario de la guerra del cerdo*, y contó con las actuaciones de José Slavin, Marta González, Víctor Laplace, Osvaldo Terranova, Miguel Ligero, Luis Politti, Zelmar Gueñol y Walter Soubrie. Por influencia de Tato, el film no fue declarado de "interés especial", lo que hubiera significado un mayor porcentaje de recuperación industrial.

Tanto *El pibe cabeza* como *Diario de la guerra del cerdo* volvieron a ocasionarle un gran descalabro financiero y debió buscar nuevos inversores. Así fue que se asoció con un grupo de grandes empresarios, entre ellos Franco Macri, y encaró su nuevo proyecto, *Piedra libre*, basado en un cuento de Beatriz.

Desde *Fin de fiesta* no filmaba un libro de su mujer, y aunque se propuso recuperar el clima intimista de los primeros años, el resultado dejó mucho que desear. Las dos Amalias, abuela y nieta —interpretadas por Mecha Ortiz y Luisina Brando— son las únicas sobrevivientes de una antigua familia y deciden recoger a una huérfana, Eugenia, a cargo de Marilina Ross. Amalia nieta se casa con un rico hacendado, Ezequiel Laplacette (Juan José Camero), quien descubre que su flamante mujer había tenido una relación sentimental con su capataz. Esta huye y se esconde en el parque, debajo de un banco veneciano. Eugenia sabe dónde se escondió Amelia pero no lo dice, y así logra quedarse con el hacendado.

Cuando era chica, en un viaje a Europa con su padre, Beatriz había visto un cuadro, *La novia de Módena*, en el que un esqueleto vestido con un traje de novia permanecía escondido en un arcón. Nunca olvidó esa imagen, que no solo aparece en *Piedra libre* sino también en *La casa del ángel* y *La mano en la trampa*. El guion fue escrito por Beatriz, Leopoldo y Rodolfo Mórtola, quien recuerda: "Beatriz y yo escribíamos y Torre Nilsson corregía. Íbamos a trabajar a la confitería del Molino, porque ella necesitaba ruido. Largaba ideas todo el tiempo, algunas geniales y otras, tremendos disparates. Cuando estábamos escribiendo la escena del lago, me preguntó cómo se castra a los toros. Yo soy del campo, entonces le expliqué. Beatriz quería que

en la escena el capataz tirara los huevos del toro al lago y estos quedaran flotando como globos. Después, en la oficina, Leopoldo le dijo: 'Beatriz vos sos loca, no tenés noción'. Yo me moría de risa".

"Pese a todo se hizo la película, que tiene algunos buenos momentos, aunque no es buena ni tiene un buen guion. Porque no se puede hacer un guion en dos meses, se necesita al menos medio año. Pero Babsy ya estaba mal y había que hacerlo rápido. Yo tenía la intuición de que esa era su última película", continúa Mórtola, quien después agrega: "Los dolores de columna eran cada vez más terribles. Yo creo que se drogaba, supongo que con cocaína. Nunca lo he visto drogarse, pero lo sé. Beatriz por supuesto que lo sabía".

Hay quienes dicen, incluso, que Beatriz abría la puerta de su casa para que entrara el proveedor. Lo importante era satisfacerlo, y al igual que con el juego, no valía la pena cuestionarse. Si la cocaína calmaba los dolores de Leopoldo y él la pedía, no habrá visto razón para negársela.

99. *Gente*, 1970.
100. *Los libros* nº 14, 1970.
101. Valeria Castelló-Joubert, "Tilingas, burguesas, desclasadas", *Perfil*, 29/5/2022.
102. *Gente*, 1975.
103. *Gente*, 1970.
104. *Gente*, 1975.
105. *Gente*, 1970.

El adiós a Babsy

El 24 de marzo de 1976, una nueva dictadura militar —la más sangrienta— derrocó al decadente gobierno de Isabel Perón. Muchos intelectuales debieron dejar el país, y algunos otros fueron muertos y secuestrados.

Miguel Paulino Tato siguió en funciones con el nuevo gobierno, y aunque *Piedra libre* ya había sido aprobada, el censor decidió prohibirla a pocos días de su estreno, por considerar que contenía escenas de lesbianismo.

Unos días antes del golpe, Beatriz y Leopoldo habían viajado a París, donde se exhibieron varios de sus films. De allí fueron a Viena y por último a Madrid, donde recibieron la noticia de la prohibición de *Piedra libre*. Nilsson convocó entonces a una conferencia de prensa, donde anunció que no volvería a la Argentina mientras *Piedra libre* no tuviera permiso de exhibición.

Beatriz sí volvió, para entrevistarse con algunos funcionarios y hacer declaraciones a los diarios: "En el argumento de la obra no hay motivaciones sexuales ni políticas que puedan ser objetables desde el punto de vista moral", dijo a *La Opinión*. Luego voló a Madrid, se instaló con su marido en un departamento alquilado, y empezó a escribir su próxima novela, *La invitación*.

El cineasta Eduardo Mignogna, que estaba exiliado en España, los conoció en esa época. "A Babsy le había interesado un relato de mi libro *Cuatrocasas*, y con el pretexto de trabajar en la adaptación, comenzamos a frecuentarnos. Yo solía ir a su departamento de plaza de España y trabajábamos desde el mediodía hasta el atardecer, hora en que Beatriz insistía en preparar algo para comer. Las bandejas con quesos y jamones que nos traía, con su habitual botella de vino Paternina (Babsy decía que era el vino preferido de Hemingway), nos llegaban entre sus manos enmarcadas por una sonrisa cuadrada y diáfana, como una declaración de amor eterna y permanente que le dedicaba a Babsy. Jamás olvidaré su sonrisa y el par de huevos fritos con el que me homenajeó la primera noche. Recuerdo que estábamos

comenzando a comer cuando llegaron de visita Lautaro Murúa y su mujer, la pintora Emma Gans. Beatriz los recibió con exclamaciones de felicidad y tras desaparecer brevemente, regresó con otra botella de Paternina y otros cuatro huevos fritos", recordó.

Finalmente, después de una acción judicial, la prohibición fue levantada y el film pudo estrenarse. Viajaron a Buenos Aires, y aunque Leopoldo quería volver a Madrid, sus problemas de salud se agravaron y decidieron quedarse. "Si vine es para ver exactamente cuál es el grado de relación entre el cine argentino y las autoridades, cuál es el techo que la censura autoriza para desarrollar una producción fílmica. Porque se imaginarán ustedes que la presencia de Tato en el Ente es una continua espada de Damocles sobre mí, y no tengo ganas de que cada película mía necesite un juicio para ser estrenada", declaró a la revista *Antena*.

Debieron mudarse a un departamento más chico, en Vicente López y Callao, que compraron con la ayuda de la madre de Leopoldo. Para justificar el cambio, Beatriz le dijo a un periodista: "Nos tuvimos que mudar porque el propietario de la casa anterior demostró que éramos inquilinos pudientes". Sin embargo, en ese mismo reportaje reconoció que estaban "fundidos". "Leopoldo tiene que hacer comerciales para poder comer", agregó[106].

Los dolores de Nilsson eran cada vez más fuertes. Le diagnosticaron una hernia de disco, pero luego se confirmó que tenía cáncer de próstata, y este a su vez le había provocado una metástasis ósea. El cáncer ya estaba muy avanzado y no había solución, pero decidieron extraerle la glándula hipófisis para que el dolor de huesos lo dejara morir en paz. La operación duró seis horas. "Nunca antes habíamos oído hablar de este tipo de operaciones, era algo totalmente insólito", recuerda Graciela Torre Nilsson de Ciancaglini.

"La extirpación se hizo por vía nasal. Es una nueva técnica científica, pues anteriormente se practicaba a través de la apertura del cráneo", declaró Beatriz, intentando no darle demasiada importancia[107]. A partir de allí se decidió a encarar su gran mentira. Leopoldo no debía conocer su estado, ella haría que pasara su último tiempo lo mejor posible, y lo convenció de que solo se trataba de una descalcificación ósea. Pidió la habitación más grande y cómoda del

Instituto del Diagnóstico, donde recibían a las visitas con *champagne*, apostaban a las carreras por teléfono y hacían planes para las vacaciones en Punta del Este.

Cuando el cáncer de próstata le provocó cistitis, Beatriz le explicó que tenía una infección urinaria. Luego le hicieron una transfusión de sangre y contrajo hepatitis. Sus hijos querían decirle la verdad, pero ella impuso su criterio. "Beatriz tenía una corte de médicos que hacían lo que ella decía, los que intentaban un diagnóstico serio eran echados", opina Javier Torre.

Le permitieron volver a su casa y empezó a trabajar en un nuevo proyecto, *Fiebre amarilla*, inspirado en las historias que le había contado uno de los médicos del sanatorio. Trabajó en el guion con Beatriz y sus hijos, pero cuando lo presentó en el Instituto de Cinematografía, Tato se lo rechazó. La película fue filmada por Javier Torre unos años después de la muerte de su padre.

Como necesitaba dinero, Nilsson dirigió dos avisos publicitarios para la empresa Benson & Hedges, el primero de ellos protagonizado por el actor Mel Ferrer, quien viajó especialmente a la Argentina. También realizó comerciales para la empresa Crush y el diario *Clarín*. Le ofrecieron hacer un documental sobre el Mundial de Fútbol de 1978, pero no aceptó. Tanto él como Beatriz eran contrarios a la realización de ese evento, que la dictadura organizó para revertir su imagen internacional.

En una carta a Jorge Álvarez, quien se había ido del país y vivía en Nueva York, Beatriz escribió: "Es muy duro cumplir con un destino latinoamericano sin vos a nuestro lado, pero espero que todo vaya bien, que el Mundial pase pronto y que vos o nosotros podamos ir y venir para abrazarnos y querernos como todos los días y como ha sido siempre en tantos años. Besos, Besos, Beatrice".

"Beatriz siempre firmaba sus cartas así. Cuando le dedicaba un libro a algún amigo, también escribía su nombre de esa forma. Era la manera en que se nombraba a sí misma", recordó Jorge Álvarez.

Los dos hombres de su vida la llamaron así. Primero su padre, Ángel Guido, y luego, Leopoldo Torre Nilsson. Su sobrina Adriana Martínez Vivot recuerda que "para la familia era Betty, seudónimo que tal vez no le gustara tanto, pero de esa forma la había llamado su madre y

nosotros lo heredamos. Cuando nos escribía a nosotros firmaba como Betty".

Jorge Álvarez me aseguró que una de las causas por las que decidió dejar la Argentina, más allá del golpe militar, fue no presenciar la decadencia física de Babsy: "Fuimos tan amigos, nos divertimos tanto juntos, que verlo sufrir así me resultaba insoportable".

"Ella vivió la enfermedad de Torre Nilsson patéticamente, haciéndole creer que estaba vivo. Él vivió varios meses después de muerto, ella le hizo creer que vivía durante muchos meses, porque estuvo muerto mucho tiempo antes de morir. Hubiera muerto antes de no haber estado con Beatriz", opinó Manuel Antín.

"La enfermedad del ser querido fue mi huésped despiadado, sin tarjeta de pasajero en tránsito. Y la fe, categoría primera, desconocida hasta entonces, fue mi compañera", escribió Beatriz un año después.

"Recuerdo que mi mamá se enojaba con Betty, porque con tal de dejarle la cama a Babsy para que no sufriera tanto los dolores de espalda, dormía en el piso. Lo hacía una vez que él se dormía. Mi mamá le decía que comprara otra cama, pero ella decía que no, porque no quería que él se diese cuenta", cuenta Adriana Martínez Vivot.

En su desesperación, apelaba a cualquier recurso. Visitó curanderos, y hasta lo llevó a España para que lo viera un médico que le había recomendado el cantante Antonio Prieto. La familia de Leopoldo le facilitó el dinero, y viajaron con un enfermero que le aplicaba morfina cada cuatro horas. "Iba con tanto dolor que lo llevaban acostado boca arriba sobre el piso del avión", recordó Claudio España.

Leopoldo Torre Nilsson murió el 8 de septiembre de 1978. "Tuvo una gran calidad para morir, él sabía que se iba y ella también lo sabía, y creo que lo despidió de un modo entrañable", dice Graciela Borges. Fue velado en la Cinemateca Argentina, junto a una foto de Orson Welles en *El ciudadano* y un afiche de *Los siete locos*. En el entierro, en el Cementerio Británico, Alfredo Alcón tiró el primer puñado de tierra y dijo: "Aquí murió el cine argentino".

106. *La Semana*, 1978.
107. *Para Ti*, 1978.

La vida después

Y no habrá atardecer en que no busquen
la forma de tus labios en un helado
vidrio, mis dos manos.
Querer vivir es seguir amándote.
Entre la pena y la nada elijo la pena
para seguir viviendo.
Para esperar que el trineo nos
lleve definitivamente a la tumba matrimonial.
¿Recuerdas?
DESPEDIDA DE BEATRIZ GUIDO
A LEOPOLDO TORRE NILSSON

Después de la muerte de Leopoldo, Beatriz se replegó exclusivamente en su familia y sus amigos más íntimos. Ella, que siempre había abierto las puertas de su casa y había tenido tan buena relación con la prensa, en ese momento fue absolutamente celosa de su intimidad.

No aceptó reportajes y se sintió invadida cuando una periodista, con la excusa de una visita de pésame, escribió un largo artículo sobre su triste situación: "Esto no es una nota —pretendió aclarar la periodista en el comienzo de su artículo—. Son apenas apuntes, observaciones, infidencias de las que espero ser perdonada"[108].

Pero no lo fue. Enojada como pocas veces, Beatriz publicó una solicitada en el diario *Convicción*. "Lamento profundamente tener que aclarar públicamente circunstancias referidas al íntimo y doloroso momento que me toca vivir. A veces, las visitas de condolencia se convierten en reportajes no concedidos. Una vez traspasadas las puertas de mi casa, con la excusa de 'darte un abrazo', una periodista de un semanario no respeta uno de los principios básicos de los periodistas y viola la amistad que entendía tenía con Torre Nilsson y conmigo", escribió.

Se abandonó completamente. Aunque siempre se había preocupado

por su estética (incluso había apelado a la cirugía plástica, aunque solo para un retoque de nariz), ya durante la enfermedad de Torre Nilsson había comenzado a engordar y a descuidar su vestimenta. “Estaba gorda, desarreglada, y caminaba con dificultad. La imagen que perduró de Beatriz fue esta, la de un buda gordo, con los ojos saltones y mal pintados”, recuerda Orfilia Polemann. “Usaba unas túnicas negras largas hasta los tobillos, fundamentalmente por un problema de mala circulación en las piernas. Esa época fue para ella un momento de espera hasta que llegara la muerte”, agrega Edgardo Cozarinsky.

Sus amigos ya no eran tantos. “Era un ser adorable y la mayoría de la gente la quería, pero cuando murió Leopoldo descubrió que muchos se habían aprovechado de su amistad, y habían estado ahí por conveniencia o cholulismo”, dijo Mabel Peremarti.

Hasta Marietta, la mucama paraguaya, decidió abandonarla. “Fue tan ingrata que cuando murió Babsy la dejó a Beatriz”, continuó Peremarti. “Le dijo que si no había plata no iba a seguir trabajando”, agregó Enzo Álvarez. No solo la abandonó sino que además la demandó judicialmente. Beatriz se quejó ante sus amigos atribuyéndole esta frase: “Yo trabajaba para un director de cine rico y no estoy dispuesta a hacerlo para una escritora pobre”.

En realidad, la relación entre ellas había sido algo difícil. “Marietta lo quería más a mi hermano. Betty era una persona encantadora, pero seguramente no resultaría fácil para alguien a su servicio seguirle el tren”, comenta Graciela Torre Nilsson de Ciancaglini.

En un caso similar al de José Antonio Ciancaglini —a quien Beatriz rebautizó como Juan Carlos—el nombre de Marietta era otro invento suyo. Su mucama se llamaba en realidad Catalina Báez, y no solo le sirvió de inspiración para el cuento *La terraza*. Tenía el mismo apellido que Antola Báez, la sórdida e imprescindible ama de llaves que en *El incendio y las vísperas* maneja los secretos y los hilos ocultos de la familia Pradere.

“Beatriz era absolutamente desprendida y sufrió muchas ingratitudes —continuó Mabel Peremarti—. Era increíble el desprendimiento que tenía. Cuando las muchachas de la casa iban de compras les decía que le sacaran plata de la cartera, entonces ellas iban y se servían. Por esa generosidad tan auténtica fue despojada de muchas cosas, era increíble

cómo le desaparecían las cosas de los armarios. Cada vez tenía menos. Siempre contrataba personas para que cuidaran a su hermana, y ese ir y venir de mujeres en la casa también debe de haber contribuido. Una vez, a las once de la noche, la acompañé a llevarle dinero a un conocido escritor que estaba muy enfermo y en mala situación económica. En una carterita llevaba todo lo que tenía en ese momento. 'Total, mañana voy a cobrar en Losada", me dijo. Y en ese momento su situación distaba de ser buena".

Siguió rodeada de sus pocos amigos y también de chicos jóvenes que querían escribir y se le acercaban. "Iban a hacerle una entrevista y les decía: 'Querido, querido, quedate'. Después salíamos todos a comer afuera. Le encantaba comer afuera mientras no tuviera que caminar demasiado, tomaba un taxi por dos o tres cuadras", recuerda Adriana Martínez Vivot.

"Cuando murió Babsy empecé a descubrir una Beatriz distinta, no tan fantasiosa sino trabajadora y responsable —continúa su sobrina—. Además de ser amorosa, tenía una disciplina muy fuerte y era muy estricta en temas puntuales. La educación, por ejemplo. Quería que nosotros siempre estudiáramos algo, sobre todo mi hermana y yo, por ser mujeres. Le había costado mucho hacerse de un lugar y siempre decía: 'En esta sociedad, si sos mujer o gay te tenés que destacar por tu talento'. Creía que el talento lo salvaba todo. Uno podía ser cualquier cosa, y Beatriz lo aceptaba mientras tuviera talento; si no, era bastante dura. De todo esto me di cuenta recién en esa época, yo pensaba que con ella se podía hacer cualquier cosa, pero no. Si le decías que querías ser actriz y consideraba que no tenías talento, te lo decía enseguida: 'Mirá, tenés que ser muy talentosa porque el camino es muy duro. Será mejor que estudies algo más convencional, porque el mundo es muy difícil y si querés ser actriz tenés que ser muy buena'. Te cantaba muy fuerte las cosas, y así como te decía lo bueno te decía lo malo. Una vez me teñí de morocha y casi se muere. '¡Estás horrible!', me dijo delante de todos y me mandó de vuelta a la peluquería. Me tuve que volver a teñir con mi color porque ella no soportaba mirarme. Era abierta, pero hasta cierto punto".

"Además de sus libros, dedicó esos años a ocuparse de lo que dejó Torre Nilsson. De sus películas, no de lo material, porque los hijos de

Leopoldo le sacaron todo —continuó Edgardo Cozarinsky—. Ellos actuaron de manera legítima de acuerdo con la ley, pero totalmente ilegítima de acuerdo a lo que fue la vida de Leopoldo. A pesar de que ella los ayudó en más de una ocasión, la lealtad de ellos para con su propia madre hizo que se quedaran con todos los derechos de los films que Nilsson había hecho en colaboración con Beatriz".

La sucesión de Torre Nilsson dio lugar a varios enfrentamientos. "Ya durante los últimos años de mi padre el gran mundo se había desmoronado. Fueron años muy duros, y cuando él murió, tanto Beatriz como nosotros debimos salir a buscar trabajo —cuenta Javier Torre—. Ella no volvió a ser la misma, se permitió tratarme mal y dejé de verla. Con respecto a los bienes, estaba el colegio Highlands, del cual nos correspondía una parte, el departamentito de Vicente López que mi abuela les había regalado, y los derechos de las películas. Durante la enfermedad de mi padre, Beatriz había retirado dinero del colegio para afrontar los gastos y poder vivir. Finalmente llegamos a un acuerdo: ella se quedó con el departamento, y mi hermano y yo nos hicimos cargo de la deuda con el colegio y nos quedamos con los derechos de las películas, que eran joyas intelectuales, pero no tenían demasiado valor económico, recién lo tuvieron cuando apareció el video. Aunque reconozco que tal vez mi padre no hubiera hecho todo lo que hizo sin ella, legalmente la titularidad era de él".

La empresa Benson & Hedges, que había contratado a Leopoldo un tiempo antes, aportó el dinero necesario para hacer nuevas copias de sus films. Así fue que Beatriz organizó un festival en Nueva York y una muestra itinerante, además de numerosas conferencias y homenajes. Instituyó también los premios Torre Nilsson, que durante ocho años se entregaron en el hipódromo. "Cada año premiábamos con una copa al propietario, el jockey, el cuidador y el peón del caballo que salía campeón. Beatriz siempre conseguía la plata", recordó Enzo Álvarez.

Tenía el departamento de Vicente López (en la entrada de ese edificio hay ahora una placa que con justicia dice: "Acá vivió Beatriz Guido"), pero necesitaba dinero para sobrevivir. "Yo intervine para que trabajara en Losada como asesora literaria", me contó Mabel Peremarti.

Fue así como comenzó a ocuparse de las relaciones públicas y la

parte institucional de la editorial, además de participar en las presentaciones de libros, recibir a los autores y (oh, peligro) ser jurado en un concurso de novela. “Recuerdo que me dijo que tenía que hacer eso porque si no se moría de hambre —agregó Rodolfo Mórtola—. No tenía un peso, tenía que ir a comer a lugares baratos como El Vómito, donde íbamos en aquel entonces. Lo único que no resignó fue el taxi. La ida y vuelta a Losada en taxi era fundamental”.

La editorial Losada decidió también pagarle un anticipo para que terminase su novela *La invitación*, que había comenzado cuando vivió en España junto a Torre Nilsson. Como se dispersaba y no podía escribir, la enviaron por unos meses a Madrid, y allí pudo terminarla. “Era la época del destape, había mucha efervescencia, y además estaba lleno de argentinos. Eso la compensaba de la censura que se vivía acá”, recordó Edgardo Cozarinsky.

La invitación se publicó a fines de 1979 y fue un *best seller*, aunque la historia resulta impostada y poco verosímil. Transcurre en el campo de la familia Zurbarán, en la Patagonia. Adriana Zurbarán está casada con Cambón, un advenedizo que terminó comprando las tierras de la familia venida a menos de su mujer. Allí pasan los veranos junto a sus cuatro hijos, uno de los cuales, Gustavo, un futuro escritor, es quien se encarga de espiar por el ojo de la cerradura: “Detrás de la puerta yo escuchaba: comprendí entonces que el oficio de escribir es a veces el arte del soplón, del espión, del detector de conciencias”, dice.

Su padre maneja negocios misteriosos, e invita a un oscuro personaje, Julián Sánchez, a participar de la cacería del ciervo. Este llega acompañado por un grupo de secuaces armados, y finalmente descubren que es un vulgar traficante de armas. “Trato de vender armas donde creo que está la verdad y la lucha por la libertad”, les explica a los jóvenes Cambón cuando estos lo indagan. Había hecho negocios en Cuba, Marruecos, Argelia, la Guerra de los Seis Días y Vietnam, pero se resiste a facilitar el armamento que le reclama Cambón padre, cuyo destino es la masacre de Ezeiza. Finalmente lo matan.

La novela casi tuvo un problema legal. “La cacería del ciervo está totalmente copiada de una revista de deportes de la época, y tuvieron que hacer unos arreglos terribles con el autor de la nota para disimular

la cuestión", recordaba Eduardo Gudiño Kieffer.

La invitación fue llevada al cine, con la dirección de Manuel Antín. "El film fue una iniciativa de ella y lo dirigí yo como podría haberlo hecho Torre Nilsson de haber estado vivo —me dijo Antín—. Cuando murió Leopoldo yo pasé a ser una especie de heredero cinematográfico en el mundo de Beatriz. Era una época difícil para todos, no teníamos posibilidades de trabajo ni recursos de vida. Con su calurosa imaginación, había conseguido un productor y ya estaba armado el elenco. Me pidió que la leyera y le dije: '¡Beatriz, esta novela es increíble!'. No se me ocurre que un traficante de armas abandone su profesión por amor, me parece que estos tipos tienen el corazón un poco más endurecido. La situación era tan absurda, teníamos tanta necesidad de plata, que finalmente optamos por trabajar en la película. Comenzamos a elaborar el guion con Rodolfo Mórtola y el abogado y escritor Gustavo Bossert (quien años después integraría la Corte Suprema de Justicia), para ver si podíamos darle un poco de verosimilitud a esta historia".

"Era un libro muy complejo, muy ya de cuando Beatriz entra en el delirio", comentó Rodolfo Mórtola.

"Antes de reunirnos con el productor para arreglar la parte económica, Beatriz me preguntó cuánto necesitaba —continuó Manuel Antín—. Yo acababa de perder mi casa por culpa de mi película anterior y necesitaba recuperarla. 'Necesito setenta mil dólares', le dije. 'Bueno, a mí me vendrían bien treinta mil, así que hablá vos y pedí cien mil', me contestó. Fuimos a la reunión y yo me sentía en el personaje de Torre Nilsson, porque estoy seguro de que ellos se movían así en situaciones como esta. Beatriz era muy inteligente, muy pícara y muy rápida en su manera de obrar e inventar cosas. Se quedó en el fondo de la sala como si estuviera ausente, y a mí me costaba bastante sostener ese personaje de escritorio, porque jamás en mi vida lo había hecho. Le planteé la cifra y el productor me dijo que le parecía mucho. No terminó de decir la palabra *mucho* cuando se escuchó la voz de Beatriz, que desde el fondo y levantando la mano dijo: 'Yo me conformo con diez mil'. Y así fue que la película se hizo. En el momento de ceder, no esperó a que fuera yo quien cediera, sino que se apuró por miedo a que hubiera alguna interrupción o demora

en la negociación. Me salvó de terminar con mi familia en la calle".

La invitación fue producida por el empresario Enrique Capozzolo, quien de esta forma le dio el gusto a su mujer, la *vedette* Graciela Alfano, quien fue la protagonista. "Yo conocía a la Alfano del hipódromo, donde iba a veces con Capozzolo. Un día me dijo que quería conseguir un libro serio para protagonizarlo en cine, y así fue que la conecté con Beatriz", recordó Enzo Álvarez.

Para festejar el estreno, Beatriz organizó una fiesta en su departamento de Vicente López. "No cabía un alfiler. Lo que pasaba en esas reuniones es que muchos llevaban a otros, porque a esa casa iban artistas y gente conocida. El resultado era que las cosas que se compraban nunca alcanzaban. Con mi marido y Adriana, la sobrina de Beatriz, fuimos a la cocina y cortamos los sándwiches de miga en tres para que alcanzaran para todos", dijo Mabel Peremarti. Sin embargo, el film duró solo una semana en cartel.

Beatriz trabajó también en la adaptación de su cuento "La usurpación", que dirigió Fernando Ayala, y de *Memorias del subsuelo* de Fedor Dostoyevski, que dirigió Nicolás Sarquís con el título de *El hombre del subsuelo*. Además preparó algunos guiones para televisión, como el episodio "La envidia" de la serie *Los siete pecados capitales*, que protagonizó Thelma Biral, y la adaptación de su cuento "El remate", que también protagonizó la Alfano.

En 1982 publicó su siguiente libro, *Apasionados*, que reúne dos *nouvelles*: "La encerrada", una historia de amor ligada a los aconteceres políticos de 1973, y "Viaje en galera", centrada en el personaje de Facundo Quiroga. Por ese libro obtuvo al año siguiente el Premio Nacional de Literatura, que contempla una pensión de por vida. Uno de los miembros del jurado fue Marta Lynch, quien pese a sus rivalidades decidió premiarla.

Le entregaron el premio en el Teatro Nacional Cervantes, y según cuenta Elsa Osorio, "el subsecretario de Cultura de la dictadura pronunció un discurso que era un oprobio para todos los que estaban en el teatro". Luego, la editorial le hizo un agasajo en la Manzana de las Luces.

Beatriz declaró: "El hecho de que me den un premio es muy importante para mí, y para lo que creo representar. El escritor no es

solamente el que escribe un libro. Hay toda una conducta intrínseca, una ideología que transmite por su obra. Pero también debe estar acompañada por una conducta. Mi problema fue siempre pensar cómo se puede admirar a Céline y saber al mismo tiempo que colaboró con los nazis”[109].

El año anterior, los militares habían decidido recuperar las islas Malvinas, que nos habían sido arrebatadas por los ingleses hacía más de un siglo. Beatriz siempre estuvo en contra: “Acá ha habido una traición a la patria”, decía frecuentemente. “Nunca creyó en la información que brindaban los medios. Estaba obsesionada con la guerra”, agrega Elsa Osorio.

“De la guerra de Malvinas solo me ha quedado la sangre, los pies descalzos en la nieve, seis mil jóvenes que nunca debieron estar allí”, declaró en una entrevista[110]. Si algún saldo a favor tuvo esta guerra, fue que precipitó el fin de la dictadura militar.

108. *Gente*, 1978, nota de Renée Sallas.
109. *Para Ti*, 1983.
110. *Ibidem*.

La democracia y el final

El 10 de diciembre de 1983, el país volvió al sistema democrático en un clima de enorme entusiasmo. El año anterior, Beatriz se había afiliado al radicalismo y había apoyado a Raúl Alfonsín durante la campaña electoral.

En esa oportunidad declaró: “Siento la necesidad de afiliarme a un partido de origen popular como el radicalismo y que esto pueda servir de ejemplo a la juventud argentina. Es decir, que hay que decidirse a actuar en política para que podamos vivir en democracia. Mi padrino fue Ricardo Rojas, un hombre rebelde que para continuar siéndolo se afilió al radicalismo y soportó la prisión y el confinamiento en el sur. Yo no quisiera que jamás me reprocharan los argentinos del futuro no haber sido consecuente con mi tiempo y mis ideas. No quiero que nadie me reproche vaivenes políticos. Pero presiento que el nuevo drama que se avecina es que se acepte que el peronismo pueda ganar las próximas elecciones. No puede olvidarse que del peronismo salió gente como Mario Firmenich y José López Rega. La tarea de los intelectuales deberá hoy más que nunca influir sobre la gente para que no se vuelva a golpear en las puertas de los cuarteles, que ya se ha visto cómo se lo termina sufriendo. La disyuntiva es democracia o militarismo. Tan solo esa democracia nos permite peticionar por los presos, por la ley del libro, la de cinematografía, y batallar contra la censura y los ministros de Educación que fomentan el analfabetismo”[111].

“Durante el gobierno de Alfonsín, Beatriz era la viuda insigne de Babsy, y, además, una mujer muy querida”, recuerda Orfilia Polemann. El periodista Ramiro de Casasbellas, cercano al nuevo presidente, le solicitó que fuera nombrada agregada cultural en España. Así sucedió, aunque el trámite duró varios meses y el decreto recién fue firmado en mayo de 1984.

Se instaló en Madrid, en una enorme planta baja sobre la plaza Rubén Darío, a dos cuadras de la embajada. “Seducía a Alfonsín con cosas increíbles. Recuerdo que una vez estábamos participando de una

entrevista entre Raúl y Felipe González. Los presidentes entraron del brazo y se oyó la voz estentórea de Beatriz diciendo: '¡Cómo se quieren esos chicos!'", —recordaba Manuel Antín, quien fue nombrado presidente del Instituto Nacional de Cinematografía.

En esa época murió su querida hermana Beba de un cáncer fulminante. Poco antes, Beba había publicado un libro de poemas, uno de los cuales se titula *Beatriz*. Aunque Betty había sido la elegida de su padre, sus dos hermanas también intentaron, en cierta forma, el camino del arte. A Tata la enfermedad le impidió seguir pintando, y Beba recién pudo escribir en los últimos años de su vida, estimulada y orientada por Beatriz.

Su estadía en Madrid no fue del todo fácil, y viajaba frecuentemente a Buenos Aires. "Cuando estaba en Buenos Aires tenía ganas de estar en Madrid y cuando estaba en Madrid anhelaba estar en Buenos Aires", recordó Claudio España. "Yo creo que se fue a Madrid por un tema económico, pero fundamentalmente para salir un poco de Buenos Aires y liberarse de todos sus fantasmas —dijo Mabel Peremarti, quien la visitó en Madrid y se hospedó en su casa—. Iba a la embajada por las mañanas y salía a eso de las once a comer alguna tapa. Después tenía invitaciones a almuerzos, volvía a la embajada y recibía visitas de muchísima gente. De noche no salía mucho, era más bien de acostarse temprano. Y los domingos iba a El Rastro".

Muchas personas recuerdan haberla encontrado en Barajas, el aeropuerto madrileño donde pasaba largas horas. Más allá de recibir y despedir a amigos y personalidades, necesitaba ser reconocida por el público, cosa que no le sucedía en el exterior. A veces iba a Barajas solo para eso, aunque no tuviese que recibir ni despedir a nadie.

"Como el embajador era divorciado, le pedía que lo acompañara a todos lados. Se la pasaba de recepción en recepción. 'Estoy íntima del rey', me decía siempre", recuerda Enzo Álvarez, a quien Beatriz pidió que se instalara con ella en Madrid. "No pude porque mi mamá estaba muy enferma", se lamentó Enzo.

"Estuve viviendo bastante con ella en España y pudimos hablar de muchas cosas —continúa Adriana Martínez Vivot—. Como le costaba muchísimo estar sola, vivía invitando gente. Yo me acostaba tarde y ella se levantaba muy temprano. Antes de irse a la embajada, venía

con una bandeja y me traía el desayuno. Café con leche y un pan con una manteca no muy bien dispersa. Como le temblaba el pulso por su problema de tiroides, la bandeja se movía y el café se empezaba a caer, ella se mataba de risa. De cocina sabía cero, y todas sus experiencias con la comida eran terribles. Nunca un día era común con Beatriz. Todos los domingos íbamos a El Rastro, comprábamos unas cosas usadas que eran de terror. Entendía mucho de antigüedades, pero como no le alcanzaba la plata, compraba muebles destruidos, aunque de buena calidad. Había un vendedor que ya la conocía y le decía: 'Señora, mire lo que tengo para usted'. Y le mostraba una bombacha enorme. Ella, que estaba gordísima, se reía a carcajadas. Compraba mucha santería y se le daba por pintarla de dorado. Íbamos a la pinturería a comprar dorado a la hoja y después pintábamos a todos esos santos, pero entre mi ansiedad y su pulso quedaban desastrosos".

"Durante unas vacaciones de invierno fuimos a visitarla. Vivía en una esquina muy linda, una planta baja con muchas ventanas a la calle. Había un personaje llamado Rafael que tenía un puesto de helados. Mis hijos le pedían y les alcanzaba los helados por una de las ventanas, hasta que terminó siendo el mayordomo de Beatriz. Ella lo convenció para que sirviera la mesa y terminó siendo todo un señor. Beatriz les daba a las personas un toque por el cual sacaban todo su talento y habilidades", recuerda Mario Caprioglio.

El periodista Esteban Peicovich le hizo una larga entrevista en su piso de Madrid, y allí cuenta que cuando Beatriz le ofreció algo para tomar, no se dirigió hacia la heladera sino hacia la ventana. 'Rafaelito, Rafaelito', dijo, y el hombre, que estaba atendiendo su puesto en la vereda, le acercó unas gaseosas.

"Es una maravilla —le comentó a Peicovich—. Además, que esto suceda aquí, en este edificio medio palacio donde vive gente tan… Esta es una casa inmensa de los marqueses de Romanones. Arriba vive la marquesa de Ibarra, en el otro piso, la familia de Prado y Carbajal, parientes del rey. Es decir, todos son condes y marqueses. El otro día me encontré con una de las marquesas, una mujer de mucha edad, que me dijo: '¡Ay, señora ministra! ¡Qué desgracia la nuestra, las dos de países socialistas!'. Otra mañana encontré a otra de las marquesas. Iba

a misa, y mientras la esperaba el chofer con la puerta del auto abierta, me comentó, señalando una boca de subte inaugurada a pocos metros de casa: '¿Se da cuenta? Este Felipe González, con tal de humillarnos, nos pone hasta subtes frente a la puerta. Es para que veamos salir a la gente, así como salen, en manadas".

En esa misma entrevista se refirió a sus proyectos como agregada cultural. Contó que se estaba ocupando de los trámites de repatriación de los argentinos que regresaban del exilio, de su intención de proponer en la Argentina un proyecto de universidad a distancia similar al español, y de llevar espectáculos argentinos a España. Además, promovió films, asistió a festivales, estimuló premios y ayudó a los escritores consiguiéndoles hoteles baratos, y hasta hospedaje.

"Fue una agregada cultural de buen nivel, pero totalmente atípica, le importaban un cuerno las formas diplomáticas", me contó Horacio Salas, quien viajó a Madrid en esa época. "Fue una de las personas que más ayudó a sus amigos cuando le tocó estar en España como agregada cultural —agregó Edgardo Cozarinsky—. Hizo muchísimo para ayudar y mucha gente se abusó, exiliados y falsos exiliados abusaron de ella para obtener prebendas, para volver a la Argentina y conseguir cosas gratis, como transporte de muebles, por ejemplo".

En esa época, la editorial Alianza publicó su última novela, *Rojo sobre rojo*. Prosiguiendo con su análisis de la historia argentina, esta vez decidió basarse en un tema tan complejo como el secuestro y asesinato de Pedro Eugenio Aramburu. "Yo hablé en la presentación, y también estuve en un almuerzo que le ofreció la editorial. Estaba muy gorda y se sofocaba mucho, la vi mal. Siempre fue muy eufórica y extravertida, pero en ese momento lo era más. Comía y bebía mucho, y no le hacía bien", cuenta Antonio Requeni.

Rojo sobre rojo tiene tres protagonistas: el general Hipólito Miranda (versión libre de Aramburu), su hijo Ezequiel y el custodio Alejandro Baxter, "un mercenario de la pesada" a quien Miranda contrata cuando decide intentar un acercamiento con Juan Domingo Perón.

Baxter se instala en el piso de los Miranda, conecta su amplia red de micrófonos, se hace amigo de sus hijos y se vuelve imprescindible. Finalmente, cuando el general es secuestrado, va con ellos y se encarga del gesto final: la noche anterior al fusilamiento en un campo de la

provincia de Buenos Aires, lo mata con una pistola que extrañamente había logrado llevar "entre sus vergüenzas, como decía su madre". Impide así a sus secuestradores la reivindicación del hecho, y antes le hace grabar una despedida para sus hijos en un micrófono camuflado en una lapicera Mont Blanc. Logra escapar y se encuentra con los hijos de Miranda: "Lo maté por vos, porque los quise y los quiero", les dice, mientras les entrega la Mont Blanc. Dos días después es asesinado. Su final es similar al del traficante de armas Julián Sánchez de *La invitación*, otra alma sensible que eligió la profesión equivocada.

El libro se publicó en noviembre de 1987, tres meses antes de la muerte de Beatriz. "Quería volver a la Argentina, extrañaba mucho. Me había dicho: 'Es el último mes que estoy acá, después pido el pase', dice Adriana Martínez Vivot.

Ese mismo año participó como jurado en el Festival de Venecia. "Le dije: '¡Beatriz, Venecia, ¡qué bárbaro!', pero me contestó: 'Después de Babsy ya no me importa nada, yo ya me morí'", recordó Rodolfo Mórtola. "Creo que cuando murió fue porque no dio más. Tengo la impresión de que no hizo nada para cuidarse. No digo que haya sido un suicidio prolongado, pero tampoco hizo mucho para evitarlo", reflexionó Edgardo Cozarinsky.

Beatriz Guido murió en la clínica Ruber de Madrid el 29 de febrero de 1988. El crítico de cine Jorge Miguel Couselo y su mujer, Hebe, estaban hospedados en su casa. Escucharon un golpe, y cuando la fueron a ver, la encontraron tirada en el piso, con una parte del cuerpo paralizada. No podía hablar mucho, pero se las ingenió para pedir que le alcanzaran un par de medias antes de que llegara la ambulancia. Durante el viaje a la clínica le hicieron varias preguntas para controlar su estado y contestó perfectamente. Incluso le dijo al médico: "Apúrese, que quiero salir rápido y volver a la Argentina". Pero al llegar tuvo otro derrame y entró en coma.

"Tenía una permanente necesidad de quedar bien con todo el mundo, cuando la llevaron al sanatorio se fue consolando a Couselo y a Hebe", recuerda Manuel Antín. "Mintió hasta en el momento de morir. 'En cinco minutos estoy perfecta', le dijo a Couselo, y se murió", agrega Graciela Borges.

Sus sobrinos Adriana Martínez Vivot y Alejandro Caprioglio viajaron

a Madrid y lograron llegar antes de su muerte. “Cuando llegamos, el médico nos explicó que vivía por tener conectado un respirador. ‘Para nosotros esto ya es la muerte’, nos dijo. Ofreció desconectarlo, pero le dijimos que no”, recuerda Caprioglio. Murió a los tres días.

“En España organizaron una misa y fue muchísima gente”, agrega Adriana Martínez Vivot. Para poder viajar a Buenos Aires debieron embalsamarla y traerla a cajón cerrado. Por orden expresa del presidente Alfonsín, fue velada en el edificio de la Secretaría de Cultura de la Nación, en la calle Alvear. “Murió rodeada de honores, porque la envolvieron en la bandera argentina. Tuvo una muerte de prócer, bien ganada”, dice Orfilia Polemann.

Mucha gente fue ese día a la Secretaría de Cultura, empezando por el presidente Alfonsín. “Se acaba de ir una amiga. Yo siempre la recuerdo amable y afable, con una gracia particular. Fue sinceramente una lástima que se nos haya ido, además de todo lo que significaba para el campo de la cultura, desde luego”, declaró[112].

Allí estuvieron también Manuel Antín, Ramiro de Casasbellas, Félix Luna, China Zorrilla, Leonor Manso, Ernesto Sabato, María Angélica Bosco, María Esther de Miguel, Rodolfo Rabanal, Isidoro Blaisten, Alberto Fischerman, Oscar Barney Finn, Daniel Tinayre, Raúl de la Torre, Thelma Biral, Ernesto Schoo, Adolfo Bioy Casares y tantos otros.

Con respecto a Bioy Casares, le dedicó un párrafo en sus diarios íntimos. “También parecería que la querida Beatriz se ocupó de sus últimas honras. Hay un largo aviso fúnebre en que los amigos participamos del hecho e invitamos a su entierro. Entre esos amigos hay algunos que quizá nunca se enteren de que hicieron esa invitación: por ejemplo, Alberto Moravia y Susan Sontag. Además, entre nosotros no tomamos en serio a la Sontag, Beatriz no era amiga de ella”, dijo.

No la enterraron junto a Torre Nilsson en el Cementerio Británico, sino en el Jardín de Paz. “Ella hubiera querido estar enterrada junto a Babsy, hablaba mucho de la necesidad de estar enterrada junto a él en la última cama”, contó Edgardo Cozarinsky. “Los hijos de Babsy le hicieron una guerra muy injusta a Beatriz, no les permitieron estar enterrados en el mismo lugar”, continuó Rodolfo Mórtola. “Realmente me provoca mucha pena que Beatriz y Babsy no puedan estar juntos, pero uno de sus hijos se negó”, agregó Jorge Álvarez.

Sobre este punto hay versiones contradictorias, que en definitiva no hacen más que poner en evidencia los resquemores que existieron siempre. “Mientras Alejandro y yo estábamos en España, mi hermana y mi primo Mario se ocuparon de los trámites en Buenos Aires. Si yo hubiera estado acá no hubiera pasado lo que pasó”, dice Adriana Martínez Vivot. “No cabe duda de que lo mejor hubiera sido que Babsy y Beatriz estuvieran juntos. Pero uno de los hijos no quería, si nos hubiésemos juntado y hablado seguramente nos hubiésemos puesto de acuerdo, pero hubo que tomar una resolución urgente”, cuenta Mario Caprioglio.

“Durante sus últimos años no tuve relación con Beatriz, solo nos encontramos en algunas reuniones sociales. La última vez que la vi fue en Madrid, en el aeropuerto de Barajas. Yo estaba con mi hija, nos encontramos de casualidad y almorzamos juntos. Me enteré de su muerte porque me avisó Manuel Antín, y fui a la Secretaría de Cultura, donde la velaron”, dijo Javier Torre, quien finalmente deja abierta una posibilidad: “Todavía están a tiempo, si quieren llevarla al Cementerio Británico, yo los voy a apoyar”.

Antes de suicidarse, Marta Lynch le pidió a su marido que le comprara una parcela en el cementerio Jardín de Paz. Unos años después, Silvina Bullrich se ocupó personalmente de reservar su lugar en el mismo cementerio. La única que no planeó su entierro en ese bello lugar arbolado de la ruta Panamericana fue Beatriz, pero el destino la juntó finalmente con sus dos viejas rivales.

Una vez al mes, y durante años, su tumba recibió la visita puntual y solitaria de su amigo y secretario Enzo Álvarez.

111. *Siete Días*, 1982.
112. *Clarín*, 1988.

Marta Lynch

La señora Lynch

Tire la puerta abajo

No hay más que un problema filosófico
verdaderamente serio: el suicidio.
ALBERT CAMUS, *El mito de Sísifo*

Esa mañana, Juan Manuel Lynch se levantó a las siete, como todos los días. Desayunó, hojeó los diarios, se vistió con la meticulosidad de costumbre, y después de atravesar el jardín de las rosas florecidas, subió a su coche, donde lo estaba esperando el chofer. El viaje era también el mismo de todos los días: de su casa de Vicente López a su oficina en el centro.

A las diez, como siempre, la llamó por teléfono, sabía que a esa hora la encontraría desayunando. Ella le hizo un encargo: su psicólogo —uno de sus psicólogos, ya que a esa altura la atendían varios— le había recetado un antidepresivo para aplicar por goteo. ¿Podría él comprárselo en alguna farmacia antes de volver a casa? Claro que podía, cómo no iba a poder si ella sola no sabía hacer nada, ni un cheque, ni un trámite, gozaba apoyándose en él hasta para una compra de farmacia, y él también gozaba haciéndolo. Era su niña mimada. La misma que lo había ido a ver hacía casi cuarenta años a su estudio de abogado diciéndole que se quería divorciar, y ya desde entonces él le había resuelto todo. Juan Manuel tenía una foto de esa época en su billetera. La había hecho sacar el día en que, mientras comían un sándwich de chorizo en un barcito de La Rural, ella le había dicho: "Mirame bien y recordame así, porque esto no dura. Esta cara fresca me va a durar poco tiempo". Él le decía que seguía siendo la misma de la foto, pero los dos sabían que no era cierto, pese a los viajes a Brasil para que el doctor Ivo Pitanguy la sacara de lo que ella consideraba la caída en el abismo.

A mediodía, Juan Manuel fue convocado a una reunión de directorio para las cinco. Era impensable, en un hombre cuidadoso de su imagen, llegar con un paquete de farmacia. Por esa única vez la defraudaría. Se

lo quiso decir pero no pudo: el teléfono daba ocupado y se le hacía tarde para su almuerzo de negocios.

A las cuatro, estaba revisando unos balances cuando lo interrumpió un llamado. Era el chofer, quien, como él sabía, debía pasar a buscarla para llevarla al psicólogo de turno. “Perdone señor —le dijo— que me haya tomado el atrevimiento de entrar a la casa, pero como nadie me contestaba, subí a buscar a la señora. La puerta de su cuarto está cerrada por dentro”. Él supo que había llegado el momento, hacía tres años que sabía que iba a llegar ese momento.

“Tire la puerta abajo”, le dijo, y permaneció esperando en el teléfono. Silencio, lejanos murmullos de conversaciones ligadas, y al rato la voz que vuelve: “Señor, no puedo abrirla”. Recordó el hacha en el garaje y le ordenó que partiera la puerta. Pensó en correr hasta Vicente López pero no lo hizo, se quedó esperando hasta que volvió la voz del chofer. Otra vez no podía, por supuesto, el hombre estaba asustado y quería testigos. “Vaya a buscar a algún vecino para que lo ayude”, dijo entonces y siguió ahí sentado, tratando de escuchar los movimientos. Un rato más largo y otra vez la voz, lejana pero clara, que ahora sí le daba la noticia.

Recién ahí colgó. Llamó a su secretaria y le pidió un remise. La mujer se quedó mirándolo. “Apúrese por favor, me voy a casa —le dijo —. Esta caraja se ha pegado un tiro”.

Una nota y una carta

Todos sabían que tenía el revólver. Lo había comprado unos días antes en una armería de Olivos y estaba ahí, al alcance de todos, en un cajón de la cómoda. Aunque ya le había hecho pasar algunos sustos, Juan Manuel sabía que esta vez era en serio. Se limitaba a esperar. La idea de internarla le parecía disparatada, y sabía que no había otra cosa que hacer más que esperar. “Es imposible impedir el suicidio”, me dijo.

Mientras tanto, ella jugaba con la idea. Varias veces se había intoxicado con pastillas, y hasta se había subyugado con los precipicios. Una noche, comiendo en casa de amigos, se levantó de la mesa y salió al balcón. Su marido la observaba mientras se paseaba entre los canteros y miraba hacia abajo, y también vio cuando el dueño de casa, Bernardo Sofovich, se acercó a hablarle. Según comentó después Sofovich, conversaron un rato y finalmente Marta le dijo: “En algún momento creí que iba a tirarme por el balcón”. Pero finalmente volvió a la mesa y Juan Manuel respiró. Cuando se fueron, sin embargo, la retó: “No le podés hacer eso a un amigo, no es justo, no tenés derecho”.

Después vino lo del revólver, y antes, la compra de la parcela en el cementerio Jardín de Paz. Le insistió tanto que él se la compró, y para ella fue como una fiesta. La noche de la compra fueron a lo de la escritora Alina Diaconú, quien recuerda la alegría con que Marta le contó que al fin había convencido a Juan Manuel para que le comprara la parcela. En ese momento no pudo entenderla, pero después, atando cabos, comprendió. Recordó aquella comida en el restaurante Re dei Vini, la última vez que la vio con vida. Alina se iba a los Estados Unidos con una beca y cuando se despidieron, la abrazó y le dijo: “No te voy a ver más”.

Mientras tanto, Juan Manuel callaba. Unos días antes habían ido a una fiesta que organizó Félix Luna, otro de sus grandes amigos, en su chacra de Capilla del Señor. Luna festejaba su cumpleaños, había muchos invitados y todos la vieron como siempre, conversando con

uno y con otro. Como recordó Antonio Salonia, quien estaba en la reunión, “los problemas en el rostro, consecuencia de las distintas cirugías estéticas que terminaron desfigurándola, eran muy evidentes. No obstante, ella se paseaba y saludaba a todos los conocidos que tenía en distintas mesas, muchos de los cuales la vieron allí por última vez”.

En esos días fueron además al casamiento de la hija de Magdalena Ruiz Guiñazú, y allí también se mostró muy animada. A los novios les regaló dos mantas escocesas, explicando que se trataba de un obsequio práctico: en la pareja, cuando uno tiene frío en los pies, el otro no. Un par de noches después invitó a un grupo de amigos a comer. “Y preparó sopa, como siempre”, recuerda Magdalena. Dos días antes de suicidarse, también comió en su casa Eduardo Gudiño Kieffer, otro amigo cercano de Marta y su marido. Y al día siguiente, el anterior a su muerte, fue a la peluquería de Miguelito Romano, y más tarde a la inauguración de una muestra de Guillermo Roux. Hubo otra invitación que no llegó a concretarse: había citado a Dalmiro Sáenz para otra comida el sábado posterior a su suicidio. “Después me enteré de que el día que me llamó para invitarme fue el mismo día en que compró el arma”, recordó Sáenz.

Muchas veces le había propuesto a Juan Manuel que se matasen juntos. Le decía que no podría soportar que él muriese antes, y él le respondía invariablemente que la muerte no estaba en sus planes. También les había dicho a sus hijos que jamás la verían blanca en canas, que era muy sana y su temor mayor era llegar a vieja. Los años pasaban rápido y el cuerpo se caía, a pesar de los esfuerzos de Roberto Zelicovich y José Juri. El alma también se caía pese a los libros, la gente que la paraba por la calle, Juan Manuel, los hijos, el dinero y la figuración.

Y llegó el tiro, esa tarde del 8 de octubre de 1985. Se apuntó a la sien derecha, parada delante de un espejo. El escritor Oscar Hermes Villordo, que estuvo en el velorio, vio el orificio de bala que, en su salida, perforó la madera del placard y aparecía dentro del círculo de tiza que marcó la policía.

Pero Villordo no fue de los primeros en llegar. Cuando Juan Manuel le ordenó a su secretaria que pidiera un remise, ella se ofreció a

acompañarlo. Le contestó que no, porque le parecía que no correspondía, pero después cambió de idea y le permitió ir con él. En el camino a Vicente López pasaron por lo de Marta Juana, la única de sus hijos que vivía en Buenos Aires, pero no la encontraron. Al llegar, Juan Manuel llamó a Alberto Girri, a quien le dijo: "Nuestra amiga finalmente lo hizo", y después se dedicó a los detalles prácticos. Girri fue para allá inmediatamente, y después le comentó a Villordo lo que vio al llegar: "Tenía la cabeza deshecha y el costado de la cara amoratado, por el golpe que se dio al caer. No era ni una cabeza ni una cara, sino lo más parecido a un guiñapo, a los destrozos en un muñeco relleno de aserrín".

Sobre su máquina de escribir encontraron una nota, la única explicación que dejó. Estaba dirigida a Juan Manuel y decía: "Te amo. Te amo. Te amo, pero no puedo soportar esta prisión, no puedo soportar esta vida". Unos días después, ordenando la habitación, encontraron una nota igual debajo del paño del escritorio.

La policía no molestó más de lo necesario. El sumariante de la Unidad Tigre escribió: "El día ocho del corriente, a las dieciocho y treinta, en la comisaría de la ciudad de Vicente López, se hizo presente el chofer de la familia Lynch, señor González, quien momentos después de haber trasladado al doctor Lynch a su domicilio, observó que en el dormitorio matrimonial yacía el cuerpo sin vida de Marta Lía Frigerio de Lynch, conocida como la escritora Marta Lynch. El cuerpo presentaba una bala de arma de fuego con orificio de entrada y de salida en la cabeza. Balística y médicos establecieron luego que el cráneo de la occisa tenía una herida de bala en la región temporal derecha con salida por la zona paroccipital izquierda. Se determinó posteriormente que la causa de la muerte se debió a un paro cardiorrespiratorio traumático producido por el arma de fuego, calibre treinta y dos largo, propiedad del señor Lynch. Se inició un sumario caratulado 'Suicidio'. En el lugar del hecho se secuestró una esquela que la escritora dirigió a su esposo, donde daba detalles de la trágica decisión". Las aparentes contradicciones (él no estaba en su domicilio sino en su escritorio, el revólver había sido comprado por Marta) son, a criterio de Juan Manuel Lynch, producto de la tensión del momento. Fue el chofer Manuel González quien debió ir a la comisaría, en tanto

que él contestó las preguntas de rigor, sin salir de su casa.

Esa noche se restringió la entrada. Según el diario *Clarín* del 10 de octubre, "Lynch explicó a los periodistas que se encontraban en la puerta de la residencia que se quería preservar el carácter íntimo del velatorio. También manifestó que se rechazaron las ofrendas florales porque 'tienden a establecer un privilegio que a nosotros no nos gusta, es más importante que se ocupen de la obra que ella ha dejado'. Esta decisión fue llevada hasta las últimas consecuencias: según Alberto Girri, Juan Manuel mandó de vuelta una corona enviada por Amalia Lacroze de Fortabat.

Continúa *Clarín*: "Durante la mañana estuvieron presentes el historiador Félix Luna, el poeta Alberto Girri, el crítico y novelista Oscar Hermes Villordo, la actriz China Zorrilla y el pintor Raúl Alonso, entre otras figuras de los distintos ámbitos del quehacer nacional. El ex subsecretario de Educación de la Nación y actual candidato a diputado nacional, profesor Antonio Salonia, expresó su 'profunda conmoción por la trágica desaparición de esta gran amiga'. Otro político, el justicialista Carlos Grosso, señaló que le sorprendía esta decisión final porque 'siempre fue una persona luchadora'. El escritor Ernesto Sabato dijo que cuando se enteró, pensó: 'Es un horror. Si es verdad que lo hizo por la vejez nos tendríamos que matar todos'", declaración que indignó a la familia Lynch. "Sabato era amigo de mamá de toda la vida, fue uno de los pocos que leyó el manuscrito de *La alfombra roja*. No le puedo perdonar esta frivolidad", me comentó Marta Juana.

Pero esa no fue la única ofensa. En la edición del 10 de octubre de *Clarín* aparece un recuadro firmado por M. C. (Marcos Cytrynblum, secretario general del diario en esa época) en el que cuenta que la noche del día del suicidio, lo despertó el teléfono. Era el escritor Fernando Sánchez Sorondo, quien le dijo: "Perdoná el llamado. Pero estoy destrozado. Éramos muy amigos con Marta. Nos veíamos poco pero nos escribíamos mucho. Ella estaba muy deprimida, pero nunca imaginé un final así. Fijate que le había reservado turno con un médico que me sacó del pozo. Y creo que ella estaba muy esperanzada, no entiendo… Vos sabés que esta mañana recibí carta de Marta".

Cytrynblum saltó de la cama y se las ingenió para que Sánchez Sorondo le entregase la carta, que fue publicada al día siguiente en la

portada del diario. Estos son algunos párrafos:

Querido Fernando Sánchez Sorondo:

He leído con mucha atención todo cuanto se dice de la medicina ortomolecular. Yo no sé cómo salvarme, a mi vez, del naufragio, pero no me gusta cansar a los demás con mis problemas. Ocurre que usted no es los demás, más aún, es una persona muy especial que me hace bien.

No me animo a tirar todo a la mierda e irme a vivir mi propia aventura, como usted dice, ni tengo la ayuda de la parapsicóloga que se le acercó después de Ampolla[113]*. ¿A falta de parapsicóloga no quiere, de veras, tomar un café conmigo? ¿Ya sea en mi casa que es muy acogedora o en un lugar neutral? En asuntos como este yo hablo mejor que escribo y puedo asegurarle que no cedo ni un poquito a lo que llaman regodeo pajeril. Quiero ver al Dr. Maríncola, pero le advierto que usted omitió mandarme tarjeta alguna, seguramente se le olvidó, así que recibí la carta pero no los datos del doctor al que quiero ver a toda costa.*

Fernando, de qué tarjeta me hablás, no me mandaste ninguna tarjeta, de modo que te ruego que me hagas llegar la dirección del Dr. Y su número telefónico.

Leo con verdadera y estimulante esperanza que esta ciencia es muy buena en caso de depresiones y angustias pero no entiendo un carajo la tesis de que todo se reduce a la alquimia y la cabeza, el adecuado equilibrio químico.

No creo que usted sea un paciente que ha recuperado su equilibrio hasta el punto de independizarse del propio Maríncola. Mi ideal sería independizarme de todos.

Lo único que padezco son insomnios y mi novela anda a los tumbos como todo en esta parte de la vida. Me hago cargo que escribe mientras desayuna a las dos de la mañana. A esa hora yo suelo bajar a comer arroz con leche Gándara, que es muy reconfortante.

Ahora lo dejo para seguir luchando con mis náuseas (uno de los tantos síntomas) y con el texto incipiente.

La paz sea con vos, señor, Fernando, envíame el teléfono de tu santo ortomolecular y recordame.

Clarín agrega un epígrafe: “Esta carta fue escrita anteayer y recibida en la mañana de ayer, horas después de la trágica decisión. La entrevista con el psiquiatra fue convenida para ayer a las quince. A esa hora, Marta Lynch recibía sepultura en un cementerio de la zona norte del conurbano”.

A criterio de Marta Juana Lynch, Fernando Sánchez Sorondo encontró en este episodio una manera de obtener publicidad, aunque después se arrepintió y pidió perdones que no le fueron concedidos. Sánchez Sorondo, por su parte, prefiere “no remover el tema ni por mí ni por Marta, los dos estábamos muy mal en esa época”. Y agrega que le contó la historia a Cytrynblum como amigo y no como periodista. “Jamás le di la carta con la intención de que se publicara, a lo sumo se la habré mostrado, no recuerdo. En realidad, no sé cómo llegó a sus manos, tal vez fui muy inocente. Es una historia que me dolió mucho y no quiero recordarla”.

La revista *Gente* del 17 de octubre mostró en su tapa la imagen llorosa de Juan Manuel Lynch durante el entierro. En la larga nota que la revista dedica al hecho, Lynch declara: “Es como si mañana saliera una disposición municipal que anunciara que todos nosotros tenemos que construir casas sin techo y vivir de ahora en más al aire libre. Yo no puedo concebir una casa sin techo. Pensaría que voy a tener frío, que voy a sentirme desamparado, desprotegido, que no voy a saber vivir de esta nueva forma. Hoy siento exactamente eso. Quizá mañana uno se acostumbra a vivir sin techo. Pero no puedo saberlo”.

113. Novela de Fernando Sánchez Sorondo.

La Negrita Frigerio

Las cosas verdaderamente importantes
son incontables, y las que pueden tener
estado público, una vulgaridad.
La verdadera biografía, el yo total,
está en nuestros libros. A ellos debe
acudirse para conocer —entre líneas—
nuestra naturaleza.
MARTA LYNCH, "Biografía a mi manera"

Aunque no salió en los diarios, en el velorio estaba también una señora que en casi toda la noche no se separó de su lugar al lado del cajón. Cuando el *Negro* Villordo se acercó a saludarla, le comentó: "Tantos sacrificios para seguir los cursos en la universidad. Yo la levantaba de madrugada para que estudiase, le hacía tostadas para el café con leche. Y ahora esto. Todo por el miedo a envejecer. Míreme a mí. Mire mis arrugas. Uno debe tenerlas, eso no importa". Después se dirigió directamente al cajón: "¿Por qué te hiciste esa cirugía que te cambió la cara? Esa no sos vos. Pero ella no, ella insistía con lo mismo. ¡Ay, pobre hermana!".

Era la primera vez que Villordo veía a esa señora, y ya no lo volvería a ver. Le impactó su aspecto, probablemente debido a la desesperación de ese momento: "Era gruesa, canosa, y estaba vestida de entrecasa". El escritor Héctor Lastra, en cambio, la recordó como "una mujer bastante hermosa, de impactantes ojos verdes, aunque con algunos kilos de más". No frecuentaba la casa de los Lynch, como tampoco lo hacía la madre de Marta. "Cuando éramos chicos, a mi abuela la veíamos una vez al mes. Era una mujer simple, pero muy inteligente. No venía demasiado a casa ni nosotros nos quedábamos con ella para que nos cuidara, de vez en cuando la íbamos a visitar", recuerda Marta Juana.

Es muy poco lo que se puede averiguar sobre la vida de Marta Lía

Frigerio antes de su encuentro con Juan Manuel Lynch. Los enigmas empiezan desde el año de su nacimiento, que ella siempre se encargó de ocultar. La fecha fue el 8 de marzo, pero no hay dos publicaciones en las que el año coincida, ni siquiera en sus propios libros. Mientras la solapa de *La señora Ordóñez* dice que nació en 1930, en *La alfombra roja* el año que aparece es 1929, y la primera edición de *Los cuentos tristes*, de 1967, la presenta como una autora de treinta y seis años, lo que daría como consecuencia que su año de nacimiento fue 1931. "Incluso hay un rumor —yo no lo puedo confirmar— de que en algún documento hay signos de que habría cambiado el año de su nacimiento. Había procurado hacerlo bien pero igual se notaba, dicen quienes tuvieron acceso a ese documento", dice su amigo Antonio Salonia.

En realidad, nació en 1925. El 8 de marzo de 1925, a las once y treinta de la mañana, en una casa de la calle ocho y setecientos seis de la ciudad de La Plata. Allí pasó unos años de su infancia por un traslado de su padre, que era vista de aduana.

Al referirse a su lugar de nacimiento también fue ambigua. La solapa de *La alfombra roja* dice que nació en La Plata, pero en "Biografía a mi manera", su único texto autobiográfico, declara: "He nacido en Buenos Aires y no me importan los desaires con que me trate la suerte, argentina hasta la muerte". Y para aumentar la confusión que ella misma creaba, agrega: "Y aun así, no sé por qué se obstinan siempre en atribuirme otro lugar de nacimiento y otra fecha de aparición en el mundo"[114].

Tenía dos hermanos bastante mayores: María Emilia —la señora del velorio— y Reinaldo, quien murió en un accidente en los años 60 y tuvo una influencia importante en su vida. Le llevaba once años, era abogado, y por él no solo conoció a dos personas que serían fundamentales (Juan Manuel Lynch y Rogelio Frigerio), sino que también fue decisivo en sus inclinaciones políticas. Reinaldo militó en el Partido Comunista y posteriormente se incorporó al Movimiento Obrero Comunista, una pequeña escisión del Partido que adhería al peronismo, dirigida por Rodolfo Puiggrós, quien sería rector de la Universidad de Buenos Aires durante el gobierno de Héctor J. Cámpora. Además, fue autor de varios libros: *Cuatro ensayos marxistas*

sobre historia nacional (1947), *Teoría y práctica del desarrollo capitalista argentino* (1952), *El derecho de las masas y la interpretación regresiva de los jueces y juristas* (1953) e *Introducción al estudio del programa agrario argentino* (1954), con prólogo de Rodolfo Puiggrós.

Su padre, Adolfo Frigerio, murió en la década del cincuenta, y su madre, Emilia Igoa Arbizu, vivió hasta 1960. Sus abuelos (Fortunato Frigerio, Raquel Paquintesta, José Miguel Igoa, María Francisca Arbizu) fueron inmigrantes italianos y vascos.

El ambiente social de Marta fue el típico de una chica de la clase media: "Mi educación fue una mezcla de virginidad prematrimonial, cánones rígidos, formación religiosa, cierto gusto charro en la decoración (alguna vez al teatro, cada tanto al Colón)"[115].

En distintos reportajes, describió su infancia como infeliz y atormentada, hecho que su hija Marta Juana atribuye a su natural inclinación al dramatismo. Por ser mucho menor que sus hermanos fue prácticamente criada como hija única, hecho sobre el cual también dramatizó: "Sufrí las desdichas y la soledad del chico único, del bicho raro al que nunca terminan de entender"[116].

Peinada con tres trenzas, la *Negrita* Frigerio asistía al colegio de monjas donde, aunque siempre fue rebelde, no hizo un mal papel. En tanto el vínculo con su madre estaba aparentemente basado en la admiración ("Mamá era muy bella y misteriosa"), la relación con su padre lo hacía en el terror: "Durante mi infancia, papá se mostró como un macho atrabiliario y los objetos volaban por el aire a la menor provocación"[117].

La mujer misteriosa y el macho atrabiliario fueron los modelos (reales o no, qué importa) que forjaron el clima de fricción en el que se crio. Un clima que formó a "una chica que tuvo una infancia desdichada, tan desdichada que todavía le cuesta muchísimo desprenderse de ella" y la arrojó a los brazos de los psicoanalistas, "que han sido los benefactores de mi humanidad"[118].

Con el tiempo, llegó a la conclusión de que su padre estaba loco por su madre. Pero en ese momento, los gritos y los objetos voladores solo le provocaban pánico y rechazo. Cuando entró a la adolescencia debieron dejar la casa de la avenida La Plata, muy cerca de Rivadavia, donde vivieron algunos años. Debido a un cáncer que padeció su

padre, disminuyó el tren de vida familiar y se mudaron a un departamento en Rivadavia al 5500, también en Caballito.

Después del secundario —por supuesto, se recibió de maestra— quiso estudiar medicina, pero no la dejaron. Se inscribió entonces en Filosofía y Letras, donde fue "una alumna tan mediocre que, ni siquiera ahora que soy notoria, mis compañeros de estudios me recuerdan"[119].

De esa época fue también su primer matrimonio, que duró apenas un par de años y se empeñó toda la vida en ocultar. El fugaz marido se llamaba Enrique Fignoni y pertenecía a una familia adinerada. Se casaron en Buenos Aires el 12 de septiembre de 1945 —cuando Marta tenía veinte años y Enrique veintitrés— y uno de los testigos fue su querido hermano Reinaldo. Siempre salteó este episodio, y al contar su vida, invariablemente pasaba de las trenzas a Juan Manuel Lynch. El propio Lynch justificó su actitud aduciendo que en esa época un divorcio era algo grave, mal visto. Su hija Marta Juana, por su parte, agregó que casi nunca hablaban del tema y recordó que "una vez mamá me dijo que su primera suegra era muy rica y a ella la odiaba".

La escritora Martha Mercader me contó esta anécdota: "Hace muchísimos años participé con ella de una mesa redonda en televisión, donde se hablaba del divorcio. Yo me pronuncié a favor, y Marta dijo: 'Yo nunca me voy a divorciar'. ¡Y era divorciada! No mintió, porque lo que no quería era divorciarse de Lynch". Y su colega María Angélica Bosco agregó: "Ella decía que se había casado cuando estaba en la universidad, pero debe de haber sido el primer matrimonio. Yo creo que no lo suprimía porque hubiera borrado a ese primer marido, sino porque tenía una obsesión con los años".

Quizá la clave de todos estos hechos esté en sus libros. Y fundamentalmente en *La señora Ordóñez*, que es su novela más autobiográfica. Blanca Maggi de Ordóñez nació en un típico hogar de clase media, hija de una madre severa y un padre distante y autoritario. Allí, entre copas de bacará celosamente guardadas en el aparador y muebles de falso estilo chippendale, transcurrió su ávida infancia, hasta que conoció a un joven de familia rica, Pablo Aquino, y se casó con él. Pablo era inocente, rubio, hermoso, y "significaba en principio muchas cosas como irse para siempre de la calle Alberdi, y

por el amor de Dios, eso equivalía a la otra vida, fuera del balcón"[120].

—Mucha felicidad, señora —dijo el cura.

¿Qué es lo que ha cambiado en mí entre el momento de entrar a la iglesia y este, de salir? Soy la señorita Maggi, soy virgen.

—Gracias, padre —contestó.

Pablo se sacudía a su lado, respiraba entusiasmado y ella lo advirtió con envidia. Estaba transfigurado, exultante, rebalsando satisfacción. Iban a salir del brazo con Mendelssohn infaltable (cómo había desentonado el tenor del Ave María), infaltable Mendelssohn y de nuevo caras desconocidas, ávidas de curiosidad calculando el precio y la caída de su vestido de novia, algunas compañeras de colegio, nada que retener, nada que recordar. Su compañero de juegos del verano le salió al encuentro:

—Blanca, vine solo a verte —le gritó con entusiasmo.

Estaba el fotógrafo contratado, y no bien puso un pie en el atrio, los curas apagaron de golpe las luces y el sonido del órgano, como si los hubieran empujado hacia la calle, a la algarabía de los curiosos y tantos invitados. Era el gran día. Nunca más atravesaría una nave de iglesia, era el instante, el hecho.

—Subí, mi amor —le dijo Pablo ayudándola en el automóvil entre empujones y advertencias.

—¿Estás contenta? —quiso saber—. ¡Y estás hermosa!

Él no cabía en sí de felicidad. Todo había sido perfecto, quería resucitar, revivir, embalsamar en la memoria lo que a Blanca se le antojara ya una ficción.

—Ah —gimió el muchacho recostándose en el respaldo de pana—. ¡Quisiera que todo ocurriese de nuevo!

Blanca no pudo comprender entonces aunque se esforzó. Vio la calle de noche y la nuca del chofer que los conducía. Ella era la novia, señora, ¡qué hechizo el de ese extraño cura farsante! Pablo, de jacket, estaba deslumbrante; es decir, parecía un chico en la Primera Comunión. Le hablaba.

—Esto es la felicidad —pensó Blanca tercamente mirando hacia la calle —, la felicidad"[121].

114. Marta Lynch, “Biografía a mi manera” en *Toda la función*, Abril, 1982.
115. *Somos*, 16/10/85.
116. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
117. *Ibidem*.
118. *Siete Días*, 17/10/85.
119. *Ibidem*.
120. Marta Lynch, *La señora Ordóñez*, Sudamericana, 1970.
121. *Ibidem*.

Marta Lynch

Blanca Maggi volvió a salir de la calle Alberdi del brazo de Raúl Ordóñez, un médico que la atendió después de su viudez y con quien terminó casándose. Marta lo haría con Juan Manuel Lynch.

Juan Manuel tenía su estudio de abogado en el centro. Un día lo llamó Reinaldo Frigerio, un viejo compañero de colegio al que no veía desde hacía años, para pedirle que atendiera a su hermana, la Negrita, aquella que correteaba con sus trenzas por la casa cuando se juntaban a estudiar. La Negrita andaba en problemas, quería divorciarse y necesitaba un abogado.

A la hora en que se disponía a atenderla, él se dio cuenta de que se había quedado sin cigarrillos. Bajó al quiosco y estaba volviendo a su estudio cuando vio a una mujer morocha y delgada que se le acercaba. Ella lo había reconocido, él no. La miró y se enamoró, como a veces pasa.

“Era muy linda”, me dijo, recordando ese momento. No solo la divorció sino que él también decidió separarse: dejó a su mujer y sus tres hijos y al poco tiempo estaban viviendo en una casa chiquita en la calle Madero, justo enfrente de la que comprarían años después y donde vivirían hasta la muerte de Marta. En 1948 nació Enrique, después Marta Juana y por último, Ramiro. Y allí se armaría la burbuja, ese mundo aparte, sólido y privado que ella tanto lucharía por preservar.

Sin embargo, el proceso de separación legal fue largo: la sentencia recién fue dictada en 1955, cuando ya habían nacido los tres hijos. Se decretó culpa de ambas partes, ya que en esa época no existía el divorcio por mutuo consentimiento. Tampoco se contemplaba todavía la disolución del vínculo matrimonial, por lo que nunca pudieron casarse.

Un problema de salud de Marta opacó en parte la felicidad de esa época: “Siempre sufrió de asma, pero cuando nació Marta Juana contrajo tuberculosis. Se puso malísima, realmente salió de la tumba esa chica. Cuando el médico le dio permiso para levantarse, era la piel

y los huesos —recordó Lynch—. Pero después se mejoró. Unos años más tarde (cuando trabajaba con Frondizi) volvió a tener tuberculosis, pero ya las defensas estaban mejor y se repuso pronto. Hizo un viaje a Suiza —donde estaban Félix Luna y su mujer— que la ayudó a recuperarse. Cuando nació Ramiro se recompuso del todo. Parece ser que con el embarazo el diafragma ajustó el pulmón y eso hizo que los bordes de la herida se juntaran y cicatrizara. Pero siguió con su asma. Tenía su nebulizador, y a veces necesitaba tubo de oxígeno e inyecciones. En los últimos años estaba un poco mejor, pero en realidad siempre convivió con eso".

Marta Juana considera su infancia como "bastante redonda". Sus padres formaban una pareja muy unida y alegre y su casa estaba siempre llena de gente, se cantaba y se bailaba. Quienes conocieron a Marta en esa época la describen como una especie de tromba. Los vecinos todavía la recuerdan a bordo de su auto Borgward, revolucionando el barrio con sus excesos de velocidad y amenizando los cumpleaños de los chicos como una chica más. Era una presencia muy fuerte, que entraba y salía con igual rapidez. "Muchas veces yo iba a lo de Marta Juana a la salida del colegio y en general estábamos solas. La mucama nos servía el té y después jugábamos. La madre irrumpía de pronto, siempre muy elegante. Nos besaba, nos decía que estábamos divinas y después volvía a desaparecer", me contó una compañera de colegio de Marta Juana.

Más allá de los detalles, su casa era un hogar. Había clima de familia, se festejaban los cumpleaños y las Navidades (hay quienes aún la recuerdan disfrazada de Papá Noel) y la vida transcurría plácida con Juan Manuel en el estudio, Marta cuidando a sus hijos y dos mucamas entrerrianas a las que después, en varios reportajes, recordaría como "hermanas". Los chicos en buenos colegios, viajes, salidas, los veraneos primero en Mar del Plata y después en Punta del Este, la mudanza de la casa chica a la casa grande. Fue una presencia fuerte para sus hijos, quienes la recuerdan como impulsiva, infantil, posesiva, pero excelente madre.

A Juan Manuel le enseñó una intensidad de vida que le era ajena. Con ella aprendió a disfrutar de una porción de pizza en un boliche, descubrió la seducción de arrodillarse ante el papa para,

inmediatamente, fascinarse con la charla de dos hare krishna que se paseaban por la plaza del Vaticano, se le reveló la sorpresa de llegar a su casa el día en que murió Eva Perón y encontrarla llorando junto a las mucamas. Él le dio la contención y la seguridad de un estilo de vida que sin duda necesitaba.

No faltaron los episodios tormentosos. “En casa había peleas, pero se hablaba todo”, dice Marta Juana. Una vez las cosas llegaron a mayores y Juan Manuel decidió irse. Se instaló en el centro, en el City Hotel de la calle Bolívar. “Mamá estaba como loca y me vino a pedir consejo a mí, que tenía ocho años. Yo le dije que lo que debíamos hacer era irnos todos al City, y así lo hicimos. Mamá nos puso a los tres en un cuarto y se instaló en el de papá a esperarlo. Al día siguiente, por supuesto, todos volvimos a casa”.

Mientras tanto, escribía unos poemas a los que años más tarde calificaría como “horribles”, y hasta se animó con dos novelas: *La luz sobre el espejo* y *Después del verano*, que llegó a ser finalista en el concurso Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral, con un jurado que integraban Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Augusto Roa Bastos. Nunca las publicó “por considerarlas absolutamente prescindibles, para mí, para los demás”[122].

Después entrarían en su vida Arturo Frondizi, Rogelio Frigerio y el desarrollismo. Y la burbuja empezaría tenuemente a resquebrajarse.

122. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.

Llegó la política

La oficina quedaba en Diagonal Sur y Perú. Allí el futuro presidente había sentado sus bases, y el lugar era frecuentado por intelectuales que simpatizaban con el desarrollismo: Ernesto Sabato, Ismael y David Viñas, Félix Luna y Noé Jitrik.

Arturo Frondizi era uno de los principales dirigentes radicales y venía de producir una división dentro del partido. Así, a la Unión Cívica Radical del Pueblo, liderada por Ricardo Balbín, opuso la Unión Cívica Radical Intransigente, desde la cual llegaría a la presidencia de la nación. La mayor parte de los jóvenes militantes con inquietudes intelectuales y vocación transformadora lo siguieron, y allí también llegó Marta, sin ningún antecedente político ni literario bajo el brazo.

Nadie sabe muy bien cómo logró acercarse, pero todos creen que fue de la mano de Rogelio Frigerio, con quien tenía una vinculación anterior. Aunque mucha gente insiste en decir que eran parientes (de hecho, llevan el mismo apellido) en realidad no lo eran. “Conocí a Marta a través de Reinaldo, su hermano, del que era amigo desde nuestra adolescencia en La Plata”, me dijo Frigerio, y su versión coincide con la de Juan Manuel Lynch: “Rogelio era amigo mío y de Marta. Yo siempre me reía con ellos y les decía que solamente la chusma tiene el mismo apellido sin ser parientes”. Frigerio la apoyaba en sus inclinaciones políticas porque “la veía muy interesada, aunque en realidad su verdadera inclinación era la literatura y jamás llegó a tener peso político, aunque sí literario”.

Noé Jitrik, que en esa época era “una especie de secretario privado de Arturo Frondizi”, contaba que en 1957 el candidato a presidente le comentó que había una muchacha con deseos de colaborar con el trabajo que estaban haciendo. “Esa muchacha era Marta Lynch, una chica joven, muy atractiva, muy simpática, muy exuberante, con la que rápidamente nos hicimos amigos”.

¿Qué hacía en ese grupo? David Viñas me dijo que no lo recordaba. Antonio Salonia destacó que “no era una militante que cumpliera roles determinados”, y Noé Jitrik agregó: “No recuerdo bien el trabajo que

hacía, pero sé que estaba en todas partes. Cuando empezó a trabajar con nosotros, comenzó también a hacer una vida social en el ámbito político bastante intensa. Hacía comidas en su casa con gente que pertenecía a ese grupo que más tarde se llamó Alem, y en el que estaban Félix Luna, Ismael Viñas, Aldo Ferrer y las personas vinculadas con Rogelio Frigerio. A Ernesto Sabato, por ejemplo, lo conocí en casa de Marta, era bastante amigo de ella y parecía propiciarla, ayudarla y estimularla. En ese entonces, Sabato era un tipo bastante divertido, estaba cerca del proyecto frondicista por el lado frigerista y parecía ser también bastante amigo de Juan Manuel Lynch. El marido de Marta también estaba presente en esas reuniones, y con él también hice una relación amistosa. En esa época, los proyectos políticos se mezclaban con un cierto tipo de vida porteña de salidas, de fiestas, de charlas. Nos veíamos permanentemente en el comité, las oficinas, las casas, las casas de fin de semana".

Félix Luna, por su parte, reconoció que la participación de Marta no era demasiado destacada: "Más que nada se ocupaba de trasladar gente, porque era una de las pocas que tenía auto. No tenía experiencia, no era disciplinada y carecía absolutamente de envergadura y formación política".

Al referirse a esa época, Marta no intentó atribuirse un rol más importante del que le fijó Luna: "Era tan chica que ni siquiera me llevaban el apunte. No tenía ningún peso político y, además, confieso, tampoco tenía demasiadas condiciones. Me confundía, me encariñaba con la gente, creía en lo que me contaban. O sea que tenía todas las condiciones que no debe tener un político"[123].

Sin embargo, tuvo una relación intensa con Arturo Frondizi, y ese vínculo la marcó: "Me conoció siendo una chica sin formar, con pocas lecturas y un esquema de vida muy simple, y me introdujo en el mundo de la política, un mundo terrible, poco recomendable para espíritus imaginativos y fantasiosos como los nuestros, pero que, sin embargo, le abrió la puerta a mi vida, le dio una nueva perspectiva. La política me sacó de mi comodísimo mundo de la calle Madero, con los hijos recién nacidos, el amparo del amor, de la casa, de esa somnolienta felicidad del no-ser. ¿Qué resistencias podían oponérseme? ¿El marido que me adoraba, los hijos recién nacidos, el

bóxer que recién compraba, las dos muchachas entrerrianas que me ayudaban en los quehaceres domésticos y era como si fuesen mis hermanas? Era un mundo redondo, blando, perfecto. Y allí lo conocí a Arturo Frondizi, que irrumpió con su mundo y me sacó de esa blandura. Sufría horrores, la tarea política me costó un pulmón. Y esta no es una frase. Me enfermé de los pulmones. Ahora que han pasado los años se lo agradezco. Algunos de los buenos rasgos de mi carácter —la fuerza de voluntad, por ejemplo— los extraje de él, a pesar de que hoy lo discuto porque estoy en las antípodas de sus conceptos y creencias políticas (creo que está equivocado y envejecido en sus ideas)"[124].

"Marta había establecido una relación con Frondizi más allá del grupo, iba seguido a su despacho y a veces lo acompañaba a lugares. Se movía mucho, tenía un interés muy grande en todo lo que estaba sucediendo. En ese momento era una persona muy apasionada, muy vehemente, con muchas ganas de hacer cosas en la vida, no directamente a través de la política sino de la proximidad con los políticos. No creo que tuviera un pensamiento político estrictamente hablando", continuó Noé Jitrik.

Más allá de su inexperiencia, lo cierto es que comenzó a trabajar muy activamente en la campaña, aunque fuera en roles secundarios. Iba por el barrio casa por casa, tocándole el timbre a la gente para convencerla de que votara por Frondizi, y hasta llegó a pelearse con el almacenero cuando este le dijo que iba a votar por otro candidato. "Dejó la comida que acababa de comprarle y se fue, avisándole que acababa de perder un cliente —me dijo uno de sus vecinos de esa época—. Además, le gustaba darse pinta diciendo que era amiga de Frondizi. Se lo pasaba diciendo 'vengo de lo de Arturo¨ o 'voy para lo de Arturo' y, por supuesto, la gente comentaba".

Así llegaron las elecciones, y Arturo ganó. Ella tuvo su recompensa: un cargo en el Ministerio del Interior. "Recuerdo la sorpresa de mi familia cuando la vimos aparecer por televisión, muy parada al lado del ministro Alfredo Vítolo —continúa el vecino—. Y de cómo conmocionó al barrio cuando en la puerta de su casa aparecieron dos coches oficiales". Uno de los coches le correspondió a Marta y el otro a Juan Manuel, quien asumió como director de Relaciones Laborales en

el Ministerio de Trabajo.

De todas maneras, su militancia en el desarrollismo no fue larga. Según recuerda el embajador Albino Gómez, que en esa época colaboraba con Frondizi, gradualmente Marta dejó de verlo con tanta asiduidad. “Frecuentemente me entregaba cartas para que se las hiciera llegar al presidente. Hasta que una vez él me dijo: ‘No mantengo correspondencia con mujeres casadas’.”. Según Marta Juana Lynch, Frondizi le prometió lugares que luego no le dio y “mamá renunció pronto, casi al volver de Suiza”.

El viaje a Suiza es un episodio aparte. Una vez que asumió Frondizi, Félix Luna fue enviado a ese país como consejero de embajada. Junto a su mujer, la Negra, recibieron una carta de Marta donde les decía que estaba muy enferma de los pulmones y quería ir a visitarlos. Por sus constantes fantasías, los Luna se permitieron dudar de su enfermedad. Pero al verla comprobaron que era cierto: la encontraron desacostumbradamente gorda, debido al tratamiento contra la tuberculosis que la atacó en esos años. Llegó con una designación diplomática y se quedó siete meses, que Luna recordaba como una vorágine en su vida. “Constantemente había que organizarle paseos, viajes, no quería parar un minuto, pero a pesar de sus locuras, nos divertíamos muchísimo con ella”. La diversión no terminó bien. El embajador Carlos Herrera empezó a exigirle a Marta que cumpliera un horario, teniendo en cuenta su designación diplomática, y la relación se deterioró a tal punto que el propio Luna se vio obligado a pedir su traslado. Debido a su relación con Frondizi, fue justamente Marta quien se ocupó de las gestiones, y así fue que Félix Luna pasó a desempeñarse en la embajada argentina en el Uruguay.

“Ella parecía tener una relación problemática con Frondizi —continuó Noé Jitrik—. De repente lo criticaba mucho, o criticaba el ambiente que lo rodeaba, pero al mismo tiempo no podía despegarse. Había una cierta turbulencia en el modo de presentar las cosas, yo me sentía un poco espectador de esa fuerza narcisista y exigente que a veces me irritaba. Una insatisfacción que estaba en el fondo de su nerviosidad y hacía que nada le resultara suficiente. Exigía mucho, necesitaba que se le prestara una atención constante, si uno se distraía un poco lo consideraba una especie de alta traición. Era una mujer

dinámica, simpática, ocurrente, graciosa, una serie de cualidades que la hacían muy atrayente. No era bella en el sentido convencional, pero supongo que cautivaría a los hombres. A lo mejor también me había cautivado un poco a mí, pero no pasaba de ser una amistad intensa y apasionada. Eso fue todo".

Sus relaciones con la política fueron siempre conflictivas, y así lo demuestra en estos testimonios:

"No sé por qué soy una escritora si me interesa más la política"[125].

"Soy una escritora y no una política"[126].

"No soy una escritora. Soy una política fracasada"[127].

"Si volviera a vivir, no elegiría la literatura"[128].

"Escribir es más que una forma de vida. Más que una manera de tomar la vida. Es —exactamente— la vida"[129].

"Me gusta terriblemente la política y habría trocado gustosa un destino por otro. Dicho de otra manera: Indira Gandhi me parece un ser mucho más extraordinario y apasionante que Virginia Woolf, a quien venero"[130].

"No sirvo para la política. No tengo implacabilidad ni frialdad. Tengo afectos y adhesiones"[131].

"Si tuviera la felicidad de poder integrar un proceso revolucionario de cualquier índole que fuera, que significara la liberación y la realización de la República Argentina, puede evaporarse toda la literatura existente, que más real es mi trabajo donde me manden a hacerlo que todo lo que yo pueda escribir durante toda mi vida"[132].

Lo cierto es que detrás de todo esto hubo una gran frustración, ya que nunca llegó a ocupar un lugar político preponderante. Pero sus acercamientos al terreno de la política sí le sirvieron como tema para algunos de sus más grandes éxitos literarios. De todas las consecuencias de su tumultuosa relación con Frondizi, hay una que modificaría su vida más que ninguna otra: su novela *La alfombra roja*, en la que describe las vicisitudes de un político inescrupuloso que alcanza el poder, y que la colocaría, de un día para otro, en un lugar privilegiado de la escena nacional.

A menudo ocurre que desde la tribuna experimento la sensación de doblegar voluntades, o me da fiebre, un deseo febril. Considerando que al

acto de hoy hayan concurrido setenta mil personas, he debido sentir que estaban allí, un plano más abajo, como otros tantos brazos extendidos que me opusieran una breve resistencia, a los que yo empujara lentamente hacia atrás. Mover el pensamiento de la multitud sobre la plaza es una iniciación de poder, y hablar para la multitud hasta llevarla a vociferar mi nombre podría ser una forma de la posesión: como si tuviera una mujer debajo de mi cuerpo, justamente poseyéndola, con la sola diferencia de que nunca una mujer me trajo un goce comparable[133].

123. *La Semana*, 26/8/81.
124. *Semana Gráfica*, 26/3/71.
125. *La Nación*, 22/2/80.
126. *La Semana*, 26/8/81.
127. *Para Ti*, 16/5/83.
128. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
129. *Ibidem*.
130. *Ibidem*.
131. *Gente*, 23/3/78.
132. *Extra*, mayo de 1969.
133. Marta Lynch, *La alfombra roja,* Fabril Editora, 1962.

La alfombra roja

Marta comenzó a escribir *La alfombra roja* antes de romper su vínculo con Arturo Frondizi. Así lo aseguraron Antonio Salonia y Noé Jitrik. "Mientras afirmaba su identidad y su apoyo a Frondizi, ya trabajaba en su producción literaria", dijo Salonia, y Jitrik agregó: "De toda esa experiencia quería sacar algo 'para hacer una novela', según me confesó. En determinado momento, no recuerdo bien la fecha, antes de que Frondizi asumiera la presidencia, me dijo que tenía un borrador de ese libro que se iba a llamar *La alfombra roja*. Ella quería que yo lo leyera. Le dije que sí, pero me puso condiciones: no quería que tocara nada, simplemente una opinión y a lo sumo alguna puntuación. Estaba muy convencida de lo que quería hacer, y lo que hizo fue una construcción de todo ese período haciendo actuar una cantidad de tópicos relativos a la novela de políticos, no de política: el político ambicioso que quiere llegar y la mujer que lo sigue y sin embargo se ve defraudada porque las ambiciones del político lo sacrifican todo".

Cuando terminó la novela, la asaltaron una serie de dudas que, como siempre, su marido se encargó de disipar: le ordenó a su secretaria que tipeara las copias correspondientes y las enviara al concurso que organizaba la editorial Fabril. Años después, ella se referiría así a este episodio: "Todo cambió a mi alrededor cuando en el concurso de Fabril el jurado señaló *Sudeste*, de Haroldo Conti, que fue como mi hermano, y *La alfombra roja*. No todo el jurado: votaron por mí un hombre excelente y un buen escritor que es Jorge Masciángoli, María Angélica Bosco (a quien Jorge convenció) y Amaro Fernández. Ni Marco Denevi ni Marcos Victoria creyeron en el libro, y la vigencia de *La alfombra roja* mucho después confirmó su equivocación. Marco Denevi sigue sin creer; una especie de cábala"[134].

En realidad, aunque Marta no lo aclara, el primer premio fue para Haroldo Conti. "Había un libro para premiar que era *Sudeste*, de Haroldo Conti. No se podía discutir, pero entre los libros presentados, también estaba *La alfombra roja*. Nos llamó la atención, nos pareció un libro bien escrito, muy interesante, con mucha pasión, y entonces le

dimos una mención —recordó María Angélica Bosco—. Marta empezó su carrera así, con ese premio de Fabril, y se hizo muy amiga de Haroldo Conti. En aquel tiempo, después del concurso, me enfermé, así que en el momento en que iba a aparecer el libro todavía no podía salir de casa. La invité a comer y me llamó la atención su personalidad: era una mujer muy atractiva, con mucha fuerza. A partir de ese momento nos hicimos amigas".

La novela se presentó en la librería Falbo de Florida y Cangallo, y efectivamente su vida cambió. "Todo el mundo leía *La alfombra roja*, todo el mundo buscaba entre líneas a Arturo Frondizi en los personajes que ella citaba", recordó el escritor Horacio Salas. "Seguramente nunca valoró el hecho de que le prestaran tanta atención de entrada. No tuvo que sufrir como tantos escritores jóvenes que no consiguen espacio", agregó Noé Jitrik.

Con la pasión de siempre, esta vez se volcó a la literatura: "De ahí arranqué con una verdadera prisa desesperada en una carrera que ni aún hoy parece encontrar reposo", declaró poco antes de su muerte[135].

Marta se convirtió en una intelectual moderna, con inclinaciones políticas definidas, y las reuniones en su casa resultaban animadísimas: se hablaba de política y de ideas, y las novedades culturales se comentaban con pasión. "Ella tenía esa vocación por juntar amigos —continuó Antonio Salonia—. Tenía distintos grupos que invitaba a las reuniones en su casa. Yo formaba parte de uno junto a José Enrique Miguens y Aldo Ferrer, entre otros. Con cierta periodicidad nos reuníamos, y los temas de conversación giraban alrededor de la política. Pero también tenía amigos en el mundo de la literatura. Mantenía buenas relaciones con Silvina Bullrich, por ejemplo. Más de una vez estábamos cenando y Silvina la llamaba por teléfono".

Mientras tanto, seguía escribiendo. Y en lugar de apoyarse en una fórmula que ya le había mostrado sus frutos, optó por experimentar. Su segunda novela fue *Al vencedor*, donde describe las desventuras de dos jóvenes marginales que acababan de terminar el servicio militar. No logró el éxito de *La alfombra roja* y eso le dolió bastante: "Nada me habría costado escribir otra *Alfombra roja*, torrencial y vivísima, dados

mi temperamento y mi fluidez expresiva. Sin embargo, quise dar un ejemplo de responsabilidad y elegí una novela de expresión seca, sobria, sin ligazón alguna con experiencias previas, totalmente fantasiosa y de gran esfuerzo imaginativo"[136]. El libro fue bien recibido por sus colegas escritores, que en general lo consideran uno de sus mejores trabajos, tanto por su fuerza expresiva como por el tratamiento del lenguaje.

Luego publicó su primer libro de cuentos —*Los cuentos tristes*— y tampoco obtuvo demasiada repercusión. En ambos casos hasta llegó a tener algunas críticas adversas, pero su imagen siguió creciendo, al igual que su vida pública. No había concurso que no la convocara como jurado, ni congreso de escritores al que no asistiera. No había estreno de teatro ni exposición de cuadros importante donde no estuviese. En plenos años sesenta, el movimiento era constante: María Rosa Oliver le pidió que presentara su libro, Inda Ledesma y Jorge Lavelli la invitaban a sus estrenos, y Rómulo Macció a sus exposiciones. Era amiga de Manuel Puig y se carteaba con Julio Cortázar. Asistía a las filmaciones de Leopoldo Torre Nilsson, donde era tratada con mucha deferencia. Germán Rozenmacher la respetaba, al igual que Leonardo Favio. Abelardo Castillo le tenía un gran aprecio, y los escritores jóvenes la definían como una persona lúcida y generosa: siempre estaba al tanto de lo nuevo y apoyaba sin envidias ni resquemores.

Jorge Asís la recordó así: "Fui muy amigo de Marta. Diría más: me emociono cuando hablo de ella. Cada vez que pienso en mis muertos, también. Uno de mis libros, *Cuaderno del acostado*, está dedicado a Marta Lynch. Ella decía que yo era una fuerza de la naturaleza y que en eso se identificaba conmigo. Yo vendía cursos de escritura coordinados por escritores, el anticipo de lo que después serían los talleres literarios. Mi trabajo era un laburo como cualquiera. Tenía veinte años, buena pinta, vendía cosas por la calle durante el día y por la noche me ponía una buena pilcha porque siempre podía levantar a una dama por ahí. Yo escribía. No decía mucho que lo hacía, pero escribía. Una vez, Marta —que formaba parte del plantel de escritores que daba los cursos— pidió a los alumnos que escribieran algún cuento, que ella después iba a analizarlos. Metí uno mío y cuando

Marta lo leyó, dijo que le había llamado la atención un monstruito que iba a tener mucho porvenir en la literatura argentina. Así empezó nuestra amistad. Junto con Bernardo Kordon, fue una de las personas que me tomó en serio y me hizo pensar que podía ser un escritor. Había una cierta nobleza en reconocer y estimular a un tipo como yo, un atorrante del sur que quería desesperadamente escribir".

Liliana Heker también la conoció en esa época: "Recuerdo la primera vez que hablamos. Yo era muy joven y había publicado un cuento en una antología de Jorge Álvarez titulada *Crónicas del amor*, que incluía obras de monstruos sagrados como Dalmiro Sáenz, Marco Denevi, Silvina Bullrich y Leopoldo Torre Nilsson. Estaba sola en la presentación, medio perdida, y Marta se me acercó".

"A Marta uno la veía en los diarios, en las revistas —recordó María Esther de Miguel—. Era muy generosa. Algunas veces daba dinero y otras hacía recomendaciones, que valían tal vez mucho más que el dinero que prestaba. Cuando no me invitaban a alguna reunión, decía: 'Llámenla a María Esther de Miguel'.".

Sobre este aspecto también coincidió Isidoro Blaisten: "Una vez, en una revista literaria, apareció una carta de Marta Lynch dirigida a mí, sobre mi libro *La felicidad*. 'Su libro no es bueno, es excepcional', dijo en esa carta, para mí fundamental. Ahí la conocí, me invitó a su casa a tomar el té. Siempre siguió siendo generosa, desinteresada y leal. Me apoyó, me defendió con minucioso esmero, me nombraba en todos los reportajes. Un día le dije que iba a enviarle un libro mío, y ella ya lo había comprado".

En 1968 publicó su segundo gran éxito masivo, la novela *La señora Ordóñez*. Años después, lo recordaría así: "Por aquel entonces andaba por Buenos Aires un loco suelto que detectaba 'talentos'. Nos detectó (aceptando lo del talento) a Manuel Puig (*La traición de Rita Hayworth*, *Boquitas pintadas*), a Félix Luna (*El 45*), y a mí, con *La señora Ordóñez*. El libro era audaz y apabullante. 'El libro de una bruta', me decía asombrado y cariñoso Manuel Mujica Lainez. Jorge Álvarez vendió cinco ediciones de diez mil ejemplares cada una en menos de un verano"[137].

La señora Ordóñez es la historia de una mujer de clase media contada en dos tiempos: sus veinte y sus cuarenta años. Abarca buena

parte del peronismo y “fue la primera vez que se habló de ese proceso vertebrador de la realidad argentina (para bien o para mal lo dirá la historia) sin rencor y objetivamente”[138]. Como en todos sus éxitos, acá tampoco faltan las audacias: entre los personajes aparecen Juan Perón y Eva Perón, a quienes Marta no había conocido. A Perón lo vería años después, cuando integró el vuelo chárter que lo fue a buscar a España. Sin embargo, “‘inventarlos’ me regocijaba tanto como planear las desventuras de Blanca, esa mujer intensa que ama con todas las vísceras que le dio la naturaleza, pero a la cual todo le resbala: hasta la historia argentina que pasa por su lado”[139].

La novela tuvo un éxito aún mayor que *La alfombra roja*, y a partir de allí Marta comenzó a tener una popularidad realmente masiva, más allá de los círculos intelectuales y literarios: “Sería imposible contar las veces que una mujer y otra me han detenido por la calle para decirme: ‘Yo soy la señora Ordóñez’. Aun las que nunca me han leído hablan de Blanca, la recuerdan”[140].

Definitivamente, ya era Marta Lynch. Era joven, inteligente, respetada, simpática, ambiciosa, rica y atractiva. La televisión, las revistas y los diarios (fundamentalmente el grupo Atlántida y el diario *Clarín*, que durante varios años estuvo vinculado al desarrollismo, con Octavio Frigerio a la cabeza) le ofrecían un tentador espacio donde explayarse. Y ella se esmeraba en seguir construyendo su personaje.

134. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
135. Eduardo Romano (comp.), *El cuento argentino*, Eudeba, 1986.
136. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
137. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
138. *Ibidem*.
139. *Ibidem*.
140. *Ibidem*.

No fue la única, por supuesto: otras dos mujeres le disputaban el estrellato. “Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Marta Lynch formaron un trío mediático de una fuerte presencia en la literatura argentina del momento, cada aparición de sus libros era un acontecimiento social”, reflexionó Jorge Asís, y también las recordó el periodista Bernardo Neustadt: “Marta Lynch era una mujer muy importante, a la que la Argentina no le ha hecho un homenaje. Con Silvina Bullrich y Beatriz Guido eran el trío más mentado. Yo las llevaba con frecuencia a la televisión, y la gente me cargaba porque decía que no eran lindas. Eran inteligentísimas, creo que no han sido reemplazadas”.

En un ambiente literario en el que hasta el momento la única mujer que había descollado era la poderosa Victoria Ocampo, de pronto irrumpieron Silvina Bullrich con *Los burgueses* y *Los salvadores de la patria* (donde describe la corrupción y las miserias de las clases gobernantes), Beatriz Guido con *Fin de fiesta* y *El incendio y las vísperas* (en los que analiza la alta burguesía terrateniente, su decadencia y la asunción del peronismo) y Marta Lynch con *La alfombra roja* y *La señora Ordóñez*.

A partir de la publicación de este último libro, Marta comenzó “a escribir artículos a diestra y siniestra. Mucha gente me reconoce por ellos, por mis intervenciones públicas, por los reportajes, por la TV, más que por mis libros. No me importa. También aquella es una fase de la acción, de la presencia creadora”[141]. “Si existo es porque he trascendido mi función de escritora, porque como tal solo soy para pequeños grupos”, dijo en otra oportunidad[142].

Armó su personaje, y con un sentido innato del espectáculo se fue abriendo camino en el difícil mundo de las estrellas. Porque mientras seguía escribiendo sus libros y participando de la vida literaria (donde siempre mantuvo su lugar), comenzó a compartir entrevistas con personajes de la farándula (Moria Casán, Susana Giménez), a escribir artículos de opinión sobre el rol de la mujer, el fútbol y sus viajes por el mundo, y a entrevistar a Edmundo Rivero, Palito Ortega y Sidney

Sheldon. Hasta cantó boleros con Mario Clavel, y el tango "Sur" en el programa *Cordialmente*, que conducía Juan Carlos Mareco. Llegó a cosas realmente impensables, como ser la primera escritora argentina que logró que uno de sus libros —*La señora Ordóñez*— ingresara al mundo de la telenovela diaria (en 1984 por Argentina Televisora Color, con la actuación de Luisina Brando en el papel de Blanca Maggi).

"La invitaba a cuanto programa político o no político hice —continuó Neustadt—. Tenía mucha imaginación, imaginaba mucho el futuro, aunque la política le gustaba más de lo que debía. Se enrolaba y participaba. No era una administradora de nostalgias. Generalmente los escritores argentinos tienen nostalgias, tristezas, se hunden en laberintos estilo Sabato. Ella, en cambio, tenía mucha ilusión. Era muy vigorosa y tenía caídas, se venía abajo con facilidad y se levantaba con facilidad. Una vez vino a mi programa con Esther Vilar, la autora de *El varón domado*. Se enfrentaron y fue terrible, yo no podía pararlo".

"Marta estaba en todas partes y tenía un sentido de la publicitación muy fuerte. Era su mejor jefe de relaciones públicas, muy simpática, muy entradora", sostuvo Horacio Salas, versión que coincide con la de Liliana Heker: "Era una figura que aparecía absolutamente en todas partes". Jorge Asís agregó otro elemento ("Era una escritora más conocida que leída y respetada, su literatura solo se sostenía con su presencia"), que completó en cierta forma María Esther de Miguel: "Lo que hacía que la gente se encrespara o la ninguneara era su capacidad para imponerse".

"La conocí cuando publicó *La alfombra roja*, momento que coincidió con la aparición de mi primer libro —recordó Diego Baracchini—. Muchas veces salíamos de gira juntos por las provincias, donde nos divertíamos muchísimo. Recuerdo que una vez fuimos a una grabación un 24 de diciembre a las doce de la noche. Marta no se negaba a ninguna nota, siempre estaba donde había que estar. Luchó muchísimo por llegar adonde llegó, y además era una gran intuitiva. En una época en que aún no se utilizaban estrategias de comunicación, ella las utilizaba por instinto. Recuerdo una vez en que Nelly Raymond nos invitó juntos a un programa de televisión. De pronto, le preguntó a Marta: '¿A qué atribuís el enorme éxito de *La alfombra roja*?'. Y ella,

ante mi asombro y admiración, miró a cámara y dijo: 'A usted, señora. A usted, señor. A ustedes, que me leen y me siguen, debo mi éxito'. Cuando hacíamos esas giras por las provincias, me daba consejos acerca de cómo llegar a la gente. 'Tenés que tener un método para llamar la atención, si no, ¿por qué te van a escuchar?' —me dijo una vez—. Decí algo que no sea real y después desmentilo. Por ejemplo, al comenzar una conferencia, podés decir que Dante no escribió *La divina comedia*. Después seguís hablando de otra cosa, y al final terminás diciendo que sí la escribió".

¿Cómo se llevaba con las otras dos reinas? Con Silvina Bullrich relativamente bien (tal vez porque era bastante mayor), aunque había un cierto grado de rivalidad. Con Beatriz Guido competía mucho más, aunque su hija Marta Juana la recuerda como amiga de la casa y rememora "los llamados desesperados de Beatriz cuando se peleaba con Babsy".

"Ambas tenían cosas parecidas. Eran muy locas, con distintos estilos. Beatriz tal vez era más querible, Marta era más calculadora. Pero las dos producían mucho, y cuando sacaban un libro ponían toda su fuerza en funcionamiento", me dijo el crítico Jorge Lafforgue.

"Eran los dos personajes fuertes de la época. A veces la gente las confundía, ya que eran bastante parecidas y tenían más o menos la misma edad —continuó Baracchini—. Una vez escribí una nota sobre Beatriz en una revista, y por error apareció que había nacido en 1914, cuando en realidad debió decir 1924. A Beatriz no le importó, pero si hubiese pasado eso con Marta, creo que me mataba".

"Había una rivalidad feroz entre Marta Lynch y Beatriz Guido —recuerda Liliana Heker—. Nunca supe cuál era la verdad respecto de las edades, porque cada una decía que era menor que la otra. Beatriz era una escritora notable, muy divertida, además. Marta, en cambio, no tenía sentido del humor. A veces parecían muy amigas, a veces enemigas, pero aun cuando actuaban de amigas, uno sentía una terrible vanidad".

"Se detestaban. Las tres, con justificadas razones —agregó Eduardo Gudiño Kieffer—. Se peleaban entre ellas, discutían mucho, no se querían. Siempre había entredichos y problemas. Marta era una persona generosa, pero estoy hablando desde una condición

masculina. Ese mundo de las tres, en cambio, era complicado. Igual es una lástima que ya no exista.

Una vez Beatriz Guido fue a un programa de televisión y le preguntaron qué opinaba de Marta Lynch. "Una gran, gran profesional", contestó. Cuando volvió a su casa, Marta, que había visto el programa, la llamó por teléfono y le dijo: "¡Escuchame desgraciada, más profesional será tu madre!". Y le cortó.

Cuando Beatriz publicó su libro *La invitación*, Marta declaró en el diario *La Opinión* que la novela tenía "un aire estancado que pertenece a los cincuenta", y también se refirió a los "furcios en los que se incurre cuando uno se plantea una narración de una clase a la que no pertenece"[143]. Más allá de la agresión que supone este comentario, hay un elemento indiscutible: mientras Beatriz Guido se dedicó principalmente a la descripción de familias de clase alta, los personajes de Marta son típicas figuras de una clase media a la que pertenecía y llegó en muchos aspectos a representar. "Estoy casada con un hombre perteneciente al patriarcado argentino, pero no me considero dentro de esa clase, aunque tampoco reniego de ella. Soy una argentina típica, una mujer de clase media, lo fui y lo seré, salvo que una catástrofe económica me sepulte en el proletariado. Mis criaturas son de la misma índole, y aunque a veces he estado tentada de escribir acerca de la vida de una clase aristocrática, me he detenido a tiempo", declaró alguna vez[144].

Pero el hecho es engañoso. "Marta se puso el Lynch y se vistió de Lynch toda la vida", dijo Martha Mercader. Ya fuera porque firmaba con el apellido de su marido, o por cierto dejo aristocrático que sin duda fomentaba (hay ejemplos concretos: cierta vez, al referirse a su relación con el sacerdote Carlos Mugica, dijo: "Discutíamos durante horas nuestra función de 'hijos de familias bien'[145]; en otra oportunidad declaró: "Me reprochan cierto matiz aristocrático de buena crianza"[146]), terminó personificando en el imaginario popular, junto con Silvina y Beatriz, un modelo de intelectual de clase alta, con toda su aureola de sofisticación y elegancia.

Hay otro factor a tener en cuenta, que se encarga de señalar Liliana Heker: "Existe una diferencia con mi generación, en la que los escritores pertenecemos a la clase media y la pequeña burguesía. La

generación de Marta Lynch tenía otros valores, entonces se endilgaban quién era de menos alcurnia. Marta Lynch decía que Beatriz Guido no era Guido sino Güido, con mucho desprecio, y Beatriz le endilgaba que no era Lynch sino Frigerio".

¿Existía entre ellas, además de rivalidad, una cierta solidaridad, no ya social sino de género? Me permito dudarlo. En tanto Silvina declaraba constantemente lo difícil que le resultaba vivir y trabajar siendo mujer, Beatriz intentaba que su literatura fuese asexuada, o que no se notase —o no importara— si había sido escrita por una mujer. "Parto de la premisa de que no soy una escritora, sino un escritor. La literatura con mayúscula no tiene sexo. Nadie le pregunta a Simone de Beauvoir qué sexo tiene, si se llamara Pierre daría lo mismo", decía[147].

Marta, por su parte, no renegaba en lo más mínimo de una condición que sin duda disfrutaba. Cierta vez declaró: "Nunca me ha irritado que se me juzgara como una mujer que escribe. No soy otra cosa más que una mujer que escribe. En ocasiones puedo hacerlo bien, mis caracteres masculinos son verosímiles, pero, ¿por qué o por quién habría de renunciar a ese hecho incontestable? Me irrita ese especie de engendros, de timorata y acomplejada ambigüedad, que insisten en su carácter de 'escritor'. Yo soy, me siento, una escritora"[148].

Pese a los enfrentamientos y las contradicciones, el destino se encargó de unirlas una vez más. Por distintas circunstancias, las tres descansan ahora en ese espléndido lugar rodeado de enormes y cuidados parques sobre la ruta Panamericana, donde Marta le pidió a Juan Manuel que le comprara la parcela: el cementerio Jardín de Paz.

141. Marta Lynch, "Biografía a mi manera".
142. *Para Ti*, diálogo entre Marta Lynch y Moria Casán.
143. Elsa Osorio, *Beatriz Guido*, Planeta, 1991.
144. Eduardo Romano (comp.), *El cuento argentino*, Eudeba, 1986.
145. "Mi último diálogo con el padre Mugica", periódico *Noticias*, 19/5/74.
146. Marta Lynch, "Biografía a mi manera".
147. *La Semana*, 1978.

148. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.

Los demás

Entre sus colegas generó algunos rechazos, pero cierta lealtad que sin duda poseía le permitió hacerse de afectos fuertes. Aunque tenía algunas amigas (como Alina Diaconú, a quien protegía), en general sus amigos eran hombres.

Eduardo Gudiño Kieffer la recordó así: "Fui muy amigo de Marta y de Juan Manuel, su marido, una de las personas más encantadoras que conocí. Cuando iba a comer a su casa, me sentaba al lado de él y nos moríamos de risa, a veces de los otros invitados. Ella organizaba comidas constantemente. Si yo le decía que tenía ganas de conocer a una determinada persona, la llamaba por teléfono y la invitaba. Teníamos una linda amistad, lo que sucedía era que ella era muy susceptible. Se ofendía por cualquier cosa, y uno no sabía por qué. Un día iba caminando distraído por la calle, ella pasó a mi lado y no me di cuenta, entonces pensó que no quería saludarla. Era muy vulnerable. Como le tenía mucho afecto y no quería ofenderla para nada, tenía que andar con pie de plomo para no lastimarla con zonceras. Recuerdo que una vez le dije: '¿Cómo andás, brujita?'. Se lo tomó tan mal que tuve que darle explicaciones, que no habrán sido muy convincentes. Era una mujer susceptible, impulsiva, con unas ganas tremendas de que la reconocieran".

"Era muy buena amiga de sus amigos —agregó Horacio Salas—. Por lo general nos reuníamos en el Florida Garden, era difícil que pasara una semana sin que nos viéramos. También venía a nuestras reuniones el poeta chaqueño Alfredo Veiravé, que en esa época viajaba a Buenos Aires una vez al mes. Formábamos una especie de trío muy lindo. La conocí cuando publicó *La alfombra roja*. Empezamos a vernos seguido en distintos actos, pero nuestra relación empezó a incrementarse a partir de 1964. En enero de ese año se celebró la Fiesta de las Letras en Necochea y pasamos una semana junto con otros cincuenta escritores. Yo era muy joven y fui con mi mujer. Estábamos recién casados, eso le hacía gracia a todo el mundo, y Marta nos tomó como protegidos. Como gané un premio en Necochea, quince días más tarde

me invitaron a la Fiesta de la Poesía en Piriápolis, Uruguay. Para mí fue tocar el cielo con las manos. Desayunábamos juntos, salíamos a caminar, hacíamos chistes. Charlamos mucho durante esos días. Ahí me enteré de que era catorce años mayor que yo, fue la única vez que me dijo su edad".

Su relación con Manuel Mujica Lainez no tuvo desperdicio. Se conocieron en la Fiesta de las Letras en Necochea, y al poco tiempo volvieron a verse en la reunión de escritores en Piriápolis. Allí Manucho hizo su primera observación sobre Marta: "Una mujer muy inteligente, sensible, con pasión política, que se casó demasiado joven". A partir de ese momento comenzó una fuerte relación, que no excluyó las confidencias sentimentales. Oscar Hermes Villordo, en su libro *Manucho. Una vida de Mujica Lainez* cuenta estas anécdotas:

Cierta vez que Manucho ganó un premio, ella decidió agasajarlo. Organizó una comida en su casa, y cuando llegó el momento de brindar, dijo ante el grupo de invitados: "Esta comida es para vos, Manucho, porque no sos zonzo como Borges, vanidoso como Ernesto (Sabato), ni vivís en París como Cortázar". Se hizo un gran silencio y Manucho contestó: "Gracias Marta, porque es mejor tenerte de amiga que de enemiga".

Cuando Mujica Lainez publicó *De milagros y melancolías*, ella le escribió una carta vehemente: "Vos, que te has hurtado cuidadosamente a lo largo de toda tu vida literaria poniéndote etiquetas de casas, de hadas, de duques, de enanos, de donceles, de mujeres casquivanas, debés al país y te debés un libro sangrante y real que justifique esta etapa que vives ahora, que uno te ve vivir, etapa que a fuerza de disparatada es conmovedora y digna del mayor amor".

Cuando el autor de *Bomarzo* le reprochó que actuara en política, le contestó con otra de sus contradicciones sobre el tema: "Me dices en tu carta que no haga política. ¿Quién te ha dicho que lo hago, Manucho?".

Él, mientras tanto, le daba consejos: "Metete en tus libros, Marta. Son nuestro gran socorro, nuestro gran privilegio. Escribe para ti y no para los demás (o por los demás)"[149].

Respecto del comentario a Mujica Lainez sobre Borges, años después la vi, en la presentación de un libro, arrodillarse a su lado mientras le

tomaba la mano y lo miraba con devoción. Con Sabato mantuvo una relación de amistad, aunque luego se alejaron. Comenzaron a tratarse en la época de la campaña de Frondizi, él frecuentaba las reuniones en lo de Marta y fue uno de los elegidos para leer los manuscritos de *La alfombra roja*. Sin embargo, cuando lo convoqué para este libro, prefirió no hablar de Marta. No terminó llevándose bien con ella, y le pareció "poco noble" recordarla después del suicidio.

En lo que concierne a Cortázar, aparentemente el hecho de que viviese en Francia le molestaba. "Su obra es más leída en la Argentina, aunque él no hable nunca de este país ni lo tenga en cuenta. Está totalmente desarraigado de la Argentina, pero tampoco se ha arraigado en Francia, por eso pienso que la suya es la literatura del desarraigo. Cortázar es un cuentista genial, un novelista notable, pero hay que evitar convertirlo en un dios intocado e intocable. Su condición de argentino es muy relativa, es lo mismo que querer ser invitado a toda costa a una fiesta. Él no piensa volver, pero nosotros somos los que le dimos la fama. Y somos tan masoquistas que a toda costa queremos esgrimir su condición de argentino, cuando él la ignora. Lo que pasa es que Cortázar descubrió el sistema de no equivocarse. Muy simple: cuando se está lejos uno nunca se equivoca"[150].

En otro reportaje insistió sobre el tema. "¿Por qué le creamos esa fama de argentino?" —le preguntaron—. "Porque es muy fácil inventar un ídolo para jorobar a los que estamos acá, a los que nos quedamos. Mirá, es así. Para embromar a Borges se lo exaltaba a Sabato. Para embromar a Sabato se lo exaltaba a Borges. Y entonces, para embromar a Borges y a Sabato salió Cortázar. Es decir, es un mecanismo muy argentino"[151].

Sin embargo, también se refirió a la "tremenda emoción" que sintió al conocer a Cortázar. Después de cartearse con él durante varios años, lo encontró en un viaje que hizo a París en 1969. Lo llamó por teléfono al día siguiente de llegar y le dijo: "Entonces, ¿es cierto que existís?". Se encontraron en el café Les Deux Magots, en Saint-Germain-des-Prés. "Ni le cuento la batata que tenía cuando hablé con Cortázar por teléfono, batata que me seguía al otro día, cuando iba a encontrarme con él. Iba por la calle como si volara, porque aparte de

admirar a Cortázar me gustan sus actitudes humanas. Y además yo lo había limbado a él con mis propias ilusiones. Veía en él al maestro, al escritor, al amigo"[152].

"Volvería a elegir a un par de amigos. Alberto Girri, por ejemplo, y la *Negra* Luna, bella y sensible", declaró en una oportunidad[153]. Con Girri se conocieron en 1975, a raíz de la muerte de un amigo común, Héctor Murena, marido de la escritora Sara Gallardo. Murena sufría del corazón y los médicos le habían prohibido el alcohol; sin embargo, siguió bebiendo y así provocó su muerte. Según Juan Manuel Lynch, fue allí que Marta empezó a plantearse el tema del suicidio. Con respecto a la muerte de Murena, Griselda Gambaro relata una anécdota que a su vez le contó Sara Gallardo: "Cuando su segundo marido, Héctor Murena, se suicidó, al poco tiempo le habían hecho una sesión de homenaje. Contaba entre risas cómo Marta Lynch la había desplazado de su papel de viuda ubicándose en el estrado: vestida de viuda, decía, Marta se había apropiado en su discurso de Murena poniendo de relieve una estrecha relación que según Sara nunca había existido. Habló con encanto y humor de esa sesión de homenaje, aunque siempre guardó para sí celosamente los datos de ese final de Murena que la tocó tan de cerca"[154].

Alberto Girri y Marta se encontraban muy seguido en la confitería Saint James de Córdoba y San Martín, para "hablar de literatura y de nuestras vidas, nunca de política". Frecuentemente, también, salían a comer junto con Juan Manuel. Su amistad fue tan grande, que al morir Girri en noviembre de 1991, la familia Lynch propuso que su cuerpo fuese enterrado junto al de Marta. En el Jardín de Paz, sobre sus tumbas, hay una placa de mármol que dice: "Marta Lynch, escritora. Alberto Girri, poeta". A continuación, aparecen las fechas de nacimiento y muerte de Alberto. Las de Marta no están.

La *Negra* Luna reconoció haber sido una de sus grandes amigas y confidentes, y justamente por eso no quiso hablar. Félix Luna, en cambio, sí me contó algunas cosas. Dijo que era "generosa y extravertida, aunque demasiado centrada en sí misma. Se aparecía por lo de la Negra, que tenía un negocio de artesanías, y no le importaba interrumpirla en su trabajo si tenía alguno de sus dramas para contarle". Y agregó una anécdota que a su juicio la pintaba de cuerpo

entero: “Un domingo, estábamos con la Negra en nuestra chacra. Había una tormenta tremenda, estaba todo inundado y nos habíamos quedado sin comida. De pronto vimos aparecer un auto. Eran Marta y Juan Manuel, que aparecían de sorpresa. Bueno, en dos minutos improvisamos algo para el almuerzo, con lo poco que teníamos. Nos sentamos a la mesa y yo, que estaba bastante molesto por la forma de llegar, sin siquiera traer algo para el postre, escucho que Marta empieza a largar una perorata sobre el imperialismo. Y ahí exploté, porque sus declaraciones políticas, que aparecían por todos lados, a veces me indignaban, y le dije que cómo se atrevía a abrir la boca alguien que había defendido a Montoneros. En uno de sus gestos teatrales, Marta se paró y dijo que no podía permanecer en mi casa un minuto más. Se subió al auto y Juan Manuel, resignado, la siguió. Pero el coche estaba empantanado por la lluvia y no había forma de que arrancara. Así que de pronto, me vi en la ridícula situación de estar empujando el auto con Juan Manuel y los peones mientras Marta, como una reina, miraba displicentemente por la ventanilla. Yo estaba furioso, pero al día siguiente me llamó riéndose del episodio y me pidió perdón, así que por supuesto la relación siguió como si nada. Así era Marta, o se la aceptaba o se la dejaba, y uno terminaba aceptándola”.

Cierta vez, le preguntaron a Marta Lynch qué opinaba de Marta Lynch. “Que es una persona bondadosa —dijo—. Desafío a que alguien venga a decirme que le he hecho algún mal. También soy una amiga leal, aun con los que no han sido leales conmigo. Soy una buena compañera de trabajo. Mis colegas conocen por experiencia la absoluta adhesión por la obra de quienes despiertan mi verdadera admiración. Y eso no es frecuente. Por lo general, en nuestro oficio se silencian los méritos de los demás. O algo mucho peor: se los tergiversa. Pero como a mí la vida me ha dado otras cosas, aparte de la literatura, tengo una especie de blandura y carezco de desesperación por mi oficio, que es lo que muchas veces hace dura a la gente”[155].

Sin embargo, nunca admitió que atacaran su obra. “Tenía una relación fuerte con la crítica e insistía en que le sacaran comentarios más bien favorables. Mi mujer, Nora Dottori, hacía crítica literaria en la revista *Siete Días* y escribió una crítica feroz sobre una de sus

novelas. Marta la llamó y le dijo de todo", recordó el crítico Jorge Lafforgue, para después agregar: "Cuando publicó no recuerdo cuál novela, me pidió que la leyera. Pasó un tiempo y no la leí. Poco después hubo una reunión en el Cinzano Club, en Paraguay y Florida. Había que acceder al piso veinte y después subir por escalera. Ahí, en la escalera, me agarró y me preguntó si había leído la novela, qué me había parecido, si me había gustado. Yo le dije que sí. Era una mujer con la que se tenía un diálogo nervioso, al menos en mi caso. Era muy compulsiva, te agarraba y te decía que le sacaras una nota, si podía ser buena, mejor". Por su parte, Alicia Jurado recordó que "cuando se publicó *La alfombra roja*, escribí una nota desfavorable en la revista *Sur* y ella se ofendió muchísimo".

Al publicarse *Al vencedor*, una de sus novelas más queridas, la revista *Primera Plana* —dirigida por Jacobo Timerman e importantísima como formadora de opinión en esa época— no la trató bien. Comentando ese episodio, Marta dijo haber hecho "caso omiso de las bestialidades que se dijeron sobre ese libro", y agregó: "Un fervoroso 'escritor' que también hacía de periodista, Tomás Eloy Martínez, escribió: 'La tierra baldía' bajo una foto en la que yo estaba lindísima, menos mal. Jacobo Timerman llamó a otro periodista, Francisco Herrera, y le dijo: 'Destruya a esa mujer'. Así se juegan las cosas en este país de Dios"[156]. Sobre la poca repercusión que tuvo esa novela, también declaró: "Mario Benedetti, a quien tanto quiero y recuerdo, dijo en un seminario de la Casa de las Américas que yo, en plena oscuridad sudamericana, había inaugurado la interpolación de tiempos en la narrativa local. Pero quizá cuando esté muerta, o cincuenta años después, se redescubra. Quizá —como siempre— lo descubra algún gringo estudioso, sin envidias ni prejuicios, en Michigan o Texas"[157].

"Cuando publicó *La señora Ordóñez*, escribí en *El escarabajo de oro* una crítica durísima —recuerda Liliana Heker—. Durante cierto tiempo, cuando nos encontrábamos hacía como que no me veía. Un año después me llamó y me dijo que quería verme. Nos encontramos en el Florida Garden y justificó mi crítica. Me dijo que había escrito la novela muy apurada, que había varios errores y había decidido corregirla guiada por mi crítica. Me sorprendió mucho su actitud".

Horacio Salas también relató un episodio: “Nunca había escrito un comentario sobre ninguna novela suya, no me gustaban lo suficiente como para escribir una nota elogiosa. Cuando publicó su último libro, *No te duermas, no me dejes*, me dio un ejemplar. Días después me llamó por teléfono y me dijo: ‘Horacio, te pido que me mandes una carta, aunque sea corta, muy elogiosa sobre mi libro, y que me la mandes con toda urgencia’. Nunca le escribí esa carta, y tres días después se suicidó”.

Sobre una crítica adversa a *Los cuentos tristes* comentó: “Una mujer horrorosa que se hundió luego en el anonimato los calificó en *Siete Días* como ‘los cuentos cursis’.”[158]. Al no recibir un premio que esperaba, dijo: “Leopoldo Marechal se había negado ácidamente a premiar *La señora Ordóñez* con la distinción Forti Glori como el libro más popular del año. No pudo darse mayor injusticia. Mi Blanca Ordóñez podía no gustar: nadie podía negarle, empero, el haber sido popular —el más— durante el año posterior a su aparición”[159].

“Soy algo masoquista, sufro tendencias depresivas, desvalorización, y mi lucha por sobrevivir con cierta dosis de normalidad es un gran esfuerzo”[160], dijo, y era verdad. Sin embargo, al mismo tiempo luchaba como pocos por obtener algo parecido al ideal de la plenitud, en todos los frentes. Sin excluir, por supuesto, el frente sentimental.

149. Oscar Hermes Villordo, *Manucho*.
150. *Gente*, 8/5/69.
151. *Extra* nº 46, mayo de 1969.
152. *Gente*, 8/5/69.
153. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
154. Griselda Gambaro, *Escritos inocentes*, Grupo Editorial Norma, 1999.
155. *Semana Gráfica*, 26/3/71. Entrevista de Diego Baracchini.
156. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
157. *Ibidem*.
158. *Ibidem*.
159. *Ibidem*.
160. *Ibidem*.

Cuando Marta era feliz en Lima

A mediados de los años setenta, el *Negro* Villordo trabajaba como periodista en el diario *La Prensa*. Un día ingresó a la redacción un joven de unos veinticinco años: tenía el pelo rubio, la cara infantil, casi aniñada, y se llamaba Héctor Izquierdo. Según Villordo, "entró al diario recomendado por un estanciero que era amigo del director. Este nos pidió a un grupo de periodistas que lo ayudáramos, porque no tenía experiencia, pero los demás se cansaron pronto, porque no era muy competente".

"Era un personaje simpático, aunque un poco altivo. En realidad, era medio chanta —agregó Antonio Requeni, quien en esa época también se desempeñaba como periodista en *La Prensa*—. Creo que provenía de una familia de dinero, o al menos daba esa impresión. Era buen mozo, rubio de ojos claros, y había trabajado como modelo. Estuvo viviendo en Hollywood y también en Grecia, pero de periodismo no sabía nada, hasta tenía faltas de ortografía. Nosotros tratamos de ayudarlo, pero yo tuve un problema por eso: lo ayudé a escribir una nota y el jefe de redacción me llamó para decirme que era evidente que la nota la había hecho yo, y que por favor no lo hiciera más".

Cierta vez, llegaron unas invitaciones para la Fiesta de las Letras en Necochea. "A mí me tocaba hacer la cobertura periodística, pero como las invitaciones eran dos, le propuse que también viniera —continuó Villordo—. Allá partimos, en tren. Recuerdo que en el viaje Héctor charló muy animadamente con Alicia Jurado. A la mañana siguiente fuimos los dos a la playa, y al volver nos cruzamos con Marta Lynch, que estaba sentada en la terraza de un bar, elegantísima, con una capelina blanca. No tuve ni tiempo de llegar al hotel que ella ya me estaba llamando. '¿Quién es esa belleza? ¿Lo acaparaste? —me dijo—. Presentámelo enseguida'.".

Así comenzó esta relación que duraría alrededor de dos años, y fue sin duda importante en su vida. Según Villordo, "lo protegía, le hacía regalos, y en cierta oportunidad me confesó que al fin le había llegado el amor: 'Lo miro y digo: sos vos, verdaderamente sos vos, y estás acá'.

Incluso lo llevó a El Paraíso, la casa de Manuel Mujica Lainez en Córdoba. Lo nombra en una de las cartas que le envió a Manucho, donde dice: 'Es el ser más bueno y noble que conocí en mi vida. ¿Por qué dicen esas cosas de él?'. Cuando llegó el fin, lo llamaba al diario y él se hacía negar".

Requeni también recuerda estos episodios, que llegaron a molestarlo. "No me gustaron algunas actitudes de Izquierdo. Primero se jactó de su relación con Marta, conducta que no me parece que corresponda a un hombre, y luego se jactaba de haberla dejado".

El periodista Diego Baracchini tampoco tenía buenos recuerdos: "Nos veíamos siempre en un bar de la Galería del Este. Era una relación despareja: Marta estaba pendiente de él, lo atendía constantemente, y en cambio él la trataba en forma displicente. Cuando estaba bien con él, ella brillaba. Izquierdo usaba el poder y el prestigio de Marta, de eso no hay duda. Siempre le pedía que vivieran juntos, pero si ella le hubiese dicho que sí, no sé qué hubiera pasado. A mí esa relación me molestaba bastante, porque ella se entregaba y él no. Además, salía con otras mujeres, no era honesto con ella".

Es probable que el *Negro* Villordo, quien nunca ocultó su homosexualidad, haya sentido celos del vínculo entre Marta y Héctor Izquierdo. Lo cierto es que mientras duró la relación, hubo cierta fricción entre ellos. Cuando escribió *La señora Ordóñez*, llegó la hora de la sutil venganza: Blanca Maggi de Ordóñez conoce en cierto momento a un inquietante joven llamado Rocky, quien se convertiría en un gran amor. El encargado de presentarlos fue Gigí, un homosexual al que describe con un cierto toque de patetismo: "Se moría por Rocky. Pacientemente lo seguía desde hacía un par de meses, intercambiaban poemas, acuarelas y algunas confidencias. Lo sabían todo el uno del otro. Gigí había conseguido robarle unas fotografías que adoraba antes de dormirse, pero a Rocky le gustaban bárbaramente las mujeres y Gigí no había hecho otra cosa que llevarlo de la mano hasta su perdición; porque Blanca Ordóñez era la encarnación del mal"[161].

Quien tenía un buen concepto de Izquierdo era el escritor Héctor Lastra, que también lo conoció bastante a fondo: "Era desvalido como un chico. Algo agresivo, pero a la vez muy medido, respetuoso y

sensible. Quienes digan que usaba a Marta, que se aprovechaba de su dinero y su prestigio, mienten. Era muy creativo y diagramó las portadas de dos de sus libros: *La señora Ordóñez* y *Cuentos de colores*. Me parece disparatado que digan que era un mantenido, cuando siempre se preocupó por su trabajo".

Sin embargo, Lastra reconocía que la relación entre Marta e Izquierdo "era, si se quiere, tumultuosa, con escenas que podrían parecer bastante violentas". Y citaba como ejemplo un episodio en el departamento de Izquierdo, en Talcahuano entre Santa Fe y Arenales, en el que tuvieron una discusión tremenda que fue interrumpida por un periodista que llegó para entrevistar a Marta. "Héctor quería que ella se separase, pero no lo consiguió", finalizó. Félix Luna también recordó cierta vez que Marta se refugió en su casa, después de una fuerte pelea con Juan Manuel por el tema de Izquierdo.

A Marta Lynch se le han atribuido muchas historias sentimentales y nunca hizo nada por desmentirlas. "Siempre se decía que andaba con varios hombres, tal vez porque ella cultivaba algo para que se pensara en eso", reflexionó Jorge Lafforgue. María Angélica Bosco dijo que "sus amores eran públicos, nunca fueron secretos", y Diego Baracchini agregó: "A Marta le podías contar todo, porque todo le parecía poco. Necesitaba contar historias románticas, que alguien se había fascinado con ella y le había enviado un libro, una carta, una flor".

Jacobo Timerman (quien contrariamente a su opinión, dijo haber sido uno de los artífices de su fama por la difusión que le dio a *La alfombra roja* desde la revista *Primera Plana*) afirmó que la gente se abalanzó sobre ese libro porque desde la revista se sugirió una relación amorosa entre Marta y Arturo Frondizi, que ella nunca negó. Son muchas las personas que aseguran que ella misma fomentaba que se le crease una imagen de mujer fatal, y que lo mismo hizo con Rogelio Frigerio, Mario Vargas Llosa y Emilio Eduardo Massera, de quien hablaré después.

"Tengo una historia privada en Bariloche", declaró en una oportunidad[162], y no puedo dejar de recordar una reunión a la que asistí poco antes de su muerte, en donde se acercó a un Vargas Llosa distante y le dijo: "Mario, qué suerte, te extrañaba, quiero que nos vayamos ya mismo a Bariloche en un avión particular". Sin embargo,

Vargas Llosa guarda un “excelente recuerdo” de Marta: “Fuimos muy amigos, ella iba mucho al Perú. Era muy buena amiga, el entusiasmo encarnado. Si había alguien que jamás pensé que pudiera suicidarse era Marta Lynch, pues parecía tener un amor a la vida extraordinario. Yo estaba en Londres cuando se suicidó, pero la había visto poco antes en Buenos Aires. Salimos a almorzar y estuvo como siempre, llena de humor, chistosa. Era un personaje muy divertido, con mucho encanto. Nadie hubiera imaginado que tenía un trauma, una depresión interior que la conduciría al suicidio. Fue una sorpresa total”.

Además de Izquierdo, existen otros amores con evidencias comprobables. “Un gran amor de Marta fue el profesor peruano Abelardo Oquendo”, recordó Horacio Salas, y tanto Félix Luna como Alberto Girri reconocieron haber recibido sus confesiones sobre su relación con un profesor de letras peruano, que a su vez era casado y no quería divorciarse. “Era muy enamoradiza y nos contaba, a Alfredo Veiravé y a mí, sus ilusiones. Oquendo era editor de la revista literaria *La mosca azul*, y especialista en la obra de César Vallejo. Marta lo conoció cuando viajó a Cuba”, afirmó Salas. A él dedicó su libro *Un árbol lleno de manzanas*, y fue sin duda importante en su vida. Como veremos más adelante, el apoyo y la influencia de Oquendo serían fundamentales.

También vivió un amor con el escritor Roger Pla. Leopoldo Marechal y su mujer, Elbia, los recibieron en su casa una trágica noche en que habían decidido huir juntos. Durmieron en el living y al día siguiente partieron hacia Córdoba, donde solo permanecieron unos días.

“Con Roger Pla era al revés que con Izquierdo, ya que él la quería —recordó Diego Baracchini—. Además, era otro tipo de vínculo. Pla era mayor que ella y tenía una carrera respetable, con mucho prestigio en su momento. El éxito y el prestigio eran muy importantes para Marta”.

“De su relación con Roger Pla me habló bastante —agregó María Angélica Bosco—. Pla iba a la casa, era amigo de la familia. Una vez, Marta y Juan Manuel viajaron a Mendoza, y cuando volvieron nos mostraron las fotos del viaje. Estábamos Juan Manuel, Roger Pla y algunas personas más. En una de las fotos, Marta aparecía abrazada a Juan Manuel. Roger, quien estaba un poco lejos de Marta, quiso ver las fotos, y ella se las compuso para hacerlas desaparecer. Juan

Manuel, que no tenía un pelo de tonto, pescó la maniobra y fue la única vez que lo vi molesto. En otra oportunidad, fui miembro del jurado para el Premio Municipal de Novela junto a Marta y el *Negro* Villordo. Para los tres, el mejor libro era *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, de Enrique Molina. Pero había otro libro para premiar, que era *Intemperie*, de Roger Pla. En esa novela, Pla alude mucho a Marta, y le pregunté si no le estorbaría premiarla. Y ella me respondió que con Juan Manuel estaban más allá del bien y del mal".

Al igual que con Izquierdo, Marta se mostraba abiertamente con Pla. "Siempre nos encontrábamos en la Richmond de Florida", recordó Baracchini, y agregó Salas: "En la Fiesta de la Poesía, en Piriápolis, ella estaba con Pla y no lo ocultó en ningún momento". Sin embargo, Roger Pla estaba enfermo y no tenía una buena posición económica. Finalmente, Marta lo abandonó, él quedó profundamente resentido y la utilizó como personaje literario en su novela *Intemperie*, bajo el nombre de Claudia.

El tema sentimental fue básico en su vida, causa de angustias y desazones tremendas que jamás ocultaba a sus amigos. Consultado al respecto, dijo Juan Manuel Lynch: "Nunca hablamos de esas cosas, no hay nada que me conste. Aunque lo que sí le aseguro es que nada de eso hizo peligrar en ningún momento nuestra relación. Fíjese si no a quién dedica Marta sus libros, del primero al último".

Es cierto. Su primera novela, *La alfombra roja*, está dedicada "A Juan Manuel Lynch, con cuya ayuda espiritual, moral y aun física he podido vivir". Y el último, *No te duermas, no me dejes*, aparecido poco antes de su muerte, "A Juan Manuel Lynch, siempre". En el medio, las dedicatorias van desde "A la maravilla de mis hijos, Enrique, Marta Juana, Ramiro" (*Los cuentos tristes*), "A mamá, detrás de su muralla" (*La señora Ordóñez*), y "A Abelardo Oquendo, con profunda gratitud. A Falucho y la Negra Luna, mis hermanos" (*Un árbol lleno de manzanas*) hasta "A Alberto Girri. A Enrique Pezzoni" (*Informe bajo llave*), por citar algunos casos.

Sin embargo, sus amigos lo contradicen: "Quien más puede hablar de todo esto es Juan Manuel, él sabía todo. Sabía que, para mantener la armonía conyugal, ella tenía que dar rienda suelta a sus relaciones románticas. Así que Marta no ocultaba nada porque procedía con total

libertad", opinó Alberto Girri.

Félix Luna estuvo de acuerdo: "Marta y Juan Manuel tenían una relación fuerte y conflictiva, porque entre ellos hablaban todo. Ella no ocultaba sus romances. Sin embargo, no creo en todo lo que decía porque era muy fabuladora". En esto último también coincidió Girri: "Mentía respecto de los hechos, pero no de la realidad que ella daba a esos hechos, así que no sé hasta qué punto eran ciertas las cosas que contaba". Marta Juana Lynch tampoco desconoce esas versiones, pero las toma con beneficio de inventario por su "carácter fabulador".

Entre tanta ambigüedad, algo es innegable: aunque muchas veces les dijo a sus amigos que pensaba separarse (Salas, Luna y Girri recordaron al profesor peruano, Lastra y Villordo hablaron de su fantasía de irse a vivir con Izquierdo), el vínculo con Juan Manuel duró hasta el final y existió entre ellos una especie de armonía que no opacaron las escenas ni las separaciones fugaces.

"Compartíamos infinidad de cosas. Todas las tardes me iba a buscar al escritorio o a alguna de las empresas en las que me desempeñaba, o nos encontrábamos en el bar del Plaza Hotel o en el del Claridge. Charlábamos, tomábamos una copa, y después nos volvíamos juntos a casa", recordó Lynch.

"Una vez que estaba en Europa, su hija la llamó por un inconveniente que había con Juan Manuel y ella volvió inmediatamente. En esa oportunidad me contó que tenía problemas con el marido, aunque esta vez era él quien parecía tener un romance. Yo le pregunté qué quería hacer. 'Mantener mi hogar', me respondió, y yo le contesté: 'Entonces dejate de joder'. Lo cuento porque otras personas después me comentaron que esa frase se hizo famosa. Juan Manuel le prestó un gran apoyo, porque Marta era una persona patética. No sé qué pueden decir los otros, pero yo la consideraba patética. Toda esa inestabilidad sentimental, esa manera de ser, venía de su desequilibrio mental. Siempre pensaba que no la consideraban bastante. Quería llegar al punto más alto, era como una angustia, una desesperación por conseguir eso. Además de figurar, ella no podía alcanzar esa armonía de vivir. No era una mujer común. Yo no era su amiga íntima, pero teníamos una relación de bastante cariño. No teníamos similitudes, pero la comprendía, entendía su diferencia",

contó María Angélica Bosco.

En realidad, no se privó de casi nada. Tuvo su carrera, muchos amigos, entró y salió de su casa con libertad absoluta y viajó muchísimo, a veces con Lynch ("Íbamos todos los años a Europa: comprábamos la guía *Michelin*, alquilábamos un coche y salíamos a la deriva", recordó él con nostalgia), y muchas veces sola. Recordemos el viaje a Suiza con los Luna, que duró siete meses. Hizo incontables escapadas a Perú (en una oportunidad declaró que fueron cuarenta y dos[163]), y hasta llegó a alquilar un pequeño departamento en la avenida Arequipa.

Sobre uno de esos viajes, Horacio Salas guardaba un excelente recuerdo. "En agosto de 1971, fuimos con Alfredo Veiravé y con Marta a un congreso de literatura y nos divertimos muchísimo. Tanto, que hay un poema de Alfredo titulado *Cuando Marta era feliz en Lima*, que da una idea muy clara de esa semana loca que pasamos. Nos reíamos de todo como chicos. Por ejemplo, Marta entraba a un negocio de antigüedades y decía: '¿Quién puede comprar esto? ¡Qué porquería!'. Éramos un trío de adolescentes en medio del serísimo encuentro, donde había gente importante y se discutían temas importantes. A cada rato nos pedía que dijéramos algo trascendente, porque era una manera de lucirse con sus niños. Además, estaba Oquendo. Todo lo que dice Veiravé en su poema tiene su sentido".

Cuando Marta era feliz en Lima/ la soledad saltaba de la niebla como un sueño/ aguda como una flecha de plata porque el tiempo había quedado derrotado/ entre ejércitos de cariños locos/ y todos éramos amigos: un gran tesoro en el Museo del Oro/ esa forma de reírnos porque sí/ como gaviotas ebrias, en un cielo encerrado de recuerdos[164].

Participó también en congresos de escritores en Cuba, México y Ecuador, y pasó una temporada de dos meses en España, trabajando en su novela *La penúltima versión de la Colorada Villanueva*. "Como siempre decíamos, yo era una especie de portaviones —agregó Lynch —. Ella salía y volaba, pero siempre volvía a la cubierta".

Pese a ser tan confidente con sus amigos y mostrarse abiertamente con sus romances, siempre cuidó que esa parte de su vida no se mezclara con su imagen pública. Así lo demuestra el siguiente reportaje:

—*¿Qué se negaría a contestar?*

—Preguntas sobre mi vida privada. Me sacan de quicio, y además, como soy terriblemente fantasiosa, es posible que, de decidirme, solo contestaría irrealidades y mentiras.

—*¿Usted divide en dos su vida privada y profesional?*

—Absolutamente. Lo que vivo de verdad, eso lo sé únicamente yo. Y con quién.

—*Sin embargo, se la escucha opinando sobre los temas más opuestos.*

—Eso es responsabilidad profesional. Lo desafío a que me diga cuándo he hablado sobre mi amor, mi familia, mis dramas y mis embelesos interiores.

—*¿Así que es introvertida?*

—La peor de las introvertidas, porque parezco una atolondrada que larga todo lo que tiene adentro a la menor provocación. Y no hay nada de eso[165].

Con respecto al tema de la infidelidad, hizo algunas declaraciones en abstracto:

"Me parece que es algo muy doloroso. Es algo muy triste, muy trágico, muy rechazante. Pero creo que acá también entran en juego las circunstancias. La infidelidad es una enfermedad del amor. Implica que hay una fisura en ese andamiaje que es la pareja"[166].

"Ya es tiempo de que el hombre vaya aceptando esta posibilidad (la de la infidelidad de la mujer). Hasta hoy él únicamente tuvo permiso. ¿Por qué no puede tenerlo la mujer? ¿Porque lo dice la educación que recibimos?[167].

De Juan Manuel Lynch sí habló: "Me han querido mucho. Me han amado mucho. He sido completamente feliz con el hombre con el que me casé y volvería a casarme con él si volviera a vivir otra vez. Juntos hemos tenido terribles problemas existenciales, que los hemos superado sobre la base de un profundo amor y de una denodada voluntad para no deshacer el lazo que nos había unido sin que nada mediara en ello, ni el interés, ni el qué dirán, ni la existencia de los hijos. Tanto el doctor Lynch como yo mentiríamos si dijéramos que nos hemos quedado juntos por una conveniencia o por la familia. Nos quedamos juntos el uno por el otro, a pesar de todos los altibajos, a pesar de todos los conflictos. Pienso que a él le debo la mitad de lo que

soy. Lo conocí siendo una chica y Juan Manuel moldeó mi carácter y me ayudó: me ayudó a escribir, a sobrevivir en mis crisis, en las situaciones que ninguna otra persona del mundo (y mucho menos un hombre) lo hubiera hecho"[168].

"Siempre, al referirse a su marido, decía 'el doctor Lynch'", recordó Horacio Salas. "No cualquier mujer puede tener una vida como la que ella tuvo y seguir contando con la protección del marido. Marta era una mujer que tuvo protección, y no me refiero solo a lo económico", reflexionó María Angélica Bosco, quien después agregó: "Una vez, un amigo mío estaba en París. Tenía que buscar a alguien en el aeropuerto, y de pronto la vio a Marta. No se conocían, pero él la reconoció porque ella aparecía en todas las revistas. Cuando Juan Manuel bajó del avión, la abrazó y le dijo: 'Querida, perdóname que te haya hecho esperar'. Eso no es de un matrimonio que se lleva mal, pues no tenían testigos".

"Marta tuvo la suerte de tener al lado a alguien que la amara tanto", aseguró Eduardo Gudiño Kieffer. Sin embargo, Lynch me confió: "Si ella hablara, podría contar cómo me apuntalaba a mí. Enriqueció muchísimo mi vida".

Como siempre, lo que callaba aparecía en sus libros. Ya dijimos que Héctor Izquierdo le dio el material de inspiración para crear a Rocky, ese personaje ambiguo y seductor que trastornó la vida de la señora Ordóñez.

Quince años de arrugas, de masajes y cansancio físico son un buen bloque protector. Me dormí para soñar que alguien me descubría en un hotel de citas. Más tarde era extorsionada por dos muchachas parecidas a mis hijas. Rocky reclamaba su parte. Me desperté gritando, pero Raúl respiraba con tranquilidad y el cuadrado gris de la ventana estaba encendido a medias. Pablo se desintegraba en su ataúd y yo dormía al otro lado de los riesgos con un subconsciente poderoso que me dictaba sueños insólitos, castigos y peligros de medianoche. Giré en la cama para dar gracias a Dios y para llorar con tristeza los quince inmundos años que quedaban descubiertos.

Pero al día siguiente la voz de Rocky en el teléfono era cortante e infantil. Titubeó al llamar.

—Soy Rocky —dijo[169].

161. Marta Lynch, *La señora Ordóñez*.
162. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
163. *Vosotras*, 12/2/81.
164. Alfredo Veiravé, *El imperio milenario*. En la contratapa incluye comentarios de Abelardo Oquendo y Mario Vargas Llosa.
165. *Para Ti*.
166. *Gente*, 7/3/85.
167. *Gente*, charla entre Marta Lynch y Luisina Brando.
168. *Semana Gráfica*, 26/3/71.
169. Marta Lynch, *La señora Ordóñez*.

Cuba, el chárter y el Movimiento

Pero escribir no fue su única actividad profesional en esos años, y paralelamente iniciaría una etapa importantísima. En 1970 fue invitada a ser jurado en el concurso Casa de las Américas, en Cuba (oportunidad en la que conoció a Abelardo Oquendo), y de allí surgieron otras invitaciones: al Perú (donde luego iría tanto), a Ecuador, a Chile ("Comencé a viajar casi mensualmente y hasta la voz, la forma de expresarme, las palabras, el tono, cambiaron conmigo"[170]) y se relacionó con Octavio Paz, Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez.

Cuba le fascinó. Y todo el apasionamiento puesto primero en el desarrollismo y después en la literatura, se volcó entonces a la revolución castrista: "Yo siempre dije que para la vida de una mujer no había ninguna experiencia más saludable ni más fuerte que la de tener un hijo. Lo sigo pensando, pero si me preguntan cuál de todas las otras experiencias es la que, en mi caso, más se acerca a ella, tendría que decir que es la impresión que sentí en 1970 en La Habana, Cuba, cuando comprobé que el dinero es agua. Es decir, mi vida está sujeta a otros cánones que no son cuadraditos de papel. Esa sensación, que solo se recibe cuando uno ya ha pasado varias semanas allí, fue para mí equivalente a la experiencia de la maternidad, que por cierto ha sido exitosa y profunda"[171].

Antonio Skármeta, quien también participó de ese viaje, les comentó después a varios amigos: "Todo le parecía maravilloso. La llevaban a cualquier lugar, algunos de los más horrendos, y a ella todo le parecía fascinante".

A partir de allí, su pasión se trasladó a Latinoamérica: "El mundo de América prehispánica cayó sobre mi asombro, colmándome. De la muchacha balbuceante y atropellada de *La alfombra roja* salió una mujer ávida de nuevas lecturas, una devota del culto del idioma, una investigadora de su propia interioridad. Uní, por primera vez, fondo y forma: había encontrado una voz. Marta Lynch subía sobre los hombros de Marta Frigerio haciéndola retroceder. Enhorabuena.

Cálido y frenético pasó el tiempo y el tiempo dio paso a nuevos libros. ¡Cómo amé el Perú! ¡Cuán hondo caló en mí ese país entrañable en una naturaleza que aún no tenía forma definitiva! ¡Cómo es que me sentía serrana, costeña o selvática, según fuera a Lima, a Cuzco o a Iquitos! Vargas Llosa me recordaba sonriente: 'Ya no hablas como porteña sino como una colombiana culta'. O si no, ese requiebro terrorífico: '¡Eres tan excelente que no pareces argentina!'."[172].

En 1970 apareció *Cuentos de colores*, libro por el que recibió el Premio Municipal de Literatura. El hecho aparentemente la sorprendió, porque años más tarde dijo: "Yo no soy escritora de premios. Fui siempre demasiado discutida, demasiado vista más por los ojos del prestigio que por la razón"[173].

Al comentar la aparición de esos cuentos (a los que definió como "algo serios, algo rígidos, duramente sujetos a una acuciante visión del mundo vigente"), aprovechó también para hacer referencia a una de sus más importantes historias de amor: "El premio coronó uno de los años más perfectos de mi vida, 1971. Y aun así, estaba tan absorbida por mis propias delicias interiores, por mi apremiante afán de vida, que no concurrí a recibirlo el día en que me lo otorgaron: estaba en Lima, comiendo en el Country, en un coqueto restaurante donde festejé privadamente aquel venturoso regalo"[174].

A esa altura su editor ya no era Jorge Álvarez, el rico y polémico personaje de la vida cultural argentina, con quien las cosas no habían terminado demasiado bien. "Nunca vi un centavo. De todas las veces que fui estafada en mi vida literaria —y fueron muchas— nunca lo fui tan absolutamente. Tampoco vieron un centavo Manuel Puig ni *Falucho* Luna. Jorge Álvarez era, sin embargo, un tipo encantador, al que recuerdo con cariño. Quizá porque en esa época yo era feliz y estaba a punto de serlo más"[175]. A partir de allí y hasta su muerte, publicaría en Editorial Sudamericana.

Cuentos de colores incluye un cuento titulado "El cruce del río", que sería la base de su próxima novela, aparecida más adelante con el mismo título. El cuento tiene la particularidad de haber sido escrito en dos versiones: una cubana y otra local. "Yo lo había leído en la revista *Casa de las Américas*. Un año después apareció en *Cuentos de colores* totalmente cambiado, para uso local —cuenta el escritor Mario

Goloboff—. En las dos versiones se relataban los últimos días de la guerrillera Tania y su asesinato en la selva boliviana. Pero en la versión cubana era un cuento guerrillerista, y en la otra apareció totalmente lavado. Transformó toda huella política que había querido presentar a los cubanos y le quitó las referencias concretas de lugares y personajes. En la versión cubana, el cuento está dedicado 'A Tania, ciudadana argentina y guerrillera, muerta por los soldados del régimen de Barrientos en Bolivia, agosto 1967'. En la versión local, simplemente se lee: 'A María Estela Ocampo'. O Tania se llamaba María Estela Ocampo y no Tamara Bunke, o Marta Lynch cambió la dedicatoria".

En esa época Goloboff y su colega Vicente Battista publicaban una revista titulada *Nuevos Aires*, y dedicaron una página a este episodio. Marta se enojó mucho con ese artículo, publicó un desagravio en *El escarabajo de oro* y también se ocupó de dar una larga explicación en un reportaje: "La muerte del *Che* Guevara me sumió en la desesperación. Sentí que estaba sola, no sola con los míos, que me comprendían, sino sola intelectualmente, es decir, había pocos escritores —por no decirte ninguno— que entendieron lo que yo sentía, lo que yo quería decir. Quizá solo Dalmiro Sáenz, que es un hombre de gran sensibilidad. O Marechal. Por ese entonces leí "Reunión", el extraordinario cuento de Cortázar, y de pronto me sentí confortada. Le escribí. Cómo habrá sido mi carta que en seis días fue y volvió la respuesta. Estaba desesperada. Entonces comenzamos a cartearnos, y en esa euforia de las cartas que iban y venían escribí un cuento, "El cruce del río", y se lo mandé tal como había salido de la máquina, dedicado a la guerrillera Tania, porque él sabía lo que yo quería decir con eso. No le pedí que lo publicara en Cuba ni en ninguna parte. Sin embargo, Julio lo envió a la revista *Casa de las Américas* y allí apareció. Mientras tanto, yo había recopilado las páginas que formaron *Cuentos de colores* y había incluido "El cruce del río", pero en otra versión. Porque me había dicho: si yo pongo al Comandante como el personaje que dirige el grupo —según el cuento original— me escapo por la tangente, porque actualmente la figura del Che es tan indiscutida como podría ser la figura de Cristo. ¿Quién te va a cuestionar que hagas una alusión al *Che* Guevara? Al contrario,

eso no es comprometerse ni arriesgar una opinión política. Entonces decidí poner en lugar del comandante un teniente, porque un teniente del ejército argentino sí está en cuestión, sí hay que soportarlo las veinticuatro horas del día, sí hay que admitirlo en el planteo de un argentino medio. Un teniente o un capitán o un mayor o un general del ejército. Eso sí es dar tu opinión. El paisaje elegido podía ser el de cualquier lugar de nuestra América, porque ese tipo de lucha no se da solamente en Bolivia sino en cualquier otro lugar del continente. También en nuestra Argentina, porque por más que queramos convencernos de que somos blanquitos, alfabetos, ricos y cultos, eso se va a dar en nuestro país. Ya se está dando. E hice una cosa que me pareció correcta en mi estructura cotidiana: le dediqué el cuento a la novia de mi hijo porque ella es una joven que tiene ideas progresistas, que pertenece a las nuevas vanguardias argentinas, cuya ideología es total y afortunadamente distinta a la que fue la mía, sideralmente opuesta a la de mis padres. Este cambio fue realizado con tanta honestidad que en junio de 1970 el libro estaba en manos de Mario Benedetti, que trabajaba en el Instituto de Investigaciones Literarias de La Habana, estaba en manos del poeta Roberto Fernández Retamar, y lo había mandado a mis amigos del Perú, Chile, Colombia, Cuba y México. Si yo hubiese tenido una doble intención o hubiera querido ponerme el parche antes de que saliera el grano, ¿te parece que habría estado repartiendo el libro para que todo el mundo se enterara de la versión que yo había publicado en la Argentina? Además, quien me conozca a mí y conozca mi absoluta inconsciencia en materia de declaraciones —¡mi absoluta inconsciencia!— no puede pensar otra cosa. ¡Y el que lo haga, o está actuando de mala fe o no me conoce o me quiere embromar! Como esos jóvenes —no tan jóvenes— de una revistita que para vender más ejemplares anuncian en tapa, con grandes caracteres, un artículo contra mí dedicado a este asunto”[176].

“Al tiempo, yo estaba exiliado en Barcelona y Marta fue de visita —recuerda Vicente Battista—. ‘¡Qué alegría, qué ganas tengo de verlo!’, comentó cuando le dijeron que yo estaba viviendo allí. Cuando volví a Buenos Aires en 1984, la encontré en el Centro Cultural General San Martín y me saludó muy bien, como si no hubiese pasado nada. Mis peleas con Marta habían empezado antes del episodio de la revista. En

una mesa redonda en la que participamos junto con Abelardo Castillo y Bernardo Kordon, después de contar su viaje a Cuba ('estuve con Gabo, con Julio, con Mario') empezó a hablar del mercado editorial, cosa que ahora es común pero en esa época resultaba indignante. Entonces me harté y le dije que estábamos hablando de literatura, no de ventas. Se puso mal y me contestó: 'Sos un resentido porque vos no vendés nada'. Después se levantó y se fue. En la nota en *El escarabajo de oro* hace mención a ese episodio".

La novela *El cruce del río*, publicada dos años después, trascendió muy poco y sobre el tema dio tres versiones diferentes. Cuando en un reportaje le preguntaron si alguna vez había sido censurada, contestó: "Muchísimas veces. Tengo un libro que ha sido calificado de venta limitada. Es una novela, *El cruce del río*, y los libreros no lo pueden exhibir, vale decir, está sentenciado a muerte"[177]. Sin embargo, en otra oportunidad declaró: "El intento falla por su base y la novela toda se resiente por un profundo desfasaje. La 'prudencia' de mis editores (no censura alguna) la ha sacado de circulación"[178]. Y luego dio una tercera versión: "He tenido libros de ventas delirantes, como *La alfombra roja* y *La señora Ordóñez*. Y otros que no se vendieron nada, como *El cruce del río*, a pesar de que yo creo que es una excelente novela"[179].

"*El cruce del río* se enmarca en aquella ficción intelectual nuestra que tenía que ver con la redención, con la justificación de la existencia a partir de la política, con la transgresión del orden y con otras cosas que hoy todos prefieren olvidar", reflexionó Jorge Asís.

Porque además había descubierto el peronismo. La Marta Lynch que "cuando cayó Perón vivía en babia, absolutamente en babia"[180], la misma que en una carta le reprochó a Ernesto Sabato el hecho de ser amigo "de ese peronista de Marechal", al volver de Cuba descubrió el peronismo revolucionario. "Si menciono tan largamente mi viaje a Cuba es porque esa Marta más exigente consigo misma y más generosa y justa con los demás (es decir la que volvió de la isla) al enfrentarse con las estructuras actuales del peronismo no sintió ningún malestar. O sea, lo que ofrece el peronismo a una persona de mi generación, en la plenitud de la vida, con la plenitud de sus fuerzas, con los riesgos, la aventura existencial y el esfuerzo que implica esta radicalización del

movimiento peronista, es lo más coherente que se pueda encontrar. No hay una separación tajante entre una experiencia y otra: el peronismo de 1973 es lo más profundamente transformador y lo más revolucionario que se puede ofrecer en materia política y social"[181].

"En esa época le dijo a Bioy Casares: '¡Pero Adolfito! ¿Cómo podés no ser peronista? ¡Uno tiene que ser peronista!'.", recordó Horacio Salas.

Todo empezó con una invitación que logró recibir para integrar el vuelo chárter que trajo de vuelta a Juan Domingo Perón al país en 1972, después de un exilio de diecisiete años que comenzó cuando fue depuesto, en 1955. Tras tres años de gobierno militar asumiría Arturo Frondizi, quien también sería depuesto en 1962. Al año siguiente se convocaría a elecciones y, con el peronismo proscripto, asumiría el radical Arturo Illia, quien gobernó hasta 1966, cuando también fue depuesto por un nuevo golpe militar. Durante esos años, su dedicación a la vida literaria fue exclusiva y no actuó en política. Pero al final de ese proceso, cuando gobernaba el país Alejandro Agustín Lanusse, el viaje a Cuba y el regreso de Perón, con toda la carga mítica que traía aparejada, le recordaron viejos entusiasmos. "No entiendo cómo llegó a ese avión, por arte de qué magia, pero puedo intuirlo", acotó Noé Jitrik.

Aunque luego se encargaría de aclarar que no era militante peronista y que viajó en el chárter como mera observadora, su natural estilo la llevó a vivir los hechos con animación. Fueron ciento cincuenta las personas que viajaron, por distintos motivos. Hugo del Carril, el sacerdote Carlos Mugica, Guido Di Tella, Chunchuna Villafañe, Miguel Bellizzi, Juana Larrauri, Marilina Ross, Irma Roy, Lorenzo Miguel, Antonio Cafiero, Silvana Roth, Raúl Matera, Alfredo Gómez Morales y José María Rosa, entre otros, desembarcaron en una Roma neblinosa, que bajo el mediodía de noviembre les dio una "melancólica bienvenida"[182].

Allí se encontraron con el líder, quien había viajado desde Madrid con su pasaporte paraguayo. Fue la única vez que lo vio personalmente, aunque ya lo había retratado en *La señora Ordóñez*. Esa misma noche se dirigieron al *jet* de Alitalia que los trasladaría a Buenos Aires. En la cabina de primera clase, junto a Perón y su mujer,

Isabel Martínez, viajaron José López Rega, Héctor J. Cámpora, Raúl y Norma Lastiri (yerno e hija de López Rega) y varios peronistas de la primera hora.

Mientras tanto, el régimen de Lanusse extremaba las medidas de seguridad. Ese lluvioso viernes 17 de noviembre, el aeropuerto de Ezeiza fue rodeado por treinta y cinco mil tropas, tanques y piezas de artillería. Unos trescientos espectadores cuidadosamente inspeccionados y mil quinientos periodistas lograron entrar. A la vez, numerosos grupos marcharon hacia el aeropuerto con bombos y pancartas, pero mucho antes de que pudieran llegar, una espectacular concentración de tropas lanzó una descarga de gases lacrimógenos que los obligó a volver atrás[183].

En ese clima, el DC-8 blanco de Alitalia, bautizado con el nombre de Giuseppe Verdi, aterrizó en Ezeiza. Perón fue trasladado al hotel del aeropuerto, donde se decidió demorarlo. Los hechos eran transmitidos en directo por televisión, y allí se podía ver a varios pasajeros del chárter. Yo seguía esos sucesos desde mi casa, y sinceramente no recuerdo si apareció Marta. Recuerdo, sí, haber visto y escuchado a Marilina Ross, desesperada por el cautiverio de Perón. Recién cuando amanecía el día siguiente, el general obtuvo su liberación y se trasladó a su casa de la calle Gaspar Campos, en Vicente López.

A pesar de sus afanes y entusiasmo, Marta fue en el chárter una pasajera más, sin lograr ningún tipo de protagonismo. Tanto es así, que el resto de los pasajeros prácticamente no recuerda que haya estado. Sin embargo, en esa época circuló una anécdota bastante maliciosa, cuya veracidad no pude comprobar: Marta habría intentado conversar aunque fuera unos minutos con Perón. Se habría acercado al sector de primera clase y solicitado ser atendida. Según esta versión, cuando un emisario le comunicó: “General, la señora Marta Lynch lo está esperando y quiere hablar con usted”, Perón respondió: “Ahora no tengo más tiempo, pero dígales a los muchachos de Villa Lynch que cuando llegue a Buenos Aires los voy a recibir”.

Pese a su desilusión por no haber logrado cruzar una sola palabra con Perón en todo el viaje (en un programa de televisión se quejaría por eso) es fácil imaginar la excitación con que habrá vuelto a su casa. Qué otra cosa cabía, entonces, que adherir al Movimiento.

170. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
171. *Siete Días*, marzo de 1973.
172. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
173. *Ibidem*, pag, 64.
174. *Ibidem*.
175. *Ibidem*.
176. *Semana Gráfica*, 26/3/71.
177. *Radiolandia*, 5/11/82.
178. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
179. Eduardo Romano (comp.), *El cuento argentino*.
180. *Gente*, 23/3/78.
181. *Siete Días*, marzo de 1973.
182. *La Opinión*, noviembre de 1972.
183. Joseph A. Page, *Perón*, Javier Vergara, 1984, tomo II.

A Ezeiza, dijo el país

El 25 de mayo de 1973, por una proscripción impuesta a Perón, su delegado Héctor J. Cámpora asumió la presidencia de la nación. Después de haber decidido su postulación como candidato, el líder había retornado a España junto con Isabel Martínez, López Rega y el mismo Cámpora en diciembre del 72, previo paso por Paraguay (donde se reunió con su viejo amigo Alfredo Stroessner) y por Perú (donde estuvo con el presidente Juan Velasco Alvarado y brindó una conferencia de prensa, en la cual hizo declaraciones en contra de la insurrección en la Argentina y se definió a sí mismo como un "león herbívoro").

La ceremonia de asunción de Cámpora —a la que concurrieron más de un millón de personas— permitió que la izquierda peronista quedara al descubierto como nunca antes. Según recuerda Joseph Page[184], "alguien pintó la leyenda Casa Montonera sobre una de las paredes laterales de la Casa Rosada. Los estribillos entonados saludaban al 'socialismo nacional', 'los fusiles de Perón', 'el Tío en el gobierno y Perón en el poder', Chile y Cuba. Uno de los gritos era: 'Vivan los Montoneros que mataron a Aramburu!'.". Tenían el apoyo del viejo líder, quien aparentemente los estimulaba sin dejar por eso de rodearse de los sectores de la derecha más reaccionaria.

Marta simpatizó desde un principio con Montoneros y apoyó el gobierno de Cámpora con sus declaraciones aun antes de que asumiera: "El 25 de mayo se pone en funcionamiento la enorme máquina, y allí no se podrá decir que no: donde nos llamen, habrá que plantar cualquier cosa y ponernos a colaborar, aunque haya que sacrificar un trabajo o un prestigio personal. ¡Claro! Me dirán que el peronismo es lo más heterodoxo que pueda existir. De acuerdo. Pero en esa heterogeneidad encuentra su dinámica. Es un riesgo: puede conducir a un gran barullo hasta que las fuerzas se reacomoden. Allí hay derecha y hay izquierda, hay ultraderecha y ultraizquierda, hay centro. Pero, ¿no es ese el país? ¿No es esa la representación viva de lo que es la Argentina? Claro, si hacemos un planteo ortodoxo me dirán:

‘Marta, estás diciendo cualquier cosa’. Pero yo, a esta altura de mi vida (y creo que mucha gente también, por lo menos siete millones de personas) mandé al diablo la ortodoxia, lo que me interesa es que se avance, concretamente.

“Por supuesto que llegado el momento yo me voy a jugar a favor de las vanguardias juveniles, como estoy segura de que también lo advirtió el general Perón a los diez minutos de llegar a la casa de la calle Gaspar Campos. Fue para todos evidente que el poder de movilización del Movimiento se trasladó de un plano exclusivamente sindical al plano de las grandes vanguardias juveniles. Además, ellos sostienen la fuerza del Movimiento en todo lo que tiene de nuevo y renovador la ideología, aunque la teoría del Tercer Mundo sigue siendo la misma que propuso Perón hace veinticinco años”[185].

Durante la gestión de Cámpora, la violencia entre el ala izquierda y el ala derecha del peronismo generó un clima de anarquía que hizo que el regreso del viejo líder se considerase indispensable.

Cuando Perón volvió definitivamente al país, el 20 de junio, se calcula que tres millones de personas fueron al aeropuerto de Ezeiza a recibirlo. La expectativa era enorme, y aunque desde la noche anterior comenzaron las tensiones entre los distintos grupos y se escucharon algunos disparos, en general había un clima de alegría y festividad. El maestro de ceremonias era el actor, cantante y militante peronista Leonardo Favio.

El avión debía aterrizar a las tres de la tarde. A las dos y media, la Orquesta Sinfónica Nacional comenzó a tocar la marcha peronista y fue allí cuando comenzó el desastre. No hay informes oficiales, pero por lo menos murieron veinte personas y hubo cuatrocientos heridos. Algunas versiones, incluso, indican que los muertos pudieron haber ascendido a varios centenares. El avión de Perón fue desviado hacia la base aérea de Morón, y desde allí el líder partió hacia Buenos Aires en helicóptero. Aunque lo que ocurrió aún se discute, en palabras de Horacio Verbitsky el hecho fue “la gran representación del peronismo, el estallido de sus contradicciones de treinta años”. Además, cerró “un ciclo de la historia argentina” y configuró “los años por venir”[186].

Por supuesto, como tantos, Marta también estaba allí. Se había ubicado en el sector reservado a la prensa, ya que escribiría una nota

para *Clarín*. “Estábamos juntos en el palco, muy cerca del estrado desde donde se suponía que iba a hablar Perón, que estaba cubierto por vidrios blindados —recuerda Antonio Requeni, quien cubrió el episodio para el diario *La Prensa*—. En medio de las ráfagas de ametralladora, nos tiramos al piso. Yo me puse detrás del violoncelo de la Orquesta Sinfónica y ella estaba a dos o tres metros, más cerca del estrado. Desde allí seguimos escribiendo. En un momento se me acabó la tinta de la lapicera y me arrastré cuerpo a tierra hasta donde estaba Marta, que me prestó un lápiz”.

Estos son algunos párrafos de la nota que Marta publicó en *Clarín*:

“A Ezeiza, dijo el país. Y el pueblo argentino —esta vez lo vi, entró por mis ojos, por mis oídos, enronqueció mi voz, morirá cuando me toque morir y renacerá en el argentino que nazca al día siguiente—, el pueblo fue a Ezeiza. Nadie podrá olvidar ese río humano, desbordante, abigarrado, único en la historia que llegaba a bocanadas como si más firme que las distancias, que el frío, que la intemperie, que los años de explotación y de proscripciones fuese la voluntad de construir y renacer gloriosamente.

“Tiene razón el general Perón cuando afirma que el peronismo es una creación del pueblo argentino. El pueblo lo creó, lo sostuvo, lo adaptó a sus necesidades, creyó en él, trabajó por él, murió por él. Es, pues, una creación salida de su mismísima entraña. Y allí estaba el pueblo y su creación contra la que nada ha podido el imperialismo, la oligarquía, la demagogia, el confusionismo, el soborno, la amenaza, la dádiva, la tortura, la muerte. Nada en dieciocho años, entero y más fuerte que nunca, con agregados de contingentes novísimos, casi los niños de 1955 y los preciosos muchachos y muchachas del 73.

“Más allá de todo partidismo, Ezeiza fue una bandera nacional. Pero a las 13.45, algo más —creo haber mirado el reloj—, oí el primer disparo desde un metro arriba de mi cabeza, en la parte superior del palco. Siguieron otros, verdaderas ráfagas. Alguien me tiró sobre el piso y fotógrafos y periodistas buscaron ubicación alrededor. Vi una barba espesísima sobre mis ojos, un pie aplastó mi pantorrilla. Nos levantamos y volvió a tirarse desde afuera y desde adentro del palco. Descubrí que todos los de brazal verde y también los de negro estaban armados. Vi pasar un trozo de hierro, un revólver acerado blandido

por un hombre de edad, una metralleta pequeña. Cuarenta largos minutos pasaron en el tiroteo mientras Favio clamaba y los fervorosos cantantes del Colón entonaban la marcha peronista. En medio del desbarajuste, lo asombroso —una vez más— fue la multitud. Los tres millones de hombres y mujeres que habían pasado hambre, frío, cansancio, innúmeras incomodidades. Nadie huyó. Nadie se movió. Todo el pueblo se quedó en su puesto mientras el tiroteo iba provocando la muerte, reventando cabezas, haciendo estallar trozos de brazos, de huesos, de órganos sexuales. Nadie dio un paso atrás. Ese gran pueblo esperanzado, inteligente, fiel y generoso, no dio un solo paso atrás aun amenazado por la carnicería. Lo demás es historia que hace llorar. Alguien me obligó a salir por la escalera posterior, apostada en la cual algunos hombres atacaban y repelían el ataque. En los árboles de la derecha apuntaban los francotiradores. Vi la cabeza reventada de una mujer, un chico rubio que tiraba apostado detrás de un árbol, otro de unos veinte años con brazal negro que me gritó: tirate que hay ametralladoras; vi gente herida, ambulancias que corrían en todas direcciones, como en un sueño, una voz gritando Oíd mortales, Oíd mortales sin eco, oí la multitud que rugía sus consignas y el idolatrado nombre de Perón.

"Ya muy tarde, la multitud seguía en pie, disgregándose penosa y solidariamente. El otro trozo del país, el que cree que todavía alguien puede contemplar todo esto sin intervenir, el trozo dormido digamos, hacía conjeturas, vaticinaba sombras y sacaba conclusiones macarrónicas. El minúsculo sector del gorilaje se congratulaba. Pero el pueblo estuvo en Ezeiza. Y Juan Domingo Perón está ahora en la Argentina. Y mientras me sacuden todavía las rudas emociones, caigo sobre mi máquina para escribir: Gloria al pueblo argentino, gloria al pueblo argentino, gloria al pueblo argentino"[187].

En ese clima escribió su siguiente libro, *Un árbol lleno de manzanas*, y comenzó a dictar cátedra de Teoría y práctica del cuento en la Oficina Cultural de España, hecho que le permitió posteriormente formar un grupo privado de alumnos. *Un árbol lleno de manzanas* describe la relación entre un profesor de filosofía y una mujer casada que vive (dónde si no) en Lima, con el trasfondo de las revueltas estudiantiles de los años sesenta. Como bien dijo, "es un libro difícil,

duro y áspero", al que llegó a calificar como "la novela de mi libertad"[188].

"El 'Árbol lleno de manzanas', expresión que hallé feliz para expresar la plenitud del sentimiento amoroso, es el comienzo de una nueva etapa en mi vida como escritora y quizá también como ser humano", expresó, para después preguntarse cuál de todas las facetas que la componían como persona era la verdadera. "Si la poco confortable narradora del revés de cada cosa o la mujer jocunda en apariencias, cuyo destino puede parecer envidiable. Una y otra, sin embargo, están presentes dentro de mi vida, y los libros han ido apareciendo como las huellas dactilares de una naturaleza profusa y complicada. Esa naturaleza se expresó caudalosamente en *Un árbol lleno de manzanas*. De la primitiva historia de amor poco o nada queda. Es más bien una expresión de odio acuciante, de celos y obsesiones irremediables que se dan cita en una novela en la que no son ajenas la motivación social y política, la investigación. Por primera vez, lo apabullante de la época que me tocó vivir (el comienzo de la violencia, la desintegración nacional, el gobierno militar, la represión) se superpone al relato de un problema amoroso", escribió[189].

Indudablemente fue un momento importantísimo, en el que confluyeron en su vida la política, la literatura y una fuerte relación sentimental. Tenía cuarenta y ocho años y se sentía en la plenitud profesional, humana y sexual. En esa época, como veremos más adelante, se hizo su primera cirugía plástica.

Un árbol lleno de manzanas, que se publicó en abril de 1974 y está dedicado, entre otros, a Abelardo Oquendo, no fue uno de sus libros más difundidos. Al menos aparentemente, eso no la afectó: "Interesadísima en mi propia anécdota existencial, apasionadamente ligada al quehacer político, que entre el 70 y el 76 avasalló el interés y hasta la actividad de muchos argentinos, supe que la novela había cumplido su ciclo al ser concebida, escrita y publicada. Nunca más me preocupé por ella. Los acontecimientos vitales a partir de 1970, mis nuevas experiencias, mis nuevas amistades, habían dado paso a otra mujer, infinitamente más compleja que la anterior, pero también más libre y mejor narradora"[190].

Dieciocho años después de haber sido obligado al exilio, en octubre

de 1973 Perón volvió a asumir la presidencia de la nación con una victoria terminante: el sesenta y dos por ciento de los votos. Con su mujer Isabel Martínez como vicepresidenta, el viejo líder se acercaba cada vez más a los sectores de derecha, aunque la izquierda, "por razones tácticas", lo seguía apoyando.

Sin embargo, el 1º de mayo del año siguiente, Día del Trabajador, el presidente terminó definiéndose. En un multitudinario acto en la Plaza de Mayo, cuando fue interrumpido en su discurso con cánticos contra López Rega, Isabel y otros personajes de su entorno ("¿Qué pasa, qué pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno popular?"), Perón tildó a los Montoneros de "estúpidos" e "imberbes", y estos abandonaron el lugar.

Por supuesto, Marta también estaba allí: "Yo iba caminando con mi hijo por la calle, cerca del teatro Colón, cuando vi que Marta iba cerca de la columna de Montoneros, que venían de la Plaza de Mayo. Iba con el marido. Nos reconocimos y charlamos un poquito. Fue la última vez que la vi", recordó Noé Jitrik.

Poco después, el 11 de mayo, sucedió otro de los tantos hechos de violencia que marcaron esa época: el sacerdote Carlos Mugica fue asesinado con disparos de ametralladora en la puerta de una iglesia del barrio de Mataderos.

Como otros sacerdotes tercermundistas, Mugica había justificado en un principio lo que llamaba "violencia desde abajo", pero más adelante su postura cambió y se opuso terminantemente a toda violencia. "Yo estoy dispuesto a que me maten —decía con frecuencia — pero no estoy dispuesto a matar"[191]. Días antes de ser asesinado, les comentó a varias personas allegadas que creía que las guerrillas conducidas por Firmenich iban a matarlo. Una de esas personas fue Marta Lynch.

Marta conocía a Carlos Mugica desde muchos años antes. Él había estado en su casa, había conversado con sus hijos, y luego habían compartido "infinidad de mesas redondas, programas de televisión, misas, comuniones, el primer chárter, empujones en concentraciones y reuniones políticas, corridas en la calle, inauguraciones de revistas, velorios de héroes y de mártires, torturados y víctimas"[192]. Desde un tiempo atrás tenían un proyecto cultural en común: leer poemas y

cuentos en las villas. “Debía ser una labor sin trampas, sin desmayo, no se trataba de leer ‘algunos cuentos potables’ sino los grandes cuentos con el mismo rigor y la misma seriedad con que se hubiera hecho ante un público de iniciados”[193].

Varias veces Mugica le habló de amenazas, pero ella no pudo creerle. “Los Montoneros son todos hijos de tu espíritu —le dijo, según escribió luego, la última vez que lo vio con vida—. Así lo habían sido los muchachos que salieron del Nacional Buenos Aires, Ramus, Abal, Firmenich”. En ese mismo artículo que escribió después de la muerte de Mugica agrega: “Estoy segura de que al morir Carlos ya sabía quiénes eran sus asesinos. Y aunque, llevado por ese amor que signó su vida, habrá rezado por ellos, también es cierto que debió ver —como última imagen— la inocencia de quienes habían sido siempre hijos de su espíritu”[194].

En respuesta a los sectores sindicales que le adjudicaron la muerte del sacerdote, Firmenich escribió cuatro artículos en el periódico *Noticias* expresando su “afecto y agradecimiento” a Mugica y acusando del asesinato a la extrema derecha. Finalmente se supo que el asesino fue un cabo de la Policía Federal que formaba parte del cuerpo de custodios de López Rega, a quien se le ordenó matar a Mugica para poner fin a su obra en las villas.

Al mes siguiente moriría Perón, e Isabel Martínez asumiría la presidencia. El caos y la violencia serían todavía mayores y culminarían en otro golpe militar, el más sangriento. Pero antes, los Montoneros pasarían a la clandestinidad y Marta se llamaría a silencio. Por sus actitudes pagaría un precio años más tarde, cuando decidió arrepentirse. “Yo no tuve ninguna participación más que en el viaje de regreso de Perón, en noviembre de 1972. No tuve ninguna participación, primero porque no se me dio cabida, y segundo porque como se produjeron las cosas después, yo no tenía ningún interés en participar”[195], dijo sin falsear la verdad: su apoyo no fue más que retórico y nunca tuvo una participación activa ni en el gobierno de Cámpora ni en Montoneros.

Claro que esa declaración es de 1978, cuando ya habían pasado muchas cosas. Fue allí cuando confesó que había estado “confundida”. Más adelante, ya en el período democrático, le preguntaron: “¿Cuáles

son las máximas equivocaciones que cometió?". Y contestó: "¿Cuántas páginas dispone para esta entrevista? No, en serio. ¿Quién no ha cometido innumerables equivocaciones? Por ejemplo, viajar en el chárter que trajo a Perón de regreso al país fue un error. Porque yo lo hice sin ser peronista, entendiendo que de ese modo mi gesto contribuía a la integración, a la pacificación, pero me quedé como la pavota de la historia, desentendida por peronistas y antiperonistas, maldita desde entonces para algunos medios importantes"[196]. Tres años antes, ya había dicho: "Esa época yo la viví con un gran entusiasmo. Con una gran ilusión, con una cuota de esperanza que, al fin y al cabo, compartí con el sesenta por ciento de los argentinos, aunque ahora todo el mundo se olvida y parece que la única que votó fue Marta Lynch" ("se ríe desafiante", agregó el periodista)[197].

Pero no nos apuremos y vayamos por partes.

184. *Ibidem*.
185. *Siete Días*, marzo de 1973.
186. Horacio Verbitsky, *Ezeiza*. Editorial Contrapunto, 1985.
187. *Clarín*, junio de 1973.
188. Marta Lynch, "Biografía a mi manera".
189. *Ibidem*.
190. *Ibidem*.
191. Martin Andersen, *Dossier secreto*, Planeta, 1993.
192. "Mi último diálogo con el padre Mugica", periódico *Noticias*, 19/5/74.
193. *Ibidem*.
194. *Ibidem*.
195. *Gente*, 23/3/78.
196. *Clarín*, 4/11/84.
197. *La Semana*, 26/8/81.

La que se quedó

Yo no era lo que se dice una mujer de
las izquierdas. Para decir la verdad,
siempre me ocurrió una cosa fatal:
para los de derecha he sido de izquierda,
y para los de izquierda, de derechas,
fatalismo recurrente en el que cae
todo aquel que quiere ser justo.
MARTA LYNCH, "Biografía a mi manera"

Cierta vez le preguntaron qué personaje de la historia le hubiese gustado ser y contestó: "Cleopatra, porque se metía a los hombres en el bolsillo. En la historia argentina, si lo digo, me matan"[198]. Y seguramente esa fue una de sus grandes frustraciones. No fue Cleopatra, ni tampoco aquel personaje que no se atrevió a nombrar.

El 24 de marzo de 1976 asumió un gobierno de facto a cargo de una junta militar compuesta por Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera y Orlando Ramón Agosti. Utilizando la lucha antiguerrillera como pretexto, se inició el mayor período de represión de la historia argentina.

Muchos intelectuales debieron huir del país y muchos se quedaron, en su mayoría tratando de permanecer en el anonimato. Más adelante se iniciaría una polémica desgastante entre "los que se fueron" y "los que se quedaron", que aún hoy reabre heridas no cicatrizadas. Ninguna de las dos actitudes implica un valor ético de por sí, ya que cada caso fue distinto y hubo ejemplos de grandeza y de miseria en ambos lados.

Marta Lynch se quedó en el país, y en los primeros tiempos se llamó a silencio. Siguió viajando, y sus experiencias en los Estados Unidos le facilitaron la redacción de *Los dedos de la mano*, cuentos que por primera vez transcurren fuera de la Argentina y donde, además, introduce elementos fantásticos. "Para lograrlo —en un país de

grandes cuentistas fantásticos como Bioy, Borges, Silvina Ocampo y Horacio Quiroga— tuve que quedar en una libertad espiritual que me valió asimismo una ancha franja de insatisfacción y soledad. Vaya una cosa por otra —dijo—. Mientras mi vida se restringía notoriamente por el lado personal, mi capacidad de ficción se multiplicó hasta convertirme en una narradora con mayores recursos que los utilizados hasta ahora"[199]. Seguramente su decadencia interna comenzaba.

En realidad, muchas cosas que le importaban se estaban cayendo. "Cuando se desarmó la familia, ella no lo pudo soportar. Hubiera cambiado cualquier cosa por volver a tener la burbuja", dice su hija Marta Juana, quien en esa época ya se había casado. Además, Enrique se había tenido que ir de la Argentina: había estado vinculado al peronismo de izquierda, y en 1976 se exilió en España. "Frondizi le aconsejó a mamá que lo sacara del país", recuerda Marta Juana. Con el tiempo todo se normalizó, pero en ese momento ella lo extrañaba, igual que a Ramiro, que también vivía en el exterior. Les escribía todo el tiempo, dos o tres veces por semana, pero no era lo mismo. Además, el hecho de que hubieran crecido le daba la pauta de su propio tiempo. Marta Juana recuerda que ya desde su adolescencia la vida en su casa había sido un poco tormentosa. "Empezó en mamá la declinación física y eso influyó muchísimo en su carácter", me dijo. Ocho años después de la muerte de Marta, Marta Juana se animó a seguir sus pasos y publicar su propio libro de cuentos, que dedica, entre otros, "a mi querida madre que no pudo resistir". Allí describe a una mujer de cuarenta años, hija de una pintora famosa, "inaccesible" y "más que hermosa", que se suicidó un tiempo atrás.

No creo que haya sido linda, la veo en las fotos de joven y no me parece, pero no dejo de notar que algunos hombres consideran que sí, que lo era. De todos modos, algo es innegable: se creía linda, y ya se sabe que quien cree algo a fondo termina convenciendo a los demás. Y era elegante, se cuidaba, era atractiva y sensual. Pero para ella, belleza y juventud iban de la mano. La seducción de las arrugas, de los rostros plácidos por lo bien envejecidos, no era lo suyo. En una sociedad que exalta a los jóvenes, se había convencido de que "es importantísimo ser linda, casi fundamental"[200].

Siempre vivió obsesionada. Juan Manuel recordaba lo que le dijo a

los veinte, mientras comían aquel sándwich en La Rural. Algo parecido le dijo cierta vez a Marta Juana y ella también lo recuerda. Fue cuando tenía dieciocho años y la pescó probándose una biquini frente al espejo. ¿Le dio envidia? ¿Compitió? Es muy probable, si tenemos en cuenta que ya desde ahí empezaba a frecuentar los consultorios de los cirujanos plásticos. "Aprovechá ahora, que mucho no te va a durar", le dijo justamente ella, que se dio el lujo de seguir usando biquini hasta los cincuenta.

Las cirugías plásticas son un tema aparte. Como con los psicólogos, probó de todo: del mejor al peor. Su familia se preocupaba, pero no había forma de detenerla: ella insistía, y por supuesto Juan Manuel la acompañaba. "¿Cómo se lo iba a impedir? ¿Qué iba a hacer, la iba a atar? Tampoco podía cometer la grosería de no acompañarla —me dijo —. Fue mutilada por las operaciones estéticas que le hicieron. La primera vez que se operó coincidió con la aparición de *Un árbol lleno de manzanas*. Salió muy bien, aunque se cortó un poquito la nariz y eso le cambió la fisonomía, cosa que no me gustó porque yo creo en las armonías, con esos cambios se pierde la correlación con el resto del rostro".

Después la operó Roberto Zelicovich, y ya las cosas no salieron tan bien. El próximo fue José Juri. "No soy capaz de afirmar que todo fue culpa de Juri, ella no puso de sí la voluntad de que eso saliera bien, por su propia inquietud. No tuvo paciencia, se levantó antes de tiempo, se sacó las vendas, una serie de barbaridades", continuó Lynch.

"El doctor Juri tiene como norma no hablar de sus pacientes", contestó una de sus asistentes cuando intentamos obtener su testimonio. Con respecto a Zelicovich, el diario *Página 12* publicó años más tarde que fue procesado por el delito de lesiones culposas y reiteradas y abandonó el país[201].

Juan Manuel la llevó dos veces al Brasil para que la atendiese Ivo Pitanguy, "y este dijo que lo que hacía falta no era una operación estética sino una restitución, como si fuera un accidente. Se negó a operarla porque consideró que no tenía garantías de que quedara bien".

Lo mismo sucedió con Manuel Sarrabayrouse, a quien consultó dos

meses antes de su suicidio. “La conocí por intermedio de Silvina Bullrich, quien seguramente influyó mucho en que después me viniera a ver profesionalmente. En ese momento compartimos una comida donde hablamos de muchas cosas, de la belleza, la juventud, el paso del tiempo, las conversaciones que normalmente surgen cuando una persona se encuentra con un cirujano plástico. No la volví a ver hasta dos años después, cuando vino a mi consultorio. Ahí me encontré con una persona totalmente diferente, con un cuadro depresivo que se percibía a simple vista. Estaba muy preocupada con su físico, con su cara. Era una mujer muy atractiva, con una gran inteligencia y sensibilidad hacia todo lo que fuera estético, y transmitía una gran preocupación por el paso del tiempo. Me impactó el hecho de verla tan ansiosa, no era la paciente ideal para ser sometida a un tratamiento de rejuvenecimiento facial. Entonces le aconsejé que nos volviéramos a ver en seis meses, que esperase hasta que tuviera un estado de ánimo más optimista, con más fuerzas para afrontar algo que siempre es pasar por un túnel oscuro, aunque normalmente la recuperación es pronta. Pensé que seguramente iría a ver a otro profesional y este la operaría, pero hubiese sido un error. Dos meses después se suicidó”.

“Se hizo una limpieza de piel y un implante de pelo en las cicatrices que lograron mejorarla algo —continuó Lynch—. Después fue a ver a muchísimos médicos, de diversa categoría, le preguntaba a cualquiera y la mandaban a cualquier lado. Uno de esos médicos le ordenó hacerse unos análisis de piel, y le dijo que no podía operarse porque tenía una hipersensibilidad a los rayos solares y no estaba en condiciones de afrontar la agresión que significa una operación. Entonces no se hizo nada más”.

Alina Diaconú cuenta que a Marta no le gustaba decir que se sometía a cirugías plásticas. “Una vez me dijo que iban a realizarle una pequeña intervención por un problema de ganglios. La fui a ver al Sanatorio Mater Dei y en la habitación estaba Marta Juana acompañándola. Nada era demasiado claro. Poco después yo presenté un libro mío y ella participó de la presentación, aunque tenía parte de la papada y el cuello muy hinchados. Realmente me conmovió, en esas condiciones igual presentó el libro y se expuso a que la vieran así. Fue un acto de cariño, sobre todo tratándose de Marta, que era tan

cuidadosa de su imagen".

La actriz Irma Roy, quien no recordaba haberla visto en el chárter que trajo a Perón, la conoció en la peluquería de Miguelito Romano, donde se atendía en esa época, aunque al *coiffeur* le costaba mucho peinarla debido a las cicatrices. "Sufría mucho la cuestión estética —dijo Roy—. Sobre todo, por una cicatriz que tenía en el cuello y tapaba con pañuelos o cuellos altos". Ya antes había decidido cambiar su aspecto de raíz: los elegantes *tailleurs* fueron dando paso a camperas y jeans ajustados, su pelo lacio y negro a una rotunda melena pelirroja, y su boca pasó de un tono neutro al más estridente de los colorados.

En esa época comenzó una nueva novela que se llamaría *Identikit* y nunca llegaría a terminar. Comenzaba con el entierro de Perón y continuaría con los sucesos de allí en adelante, pero a poco de empezarla no pudo seguir. Fue entonces cuando invitó a almorzar a Manuel Mujica Lainez, y él volvió a darle un consejo: "No te obstines en escribir sobre aquello que la vida, que la realidad, te da mucho más clara y eficientemente todos los días", le dijo.

Abandonó el proyecto, pero comenzó nuevamente a escribir artículos. Tal vez por miedo, por desconcierto, por oportunismo o para seguir ocupando las primeras planas, comenzó a desdecirse de sus opiniones anteriores y a apoyar al gobierno militar. Marta decía que se equivocó muchas veces, pero que con ella se equivocó casi todo el país, y no dejaba de tener razón: si logró un éxito tan grande es porque sus declaraciones, en cierta medida, representaban a un sector importante de la sociedad. Para un país veleidoso, contradictorio y fácilmente apasionable, qué mejor representante que esta *Negrita* Frigerio que se entusiasma con el desarrollismo, se hace peronista, apoya a Montoneros, después cree que el Proceso en cierta medida nos traerá un orden necesario y termina vivando a la democracia, aunque después se desengaña. "Por eso es que soy tan argentina y tengo tanto éxito, porque soy la reina de las delirantes", dijo en un reportaje[202].

"En sus obsesiones políticas, como en todo, era muy contradictoria —reflexionó Isidoro Blaisten—. Pero si se analiza la historia argentina, yo no sé quién tiene derecho a opinar sobre las contradicciones de los demás".

En 1978, en "Reflexiones de una mujer que estuvo confundida", un

artículo que publicó la revista *Gente*, dijo: “Me equivoqué. Y conmigo se equivocaron siete millones de argentinos. Yo fui una idiota y una zanahoria. Pero había siete millones de zanahorias alrededor mío. Yo no saqué nada. No usufructué nada, no me conocían, soy la misma mujer que ganó el Premio Fabril con *La alfombra roja*”.

“¿Le trajo algún problema su anterior militancia política? ¿Fue perseguida, amenazada, silenciada?”, le preguntó la periodista René Sallas. “No. Absolutamente ningún problema. Puede ser que haya gente que no me quiera. Puede ser. Pero no tengo pruebas de tener enemigos en mi país. Nadie me molestó jamás por haber opinado en algún momento lo que opiné. Yo escribí hace un mes un artículo para *Clarín* que se llama “Y ahora. ¡Viva la patria!” En ese artículo he hablado muy bien de las actitudes del gobierno frente al problema del canal de Beagle. Según mi opinión de argentina, el problema está bien llevado porque unificó con bastante eficacia el sentir de los argentinos. No, a mí nadie me ha dicho nada, ni me ha hecho nada. Por eso no entiendo a algunos argentinos que se exiliaron voluntariamente. A lo mejor a mí nunca me molestaron porque yo jamás oculté nada”[203].

Estos son algunos párrafos de su artículo aparecido en *Clarín* en febrero de 1978:

“No se trata de un problema tangencial, ni siquiera se trata de apoyar o no al discutido gobierno argentino. Se trata del País, de ‘Nuestro País’ y en ese —mañosos, escépticos, desconfiados, torvamente humoristas— los argentinos no podemos permanecer ni un minuto más ajenos”.

“Y hay que decir la verdad si es que pretendemos ser alguna vez respetados: el gobierno argentino ha actuado decididamente bien y debe tener, en esta emergencia, el apoyo moral y hasta físico de los conciudadanos. Repito que no se trata del gobierno como un ente concreto. Sea quien fuere que ocupa el poder del Estado, la negativa a acatar el injusto fallo es una contribución valiosa para conservar íntegro un patrimonio que nos es común y que el interés exterior —de los europeos sobre todo— ha tratado de quitarnos de las manos”.

“Seamos sinceros: este gobierno heredó una carga, entre muchas otras, que otros gobiernos propiciaron, incubaron o desconocieron. La heredó y la ha manejado con solvencia, y en su resolución ‘debe’ ser

apoyado, aunque sea en espíritu, por los argentinos de buena voluntad que todavía creen, trabajan, permanecen y se obstinan en estar en el país".

"Nosotros, que pertenecemos a esa fauna especial de intelectuales que 'no quisieron irse', también tenemos ganas de hacer oír la voz. Quizá en estas palabras elementales se intente la interpretación de un deseo común, un modesto deseo que se oculta en tantos de nosotros, como avergonzado, con ese pudor tan argentino que nos niega la grandilocuencia, que nos separa de la rimbombante prosa latinoamericana, que nos hace reservados, pudibundos, que nos retrae a menudo hasta de las manifestaciones más justificadas; quizá en estas palabras elementales el hombre y la mujer de la calle —que no han salido a veranear porque es imposible hacerlo, o aquellos más felices que están disfrutando del ocio y del sol— hallen como una expresión jubilosa, íntima y sincera. Quizá un grito agotado tantas veces por las siniestras condiciones vividas brote de labios argentinos: ¡viva la patria, ahora! Y por siempre, ¡viva!".

Apoyó también el Campeonato Mundial de Fútbol, que la dictadura utilizaría para mejorar su imagen internacional. Además de participar con un testimonio en el film *La fiesta de todos* (donde algunos la confundieron con la cantante Alba Solís), hizo estas declaraciones:

"¿Qué esperábamos los argentinos que nos volcamos el 25 de junio por la noche a festejar todo cuanto de festejable había? Recuperar el país, derrotar la derrota, recuperarnos, empezar otra historia mejor, más feliz: deseábamos dar fe ante el mundo de nuestra existencia y hasta participar en la forma como se construiría el futuro. Por eso fue acertada la frase del presidente de la República cuando habló de 'la alegría heroica del pueblo argentino'".

"Gritábamos por la victoria, por la angustia reprimida, por la posguerra, por una alegría decente. Anduvimos gritando durante horas, durante la noche entera, porque era un grito de reivindicación. EAH, a todos ustedes, que gritan desde los países de la 'civilización mayor', aquí nos tienen: los millones de argentinos que quedamos acá para dar la cara o lo que fuera, aunque fuese la perspectiva del fracaso o de la muerte".

"Era la Argentina toda que se ponía de pie frente a los odiosos

objetivos que trampean fotos, que vaticinan más muertos, que ignoran esta Argentina inocente que un día tocó (volvió a tocar) la posibilidad de un éxito nacional que nunca estuvo lejos pero del que estuvo excluida largamente. Vamos Argentina, vamos argentinos, vamos a triunfar"[204].

¿A qué se refería? A la "campaña antiargentina en el exterior" que la dictadura denunció en varias oportunidades. Al gobierno le preocupaba la constante denuncia por violaciones a los derechos humanos que se hacía en el extranjero, e invirtió dinero y esfuerzos en tratar de anularla. Esa fue —además de la búsqueda de apoyo popular — una de las razones de la organización del Mundial de Fútbol. "Los argentinos queremos goles", decía un slogan que se transmitía por TV, al que le siguió "Los argentinos somos derechos y humanos".

Marta se sumó a esta misión al declarar en una nota titulada "Carta desde Europa", publicada en *Clarín* en marzo de 1977: "Esta cronista debe decir con dolor y responsabilidad que ser argentino —hoy— en cualquier parte del mundo es un alto punto en contra. En vano se trata de explicar, de razonar, de esgrimir argumentos tan válidos como la historia misma de la humanidad. No es la Argentina el único país devastado, conflictuado, asolado por corrientes antagónicas en el mundo contemporáneo. No es el argentino el único gran pueblo del mundo que —parcialmente— ve desviado su destino o que aparece frente a los demás como errado en cuanto intenta realizar. Es sorprendente que este querido país, España, que soportó una guerra entre hermanos que costó un millón de muertos y más de trescientos mil ejecutados después, se manifieste horrorizado y experimente muestras de un revulsivo porque un lejano país sudamericano está en crisis, en baja, en conflicto o en guerra, como se prefiera admitir".

En otro artículo, escrito dos años más tarde, se refirió a los "esfuerzos que los sufridos intelectuales llevan a cabo para mejorar un aspecto de la Argentina" y agregó: "Nosotros fuimos de los que se quedaron. No cometimos traición ni arbitrariedad ni cobardía ni bajeza. Nos quedamos porque reconocemos la prevalencia de vivir en la patria, la obligación invisible de seguir fieles al pedazo de tierra natal"[205]. Liliana Heker —quien se quedó en el país— en su polémica con Julio Cortázar en torno del tema del exilio, cita este artículo de

Marta Lynch, al que define como “una bonita generalización, una manera retórica de salvaguardarnos en el montón”[206].

En mayo de 1978, Marta concurrió a la Universidad de Otawa, Canadá, para participar en el Cuarto Congreso de Escritoras Interamericanas. Había representantes de toda América Latina, Canadá y los Estados Unidos. Allí, según declaró después, “la agresión llevada a cabo contra nuestro país, a través de grupos de distintos matices, sistemáticamente atacó cada una de nuestras exposiciones”. “Es preciso —agregó— que se registren hechos importantes, que se produzcan hechos por parte de las autoridades para solucionar esta situación internacional límite”[207].

De su ponencia en ese congreso, cito algunos párrafos:

“Vengo de un país denostado, apostrofado, mal entendido y olímpicamente desconocido por gran parte del mundo actual, al que se ha acusado injustamente de traspasar los límites de los derechos humanos y cuya capital se confunde con la muy bella Río de Janeiro, Brasil”.

“Se ha hablado de nosotros solamente para decir que se ha matado, que se ha perseguido, que se ha reprimido. Pocas veces alguien alza la voz para explicar el origen de cuánta luz emana de nosotros, y desde cuándo. Tenemos una agricultura formidable, una ganadería incomparable, una industria pujante y original, astucia increíble para componer lo destruido, para atar con simples hilos de coser lo que a otros exigiría toda una empresa”.

“Hemos tenido también, lo repito, una guerra cruel por lo no declarada, una guerra adusta y sucia como toda guerra, pero peor porque ha sido entre hermanos, una guerra atroz porque podía centrarse innominadamente sobre inocentes, una dura represión inevitable, por desgracia, que hizo entrar a nuestro país en el cono de sombra de una propaganda exterior descontrolada y destructiva. Bien sé que las heridas serán difíciles de reparar. Que aquellos que fueron tocados tienen derecho a tener abierta hoy la llaga de un dolor irreparable. Sé también, como lo ha reconocido el presidente de la República, que se han cometido errores, excesos en la represión, hechos vandálicos que todos hubiéramos querido y debido evitar”.

“No defiendo aquí a grupo alguno. Tampoco defiendo al gobierno.

Ni apoyo los excesos de la represión. Como los obispos, como la sagrada voz del papa, trato de mantenerme ecuánime para tener derecho a señalar la verdad y que esa verdad muestra la luz de nuestra fisonomía. Trato de mostrar que exportamos arte, ciencia y amor y no odio y destrucción. Y que esa —y no la otra— es la verdadera imagen de la Argentina. De los veinticinco millones de argentinos que permanecemos en ella"[208].

El diario *Clarín* —donde se publicó su artículo— fue el medio que eligió la escritora Luisa Valenzuela, también presente en el congreso, para contestarle:

"Querida Marta: Vos sabés que una cierta amistad que nos une me hace lamentar tener que mandarte esta carta, pero no entiendo cómo podés involucrarme a mí y a todas las argentinas presentes. Decís en el recuadro de tu nota que las argentinas fuimos sistemáticamente atacadas en cada una de nuestras exposiciones. Pero vos llegaste dos días tarde a un congreso que hasta ese momento había transcurrido sin agresión alguna, sí con ciertas discusiones propias de todo encuentro humano. Llegaste tarde, y no te ceñiste al tema de tu mesa, sino que preferiste tratar de explicarnos a todos nosotros, argentinos, con apreciaciones que fueron recibidas como injurias por el resto de los latinoamericanos/as presentes"[209].

Aún hoy, Luisa Valenzuela se irrita al recordar este episodio: "En un congreso convocado para hablar de literatura, y sin que nadie le preguntara nada, Marta se dedicó a hacer una apología del régimen militar, con un gran fervor. Después de su discurso la abuchearon, y a partir de allí, en su nota en *Clarín* pretendió decir que todas las escritoras habíamos sido insultadas. Por eso me decidí a contestarle, aunque teniendo en cuenta el momento político, tuve que hablar de generalidades, sin poder especificar".

En 1978 se publicó *La penúltima versión de la Colorada Villanueva*, novela en la que había trabajado dos años, incluida una etapa de dos meses en Madrid y Barcelona. Narra la historia de una mujer de cuarenta años que no puede evitar el desmembramiento de su núcleo familiar, mientras el país también se viene abajo. "Todos nosotros hicimos nuestra obra a pesar de todo y no hay que olvidar que yo en mi libro *La Colorada Villanueva* fui, en 1978, la primera persona que

escribió sobre la tortura cuando aún no había sido desterrada", declaró unos años después[210].

Pese a algunas críticas adversas que por supuesto la irritaron ("Y pensar que hace diez años fue mi locura", publicó una revista), el libro fue en general bien recibido. Pero le quedó la sensación de que faltaba algo. "Durante meses —dijo— permanecí amordazada, como si todavía de mis inventadas criaturas pudiera extraer mucho más"[211]. Sin embargo no lo hizo, y la anunciada trilogía que hubiese continuado con la vida de la protagonista, su marido y sus tres hijos quedó en la nada. "El aliento letal en que se desenvuelve nuestra vida cultural tornó inútil ese esfuerzo, que habría sido fácil en un primer momento y —sin duda— un buen coronamiento de cierta época de mi vida", reflexionó entonces[212].

La verdad es que se sentía sin fuerzas. Demasiados desengaños (políticos, amorosos), demasiada confusión y un gran cansancio le hacían difícil llevar adelante cualquier proyecto, incluso literario. Probó entonces con el cuento y de allí surgió *Los años de fuego*, libro que le costó muchísimo escribir, aunque contó con el apoyo y el consejo de Alberto Girri y Enrique Pezzoni, quienes la sostenían en sus depresiones y caídas.

Varias personas me han comentado que en esa época Enrique Pezzoni (entonces asesor literario de Editorial Sudamericana) le corregía los textos. La misma Marta lo sugirió en cierta forma cuando reconoció que "tanto trabajé en *Los años de fuego* que por fin no pude reparar en su estructura. Convenciéndome de que tanto empeño era acaso enfermizo, opté por entregarlo a la editorial sin darles mayores vueltas"[213]. Ya en esa época, muchos recuerdan su estado depresivo marcado y hasta su desequilibrio emocional.

Su apoyo a la dictadura no se limitó a las declaraciones periodísticas, ya que en esa época se relacionó con uno de sus personajes más emblemáticos: Emilio Eduardo Massera.

Massera poseía características que podían atraer a Marta: era seductor, manipulador y muy simpático. Tenía también excelentes modales y el fuerte atractivo que se desprende del poder. Marta Juana Lynch recuerda que su madre lo conoció a raíz de que él la llamó "para decirle que parara la mano por un artículo que había escrito.

Después, le mandó un plato de la Armada como regalo y empezó a levantarle prohibiciones. Ella se interesó, se le acercó, y hasta le escribió algunos discursos que no sé si él usó".

Hizo también algunas declaraciones públicas a favor del almirante:

"Hay que seguir luchando, porque como dijo Massera, la sangre de los mártires nos separa del pasado y ahora solo queda mirar hacia adelante. En la Argentina no está permitido el desaliento"[214].

"Es un hombre de una gran espontaneidad, de una gran frescura espiritual. No lo conozco mucho, pero me parece que tiene esas dos condiciones: espontaneidad y frescura espiritual, y en un país consumido por el escepticismo y corroído por el consumismo, una persona con frescura espiritual es muy importante"[215].

Como parte de su proyecto, Massera consideró importante acercarse a los intelectuales. Y en ese sentido habría decidido utilizarla: "Ella pretendía organizar reuniones que en la mayoría de los casos terminaban mal. Cierta vez, nos citó a Alberto Girri y a mí en el Saint James porque tenía que presentarnos 'a alguien muy importante'. Esperamos más de media hora, y de pronto vimos unos coches negros que se detuvieron en la puerta. De uno de ellos bajaron Marta y Massera, entonces me fui corriendo de la confitería", contó Héctor Lastra, quien también recordó que en otra oportunidad, en la Feria del Libro, Marta se las ingenió para presentar a Massera y Mujica Lainez. "Manucho se ofendió muchísimo, tanto es así que en un homenaje que se le hizo en el Centro Cultural San Martín después de su muerte, ella dijo que era una mujer que constantemente se equivocaba y que entre esos traspiés hubo muchos con Manucho, a quien públicamente pedía perdón".

Horacio Salas afirmó que una vez Marta se encontró con el almirante en Barcelona, y que "algunos militantes políticos que se reunieron con él en Europa lo escucharon nombrarla en varias oportunidades". El periodista Miguel Bonasso, por su parte, recuerda que Gabriel García Márquez le comentó que en una oportunidad tuvo un encuentro con Massera. "Gabo hasta debió dedicarle un ejemplar de *Cien años de soledad*, y Massera le confió que había tenido un romance con Marta Lynch", me dijo.

Años después, en un artículo que escribió en *La Nación* a raíz de la

muerte de García Márquez, Bonasso volvió a recordar este episodio, aunque sin nombrar específicamente a Marta:

—No se lo cuentes a nadie —susurró—. Pero me vi con Massera. Me tuve que ver con él. Imagínate el asco.

Se lo había pedido el líder panameño Omar Torrijos, que pretendía saber algo del periodista argentino Luis Guagnini, secuestrado por el Ejército. Luego de evadir ese tema puntual, Cero se había jactado de sus amores con una colega argentina, como para establecer un territorio común.

Gabo se agarró el puño, contrito, miró el techo y me dijo en voz baja:

—Y todavía no sabes lo peor.

—…

—Había traído un ejemplar de Cien años… y me obligó a dedicárselo[216].

El tema Massera es complejo. Más allá de su rol preponderante en la represión, poseía un proyecto político propio, que en determinado momento lo llevó a establecer infinidad de contactos con distintos sectores. Incluso se acercó a los militantes exiliados, y fue en esas circunstancias cuando logró contactarse con Gabriel García Márquez. El asesinato de Elena Holmberg sucedió también en esos años.

Como con tantos otros hombres, también se habló de una relación entre Marta y el almirante. Según Diego Baracchini, ella usaba su procedimiento de siempre: "Decía que tenía una relación con él y luego lo negaba. Aunque conmigo no hablaba demasiado del tema. Ella sabía que yo había tenido un allanamiento en mi casa, y conocía mi dolor por la muerte de Paco Urondo. En esa época ya estaba salida de los carriles. Además no quería pasar inadvertida, no quería perderse nada. Marta no se permitía distraerse, que pasara algo que la dejara afuera. Por momentos se sentía omnipotente, y por momentos, una desgraciada".

En su libro *Almirante Cero*, el periodista Claudio Uriarte asegura que la relación existió, aunque no cita las fuentes que permitan comprobarla. Según Uriarte, "las cosas no pasaron de unos pocos encuentros en el propio despacho del almirante, aunque la escritora quedó prendada y no perdía oportunidad de insistir en su relación con

él. Al parecer, la insistencia llegó a hacerse tan pesada que Massera debió pedirle que le enviara todas sus cartas y mensajes por medio de un emisario, ya que Lili (Delia Vieyra, esposa de Massera) estaba celosa, y los almirantes desaprobaban la amplia publicidad que recibía su escandaloso estilo de vida. La novelista confiaba entonces al emisario cartas y mensajes que Massera no se preocupaba por leer, lo que colocaba a aquel en la embarazosa situación de tener que inventar pretextos para justificar semejante desinterés"[217].

Algunos periodistas que trabajaban en el diario *Convicción* (financiado por la Armada y programado como la plataforma política del lanzamiento del almirante) recuerdan el día en que Marta entró a la redacción, y aduciendo su amistad con Massera, amenazó a un redactor con hacerlo echar por haber escrito un comentario sarcástico sobre ella. También recuerdan que la mujer de Hugo Ezequiel Lezama (jefe de redacción del diario y amigo personal de Massera) recibía frecuentes confesiones de Lili en el sentido de que estaba harta de contestar en su propia casa los llamados de Marta. Finalmente, en una visita a la Feria del Libro, el almirante solicitó no pasar cerca del stand donde ella estaba firmando ejemplares.

Según Marta Juana Lynch, el final de la relación se debió a otros motivos: "Aunque mamá quería hacer política, nunca pudo. Como le pasó con Frondizi, Massera la empezó a ralear porque era muy bocona". Según Alberto Girri, "Massera pintaba como un nuevo Perón y capaz que Marta fantaseaba con ser la nueva Evita", y Félix Luna agregó un comentario que a estas alturas es más que evidente: "El poder le fascinaba". Juan Manuel Lynch, que era conservador y se declaraba "monárquico", me dijo que aunque mucho no hablaban del tema, él le aconsejó que fuera más prudente. "Mirá lo que le pasó a Elena Holmberg", le previno alguna vez.

Como con Frondizi en *La alfombra roja*, Marta se inspiró en Massera para un libro. En él describe la fascinación de una mujer joven por un político poderoso y sin escrúpulos, y su título es *Informe bajo llave*.

"Marta Lynch era una escritora que tenía un problema con el poder, nada objetable, por otra parte —reflexionó Jorge Asís—. Tenía una fascinación con la proximidad del poder que se nota en su literatura. Estaba fascinada con un proyecto que fascinó también a una enorme

cantidad de gremialistas, políticos, periodistas y algún que otro escritor. Esa época está muy bien registrada en *Informe bajo llave*, una novela clave en su obra, donde se cree ver la figura del almirante Massera. Pero en esa novela hay aspectos muy interesantes, porque la protagonista también aprovecha la figura del poder para hacer reclamos de facturas pendientes. Marta pidió por Haroldo Conti, que fue su amigo. En los momentos más duros, si hubo alguien que intentó hacer algo por Conti —por una vía pecaminosa, con una fascinación errónea que tiene que ver con una problemática— fue Marta. Siempre quiso saber qué había pasado con Haroldo".

Ya hacia el final de la dictadura, el 2 de abril de 1982 —cuando el general Leopoldo Fortunato Galtieri llevaba tres meses y medio en la presidencia— las Fuerzas Armadas desembarcaron en las islas Malvinas, con el propósito de recuperar la soberanía que nos había sido arrebatada en el siglo pasado. El apoyo popular fue importante, y si bien en un primer momento Marta estuvo en contra ("¿Para qué queremos esos cascotes?", le comentó a Alina Diaconú), al poco tiempo declaró: "Sentí, por un lado, una sensación de irrealidad, y por el otro, una gran realización. Si me encontrara con una madre que recibe cédula de llamada para su hijo, la abrazaría llorando y le diría que no se preocupe. Que su hijo va a volver entero"[218]. El hecho terminó en una tremenda derrota, con el saldo de seiscientos compatriotas muertos y una enorme cantidad de inválidos, y precipitó el fin de la dictadura militar.

Y allí estaba, doctor, me parece verlo y seguramente lo veré toda la vida, retrepado en su butaca, con los ojos grandes y vivaces, el abdomen robusto de la buena vida, un corpachón de mucho movimiento. Parecía un gran paquete. Estaba envuelto en sí mismo, replegado en su desconfianza hacia mí, sobre su propia curiosidad. No parecía demasiado dispuesto a hablar. ¿Cuál fue el tema de aquella primera vez? Tres semanas antes de un sábado a las once yo era una tranquila ciudadana de ideas progresistas, notoria por la prolijidad de algunos libros escritos en buena salud. Una mujer decorosamente soñadora, muy sensual y joven. Había elegido con extrema cautela la ropa que llevaba puesta y luego me explicaría que aquello era el comienzo de la ceremonia erótica. Pero quiero presentármelo

como me recuerdo: una pollera floreada, una blusa azul, las medias transparentes y las sandalias de cuero. Nada extravagante, si se quiere. Pero recuerdo haber elegido cada una de las prendas como una favorita antes de su primera función. Estaba exagerando: lo único fuera de lugar era la solicitud con que me había rodeado antes de llegar al gran despacho de Vargas como si cada mecanismo estuviera en función de los pasos que me conducían hacia él.

Servilmente, me asombré, estaba agradeciéndole su invitación y el que hubiera pensado en leer mi libro. Puse gran cuidado en explicarle la dedicatoria. —No es común que un hombre de tanta actividad tenga gusto por este oficio secreto de la literatura. Escribir…

¿Me escuchaba o no? Sus ojos alocados miraban sin perderme de vista pero sin deseo. Al fin y al cabo, los hombres nos tienen habituadas a eso. No es que una sea una ninfómana, doctor, un tierno objeto: pero estaba sintiendo apremios de aquel apremio que no se producía según mis prevenciones. Y las suyas. Usted lo citó al pasar el día que llegué a su consultorio desintegrándome. ¿Cómo fue que dijo entonces?

—¿La apremió?

¿Dijo apremió? ¿La 'apretujó'? Doctor: aquella primera vez él no me apremió. Más bien estaba sorprendido. ¿O harto? ¿Impaciente? ¿Tímido? Urgía encontrar el camino de la comunicación, pero nadie podía ayudarme puesto que estábamos a solas[219].

198. *La Opinión*, 8/4/79.
199. Marta Lynch, "Biografía a mi manera".
200. *Semana Gráfica*, 26/3/71.
201. *Página 12*, 22/6/98 y 8/6/99. Notas de Mariana Carbajal.
202. *Gente*, 23/3/78.
203. *Gente*, 23/3/78.
204. "La noche que los argentinos gritamos". Archivo Editorial Atlántida.
205. *Clarín*, "El duro oficio de ser argentinos", 2/8/79.
206. Liliana Heker, *Las hermanas de Shakespeare*, Alfaguara, 1999.
207. *Clarín*, mayo de 1978.
208. *Ibidem*.
209. *Clarín*, mayo de 1978.

210. *Mercado*, 28/2/85.
211. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
212. *Ibidem*.
213. *Ibidem*.
214. *Para Ti*, charla entre Marta Lynch y Silvina Bullrich.
215. *La Semana*, 26/8/81.
216. *La Nación*, 20/4/2014.
217. Claudio Uriarte, *Almirante Cero*, Planeta. Espejo de la Argentina, 1992.
218. *Para Ti*, 3/5/82.
219. Marta Lynch, *Informe bajo llave*, Sudamericana, 1983.

Las cosas fueron cambiando

La recuerdo en mi adolescencia, durante los años 60, cuando me acerqué a escondidas a ese ejemplar de *La alfombra roja* del que tanto había oído hablar. Después leí *La señora Ordóñez* y mi admiración creció. Desde mi uniforme de colegio secundario, tanto Marta Lynch como Beatriz Guido y Silvina Bullrich se convirtieron en una especie de versión argentina de Simone de Beauvoir. Me recuerdo, en animadas discusiones, citándolas. Cierta vez la vi, en las oficinas de una compañía aérea en Punta del Este. "Marta Frigerio", dijo, cuando le preguntaron su nombre. Otra vez, en Buenos Aires, la vi pasar en su coche con chofer. Todavía era morocha y llevaba el pelo largo.

Pero después cambié (o cambió ella, o cambió el país). La volví a ver de grande, cuando ya había abandonado los *tailleurs*, moviéndose ansiosa en algunas reuniones sociales. En una oportunidad coincidimos en el Plaza Hotel, para entrevistar al norteamericano Sidney Sheldon. Irrumpió en la terraza del hotel, enfundada en sus jeans, y se abalanzó sobre el impactado *best seller*: "¡Sidney, cómo lo admiro! ¡Qué maravilla pertenecer a un país como el suyo, en cambio aquí las cosas están tan mal!". Después buscó el mejor rincón de la terraza, puso su mejor perfil y acompañada por el atribulado Sheldon, se dispuso a ser fotografiada.

Otra vez, en la Feria del Libro, fui testigo de la enorme cantidad de gente que esperaba que le firmase ejemplares de *No te duermas, no me dejes*. Con su conjunto ajustado y su melena pelirroja, saludaba con entusiasmo.

Fue justamente ese libro, que apareció en 1985 —el año de su muerte—, el que se encargó de reivindicarla. Lo alabó la crítica, lo siguió el público, y en su multitudinaria presentación, que se realizó en la editorial Sudamericana, muchos amigos se acercaron para decirle que sí, que sin duda y pese a todo, se había ganado su lugar. "Hubo actitudes de Marta, como sus declaraciones contra los exiliados y de apoyo a la dictadura y su vinculación con Massera, que en otro hubieran resultado imperdonables. Pero era tan buena persona, tan

buena amiga, que con ella uno prefería olvidar todo eso. En general, quienes la quisieron siguieron queriéndola hasta el final", reflexionó Horacio Salas.

Además, había cerrado el año anterior con una gran reactualización de su popularidad: *La señora Ordóñez* había sido adquirida por Argentina Televisora Color y adaptada a telenovela, con la dirección de María Herminia Avellaneda y las actuaciones de Arturo Bonín y Luisina Brando. "No me pagaron mucho por el libro, pero gracias a la difusión de la televisión, se vendieron en pocos meses cuarenta mil ejemplares más", contó[220]. Pero estaba cansada.

Las frustraciones políticas continuaban. El 10 de diciembre de 1983 había asumido como presidente de la República Raúl Alfonsín, con una mayoría del cincuenta y dos por ciento de los votos. El país volvía al sistema democrático en un clima de entusiasmo pocas veces visto, con un presidente que defendía fervorosamente las libertades civiles y los derechos humanos.

En la última etapa de la dictadura, el tono de sus declaraciones ya había ido cambiando:

"Sí, han pasado seis años de gobierno militar en los cuales hubo una guerra terrible y posteriormente, una gran represión, lapso en el cual hubo muchos muertos y desaparecidos. Por ellos he reclamado junto con gente que quiero y respeto profundamente, como es el caso de Ernesto Sabato, que es mi maestro. Por ellos sigo pidiendo y reclamando, porque siempre me va a parecer que el país está en deuda con esa gente que desapareció sin que se pudiera dar una explicación"[221].

"El tema de los desaparecidos es una de las lacras espeluznantes de un período de la vida argentina difícil de calificar. Quienes usaron los mismos métodos de la guerrilla para combatirla se equivocaron como cristianos, como hombres, como militares. Siempre dije que hablar es mucho más fácil, que debía aclararse el tema de los desaparecidos dando nombres, justificando fechas, otorgando a sus doloridos deudos una paz que el tiempo no ha de traerles, sino la justicia. Parece que la mafia hubiera tomado a la Argentina como campo de batalla. Y en cuanto al hallazgo de las fosas comunes, no puede caberme más que el horror. Todos sabíamos que esos muertos, esos desaparecidos, tenían

que estar en alguna parte, pero la aparición de esos cuerpos sin nombre, amontonados, me hace acordar a los campos de concentración de Auschwitz"[222].

"Yo he participado siempre en la vida política del país. He participado a veces equivocadamente, a veces incurriendo en el error, pero nadie podrá decirme que he sido cobarde y acomodaticia. Si me he equivocado a veces, ha sido en contra de mis propios intereses. Siempre tuve una actitud militante y combatiente, porque me siento inmersa en la sociedad de la que formo parte, y responsable de la sociedad en que vivo"[223].

"Las elecciones son absolutamente imprescindibles, constituyen toda nuestra esperanza, y de ser posible para el 83. Cuanto más pronto se hagan cargo los civiles de la conducción del país, cuanto antes se aleje el mando militar dedicándose a sus funciones específicas, tanto mejor será para nosotros. No hay lugar para la abstención ni para la indiferencia"[224].

"Los partidos políticos deben acostumbrarse a llamar a colaborar a personas capaces, aunque no sean políticas, si en realidad quieren hacer cosas fundamentales para el país"[225].

"Durante mucho tiempo creí que la misión del intelectual era hacer que sus libros fueran verdaderas armas de combate. Ahora me conformo con que cada uno de nosotros sea fiel a sí mismo y cumpla con su obligación de escritor haciendo lo que le dicte su conciencia. Esta vez yo he querido mantenerme al margen de la actividad partidaria, lo cual no quita que haya dado mi apoyo y mi nombre para la candidatura de Alfonsín, porque creo que es oportuna y su elección traerá grandes beneficios para la Argentina"[226].

Sin embargo, esta última afirmación es relativa: antes de las elecciones, Marta comenzó a frecuentar las reuniones del CPP (Centro de Participación Política de la Unión Cívica Radical) en su sede de la calle Hipólito Yrigoyen, a las que asistían, entre otros, Luis Gregorich, Luis Brandoni, Martha Mercader, Manuel Antín, *Pacho* O'Donnell, Marcos Aguinis y María Esther de Miguel, y donde se definían las futuras líneas culturales del proyecto alfonsinista.

Con su ímpetu habitual, intentó también tener peso en ese grupo, y este es otro de los temas sobre los que casi nadie quiso hablar. Uno de

los integrantes del CPP, bajo estricta reserva, me dijo: “Tal vez Marta quiso ir demasiado lejos. O sea, quería un cargo, un lugar importante, no solamente colaborar. Su actuación en los años de la dictadura molestaba mucho, tal vez éramos demasiado estrictos o estructurados en esa época, ahora hay más amplitud”. Este último comentario es remarcable: al tiempo, comenzaría la aparición de ex funcionarios de la dictadura asumiendo en gobiernos democráticos.

“Lo de la dictadura militar la llevó a un extremo difícil de perdonar”, destacó Liliana Heker. “Su afán por el poder político debía de proceder de su instinto de destrucción”, opinó María Angélica Bosco, e Isidoro Blaisten agregó con dolor: “Yo creo que a lo mejor lo que le hizo daño fue la política. No determinado partido, sino la política. Lo menos importante de un escritor es la ideología política, porque cualquiera se puede afiliar a un partido. ¿Qué le aporta a su obra literaria? Nada. Es la cosa más baladí. No le hacía falta la política para estar en escena. La llamaban de todos lados, opinaba sobre todo. Yo creo que lo sentía visceralmente, creía en eso. Siempre tomaba partido. Hay un proverbio que dice: ‘En la duda, abstente’. Creo que en el caso de Marta era: ‘En la duda, actúa’. Era una potencia desatada, Marta. Cambiaba su opinión cuando le parecía, y en eso quizá residía su coherencia”.

“Se sintió marginada —dijo Jorge Asís—. Una de las últimas cosas que hicimos juntos, en 1983, fue un acto en homenaje a Haroldo Conti en la SADE (Sociedad Argentina de Escritores). Uno de los asistentes objetó su presencia, pero tuvo que bancarla. Me consta que en algún momento, sobre el final de su vida, le hubiese gustado un reconocimiento”.

“Al asumir Alfonsín, ella pretendió que le dieran algún cargo —recordó María Esther de Miguel, quien participó del CPP—. Yo le decía: ‘¿Para qué querés algo, Marta? Tenés tu familia, sos una escritora exitosa’, pero ella me contestaba que no podía pasar todo el día escribiendo. Necesitaba el poder, para saber que existía tenía que estar”.

Sin embargo, allí tampoco encontró su espacio. Mientras tanto, debió ver a Ernesto Sabato presidiendo la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), que publicaría el libro *Nunca*

más. A Carlos Gorostiza como secretario de Cultura de la Nación, y a Marcos Aguinis como subsecretario. A *Pacho* O'Donnell, ocupando el cargo de secretario de Cultura de la ciudad de Buenos Aires. A Manuel Antín, como director de Instituto Nacional de Cinematografía. A Martha Mercader como directora de la Casa Argentina en España, y a María Esther de Miguel como miembro del directorio del Fondo Nacional de las Artes. Para colmo, su eterna rival fue nombrada agregada cultural en España. Allí partió Beatriz Guido y aquí quedó Marta, otra vez relegada. Sufrió mucho por eso. Marta Juana Lynch me confesó que su madre siempre había querido ser agregada cultural: "No sé por qué, realmente no lo necesitaba, pero siempre fantaseaba con ser agregada cultural". En esos días, le comentó a Jorge Asís que le habían ofrecido dirigir el Centro Cultural General San Martín, pero no le había parecido lo suficientemente importante. No estoy segura de que haya sido verdad.

Más adelante, mientras el entusiasmo inicial empezaba a declinar, el tono de sus declaraciones comenzó a cambiar:

"He batallado tanto, he peleado tanto, he dado tanto la cara en épocas en que nadie la daba, que ahora estoy… no te diré que dando un paso atrás, pero sí manteniendo una actitud de suma prudencia"[227].

"Antes, cada vez que venía del exterior, venía con más ganas. Pero ahora no sé, es como si mientras allá están preocupados por el destino del hombre en las galaxias, acá todavía seguimos con las críticas a Herminio Iglesias"[228].

"Antes tenía prejuicios contra sectores demasiado conservadores, y sin embargo ahora reconozco que en muchas cuestiones tienen aciertos y experiencia. No tengo rencores. No me importa de qué sector provengan las soluciones, sino que deseo esas soluciones. Tengo dolor y desesperanza"[229].

Más allá del escepticismo y el cansancio, había sin duda una carga de frustración personal. "Siempre pienso que si mamá no se hubiese matado en ese momento, todavía le esperaban grandes cosas. Seguro que Carlos Menem sí le hubiera dado un lugar. Hay algo en el estilo de los dos que me hace pensar que hubieran enganchado, ella se habría fascinado con Menem, es algo que tendría que haber vivido y se

perdió", afirma Marta Juana.

Juan Manuel Lynch también cree que aún le quedaban cuentas pendientes, aunque de otra índole: "Yo hubiera querido que se animara a dar el gran salto que media entre la literatura testimonial y el compromiso con una escritura que, a mi juicio, la hubiera salvado". Difícil saberlo. Atrás había quedado un proyecto literario inexorablemente unido a la coyuntura política y social. Una escritura intensa y audaz pero a la vez caótica y desordenada, aunque a veces la intensidad fuera tan fuerte que superase los defectos.

¿Qué opiniones despierta la literatura de Marta entre sus pares?

"Tenía una enorme identificación con lo que escribía, tal vez había allí más catarsis que actividad profesional" (Alberto Girri).

"Me gustaba más como novelista que como cuentista. Algunos cuentos son buenos, pero las novelas me atrapaban mucho más: ponía más vida, más fuerza, más empuje" (Eduardo Gudiño Kieffer).

"Creo que el comienzo de *La señora Ordóñez* es muy bueno, y tiene también cuentos muy buenos. Su obra es despareja, como ella. Con momentos que son sublimes y otros que no lo son tanto" (Isidoro Blaisten).

"Algunos cuentos me parecen muy buenos. Lo terrible es que el cuento que más me ha gustado, "El chico del pelo colorado", es exactamente igual a "El transeúnte", un cuento de Carson McCullers incluido en *La balada del café triste*. La única diferencia es que en el cuento de Marta es una mujer la que llega a la casa, y en el de McCullers es un hombre. Es cierto que mi relación con Marta estuvo llena de encontronazos. Porque incluso ese cuento que me había gustado resultó un fiasco: lo había copiado" (Liliana Heker).

"Era una escritora sólida, adulta, en cuya obra pueden analizarse los esquemas de poder en la Argentina" (Jorge Asís).

Pero en el último tiempo, ya ni eso le interesaba. "Se había quedado sin proyecto. La literatura no le alcanzaba, decía que no podía escribir, aunque escribía todo el tiempo. Pero no le alcanzaba. Se le ocurrieron algunas cosas, como poner un jardín de infantes —ya tenía hasta el nombre, *El jardín de Marta Lynch* se iba a llamar— o asociarse con la *Negra* Luna en su negocio, pero finalmente nada de eso se hizo", cuenta Marta Juana.

El deterioro era demasiado grande. Su imagen física seguía decayendo y su cara ya era una especie de máscara. “Tenía la boca algo torcida y un ojo un poco cerrado”, recordó María Angélica Bosco, afirmación que compartió Héctor Lastra. “Mirá lo que me pasa, mirá lo que es mi cara”, le decía llorando a su marido. “Sentía que su ciclo estaba terminado, que estaba fea, que ya no la miraban como antes. Yo le decía que pensara en los hombres mayores que creaban, pero me contestaba que los hombres tienen más defensas. Que cuando pasan los años, en la mujer todo se hace más difícil de afrontar porque lo único que tiene es su belleza y su capacidad de seducir”, afirmó Juan Manuel.

“Pasados dos o tres meses de la muerte de Marta, nos reunimos un grupo de amigos a almorzar con Juan Manuel Lynch —recordó Antonio Salonia—. Y nos contó que una noche, en el dormitorio, una habitación con camas separadas con mesitas de luz a ambos lados, sucedió algo curioso. A las tres o cuatro de la mañana, él se despertó por el resplandor de la luz y la vio con un espejo, mirándose el rostro. Estaba como obsesa mirándose el rostro”.

“Tenía una especie de desesperación por no envejecer”, recuerda Antonio Requeni, y en este punto los comentarios son unánimes. “Vivía obsesionada por la edad. Una vez me preguntó qué edad tenía, y aunque era mucho mayor, me dijo que tenía mi misma edad” (Isidoro Blaisten). “Tenía tanta obsesión por los años que una vez me dijo: ‘Nosotros, que tenemos la misma edad…’.” (Horacio Salas). “Le tenía terror a la vejez, tal vez por temor a perder el poder que una mujer puede tener por el hecho de ser joven” (María Angélica Bosco). “Cuando recién nos conocimos, me dijo que podría ser mi madre. Con los años, esa diferencia de edad comenzó a diluirse. Yo tenía muy claro que me llevaba veinte años, y al final terminó llevándome ocho” (Liliana Heker).

Por sus tremendos pozos depresivos, recurría a los profesionales y a los psicofármacos. Las pastillas le hacían mal, se le caía el pelo y tenía problemas en una mano y un brazo. Ella habló de esto último. Dijo que la había atacado “el calambre de los escribientes, que suele atacar también a los taquígrafos y periodistas por vicios de posición”[230]. Y agregó: “Jack London y Somerset Maugham también sufrieron por esta

enfermedad. London terminó con su vida, quiero creer que no por causa del calambre, y Maugham vivió hasta los noventa y seis años y escribió como si no lo tuviera. Espero seguir este último ejemplo"[231]. Lo cierto es que se había acostumbrado a dictar. *No te duermas, no me dejes* está dedicado —además de a Juan Manuel— a Cristina Martínez, "que me prestó sus manos".

Atrás habían quedado la política, la literatura —más allá de la fama, que se mantenía intacta—, la seducción y los romances. "Poco antes de su suicidio, había terminado una relación que tenía con un chico muy joven. Nada importante, pero igual la afectó", recordó Diego Baracchini, y sobre ese punto coincidió Horacio Salas: "Además de todos los problemas, se le juntó la ruptura de un amor con un chico muy joven. 'Tengo temor de que nadie vuelva a enamorarse de mí', me dijo en un triste almuerzo que compartimos veinte días antes de su muerte, en un restaurante cercano al Florida Garden".

¿Qué quedaba entonces? La placidez, la pareja estable, la alegría de los nietos. Pero está claro que ese estilo de vida no era el suyo. Estaban —por supuesto que estaban— los hijos de Marta Juana y Enrique, a los que sin duda adoraba, pero no en el sentido convencional. Y es lógico, porque la idea de ser abuela no encajaba en lo más mínimo con su personaje, y esos chicos queridos la avejentaban. "Una cosa que me llamaba la atención es que nunca hablaba de sus nietos", dijo Magdalena Ruiz Guiñazú. Héctor Lastra recordó que "Marta trataba de ocultar que tenía nietos, porque sentía que la avejentaban", y también coincidió María Angélica Bosco: "No hablaba nunca de sus nietos, no los mencionaba".

El siguiente diálogo corresponde a un reportaje publicado un año antes de su muerte:

—*¿Cómo se ve a usted misma?*

—A veces me imagino como una implacable Brigitte Bardot diciendo como ella dijo alguna vez: "El tiempo me destruirá como lo destruye todo", y otras, menos melancólica, admitiendo que es inútil tratar de estimular todo aquello que no se lleve adentro. Y conste que no estoy en desacuerdo con las cirugías plásticas, me parecen un acto de libertad para la mujer siempre y cuando las hagan a favor de la imagen de vitalidad interior antes que con la imagen que se ve en el

espejo. Tomar una conducta exterior llevará inexorablemente al impulso depresivo, y a veces, al suicidio.

—*¿Pensó en el suicidio?*

—Mucha gente que admiro terminó así: Virginia Woolf, Cesare Pavese, Alfonsina Storni.

—*Bueno, pero no se suicide ahora que llegó a la telenovela.*

—No, no me voy a suicidar[232].

Porque además estaban sus ídolos, esos personajes maravillosos y plenos de talento que tanto la inspiraban: Ernest Hemingway, quien a los sesenta y un años se pegó un tiro de escopeta en la cabeza. Yukio Mishima, quien apeló a la muerte ritual para inducir a sus compatriotas a la restauración de las costumbres tradicionales del Japón. Cesare Pavese y Alejandra Pizarnik, quienes optaron por los barbitúricos. Leopoldo Lugones, que se envenenó con cianuro en un recreo del Delta. Horacio Quiroga, quien también eligió el cianuro para evadirse de un cáncer que lo tenía internado en el Hospital de Clínicas. Alfonsina Storni, quien se arrojó al mar. Y Virginia Woolf, su adorada Virginia, quien en plena locura depresiva se zambulló en el río con piedras en los bolsillos. Sobre Virginia Woolf fue justamente la última conferencia que dio, en la Feria del Libro de 1985. Allí habló de sus crisis depresivas, su temor a la locura y su suicidio en una edad similar a la suya. En su casa tenía una fotografía de Virginia que le había regalado Victoria Ocampo.

Le fascinaban esas vidas tormentosas y violentas, y seguramente le hubiese gustado leer, entre tantas cosas que se escribieron, una nota del escritor Juan Jacobo Bajarlía, en la que analiza su muerte a partir de Jung y los surrealistas. Dice Bajarlía que unos meses antes del suicidio, Marta escribió un cuento, “Por cuenta propia”, en el que la protagonista compra un revólver y le dispara un tiro en la cabeza a su amante. Así lo explica:

“Marta Lynch se ha suicidado de un tiro en la cabeza. Ha procedido, por otras causas, como la protagonista de su cuento. André Breton y todos los surrealistas le llamaban a esto ‘azar objetivo’. Es el encuentro, en el tiempo, de un llamado inconsciente con un hecho concreto en el que el inconsciente se agota. Algo así como la coincidencia acausal de Jung. En parapsicología, hablaríamos de la

precognición a través del proceso creador. O de ese furor divino (la locura) mediante el cual la divinidad dicta su visión profética. Como expresa Platón en *Fedro*. Puede anticiparse con exactitud lo que va a suceder. Solo que no tendrá conciencia de su precognición, porque en todos los casos se trata de un proceso oscuro que se verifica al concretarse, como el suicidio de Marta"[233].

Y también le hubiese gustado leer una nota de la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi en donde la reivindica absolutamente como escritora, comparando su caso a los de Alfonsina y Virginia Woolf:

"Las mujeres no escriben, y cuando escriben se suicidan. Doble castración: a quien se arroga un papel que no le corresponde, los dioses lo castigan con la autodestrucción. Para vivir hay que optar por el silencio. Y después las estúpidas necrológicas que hablan de coquetería, afán de protagonismo o cirugías plásticas, porque el suicidio de un escritor corresponde a cuestiones metafísicas, pero el de una escritora (aunque se haya descerrajado un tiro en la cabeza y no se atiborrara de pastillas) es parte de la trivialidad: la fama, la vejez, etcétera. Entre líneas, se comprende que el suicidio de una escritora es una forma más de la histeria"[234].

¿Fue así? Ni tanto ni tan poco. Marta era sin duda una escritora, pero las necrológicas que hablaron de cirugías y afán de protagonismo no dejaron aspectos centrales suyos de lado. Es más: no la desmerecieron, sino que la mostraron. Sin embargo, la visión estrictamente feminista de Peri Rossi aporta un factor considerable: su suicidio fue cubierto por los medios atendiendo más a su parte "frívola" (miedo a la vejez, deterioro físico) que a las cuestiones "metafísicas", que parecerían ser patrimonio exclusivo de los hombres o de escritoras como Virginia Woolf, Alejandra Pizarnik o Alfonsina Storni, a quienes obviamente jamás se relacionó con la coquetería o las cirugías plásticas.

"Ella era muy seductora, muy hembra, muy mina, y en los años ochenta le vino un viejazo fuerte en un contexto de adversidad política e intelectual. Era una mujer que hasta agredía corporalmente. Era fuerte, vigorosa, volcánica, pero había envejecido. Además, estaba acostumbrada a ser número uno, y es muy difícil ser número uno cuando vienen todas las facturas por haberlo sido. La primera vez que

la vi vieja fue en la presentación de *Dublín al Sur*, de Isidoro Blaisten. Era verano, y el verano es muy cruel con el cuerpo", finalizó Jorge Asís.

¿Qué es la angustia? ¿Dónde está instalada? ¿Cuántos factores se tienen que sumar para que una persona no quiera vivir más? No solo Marta Juana Lynch se vio tentada a escribir sobre el suicidio de su madre. También lo hizo su hermano Enrique, autor de varios libros. En *Prosa y circunstancia*, en un bello escrito titulado "La pregunta de Sócrates" (dedicado a su abuela María Emilia Igoa), dice: "El suicidio no puede ser objeto de arte o de cualquier tentativa de darle legitimidad literaria. El autógrafo enmarcado de Alfonsina estaba colgado en un rincón del salón de la casa de mis padres y ahora comprendo que su exhibición entre los muchos amuletos familiares era un homenaje, pero también una advertencia a nosotros: 'lo haré'. De todos modos, no servía como explicación. Tampoco son explicaciones la cantidad de indicios dispersos que, con ayuda de la memoria, he logrado unir: la muerte de Hemingway, que mi madre tenía como ejemplo de bravura y autenticidad; su fascinación por un extraño cuento de Salinger, "A Perfect Day for Bananafish", que narra la vida y muerte de un suicida; los gustos románticos de mi madre, tan alejados del afeminamiento que los falsarios de Barcelona tienen por romanticismo. Ninguno de estos hallazgos ha servido para abonar la mínima certidumbre. El acto final de mi madre sigue expuesto delante de mí como un monolito escrito en una lengua desconocida, que no te deja pensar sino en él, y sin embargo permanece opaco, mudo, indescifrable"[235].

Aunque él tampoco quiso hablar para este libro, declaró en un reportaje: "Era una romántica, en el sentido auténtico, profundo. Su muerte, por ejemplo, es totalmente romántica, escandalosa. He oído muchas tonterías sobre la muerte de mi madre. Yo lo reconstruí después. Y creo que ella había tomado esa decisión muchísimo tiempo antes. Lo que tuvo hacia el final fue una angustia muy particular en el momento de tomar la decisión: se tenía que matar. Pero es una historia muy complicada, que a mí se me escapa. Aunque he hurgado mucho en sus papeles, revisé mucho todo ese mundo, nunca pude penetrarlo"[236].

A diferencia de los artículos de Bajarlía y Peri Rossi, a Marta seguramente no le hubiera gustado leer lo que escribió el escritor Álvaro Abós: “Todo suicidio es un enigma porque el único que conoce las claves ya no está. La prensa, al referir el gesto final de Marta Lynch, sugirió la incapacidad de afrontar el paso del tiempo. ¿Cómo se pueden esquematizar de esa manera las causas del suicidio? Enrique Lynch no menciona en su ensayo las lecturas políticas posibles. Quizá tenga motivos para no mencionarlas. Yo no soy el biógrafo de Marta Lynch, pero sé lo que todos sabemos: ella apoyó políticamente al presidente Arturo Frondizi, sobre el que escribió la novela *La alfombra roja*; apoyó a Juan Domingo Perón e integró la comitiva que acompañó a Perón en el chárter que lo trajo de regreso a la Argentina, en noviembre de 1972, después del prolongado exilio; apoyó a Emilio Massera como lo testimonian los artículos periodísticos de la época. Leí *Informe bajo llave* dos veces. La primera vez me resultó intolerable. Luego lo retomé y aprecié, más allá de lo autobiográfico, el retrato inmisericorde de una intelectual colonizada por el poder y una mujer devorada por la sexualidad sumisa. No solo el dinero corrompe”.

“Cuando volví del exilio la encontré un par de veces —recordó la periodista Julia Constenla—. Era muy impresionante, había envejecido y perdido la gracia de escritora triunfante y desenfadada. Según me contaron entonces, su marido, que había aguantado todo ese momento siendo al parecer un hombre enamorado y tolerante, habría tenido una relación con una mujer mucho más joven. No creo que el tema político haya influido. En realidad, su tendencia mimética con la política se debía más que nada a una cierta frivolidad. Con la cantidad de hijos de puta que andan dando vueltas por ahí a pesar de haber sido cómplices de la dictadura, Marta hubiese podido pelear su reinserción pública sin mucha dificultad. Pero la persona que yo vi no estaba en condiciones de seguir peleando”.

Sin embargo, no siempre era igual. Recordó Isidoro Blaisten: “La última vez que la vi estuvimos en un café junto a otros escritores. Ella dijo, entre risas, que cuando pasaba el afilador había que tocarse los genitales, por la mala suerte. Parece ser que es una cosa común: los suicidas hacen una actuación en la que todo parece perfecto, maravilloso. No somos quiénes para juzgar su determinación. El

suicidio descoloca mucho, quizá porque todos pensamos que en el fondo podríamos llegar a hacerlo, y eso nos pone muy mal".

Alberto Girri, uno de sus más íntimos amigos, no la notó cambiada en los últimos días: "La vi unos días antes en el Saint James y no noté nada especial. Nunca me dijo que quería suicidarse, pero supongo, por sus características, que vería al suicidio como un último acto público despampanante". Tampoco lo notó Félix Luna: "Estaba igual que siempre. Siempre era loca, así que uno no se daba cuenta de lo loca que estaba".

Su familia sí lo había notado. "Estaba ausente. Uno hablaba con ella y se daba cuenta de que sus pensamientos estaban en otra parte. Para eso había que conocerla mucho y tener una gran intimidad, además de ser su paño de lágrimas. Yo ya les había avisado a mis hijos cómo estaban las cosas, para que estuviesen preparados", dijo Juan Manuel Lynch, y agregó Marta Juana: "Estaba triste. Unos días antes vino a mi casa y me dijo que quería recostarse. Se quedó toda la tarde en cama".

Cierta vez, Manuel Mujica Lainez viajó en avión junto a un grupo de escritores. Refiriéndose a Borges, quien también compartía el vuelo, dijo: "Si se cae el avión, este nos va a arruinar las necrológicas, todas las notas van a ser para él". ¿Cuáles eran las fantasías de Marta?

"Más de una vez, entre tantas locuras que decíamos, me dijo: 'El día que me muera, voy a salir en las tapas de todos los diarios' —recordó Horacio Salas—. Una tarde que paseábamos por la Feria del Libro, me comentó: '¿Te imaginás cuando acá haya una calle que se llame Marta Lynch?'. Siempre me quedó una especie de culpa por no haber comprendido las cosas que quería decirme".

"Esa noche, cuando me enteré del suicidio, llamé a *La Nación* y me confirmaron la noticia. Creo que fue la única noche de mi vida en que me quedé sin dormir. Al día siguiente fui a su casa, abracé a Juan Manuel y él me dijo que hacía tres años que lo esperaba, que cuando llegaba a su casa del trabajo se ponía el delantal de médico", contó María Angélica Bosco.

"Me he pasado tres años hablando diariamente con ella sobre la muerte. Yo jamás podría matarme, por el mismo motivo por el cual no soy partidario de la pena de muerte: como no se sabe lo que es la vida, me parece que no se puede manejar la muerte. ¿Cómo yo me voy a

quitar mi propia vida, si no sé lo que es? —reflexionó Juan Manuel Lynch—. Le decía siempre que una cosa es hacer una especie de parodia —como esas veces que tomó pastillas— para llamar la atención y ponerse en el cenáculo del protagonismo frente a todo el mundo, y otra cosa era esto, que no tiene retorno, al menos de acuerdo a lo que nosotros sabemos. Mi primera reacción fue de enojo, pero no por mí sino por ella. ¿Cómo ella se pudo hacer esto?"

Marta se encargó de hacerle un gran homenaje: puedo imaginar la íntima satisfacción que habrá sentido Juan Manuel al leer "Rendición de cuentas", uno de los cuentos que incluyó en su último libro. Aunque haya disfrazado la desesperación de placidez, aunque su tendencia a la fantasía le haya hecho describir color de rosa situaciones que eran trágicas, allí mostró lo que hubiese querido que fuera, lo que seguramente hubiera podido ser. Reproduzco la última parte y ya nos vamos acercando al final.

No te duermas, no me dejes.

Que la pequeña muerte no venga a sobornarnos. Que no quede pendiente de mi antigua desazón, sola, frente al oscuro roble y a los hilos telefónicos que se mueven bajo el impulso de un viento de verano. Este es un verano más. No me des la oportunidad de pensar que será el último. Ha sido hermoso vivir la vida juntos y me desgarro pensando en que llegará un tiempo en el que alguno de los dos se irá. La vida debería durar trescientos años, y aun así, pasados los trescientos, te estaría reclamando por una eternidad en la que vos y yo fuéramos los mismos. Llámalo amor.

Llamémosle matrimonio. Llamemos en auxilio de ambos esa fortaleza mental que libra de la nostalgia y la melancolía. Quererse de esta manera es un hecho antinatural. Es contra natura oponer lo persistente, lo que dura, lo que permanece, a la fatal finitud. Uno de los dos o los dos estamos errados, amor mío. Uno de los dos debe desprender sus dedos de los dedos del otro. Pero hoy no. Todavía no. Demos otra vuelta de tuerca a la historia que nos ocupó la vida. No me dejes caer de esta mutua compañía que nos hace bien y nos gratifica. Ahuyentá el sueño que viene hacia vos como un viento bendito.

No te duermas, no me dejes.

Recuperemos la luminosidad celeste, ahora que algunos creen vernos

viejos y que estamos tan jóvenes como para continuar con la aventura de modo que hasta el sueño en que caemos juntos nos reúna. Espero —oíme— que de este modo nos sorprenda el otro largo sueño[237].

220. *Mercado*, 28/2/85. Entrevista de Orlando Barone.
221. *La semana*, 26/8/81.
222. *Radiolandia*, 5/11/82.
223. *Ibidem*.
224. *Ibidem*.
225. *Crónica*, 6/10/82.
226. *Somos*, 28/10/83.
227. *Siete Días*, 19/9/84.
228. *Mercado*, 28/2/85
229. *Ibidem*.
230. *La Semana*, 26/8/81.
231. *La Nación*, 10/8/85.
232. *Clarín*, 4/11/84. Entrevista de Carlos Ulanovsky.
233. Juan Jacobo Bajarlía, "Precognición de Marta Lynch", *Clarín*, 22/10/85.
234. Cristina Peri Rossi, "En memoria de Marta Lynch", *La Razón*, 5/12/85 (nota reproducida de *El País* de Madrid).
235. Enrique Lynch, *Prosa y circunstancia*, Anagrama, 1997.
236. *Página 12*, suplemento Radar. Entrevista de Elvio Gandolfo.
237. Marta Lynch, "Rendición de cuentas" en *No te duermas, no me dejes*, Sudamericana, 1985.

El final

El hombre puede ser derrotado,
nunca destruido.
ERNEST HEMINGWAY
(Frase citada al comienzo
de *La señora Ordóñez*)

Esa mañana se despertó alrededor de las nueve, como todos los días. Desayunó en la cama y hojeó los diarios, que Juan Manuel había dejado prolijamente doblados sobre la mesa de luz. Él la llamó, justamente, mientras leía un artículo, y ahí recordó el antidepresivo que el doctor Morgan le había ordenado aplicarse por goteo. Le pidió que se lo comprara, al día siguiente se lo haría aplicar. Mientras tanto, seguramente Fernando Sánchez Sorondo le enviaría el número del doctor Maríncola, quien tanto lo había ayudado con ese asunto de la medicina ortomolecular. Iría a ver a otro médico y volvería a contar la historia. Simone de Beauvoir ya lo había dicho en alguna parte de *La mujer rota*: cuando todos se cansen de escucharte, para seguir hablando deberás pagar. Ella bien que lo sabía, pero igual seguiría insistiendo. Tal vez todo pasara por un desequilibrio químico y la alquimia la terminara rescatando. Qué más daba, por qué no probar. Juan Manuel, mientras tanto, seguía hablando. Escuchó algo sobre una farmacia de la calle Viamonte y lo interrumpió para decirle que lo quería. Se lo decía siempre, últimamente.

Le dieron náuseas y se levantó de la cama. Al baño entonces, a poner la cabeza hacia abajo, tratar de vomitar y otra vez nada. Qué horror enfrentarse con el espejo. Ella siempre dijo que era más linda de mañana que de noche, qué sarta de macanas. La mañana nunca ayuda: el pelo despeinado, las bolsas en los ojos, pero ahora hay más. Esa falta de arrugas que molesta. Las costuras, bajo la raíz del pelo pelirrojo. Recordó la nota que Silvina Bullrich había escrito días atrás en *La Nación*: “No me gustan los viejos. Qué mujer no empieza a

engordar pasados los cuarenta años. Cuál no advierte a los cuarenta y cinco o cincuenta celulitis en sus muslos, párpados hinchados, arrugas en la comisura de los ojos y los labios. Quién no teme después de los cincuenta saltar desnuda de la cama ante los ojos del hombre querido. Infartos, cáncer, accidentes, hemorragias cerebrales, edemas de pulmón me han ido dejando muy sola, como a todas las personas de mi edad. El amor, ¿cómo reemplazarlo y para qué vivir sin él? La inteligencia de dos cuerpos, la armonía que se confieren, no pueden ser suplidas por ningún modisto a la moda. Después, la vida es esta larga monotonía". Qué crueldad.

Hoy no haría gimnasia ni pasearía en bicicleta, mejor se pondría a trabajar. Con la camisa a cuadros de los días de fajina, entró a su escritorio. Allí encontró los borradores temblorosos que casi no avanzaban. Empezó a esbozar alguna escena y la ventana la distrajo. Qué linda casa tenés, Marta. Muchos pensarán, seguramente, que es un lujo sentarse a escribir con la vista del roble que asoma sobre el cerco, las rosas florecidas, la pileta cristalina y el perro guardián.

La mucama le ofreció el almuerzo, pero no tenía hambre. Se recostaría un rato, el día se hacía largo con el silencio de la casa. La burbuja. Juan Manuel quiere que se muden, cree que en un lugar más chico el miedo no sería tan grande. Sabe que la quieren, pero también sabe que se convirtió en una carga. Además, ya lo dijo Juan José Sebreli: morir en la gloria es una característica de los mitos nacionales. Así pasó con Gardel y con Evita. Todo el mundo haría declaraciones, Juan Manuel, Alberto Girri, Luna, puede imaginar las notas sin mayor esfuerzo, si hasta lo había comentado con Juan Manuel, quien le había dicho: "Sí, todo muy lindo, pero acordate que de esa no se vuelve". Chocolate por la noticia. Si de eso se trataba, justamente.

Otra vez las náuseas y otra vez al baño. Otra vez no pudo vomitar. Tomó agua de la canilla y volvió al escritorio. Escribió la nota que ya había escrito, pero no recordaba dónde estaba. "Te amo. Te amo", puso. Y era verdad. Pero también era verdad que la prisión se le hacía insoportable.

Volvió a su cuarto, descolgó el teléfono y trabó la puerta. Dormitó un rato, esta vez más largo. Todavía mareada, se imaginó abriendo el cajón de la cómoda y mirándose al espejo, como ya lo había hecho

varias veces. “Tengo miedo del momento de la muerte, aunque no de morir”, había dicho hacía unos años[238]. “Tengo en mí misma a una enemiga”, también había dicho apenas unos días atrás, pero seguramente no lo recordaba[239]. Tal vez pensó en la paz de ese lugar rodeado de árboles y flores que se había hecho comprar, pero tampoco eso es seguro.

En realidad, ya no pensaba.

238. Marta Lynch, “Biografía a mi manera”.
239. *Tiempo Argentino*, 13/10/85.

Epílogo

Recién ahora, por primera vez me decidí a tomar el coche y manejar hasta la calle Madero 222, en Vicente López, donde aún está la que fuera su casa. Sufrió varias reformas en estos años, pero todavía conserva su carácter. Los techos de pizarra, el ladrillo a la vista, la puerta de madera maciza y las ventanas con sus marcos blancos. Una vieja casa estilo Tudor que se sigue alzando majestuosa, a pesar de que el polvo de ladrillo del jardín del frente fuera reemplazado por adoquines y el espacio del garaje se haya convertido en comedor de diario. Vi también la veleta con la figura de un ciervo, el antiguo pino y algunas de las que —imagino— fueron sus plantas. Recorrí su living, admiré su chimenea, caminé por el jardín del fondo, con su pequeña pileta cristalina y su terraza, donde ahora se agregó un dormitorio más. Subí por la escalera de roble, conocí su dormitorio e imaginé su escritorio, que es ahora un enorme cuarto de baño en suite con hidromasaje, pero aún mantiene su ventana. La imaginé en tantas situaciones, yendo y viniendo por la casa.

Caminé también por la que fuera su cuadra. Me enteré de que algunos denominan a Madero al 200 “la cuadra trágica”, no solo por su suicidio sino porque unos años después allí también murieron dos adolescentes, los chicos de Casanova, quienes en una noche de verano decidieron dormir en el auto con aire acondicionado y se intoxicaron con los vapores. Casi pude verla manejando su Borgward, yendo al almacén donde se peleó por el tema de Frondizi, llegando orgullosa en su coche oficial. Pensé también en el chofer buscando testigos, en el revuelo de los periodistas la noche del velorio. Creo que reconocí la casa chiquita donde vivieron con Juan Manuel los primeros años, y pasé por lo de Daniel Noseda, su vecino de al lado, aquel que ayudó al chofer a tirar la puerta abajo y que casualmente es cuñado de Leopoldo Torre Nilsson, marido de su eterna rival.

“En ese momento llegábamos a casa —recuerda Noseda—. En

realidad, el que entró a lo de Lynch fue mi hijo, que actualmente vive en el Brasil. Cuando el chofer vino a pedir ayuda, fue con un hacha y lo acompañó el jardinero de Marta. Rompieron la puerta, yo los seguí y la vimos. Era muy buena vecina y siempre nos hemos llevado muy bien. Muchas veces venía a mi casa a hablar por teléfono, porque dos por tres se le descomponía la línea. Recuerdo que desde la ventana del primer piso, levantaba la voz y les pedía a los muchachos de la telefónica que le solucionaran el problema. El día que se suicidó, le pedí el visto bueno a Juan Manuel para ver si podíamos traer un sacerdote. Fui a la iglesia y volví con él".

En el final de *La señora Ordóñez,* la protagonista dice "hice todo lo que pude". Una vez le preguntaron cuál era su lema y repitió esa frase, haciéndola propia. Y eso no solo es válido para la literatura. Para la vida también.

Agradecimientos

A Diego Gándara, Cristian Alarcón y Analía Sivak, quienes en su momento realizaron parte de las entrevistas. Y a Leonora Djament y Cristina Alemany, mis primeras socias en esta aventura.

A Juan Ignacio Boido y Genaro Press, por su apoyo y sus grandes ideas.

A Sara Facio por sus fotografías, que son únicas. Y a Alina Diaconú, que un día vino a visitarme a *Los siete locos* y me sacó la foto que aparece en la solapa, que tanto siento que me representa.

Y nuevamente a todos aquellos que nos brindaron sus testimonios, que son muchos. Entre tantos recuerdos, imposible olvidar una tarde lluviosa en un bar de Corrientes y Montevideo, donde el *Negro* Villordo me esperaba con dos viejos cuadernos Lanceros de tapa celeste. Me explicó que eran dos tomos de un diario que llevaba desde hacía muchísimo tiempo. "La memoria engaña —me dijo— y así me es más fácil llevar un registro". Allí, una letra pequeña, minuciosa y prolija describía, entre otras cosas, los detalles del suicidio de Marta Lynch. Nunca más supe de esos cuadernos, que seguramente constituyen un registro de época valiosísimo. Sería importante saber dónde están.

También agradezco a quienes me facilitaron el ingreso a archivos, como Jorge Naveiro y Néstor Tirri; me prestaron libros que hoy no se consiguen, como Horacio Salas, Jorge Lafforgue y Mabel Peremarti; o me aportaron datos importantes, como Héctor Lastra y Oscar Barney Finn. Y a Alberto Girri, por supuesto. Con la discreción y prudencia que le eran habituales, se las ingenió para aclararme varios puntos que para mí eran oscuros y, fundamentalmente, facilitó mi indispensable contacto con Juan Manuel Lynch.

Este agradecimiento también incluye a quienes brindaron su testimonio y me pidieron no figurar. Son unos cuantos, especialmente en el caso de Marta Lynch, sin lugar a dudas la escritora más controvertida del trío más mentado.

Bibliografía

Abós, Álvaro, *Delitos ejemplares*, Grupo Editorial Norma, 1999.

Andersen, Martin, *Dossier secreto*, Planeta. Espejo de la Argentina, 1993.

Autores varios, *Toda la función*, Editorial Abril, 1982.

Bioy Casares, Adolfo, *Descanso de caminantes*, Editorial Sudamericana, 2001.

Bonasso, Miguel, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta. Espejo de la Argentina, 1997.

Camus, Albert, *El mito de Sísifo*, Losada, 1953.

Cardoso, Oscar, Kirschbaum, Ricardo y Van der Kooy, Eduardo, *Malvinas, la trama secreta*, Sudamericana-Planeta, 1983.

Cioran, Emil, *La caída en el tiempo*, Tusquets Editores, 1993.

Cozarinsky, Edgardo, *El pase del testigo*, Editorial Sudamericana, 2001.

De Beauvoir, Simone, *La mujer rota*, Editorial Sudamericana, 1968

———, *El segundo sexo,* Editorial Sudamericana, 1999 (reedición).

Gambaro, Griselda, *Escritos inocentes*, Grupo Editorial Norma, 1999.

García Lupo, Rogelio, *Paraguay de Stroessner*, Ediciones B, 1989.

Giussani, Pablo, *Montoneros. La soberbia armada*, Sudamericana-Planeta, 1984.

Graham-Yooll, Andrew, *De Perón a Videla*, Legasa, 1989.

Heker, Liliana, *Las hermanas de Shakespeare*, Alfaguara, 1999.

Jauretche, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina*, A. Peña Lillo Editor, 1966.

———, *Prosa de hacha y tiza,* Juárez Editor, 1969.

Lagos, Ovidio, *Argentinos de raza,* Emecé, 2003.

Lynch, Enrique, *Prosa y circunstancia*, Anagrama, 1997.

Lynch, Marta Juana, *Victoria Funes, hija*, Atlántida, 1994.

Martin, Mónica, *El gran Babsy*, Editorial Sudamericana, 1993.

Nogués, Germinal, *Diccionario biográfico de políticos argentinos*, Planeta, 1989.

Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, Eudeba, 1985.
Orgambide, Pedro, *Horacio Quiroga. Una biografía*, Planeta, 1994.
Orgambide, Pedro y Yahni, Roberto, *Enciclopedia de la literatura argentina*, Editorial Sudamericana, 1970.
Osorio, Elsa, *Beatriz Guido*, Planeta, 1991.
Page, Joseph, *Perón. Una biografía*, Javier Vergara, 1984.
Piña, Cristina, *Alejandra Pizarnik*, Planeta, 1991.
Pivano, Fernanda, *Hemingway*, Tusquets Editores, 1986.
Romano, Eduardo (comp.), *El cuento argentino*, Eudeba, 1986.
Ruiz, Fernando, *Las palabras son acciones. Historia política y profesional de La Opinión de Jacobo Timerman (1971-1977)*, Perfil, 2001.
Sáenz Quesada, María, *La Argentina. Historia del país y de su gente*, Editorial Sudamericana, 2001.
Salinger, J. D., *Nine Stories*, Bantam Books, 1948.
Sebreli, Juan José, *Eva Perón. ¿Aventurera o militante?*, La Pléyade, 1971.
———, *Las señales de la memoria*, Editorial Sudamericana, 1987.
Styron, William, *Darkness Visible. A Memoir of Madness*, Random House, 1990.
Uriarte, Claudio, *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Planeta. Espejo de la Argentina, 1992.
Vázquez, María Esther, *Borges. Esplendor y derrota,* Tusquets Editores, 1996.
———, *Borges, sus días y su tiempo*, Javier Vergara, 1999.
Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*, Editorial Contrapunto, 1985.
Villordo, Oscar Hermes, *Manucho. Una vida de Mujica Lainez*, Planeta. Biblioteca del Sur, 1991.
Yourcenar, Marguerite, *Mishima o la visión del vacío*, Seix Barral, 1985.

Material periodístico

Diarios

Clarín, La Nación, La Opinión, *Tiempo Argentino*, *Página 12*, *Crónica*, *La Razón*, *Convicción*, *Perfil, Noticias*.

Revistas

Gente, Somos, Primera Plana, Confirmado, Siete Días, Para Ti, La Semana, Claudia, Brigitte, Radiolandia, Somos, Vosotras, Mercado, Extra, Los libros, El escarabajo de oro, Semana Gráfica, Antena.

Libros de Silvina Bullrich

Vibraciones, edición de la autora, 1935.
Calles de Buenos Aires, edición de la autora, 1939.
Saloma, edición de la autora, 1940.
Su vida y yo, Espasa Calpe, 1941.
La redoma del primer ángel, Emecé, 1943.
La tercera versión, Emecé, 1944.
George Sand, Emecé, 1946.
Historia de un silencio, Medina del Río, 1949.
Bodas de cristal, Sudamericana, 1952.
Teléfono ocupado, Goyanarte, 1956.
Mientras los demás viven, Sudamericana, 1958.
El hechicero, Goyanarte, 1961.
Un momento muy largo, Sudamericana, 1961.
Los burgueses, Sudamericana, 1964.
Los salvadores de la patria, Sudamericana, 1965.
Historias inmorales, Sudamericana, 1965.
La creciente, Sudamericana, 1967.
Mañana digo basta, Sudamericana, 1968.
Carta a un joven cuentista, Santiago Rueda, 1968.
El calor humano, Merlín, 1969.
El mundo que yo vi, Merlín, 1969.
Carta abierta a los hijos, Emecé, 1969.
Entre mis veinte y treinta años, Emecé, 1970.
La aventura interior, Merlín, 1970.
Los pasajeros del jardín, Emecé, 1971.
Los monstruos sagrados, Sudamericana, 1971.
Mal don, Emecé, 1973.
Su excelencia envió el informe, Emecé, 1974.
Te acordarás de Taormina, Emecé, 1975.

Será justicia, Sudamericana, 1976.
Reunión de directorio, Emecé, 1977.
Los despiadados, Emecé, 1980.
Mis memorias, Emecé, 1980.
Escándalo bancario, Emecé, 1980.
Después del escándalo, Emecé, 1981.
La mujer postergada, Sudamericana, 1982.
Cuento cruel, Abril, 1983.
A qué hora murió el enfermo, Emecé, 1984.
La Argentina contradictoria, Emecé, 1986.
La bicicleta, Emecé, 1986.
Cuando cae el telón, Emecé, 1987.
Mis novelas escogidas, Emecé, 1990.

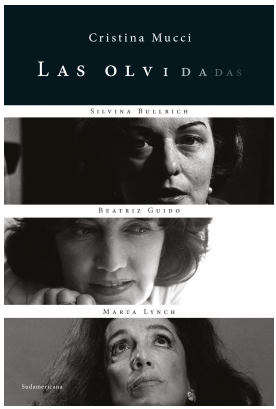
LIBROS DE BEATRIZ GUIDO

Regreso a los hilos, El Ateneo, 1947.
La casa del ángel, Emecé, 1954.
La caída, Losada, 1956.
Fin de fiesta, Losada, 1958.
La mano en la trampa, Losada, 1961.
El incendio y las vísperas, Losada, 1964.
Escándalos y soledades, Losada, 1970.
El ojo único de la ballena, Merlín, 1971.
Una madre, Emecé, 1973.
Quién le teme a mis temas, Fraterna, 1977.
La invitación, Losada, 1979.
Apasionados, Losada, 1982.
Rojo sobre rojo, Alianza, 1987.

LIBROS DE MARTA LYNCH

La alfombra roja, Fabril Editora, 1962.
Al vencedor, Losada, 1965.
Los cuentos tristes, Centro Editor de América Latina, 1967.

La señora Ordóñez, Jorge Álvarez, 1968.
Cuentos de colores, Sudamericana, 1970.
El cruce del río, Sudamericana, 1972.
Un árbol lleno de manzanas, Sudamericana, 1974.
Los dedos de la mano, Sudamericana, 1976.
La penúltima versión de la Colorada Villanueva, Sudamericana, 1978.
Los años de fuego, Sudamericana, 1980.
Informe bajo llave, Sudamericana, 1983.
No te duermas, no me dejes, Sudamericana, 1985.



Fueron las escritoras más reconocidas de la Argentina durante dos décadas. Lograron una fama comparable a la que hoy solo tienen algunos deportistas y personajes mediáticos. Iban a programas políticos, escribían columnas de opinión, daban entrevistas casi semanalmente. Y también rompieron barreras, avanzaron sobre prejuicios y sectores de poder que lograron transgredir. Denostadas en vida e injustamente ignoradas después de sus muertes, abrieron un camino en la literatura argentina que es necesario recuperar y reivindicar.

Reunidas en un solo volumen, las biografías de Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Marta Lynch que Cristina Mucci publicó por primera vez hace más de veinte años cobran una vigencia absoluta. A partir del recuerdo de amigos y enemigos, colegas y críticos, se describe un universo en el que no faltan secretos, romances, odios y mitos. Tres mujeres polémicas, con personalidades muy fuertes, que marcaron una época y cuyas historias merecen ser contadas.

CRISTINA MUCCI

(Buenos Aires, 1949) Es abogada, escritora y periodista cultural. En los años del retorno a la democracia fue columnista de libros y editora de Cultura de la edición matutina del diario *La Razón*, dirigido por Jacobo Timerman. Desde 1987 conduce y produce *Los siete locos*, el programa cultural pionero de la televisión argentina, que se emite por la TV Pública, y por el cual ganó, entre muchas distinciones, cinco Martín Fierro. Además, fue declarado de interés cultural por la Secretaría de Cultura, la Cámara de Diputados de la Nación y la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. Mucci fue jurado de premios literarios, docente universitaria y conductora de otros ciclos culturales, como *Pensándolo bien* (coproducido por el Ministerio de Educación de la Nación), *Encuentros* (dirigido por Oscar Barney Finn), *El cine por asalto* (junto con José Pablo Feinmann) y *Buenos Aires Ciudad Literaria* (con el apoyo de Mecenazgo Cultural). En 2010, recibió la Medalla del Bicentenario otorgada por la Ciudad de Buenos Aires. Es autora de *Voces de la cultura argentina* (El Ateneo, 1997), *Pensar la Argentina*

(Grupo Editorial Norma, 2006) y *Leopoldo Lugones. Los escritores y el poder* (Ediciones B, 2009). Las biografías reunidas en este volumen fueron publicadas entre 2000 y 2003 por Grupo Editorial Norma.

© Alina Diaconú

Mucci, Cristina
Las olvidadas / Cristina Mucci. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2022.
(Biografías y Testimonios)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-6825-2

1. Biografías. I. Título.
CDD 923

Fotografías de tapa: © Sara Facio
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: diciembre de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6825-2

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

ÍNDICE

Las olvidadas
Prólogo
SILVINA BULLRICH. *La gran burguesa*
La familia Toro Rico
Primeros amores
Nace una escritora
Bodas de cristal
El pasajero del jardín
Contándolo todo
La soledad
La novela social
Volver a las fuentes
No soy marxista
Vender, vender, vender
Seguir contándolo todo
La tragedia
El final
BEATRIZ GUIDO. *Divina Beatrice*
Los inicios
Un primer matrimonio
Leopoldo
La casa del ángel
Una gran pastelera
Soy bimotor
Grupo de familia

Vivir apostando
Una gran frustración
El incendio y las vísperas
El tiempo de las dos almas
Divina Beatrice
La etapa épica
Un campeón en mi vida
El adiós a Babsy
La vida después
La democracia y el final
Marta Lynch. *La señora Lynch*
Tire la puerta abajo
Una nota y una carta
La Negrita Frigerio
Marta Lynch
Llegó la política
La alfombra roja
La construcción del personaje
Los demás
Cuando Marta era feliz en Lima
Cuba, el chárter y el Movimiento
A Ezeiza, dijo el país
La que se quedó
Las cosas fueron cambiando
El final
Epílogo
Agradecimientos
Bibliografía
Material periodístico
Libros de Silvina Bullrich
Libros de Beatriz Guido
Libros de Marta Lynch
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos